

neo 

Ever Meal

Andrea Smith

Eyes Real

ANDREA SMITH

Plataforma
Editorial



Primera edición en esta colección: marzo de 2019

© Andrea Herrero, 2019

© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2019

© de las ilustraciones, Judit Mallol, 2019

Plataforma Editorial

c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª – 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14

www.plataformaeditorial.com

info@plataformaeditorial.com

ISBN: 978-84-17622-52-7

Diseño y realización de cubierta: Ariadna Oliver

Fotocomposición: Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Índice

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Lista de las diez razones por las que me estoy empezando a enamorar de Blake

Harries

Capítulo extra

Agradecimientos

Para mi padre, gracias por tu apoyo incondicional.

Prólogo

Miré el último trozo de *pizza* con aprensión. Estaba ahí, dentro de la caja de cartón cuadrada y llena de grasa. Prácticamente podía escucharlo gritar mi nombre y pedirme que me lo comiera.

Y luego miré mis nuevos pantalones de mezclilla, burlándose con su pequeña cinturilla desde el sofá en el que los había dejado tirados. Eran una talla menor a la que yo utilizaba, pero los había comprado con el pensamiento de poder usarlos en un futuro próximo.

Ahora bien, os recomiendo de forma encarecida que jamás hagáis eso.

Y, sintiéndome extremadamente culpable, tomé el trozo de *pizza* con queso y me lo llevé a la boca antes de que pudiera arrepentirme. Las lágrimas vendrían después, cuando ni siquiera mis propios pantalones me entrasen. Lo que, viendo el camino que estaba siguiendo, no tardaría mucho en suceder.

Sin embargo, debo aclarar que no era por mi culpa. Mi vida, aunque suene muy tópico, era una gran y bendita *mie*... maldición.

Mis padres acaban de decirme que tal vez se separen. Atentos a la locución adverbial: *tal vez*.

La gente o se separa o no se separa. ¿Qué mierda era eso de «tal vez»?

Estoy empezando mi primer año de universidad, lejos de mi familia, y he descubierto que a quien más echo de menos es a mi perro *Pizza*. Encima, he

ganado los famosos primeros kilos universitarios, pero no puedo dejar de comer *pizza*, lo que me hace acordarme de Pizza, deprimirme más y seguir comiendo.

Y, por si fuera poco, tengo a un chico inconsciente roncando en mi sofá.

Ahora que lo pienso, quizá debería comenzar por el principio...



Capítulo 1

¿Sabes esos días en los que no te apetece hacer nada? ¿Esos en los que solo quieres quedarte tirada en el sofá comiendo *pizza* y bebiendo refrescos mientras miras un programa de televisión que públicamente no admitirías estar viendo?

Bien, porque así me encontraba yo hoy, hasta que mi compañera de piso entró en el cuarto a la carrera y dio un portazo.

—¡Llego tarde! —chilló mientras lanzaba su bolso lleno de libros contra mí, y casi me dio en la cara.

—Tú siempre llegas tarde —rechisté mientras apartaba el bolso y me sentaba más erguida en el sofá.

Sophia se quedó parada en el salón durante unos segundos, estudiándome con sus ojos verdes. Apreté los labios porque intuía lo que se avecinaba.

—Y, por lo visto, hoy también vas a llegar tarde tú —dijo finalmente, y aprovechó nuestra pequeña conversación para recogerse el cabello en una coleta—. Sigues en pijama, ¿por qué no estás lista?

—Estoy enferma.

Torcí el gesto y me tapé con la manta hasta los hombros, como si ese falso enojo mostrara mi estado.

Sophia se acercó más a mí y se puso en cuclillas para quedar a mi altura. Me estudió fijamente durante unos largos —y estresantes— segundos hasta que por fin se apartó resoplando.

—Claro, de *cuentitis*. No me creo que Savannah se tragara que te encontrabas mal.

—Dije que tengo la regla —admití mientras estiraba las piernas y me sujetaba el pelo detrás de las orejas—. No tengo ganas de ir a trabajar.

Suspiró y me abandonó unos segundos mientras corría a su cuarto a cambiarse para el trabajo. Allí era precisamente donde nos habíamos conocido unas semanas antes de comenzar la universidad. Ambas éramos camareras de fin de semana en Liquid, una conocida discoteca de la zona de bares. Ella estudiaba su segundo año y yo, el primero. Ella no estaba contenta con sus compañeras de piso y yo necesitaba alguien más para pagar el alquiler.

De hecho, buscaba a dos personas más, pero aún no habíamos encontrado a una tercera chica que quisiera quedarse en la pequeña habitación sobrante. Al menos, entre las dos podríamos apañarnos.

—Sabes que necesitamos el dinero para el alquiler. —Sophia regresó a nuestra discusión mientras se colocaba un top ajustado de cuero y balanceaba los zapatos de tacón en una mano—. La semana que viene hay que pagar.

Volví a torcer el gesto. Tal vez estuviese exagerando cuando dije que entre las dos podríamos apañarnos.

—Solo será hoy.

Me moví a un lado cuando ella se sentó junto a mí en el sofá, justo a tiempo para que no cayera sobre mis piernas.

—Te quiero, Lil, pero tus ataques de nostalgia no son buenos para nuestros bolsillos.

Sophia sabía que había recibido una mala noticia de mis padres, que los echaba de menos, y a Pizza también. Era más sensible que ella o, al menos, lo demostraba más. Y estar con la regla no me ayudaba nada.

Llamaron a la puerta, lo que interrumpió nuestra conversación. Me levanté rápidamente a abrir mientras ella se calzaba y lancé al suelo la manta en la que había estado envuelta. Allí me encontré con Rubén y mi preciada caja de *pizza* esperando en el pasillo del portal. Nada más abrir, apartó los ojos de la libreta que sostenía en su mano y los dirigió hacia mí.

—Mediana con extra de queso y champiñones. —Esperó a que tomase la caja con la comida de sus manos para quitarse el casco y sonreír—. ¿Sigues sin aceptar mi consejo y añadir un poco de orégano?

—Eso le quitaría sabor al queso —respondí forzando una expresión de desagrado—. Nada que haga tal cosa puede ser bueno.

Me di la vuelta para dejar la caja en la mesa del salón y recoger el dinero de mi bote especial para comida. Pedía *pizza* tan a menudo que había terminado por dejar una hucha abierta en la sala, así no tenía que andar buscando el monedero.

De hecho, era tanta la *pizza* que comía que había llegado a desarrollar una especie de amistad con Rubén, el repartidor.

—Si un día te animas a pedirla con orégano, corre a mi cuenta.

Le pasé el dinero mientras negaba con la cabeza. No había forma de que pudiera convencerme.

—Añadir champiñones ya supuso un gran paso en mi dieta —me burlé, y me despedí—. Gracias por traerla, Rubén.

Me guiñó un ojo, se colocó el casco y dijo:

—A ti por la propina.

Cerré la puerta y miré a Sophia algo confusa. Ahora sostenía un espejo de mano mientras se aplicaba el maquillaje.

—Si apenas le he dado propina...

Ella me miró por unos segundos y luego regresó a su elaborada tarea.

—Tú eres la propina, boba. Si le sigues abriendo la puerta con esos pantaloncitos cortos, algún día entrará en el salón y se sacará otra cosa además del casco.

Tiré de mis pantalones de pijama cortos hacia abajo. No había hecho la colada esa semana y esos eran de los pocos que me quedaban limpios. Lo cierto es que no era muy aplicada en cuanto al cuidado de la ropa, y Sophia prefería regalarme una tienda entera antes que dejarme tocar cualquiera de sus prendas.

—Estoy en mi casa, podría abrir la puerta desnuda si me diese la gana —la reñí, aunque en realidad me estaba riendo—. Además, solo trataba de ser agradable.

—Y de discurrir la forma adecuada para que pueda meterse dentro de tus bragas.

—¡Sophia!

Gruñí y me fui directa a la cocina para tomar un plato y una lata de refresco.

—Al final se me acabará pegando tu forma de hablar y, cuando me oigan mis padres, se enfadarán mucho.

Mi estómago se encogió cuando los nombré. Ellos eran los culpables de que no estuviera de humor para ir a trabajar. Ellos y su llamada diciéndome que *tal vez* se divorciasen.

—Tienes unos padres demasiado estrictos —se burló, y terminó de retocarse la máscara de ojos. Guardó el maquillaje dentro de un pequeño bolso negro, junto con el teléfono—. ¿Seguro que no quieres venir?

Negué y regresé al salón para apartar unos cuantos trozos de *pizza*. Siempre hacía lo mismo: los comía de dos en dos para obligarme a mí misma a tener que levantarme de nuevo en caso de querer comer otro más. Mantenía la

esperanza de ser lo suficientemente perezosa como para no moverme, pero la comida siempre ejercía en mí un poder especial.

—Y supongo que pasarás la noche escribiendo un nuevo capítulo de tu libro erótico, ¿verdad?

Me chupé los dedos y cerré la caja de *pizza*.

—Si lo leyeras, sabrías que no es erótico —la avisé y zarandeeé el refresco con mi otra mano hacia ella—. Pero sí, estaré escribiendo. Hace más de una semana que no me pongo.

Sophia se subió la cremallera de la chaqueta y me lanzó una de esas miradas que siempre me dedicaba cuando hablábamos de mi afición a escribir de forma anónima en Internet.

—Rara.

—Yo también te quiero, Soph.

Le lancé un beso soplando en el aire, ya que mis manos estaban ocupadas, y ambas nos reímos.

—Duerme tranquila esta noche, escritora.

—No te pases con los chupitos de vodka; recuerda que tú eres la camarera.

Y con eso me dirigí a mi cuarto y me encerré delante de la pantalla de mi ordenador para escribir el siguiente capítulo de mi historia, y traté de alejar de mi cabeza a mis padres lo máximo posible, de distraerme de la agobiante tarea de la universidad y de las facturas que faltaban por pagar.

Dos viajes más al salón para seguir comiendo *pizza* y dos mil palabras después, caí rendida en la cama y me dormí. Desperté unas cuantas horas más tarde a consecuencia de unos extraños ruidos en el salón.

Miré el reloj de mi mesita. Era demasiado pronto para que Sophia hubiese regresado.

Con un mal presentimiento, me incorporé en la cama y abrí de golpe los ojos en la oscuridad. El ordenador descansaba apagado en el suelo, junto a mi

cama, tal como lo había dejado. Una luz brillaba en el móvil y me anunciaba nuevos comentarios tras el capítulo que había subido.

El sonido de una puerta cerrándose volvió a alertarme. Si bajaba el volumen de mi respiración, podría escuchar las pisadas, demasiado fuertes para ser de Sophia. ¿Había cerrado la puerta con llave? Quizás Soph la hubiera dejado abierta al irse sin darme yo cuenta...

Con el corazón latiéndome acelerado en la garganta, salí de la cama y busqué en la penumbra de la habitación cualquier cosa que pudiera servirme de arma defensiva contra un posible ladrón. Sophia y yo apenas teníamos cosas y la reserva de dinero para la comida seguía en la hucha de la sala. No podía dejar que nadie nos robase.

Todavía a oscuras, miré a mi alrededor en busca de algún objeto que pudiera servirme, pero lo único que encontré fueron libros, ropa desordenada y sucia y el ordenador portátil.

Tomé una pesada enciclopedia, la apreté contra mi pecho y me acerqué de puntillas a la puerta. Comencé a abrirla poco a poco, procurando no hacer ruido para poder pillar al ladrón desprevenido. A decir verdad, yo valía más para ese trabajo que él, porque no era exactamente lo que se dice sigiloso. Tenía la esperanza de que el intruso fuese Sophia, que llegaba a casa antes de tiempo, pero algo en mi interior me decía que no era así.

Advertida por los ruidos, terminé de abrir la puerta lo suficiente para poder asomar la cabeza por ella y así escrutar el salón. Una ventaja y, a la vez, un inconveniente en un piso pequeño como el nuestro era que apenas hubiera espacio para un pasillo, así que solo dos habitaciones quedaban a escondidas, mientras que la mía daba directamente a la sala de estar.

Mi respiración se cortó cuando descubrí la silueta del intruso, que caminaba por entre la penumbra del salón. Estaba encorvado detrás del sofá y buscaba algo en el suelo. Parpadeé para tratar de ver mejor en la oscuridad. Era,

decididamente, un hombre. Tal vez fuera un chico joven; no parecía demasiado mayor y...

¡Virgen santa! ¡Estaba desnudo!

O prácticamente desnudo. Me pareció apreciar unos calzoncillos, pero no quise mirar demasiado en esa dirección.

Él continuaba mirando hacia el suelo y sabía que tenía que actuar rápido, antes de que notase que me había despertado. Hice uso de la adrenalina que provocaba el miedo y terminé por salir de mi habitación. Avancé en completo silencio hacia él. Que todo estuviese oscuro sirvió para que no me viese hasta que fue demasiado tarde.

El chico, que debía de tener mi edad, giró su rostro hacia mí al mismo tiempo que yo alzaba la enciclopedia y la dejaba caer con todas mis fuerzas sobre su cabeza.

Capítulo 2

—¡Ah! —gritó el chico.

Me alejé unos centímetros de él. Sus ojos eran muy oscuros, como la misma noche, y eso me asustó aún más.

—¿Quién eres tú? —pregunté, y me puse de nuevo en guardia.

En lugar de responder, estiró una mano hacia mí, como si quisiera tocarme. En un acto impulsivo de defensa personal, volví a golpearle con la enciclopedia con fuerza. A causa del impacto, perdió el equilibrio y cayó en dirección al sofá. Su cabeza dio de espaldas con el reposabrazos al mismo tiempo que se escuchaba un sonido seco.

Y el chico cerró los ojos al instante.

—Oh, mierda. Lo he matado.

Me quedé tan paralizada que expresé mis pensamientos en voz alta, pero el susto duró poco porque enseguida un extraño sonido salió de sus labios: estaba roncando.

Todavía con la enciclopedia bien aferrada entre las manos, me acerqué a él con cautela. Parecía sereno y profundamente dormido a pesar de los ronquidos. Fue ahí cuando percibí un leve aroma a alcohol. El tío estaba borracho.

Eso me llevó a pensar que tal vez se tratara solo de un vecino que había tenido la mala suerte de terminar entrando en nuestro piso en lugar de en el suyo. Sophia podría haber cerrado mal la puerta perfectamente.

Me alejé de él y, solo por si acaso, llamé a la policía. No iba a esperar a que despertara para cerciorarme de que no era un criminal.

Cuando colgué, encendí la luz y me dirigí rápido a la cocina a por un cuchillo. Junto a la enciclopedia, me senté en el suelo, apoyada contra el mueble de la tele y con los ojos fijos en el extraño, alerta ante cualquier señal que me informara de que se estaba despertando. Pensé en moverlo y encerrarlo en el baño, pero no quería arriesgarme a que eso lo sacara de su sueño.

También pensé en encerrarme yo misma, pero me sentía más segura si podía tener un ojo puesto en él en todo momento. A las malas, podría escapar corriendo al baño si en algún momento se despertaba y me acobardaba.

No debía de tener más de veinte años, pero tampoco menos de dieciocho. Su cabello era negro, aunque no tanto como sus ojos. En aquel momento estaban cerrados, pero, antes de que tropezara y perdiera el conocimiento, lo había podido mirar fijamente. Eran oscuros, de esa clase de negro que apenas parece marrón. Contrarrestaba con su rostro aniñado y dulce.

También era alto. Allí, tendido en el sofá, sus pies sobresalían fuera del reposabrazos. Durante nuestra pelea se había mantenido encorvado, pero apostaría un trozo de *pizza* a que, una vez erguido, me sacaría más de una cabeza.

Habían pasado treinta minutos sin rastro de Sophia ni de la policía cuando el chico comenzó a moverse. Me puse en pie de un salto, con el cuchillo en una mano y la enciclopedia sujeta contra mi pecho. Quizá sí debería haberme escondido en el baño...

Sus articulaciones fueron moviéndose perezosamente mientras iba recuperando la conciencia. Sus ojos se abrían y se cerraban..., y entonces se

encontraron con los míos.

Tragué saliva, muerta de miedo, pero no podía acobardarme. Moví la mano que sostenía el cuchillo de forma que este apuntara en su dirección. Su mirada se arrastró perezosamente hasta toparse con mis dos armas y, muy despacio, comenzó a incorporarse en el sofá.

—Quieto —intenté decir de forma amenazadora, pero más bien sonó como un aullido—. No dudaré en defenderme.

Se detuvo unos segundos antes de terminar de sentarse en el sofá. En un tono menos alcoholizado de lo que cabía esperar, preguntó:

—¿Por qué me has pegado con eso?

Su voz sonó ronca. Sus ojos entrecerrados apuntaron en mi dirección de forma hostil. La luz de la sala era tenue, de modo que no podía estar deslumbrado. Para enfatizarlo, acercó un brazo a la cabeza y se palpó el lugar en el que lo había golpeado con la enciclopedia.

—Entraste en mi casa en medio de la noche —contesté mientras tomaba aire y me envalentonaba—. Puedes ser un ladrón.

Alzó las cejas y abrió ampliamente los ojos para resaltar lo que yo ya sabía: estaba enfadado. «Pues quien se pica ajos come.» Más enfadada y aterrorizada estaba yo, que había invadido mi casa sin permiso...

No obstante, algo cambió segundos después. Al mismo tiempo que su expresión se relajaba, un leve pero apreciable enrojecimiento se extendió por su rostro. Más bien pude imaginarlo, pues su piel tenía ese tono bronceado que ocultaba el rubor.

—No soy un ladrón —dijo finalmente.

Lo observé durante unos segundos que me parecieron largos y tensos, mientras valoraba la fiabilidad de sus palabras. De nuevo, seguía siendo un chico semidesnudo que había entrado en mi casa en mitad de la noche.

—No te creo.

Sus cejas se juntaron precipitadamente.

—No estoy... —Mientras me contestaba, debió de darse cuenta de la falsedad que contenían sus palabras, porque rectificó a media frase—. Da igual, me duele la cabeza, no me apetece discutir.

Hizo amago de levantarse de nuevo, y yo blandí el cuchillo hacia delante. Probablemente fuera una mala idea; seguro que, si nos poníamos a pelear, me arrebataría el cuchillo en un abrir y cerrar de ojos. Solo esperaba que la policía no tardase en llegar.

—No soy un ladrón. Soy Blake.

—Eso es exactamente lo que diría un ladrón.

Quizá no habría dicho que se llamaba Blake, pero sí que habría negado su condición de ladrón. Además, la contestación había acudido tan rápido a mi mente que no pude reprimirla. Estaba demasiado nerviosa como para pensar con claridad.

—Hablo en serio, no voy a hacerte daño —insistió Blake, pero esta vez no hizo amago de levantarse del sofá.

Me tranquilizó un poco que no intentara atacarme de buenas a primeras y, de hecho, me hizo pensar que tal vez estaba diciendo la verdad. Pero, al mismo tiempo, podía tratarse de una mera artimaña para engañarme y quitarme el cuchillo. No sabía nada de ese chico, excepto su nombre y la marca de calzoncillos que usaba.

—No —respondí con autoridad.

Blake me miró y negó con la cabeza. Parecía derrotado.

—Estás loca.

—Lo que tú digas.

Pasamos unos largos segundos de tensión en silencio, intercambiando miradas. Cada vez me frustraba más. No entendía cómo la policía podía tardar

tanto en llegar, ¡o Sophia! Maldecía no haber ido a trabajar. Era el karma, que se vengaba de mí por mostrarme perezosa.

Al cabo de un tiempo, el chico volvió a intentar hablar conmigo.

—Mira, no soy ningún ladrón. Soy Blake, y estoy seguro de que tú eres Lily.

Di un paso hacia atrás con los ojos muy abiertos, choqué contra la vitrina y derribé un conejito de peluche que no recordaba haber dejado allí. «Lo siento, Señor Carrot, pero no son momentos para preocuparme por ti por mucho que te caigas al suelo.»

—¿Cómo sabes mi nombre? —Una idea alarmante y fugaz pasó por mi cabeza—. ¿Has estado observándome?

«Has visto muchas películas y leído demasiados libros de terror. Tiene que ser eso.»

Solo que yo no veía películas de miedo, y mucho menos leía libros de ese género. Valoraba poder dormir durante el tiempo en que no estaba escribiendo y ver a vampiros que degollaban personas no era la mejor forma de conseguirlo.

El presunto ladrón —que ya no era tan presunto— suspiró.

—¿Cómo sabes mi nombre? —volví a preguntar.

—Sophia me lo dijo. Mira, ella.

No llegué a escuchar el resto de la frase. Mis oídos dejaron de escucharle cuando él, finalmente, comenzó a incorporarse. En verdad, me sacaba más de una cabeza.

Dejé caer la enciclopedia al suelo y retrocedí agarrando el cuchillo con ambas manos, trataba de parecer lo más amenazadora posible. Sin embargo, no pareció servir de nada. El Señor Carrot tampoco estaba siendo de gran ayuda.

—¡Detente! —lo amenacé, y elevé más el cuchillo.

«¡Maldita sea!»; me temblaban las manos.

El chico abrió la boca para hablar, pero justo en ese momento, cuando las cosas estaban a punto de ponerse feas, la puerta de la calle se abrió y Sophia apareció.

Capítulo 3

Estaba tan aliviada de ver a mi amiga llegar que podría haber gritado de alegría. Al menos, ella era mejor que la policía. Los había avisado hacía ya casi una hora y aún no habían aparecido. ¿Qué clase de servicio proporcionaban a los ciudadanos?

Bajé las manos y, al igual que el ladrón, miré hacia donde se encontraba. Había algo extraño en su expresión. Esperaba que se sorprendiera —quiero decir, ¿quién no se sorprende al encontrar un chico desnudo en su salón?—, pero había algo más. Y entonces Sophia dejó caer sus cosas al suelo y comenzó a reír.

—Oh, Dios mío —consiguió decir entre carcajadas.

Tuve el cómico pensamiento de volverme hacia Blake y compartir con él una mirada de incertidumbre. ¿Qué veía de divertido en todo aquello?

—Sophia, menos mal —comenzó a hablar Blake—. Ella...

—Podrías haberme enviado un mensaje, vosotros dos —le interrumpió mi amiga, que reía más y más alto ante nuestras caras de profunda incomprensión. Parecía a punto de tirarse al suelo para desternillarse de la risa. Me sorprendía que fuese capaz de hablar—. Si llego a saber que ibais a reaccionar así, me hubiese quedado un rato más molestando a Tyler.

Mi mente comenzó a trabajar a mil por hora. Porque Sophia no estaba asustada ante el chico extraño que había en el salón. Además, parecían conocerse y...

—Oye, ¿puedo sacaros una foto? No sabía que os gustara el sado.

Miré el cuchillo, que todavía sujetaba en la mano. Blake aprovechó el momento para alejarse de mí y dirigirse hacia ella.

—¡Está loca! —gritó con desesperación—. Me ha atacado con... ¡Con una piedra!

No fue con una piedra, sino con una enciclopedia sobre los diferentes animales que habitaban el mundo mágico de Harry Potter.

La risa de Sophia fue desapareciendo gradualmente hasta transformarse en una expresión de desconcierto.

—¿Cómo dices?

Me miró durante unos segundos para luego volver la vista al chico, alarmada. Sentí la necesidad de defenderme. ¿Por qué Sophia no estaba alarmada por ver a un ladrón? Quizá pensara que era un ligue que me había traído a casa...

—¡Ha entrado a la fuerza en el piso! No lo conozco, Sophia.

Su expresión fue cambiando lentamente hacia el horror.

«Oh, Dios mío...»

—¿Cómo dices? —repitió escandalizada.

—Mira, seguro que la po... —comencé a explicar, pero fui indecorosamente interrumpida por el chico.

—Me ha dejado inconsciente en el sofá ¡y me ha amenazado con un cuchillo!

Cabreada, me volví hacia él y dejé de mirar a mi amiga. ¿Qué demonios esperaba que hiciera cuando entraba en mi casa sin ser invitado, en medio de la noche?

—¡No te conozco! —le chillé.

—Lily, ¡él es Blake! —gritó Sophia.

Me giré bruscamente hacia ella.

—¿Tú lo conoces?

—¡Claro! ¡Yo lo invité a venir!

Se llevó las manos a ambos lados de la cabeza, completamente horrorizada, escandalizada y desconcertada. Me miraba como si hubiese matado a la madre de Bambi.

Empezaba a comprender lo que estaba pasando, pero la vergüenza, ese sentimiento humillante del que desesperadamente intentaba protegerme, no permitía que la revelación se abriera paso.

—Entonces, ¿no es un ladrón?

Pero acabó por hacerlo y, con ella, llegó la humillación, ambas agarradas de la mano. Sentí cómo mi rostro comenzaba a arder.

Blake carraspeó desde el sofá. Se había vuelto a sentar mientras yo hablaba con Sophia. Sus ojos oscuros se clavaron en los míos y algo en mi interior se encogió. Odiaba y envidiaba la intensidad que unos ojos negros podían tener. Los míos eran castaños, pero ni por asomo conseguía que alguien se encogiera ante una de mis miradas como aquel chico acababa de hacer conmigo.

—Te dije que no lo era.

El reproche en su voz no pasó inadvertido.

«Oh, Dios mío. ¿Qué he hecho?»

—Está conmigo en clase de estadística —explicó Sophia tras soltar una especie de suspiro. Mi estómago se encogió de golpe—. Necesitaba un lugar donde quedarse y le ofrecí la habitación libre.

Escuché a Sophia moviéndose por el salón, pero era incapaz de mirarla. Mis ojos seguían fijos en Blake, aunque él ya los hubiera apartado.

«¿Qué estupidez más grande he hecho?»

Confundir a un pobre estudiante con un ladrón y dejarlo inconsciente en el sofá...

—Igualmente, sigue siendo divertido —comentó Sophia, que entró en mi campo de visión—. Nunca imaginé que escondieras esos abdominales bajo la camiseta, Blake.

Mi cara se encendió hasta parecer un lucero llameante. Recordaba haber pasado la mirada por ellos mientras él estaba inconsciente. En mi defensa, diré que no fue premeditado.

Estaba tan sumamente avergonzada que no podía ni moverme. Apenas fui capaz de dejar el cuchillo sobre el mueble de la sala, Sophia se sentó a su lado.

—Jesús, Blake —comentó mientras se alejaba hacia la esquina contraria—. Hueles tanto a alcohol que, si encendiese una cerilla, toda la casa ardería.

Él refunfuñó, pero no añadió nada más.

—Será mejor que te duches.

Continué parada junto a la estantería, con el Señor Carrot tumbado a mis pies, mirándome con sus grandes ojos de peluche como si él también estuviese asustado.

«Oh, Peter. Cómo te hubieses reído tú con esto...»

Sophia le dio unas palmaditas en la espalda a Blake, que me lanzó una mirada llameante que me hundió en la miseria, al mismo tiempo que yo trataba desesperadamente de confundirme tras las sombras de la estantería y desaparecer. Esperé como una cobarde a que mi amiga le mostrara dónde se encontraba el baño y le diese una toalla limpia para que pudiera darse una ducha.

Sophia regresó y se paró frente a mí con los brazos cruzados y expresión enfadada.

—¡Ya te vale! —me espetó, y bajó la voz cuando yo me sobresalté—. El pobre está hipercabreado. No me extrañaría que se fuese hoy mismo.

Por un momento pensé: «Ojalá».

—Entró aquí de noche mientras yo dormía —me defendí. Sentía la necesidad de mostrarle mi punto de vista—. Lo encontré en calzoncillos mientras buscaba algo por el suelo, ¿qué querías que pensara?

Sophia se pasó una mano por el rostro y gruñó:

—Por lo menos, ¿viste el mensaje en tu teléfono móvil?, ¿el que te mandé?

Parpadeé. El sonido del agua corriendo llegaba desde el baño. Ahora podríamos hablar tranquilamente sin que Blake nos escuchara.

—¿Qué mensaje?

—Te envié uno hablándote de Blake.

—No, no lo hiciste —negué de forma concienzuda—. Lo hubiese visto.

Ella posó una mirada profunda sobre mí, también totalmente segura.

—Claro que lo hice.

Tomé mi teléfono móvil de la mesita de café y le enseñé sus mensajes. ¿Por qué no era capaz de creerme? Sabía que haber dejado inconsciente a Blake en el sofá me quitaba credibilidad, pero ya me sentía lo suficientemente avergonzada por ello. ¿Acaso no era bastante castigo?

—¿Ves? —señalé triunfante, pues su último mensaje hablaba de comprar más papel higiénico—. ¡No lo hiciste!

Frunció el ceño y ella también sacó su teléfono móvil. Supe que había ganado la batalla cuando su expresión cambió del enfado a una que parecía caer en la cuenta de lo ocurrido.

—¡Ups! No te lo envié a ti... —admitió levemente avergonzada mientras guardaba el teléfono en la cinturilla de sus pantalones—. Bueno, mi tía Lisa estará preguntándose quién es el sujeto al que he invitado a dormir en casa.

Suspiré y ella hizo un ademán de quitarle hierro al asunto con la mano. Se dejó caer en el sofá, lanzó lejos los zapatos y posó los pies sobre la mesilla de café. Suspiré por segunda vez e hice lo mismo. Tras permanecer un rato en silencio, el agua dejó de correr en el baño y recordé lo que ella había dicho acerca de que el chico pensaba quedarse.

—Entonces, Blake... —tanteé, apreciando lo bien que sonaba aquel nombre a pesar de los malos recuerdos que me traería a partir de aquel momento—. ¿Se quedará esta noche?

Había bajado mi tono de voz, consciente de que él podía escucharnos. Sophia se volvió hacia mí, pero no parecía tener ninguna intención de ocultarle la conversación a nuestro invitado, ya que no moduló, a su vez, el volumen.

—Le ofrecí quedarse hasta que encontrara algo mejor, pero... —Medio sonrió, dudando cómo seguir. Era evidente que, una vez pasado el peligro, volvía a encontrar divertido todo aquel asunto—. No sé si querrá seguir aceptando la oferta. Por cierto, deberías disculparte. Tal vez así lo haga.

«¡Oh, mierda!» No lo quería viviendo con nosotras. Ni una noche ni dos ni tres mil. Sin embargo, tenía razón: debía disculparme. Aunque no fuese en verdad por mi culpa, ya que nadie me había avisado. Pero, después de cómo había actuado, lo mínimo que podía hacer era ofrecerle la habitación disponible.

Sin que me diese tiempo a poner mis pensamientos en orden, escuchamos cómo se abría la puerta del baño y se acercaban los pasos del chico. Ambas volvimos la cabeza hacia el pasillo, por donde Blake acababa de reaparecer. Sentí mi rostro sonrojarse cuando lo miré: aún seguía en calzoncillos.

Sophia, por otro lado, no pudo desaprovechar la oportunidad.

—¿Qué pasa, Blake? —Comenzó a reírse sin disimulo mientras miraba descaradamente de arriba abajo—. Alabo una vez tus abdominales, ¿y ya

decides que es buena idea pasear desnudo por la casa?

Las mejillas del chico adquirieron un leve tono sonrosado. Era evidente que estaba avergonzado. Se quedó parado en el descansillo, como si no se atreviera a volver hacia el sofá. Sus ojos coincidieron fugazmente con los míos antes de regresar a los de Sophia.

También era evidente que no quería mirarme.

—Dejé mi ropa allí.

Con el dedo índice, señaló a los pies del sofá. Medio escondida bajo la mesa había una camiseta y, cerca de ella, unos zapatos y unos pantalones vaqueros.

—Oye, Blake. Hay una cosa que todavía no comprendo en todo esto. ¿Por qué estabas en calzoncillos cuando Lily te encontró?

—Iba a tumbarme en el sofá y tenía calor —murmuró lo suficientemente alto como para que pudiera escucharlo—. Dormir con ropa es molesto.

El timbre de casa sonó y liberó a Blake de continuar aquella conversación. Estaba claro que no quería seguir porque su rostro había adquirido una nueva tonalidad sonrosada. Más potente.

—Son las dos y media de la mañana, seguro que es la vecina cotilla —se quejó Sophia mientras dejaba caer la cabeza sobre el sofá.

Gimió y luego se volvió hacia Blake, que seguía parado en el pasillo, indeciso con respecto a qué hacer.

—Anda, Blake. Abre tú, al menos así se lleva un buen regalo para la vista.

No sabía lo que estaba pasando en aquel momento por la cabeza del chico, pero claramente no era algo bueno. Seguramente estaba lamentándose de haber aceptado la invitación de Sophia. Aun así, obedeció.

Lo observé mientras avanzaba hacia la puerta. Si fuese posible estar más avergonzado, él ya lo habría conseguido. No habían pasado más de tres horas desde la primera vez que lo había visto, pero ya me había dado cuenta de que

era un chico bastante tímido. Eso no concordaba en absoluto con el hecho de que se hubiera desnudado al llegar al piso.

—Dime una cosa, Lily —comenzó Sophia mientras se inclinaba sobre mí, esta vez bajando el tono de voz para que solo yo la escuchase—. ¿Cómo has podido confundir a Blake con un ladrón? Pero si tiene cara de niño bueno...

Eso mismo estaba empezando a pensar yo cuando Blake abrió la puerta y alguien que no era la vecina cotilla se lanzó sobre él, lo tiró al suelo con fuerza y lo aplastó con su cuerpo. El sonido del choque resonó en todo el piso.

Sophia y yo nos pusimos alerta enseguida, nos incorporamos del sofá de un salto y miramos con incredulidad. Una bombilla se encendió en mi cabeza. Habían tardado tanto tiempo que me había olvidado de ellos por completo.

—¿Qué demonios...? —comenzó Sophia mientras una mujer vestida de negro, con el cabello atado en una coleta alta, entraba en nuestro salón pistola en mano y apuntaba directamente a Blake y al hombre que lo sostenía contra el suelo.

«Oh, Dios mío.»

—Me olvidé de decirlo. —Tragué saliva, sin poder creer la escena que se reproducía ante mis ojos—. También llamé a la policía.

Al menos una cosa quedaba clara: Blake no se olvidaría de ese día en la vida. Y yo, tampoco.

Capítulo 4

SOPH: Blake acaba de irse. Ya puedes salir de tu escondite.

LILY: ¿Va a volver?

SOPH: Dejaré que lo averigües por ti misma. Yo me voy a comprar café.

LILY: Eres malvada.

SOPH: Haberle pedido disculpas anoche. ¿Con leche y chocolate espolvoreado?

LILY: Te amo.

SOPH: Venderías tu alma por pizza y café.

LILY: Touché.

Me había aficionado al café durante una de mis dietas. Solo había durado unos días, pero había sido tan estricta que me quedé sin energías, y lo suplía con café. Fueron siete días en los que la cafeína prácticamente había sustituido a la comida y, aunque adelgacé dos kilos y Peter notó el cambio, mi cuerpo era incapaz de continuar y se convirtió en otra de mis dietas fracasadas.

Dejé el teléfono móvil a un lado de la cama, entre la almohada y el borde del colchón, y estiré los brazos lejos de mi cuerpo para desperezarme. Mis

articulaciones y huesos se espabilaron y gané un poco de energía mañanera. Lamentablemente, mi cerebro necesitaba con urgencia ese café.

Escuché la puerta de la habitación de Sophia que se abría y se cerraba, unos pasos que avanzaban frente a mi cuarto y unos leves toques intermitentes en ella antes de que mi amiga me hablase desde el otro lado:

—Son las doce del mediodía. ¡Arriba, Lily Emma!

Sonreí, todavía tumbada sobre el colchón, con las piernas enredadas entre las sábanas. Lo bonito de los sábados por la mañana era poder quedarse en la cama hasta tarde. Los domingos también podías hacerlo, pero muchas veces arrastrabas la resaca del día anterior, y eso no era tan bonito.

—¡Quiero café! —grité, a sabiendas de que ella seguía allí.

La puerta de mi cuarto se abrió y dejó una pequeña rendija por la que asomó la cabeza castaña de mi amiga.

—¿Quiere la señora galletas de chocolate con el café?

Me reí. Sophia estaba tomándose el pelo, pero ella siempre me consentía. Era la hermana mayor que nunca esperé encontrarme cuando entré en la universidad y, de alguna manera, supongo que yo era la hermana pequeña que ella nunca quiso.

—¿Con trozos de chocolate blanco? —pedí en un susurro, mi sonrisa colgaba ladeada.

—Tus arterias van a explotar —me avisó con voz de enfermera.

A la mierda mis arterias. Había tenido una noche dura.

«No tanto como Blake.»

¡Cállate, cerebro!

—¿Eso es un sí?

Sophia resopló y cerró la puerta, y salió de mi cuarto. Decididamente, eso era un sí.

Volví a estirarme antes de salir de la cama, y calculé el tiempo que tardaría en regresar. Por ser sábado, habría mucha gente en el bar, de modo que probablemente tuviera treinta minutos de margen antes de que ella estuviese de vuelta. Tiempo de sobra para darme una ducha y comerme la cabeza sobre si Blake iba a quedarse (o no) con nosotras. Anoche no parecía muy convencido.

—Tú siempre causando en los demás maravillosas primeras impresiones — me reñí en voz alta recordaba con claridad los sucesos de la noche anterior mientras tomaba una toalla y ropa limpia y caminaba hacia el baño.

Me encerré dentro y abrí el agua caliente. Había dormido con coleta y tenía el pelo tirante. Odiaba esa sensación, como la de Sophia castigándome con la incertidumbre de no saber si Blake pensaba quedarse o no porque aún no le había pedido disculpas tras noquearle con la enciclopedia. No era que no quisiese hacerlo, sino que estaba completamente avergonzada. Ella, por otro lado, ya nos había pedido disculpas a ambos con un mensaje.

Salí de la ducha con un margen de tiempo de diez minutos antes de que ella regresara, pero ¿y Blake? ¿Volvería? Detestaba la incertidumbre, por eso hice lo que tenía que hacer. Aprovechando que estaba sola en el piso, dejé que mis pies me condujeran hacia la tercera habitación. Si había algo en ella, aunque fuese una simple maleta, significaría que Blake se quedaba. Si no había nada...

—Oh, mierda —gruñí en alto nada más abrir la puerta.

No hacía falta que completara la segunda opción, porque la habitación estaba llena de cajas con indicaciones garabateadas en ellas, una maleta azul oscuro, un balón de fútbol y el estuche de un ordenador portátil.

¿Cuándo había tenido tiempo de trasladar todo aquello? Anoche, una vez que Blake se fue a descansar a la habitación que quedaba libre, Sophia se había metido en mi cuarto para cotillear.

Por lo visto, a Blake lo expulsaron de la residencia estudiantil porque habían encontrado maría en su habitación durante una inspección rutinaria. Él echaba la culpa a su anterior compañero de cuarto de todo aquello. No lo conocía lo suficiente para poder juzgarlo, pero la residencia sí. Lo habían echado, y fue a parar a Liquid con la intención de ahogar sus penas en alcohol.

Todo para terminar siendo atizado por una enciclopedia de animales fantásticos y perder la conciencia encima de mi sofá.

Al menos, era un sofá cómodo.

Aprovechando que no había nadie más en el piso, me adentré hasta el centro de la habitación. Con las cajas desparramadas por el suelo, se veía más pequeña de lo que era. ¿Cuántos metros cuadrados tendría? ¿Cinco? La cama de tamaño individual había sido desplazada contra una pared para dejar espacio a sus pertenencias. Sobre ella había una caja abierta.

«Bueno, si me asomo, nadie notará nunca que miré dentro.»

Me acerqué a la cama y aparté el cartón que tapaba el interior. Lo que encontré dentro me desilusionó. No había nada fuera de lo normal, ningún paquete de plástico sospechoso. Solo eran libros, material escolar, fotos...

«Un momento...»

—¿Leslie?

Tomé una de las fotos que se encontraba boca arriba. En ella aparecía Blake con dos chicas, una pelirroja y otra rubia. Reconocí a la rubia enseguida. Era mi prima, Leslie Sullivan.

Acerqué un poco más la foto a mi cara. Sin duda alguna, se trataba de Leslie, y la situación en la que fue tomada era bastante divertida. Estaban en una cocina y Blake se encaramaba a la mesa, con los brazos en una posición extraña, como si estuviera bailando. La chica pelirroja detrás de él sostenía una botella de tequila mientras Leslie se reía y enfocaba a Blake con su teléfono móvil.

«¿Leslie era amiga de Blake?»

Con mi modo *escritora-detective* activado, rebusqué dentro de la caja y saqué más fotos, hasta que Leslie volvió a aparecer. Volvían a ser tres personas, pero esa foto resultaba aún más desconcertante: se trataba de Leslie, Blake y su *Doppelgänger*.

Mi mente volvió a activarse y recuperé la primera foto que había tomado, y esta vez me fijé en la chica pelirroja. También la conocía a ella. La había visto el verano pasado, cuando fui a Washington con mis padres y tropecé con ella y Leslie en la calle y...

«¡Maldita sea!», ya sabía quién era Blake o, al menos, lo intuía. Eché la culpa de mis lentos reflejos al hecho de que aún no hubiese tomado un café.

—Es uno de esos *horrigemes* —comenté en un susurro, lo cual era estúpido porque solo yo me estaba escuchando.

Aquel día en Washington, Les y la otra chica, cuyo nombre no podía recordar, hablaban de dos hermanastros de Les. Gemelos. Blake tenía que ser uno de ellos.

Estaba tan concentrada y absorta en mi descubrimiento que, cuando escuché la puerta del piso abrirse, di un pequeño bote y una de las fotos se me cayó de las manos. Maldije por lo bajo y me quedé petrificada mientras esperaba a Sophia y su saludo habitual anunciando que traía café.

Ese saludo no llegó.

«Mierda.»

Tenía que salir de la habitación.

Sí, pero también debía recoger la foto del suelo, dejarla en la caja y escapar de allí sin ser vista. Todo en menos de quince segundos, que probablemente sería lo que tardaría Blake en llegar hasta su nueva habitación, porque, conociendo mi suerte, era muy poco probable que se detuviera a tomar algo en la cocina.

Durante mi estúpido tiempo de vacilación, los pasos de un chico comenzaron a resonar en el salón y avanzaron hacia donde yo estaba. Maldije para mis adentros y me puse en marcha. Dejé como pude las fotos que había sacado dentro de la caja, me agaché para recoger la del suelo y...

Los pasos se oían ya en el pasillo.

En un último intento de supervivencia, me moví hacia la pared mientras terminaba de incorporarme. Me coloqué detrás de la puerta, con la esperanza de poder salir después de que él entrara. Me escabulliría cuando estuviese de espaldas, pero... Blake la cerró de golpe una vez que estuvo dentro.

Mi cuerpo entero se congeló.

Ahí estaba, a plena luz del día y sin rastros de alcohol de la noche anterior en su cuerpo, de espaldas a mí. La fortuna empezaba a sonreírme y no me vio, pero yo a él sí.

Vaya si lo hice.

Blake llevaba en esa ocasión unos pantalones cortos distintos, playeras de correr y una camiseta del equipo de fútbol de la universidad. Su pecho ascendía y descendía con rápidas respiraciones y tenía toda la pinta de que acababa de regresar de correr. Su pelo, oscuro y fino, estaba mojado a causa del sudor.

¿Por qué los chicos deportistas tenían que parecerme tan atractivos? Tal vez por no ser yo muy fanática del ejercicio, y —ya se sabe— los polos opuestos se atraen, ¿no?

Apreté los puños cuando se llevó las manos al dobladillo de la camiseta y comenzó a sacársela. Aún sujetaba la foto del suelo entre mis dedos y noté cómo una esquina se curvaba.

«Bien, Lily, esta es tu oportunidad de salir silenciosamente antes de que él te descubra.»

A veces, debería escuchar más mi voz interior. En lugar de eso, hice caso a mis hormonas y a mis ojos, quienes parecían querer seguir mirando cómo Blake se quitaba un trozo de tela por la cabeza.

Además, la puerta estaba cerrada. Iba a pillarme igualmente al intentar abrirla, ¿a quién molestaba unos segundos más de silencio?

Blake terminó de sacarse la camiseta. Contuve la respiración. Unas pocas gotas de sudor resbalaron por la parte de atrás del cuello y recorrieron su espalda. Tenía los hombros flexionados hacia atrás mientras se estiraba, lo que marcaba la forma de sus músculos. No era exactamente el chico más guapo y musculoso que hubiera visto, pero era un chico. Y yo, una chica a quien le atraían los chicos, con ojos y hormonas realmente insistentes y cabezotas.

De pronto, su cuerpo se tensó y supe que me había visto reflejada en el cristal de la ventana, especialmente porque se volvió veloz hacia mí, de modo que me asustó y no me dio tiempo a que apartara los ojos de su cuerpo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

Me obligué a subir los ojos hacia los suyos. Apreté los labios. Estaba bastante claro que no se alegraba de encontrarme allí. Lo deduje por varias razones:

Primero, parecía enfadado, pero no furioso. Su molestia se mezclaba con una reacción de sorpresa y una pizca de vergüenza.

Segundo, el tono de su voz al preguntarme qué hacía en su habitación se había elevado unas octavas antes de terminar quebrándose, tal como les pasa a los adolescentes cuando la voz les cambia.

Tercero, volvió a pasarse la camiseta por la cabeza para colocársela, y me tapó la vista de sus abdominales.

Blake me miró fijamente mientras yo guardaba silencio. Quería decir algo, comenzando por una disculpa, pero no sabía por dónde empezar. Entonces sus ojos se posaron en la foto que aún tenía en la mano.

—¿Eso es mío? —preguntó, aunque lo cierto es que sonó más bien como una afirmación.

Tenía que hacer algo, y acabé por decir lo primero que se me ocurrió.

—¿A que no lo adivinas? ¡Leslie es mi prima!

Su boca se abrió y sus cejas se alzaron. Si Blake no había pensado aún que estaba loca, estaba claro que ahora sí lo hacía.

«Grandioso comienzo para mí y para mi futuro compañero de piso. Sí, señor.»

Capítulo 5

SOPHIA: Te aviso para que no te asustes. Un chico va a quedarse hoy en casa (y, si hay suerte, más días). Se llama Blake, compartimos una clase juntos y está muy (pero que MUY) bueno. Yo iré más tarde, así que hazme el favor y no intentes ligártelo mientras os quedáis a solas.

LISA: ¿Debo preocuparme? He estado esperando varias horas, pero ese chico tan guapo que dices que me voy a ligar aún no da señales de vida.

SOPHIA: Perdona, me confundí; el mensaje era para mi compañera de piso, Lily.

LISA: Eso me parecía. Igualmente, si es tan guapo como dices, no me importaría que me lo enviaras a casa.

SOPHIA: ¡Tía! ¡Que estás casada!

LISA: Tu tío no se enterará. Será un secreto entre las dos.

SOPHIA: No quiero saber nada.

LISA: Tu madre dice que ella también se apunta.

MAMÁ: ¿Puedes mandar una foto? Nos hemos quedado con las ganas de saber cómo es.

SOPHIA: Oh, Dios mío. ¿Y papá?

MAMÁ: Soy lo bastante mujer para satisfacer a dos hombres.

SOPHIA: ¡No quiero saber nada de eso!

Capítulo 6

Observé a Blake, que seguía mirándome atónito, pero no parecía enfadado. Eso me tranquilizó, aunque quizá fuese porque aún no le había dado tiempo a enfadarse. Seguía en estado de *shock*.

—Ella te mataría si supiera que la has llamado Leslie y no Les —musitó finalmente a media voz.

Prácticamente podía ver los engranajes de su cabeza funcionando, obligándole a decirme algo, a no quedarse en silencio.

Tragué saliva.

—Siento haber entrado en tu habitación sin permiso.

Blake apartó su mirada de mí y la posó lentamente en la foto que sujetaba mi mano. Regresó de nuevo a mis ojos y asintió. Una vez que hube arrancado, no pude ponerle el bozal a mi boca.

—Y haberte confundido con un ladrón. Y pegarte con la enciclopedia. Y dejarte inconsciente. Y haber llamado a la policía. Y... Creo que eso es todo.

Escuchó pacientemente mi retahíla de disculpas. «¿Qué me está pasando? Con Sophia tuve un mejor comienzo, aunque tal vez pudiera deberse a que ambas estábamos bajo los efectos del alcohol. Trabajar en un bar resultaba peligroso.»

Alterné mi peso de un pie al otro con nerviosismo. Blake me observaba fijamente, sin hablar. «¿Por qué no dice nada?» ¡Estaba a punto de sufrir un pequeño ataque de pánico!

—Así que... ¿Te quedas con nosotras?

Lo pregunté solo para tener algo de que hablar, al menos hasta que él me diese una señal de que me había perdonado o, como mínimo, había escuchado mis disculpas. Quizás fuera cierto que lo había dejado sordo.

—Solo por un tiempo —contestó finalmente—. Hasta que encuentre algo mejor.

Sus ojos puestos en los míos estaban incrementando mi nivel de nerviosismo de forma exponencial. Había algo en él que me incomodaba y no tenía que ver solamente con la serie de catastróficos accidentes a los que lo había sometido. Sin embargo, ese mismo sentimiento me hacía querer eliminar de golpe el dichoso nerviosismo y conseguir que reinara algo de paz entre ambos.

Así que dije lo que —supongo— era otra duda tonta.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

La puerta de la calle se abrió antes de que contestara. Esta vez sí escuché el saludo de Sophia.

—¡Traigo café, bueno, bonito y barato!

Intercambié una mirada de disculpa con Blake. Probablemente cuando Sophia lo invitó a compartir piso con nosotras, además de olvidarse de mencionar a su excéntrica compañera —una servidora—, también se olvidó de advertirle de los gritos que utilizábamos para comunicarnos la una con la otra.

Cuando yo no respondí, Sophia volvió a gritar.

—¡Lil! ¿Te has vuelto a dormir? ¡Recuerda que tienes que hacer la colada o no tendrás ropa para trabajar esta tarde!

Mis mejillas se encendieron. Sophia siempre me estaba recordando las tareas de supervivencia social cuyo cumplimiento yo siempre retrasaba. Generalmente no me molestaba, pero con un chico desconocido en el piso y escuchando ya no me hacía tanta gracia.

Le dediqué una tímida sonrisa de disculpa a Blake y comencé a recular fuera del cuarto, pero, al no apartar mis ojos de los suyos, tropecé con una de las cajas y caí hacia atrás. Pegué un grito que llamó la atención de Sophia, a juzgar por sus pasos acelerados en dirección adonde nos encontrábamos.

Blake dejó la foto sobre la cama y se acercó a toda prisa a ayudarme. Había caído en una caja con ropa, lo cual fue un alivio porque eso significaba que no me había roto nada... ni tampoco había roto nada. Tomó mi mano y tiró de ella hacia arriba.

Me sentí como si estuviese dentro de una atracción de feria. Mi cuerpo fue lanzado con demasiada fuerza desde el suelo. Abrí los ojos aterrada y solté otro pequeño grito mientras me elevaba. No había calculado que él fuese a utilizar tanta energía, por lo que no pude controlar la forma en la que fui lanzada hacia delante colisioné contra él.

Posé una mano sobre su hombro en forma de acto reflejo, pero aun así mi cara chocó contra su pecho. Colocó su mano debajo de mi brazo para estabilizarme y que no me cayera y, al hacerlo, sus dedos rozaron parte de mi pecho derecho.

Oh, mierda. Esperaba que no lo hubiese notado.

Cuando me separé de él, Blake parecía un lucero llameante.

«Sí, se ha dado cuenta.»

Sophia carraspeó para recordarnos que había llegado a casa y me giré hacia ella, lo cual fue un alivio porque Blake había decidido que ya no quería mirarme ni un minuto más y ahora se concentraba plenamente en observar sus zapatos.

—¿Qué haces aquí?

Sophia me miró de forma suspicaz y me acercó uno de los vasos de plástico con café. Podía leer dentro de su cabeza lo que en verdad quería decirme: «No me digas que entraste a cotillear en su cuarto y te atrapó con las manos en la masa».

—Vine a pedirle disculpas —mentí, aunque no era del todo falso.

Blake tosió a mi lado y Sophia lo miró inquisitiva. A veces ella me conocía tan bien que daba hasta miedo.

—¿Es eso cierto?

«Por favor, no me descubras...»

—Se disculpó —asintió él y, gracias a Dios, no añadió cómo me había atrapado dentro de su habitación.

Sophia decidió presionar un poco más.

—Y tú, ¿las aceptas?

Tomé aire y me volví hacia Blake justo a tiempo de verlo mover la cabeza mientras asentía. Ya no miraba al suelo, sino a Sophia, pero evitaba a toda costa mirarme a mí. Continuaba sonrojado, pero no tanto como segundos atrás.

—Bien, entonces daos la mano y que todo quede arreglado —sentenció Sophia como si fuese nuestra embajadora de la paz.

¿No se daba cuenta de la incomodidad que existía entre ambos? En realidad, intuía que sí lo hacía, y por eso nos estaba obligando a enfrentarnos el uno con el otro.

Yo, por mi parte, había comenzado a idear alguna forma de zafarme de la situación cuando el mismo Blake se volvió hacia mí, clavó sus ojos negros en los míos y extendió una mano.

—¿Estamos en paz?

Sonreí con timidez, no muy segura de si aquello significaba que realmente aceptaba mis disculpas. Estreché su mano y recé en mis adentros para que no

se diese cuenta de la humedad de mi palma mientras luchaba por mantenerle la mirada.

—Claro. —Me sentí tonta con la contestación, por lo que agregué—: Gracias.

Su mano soltó la mía y la aparté rápidamente hacia mi café. Me di la vuelta para encontrarme con Sophia mirándonos con aires de superioridad y luego salí de la habitación con la promesa personal de no volver a pisarla. Al menos, no sin pedir permiso antes.

«¡Qué vergüenza!»

Me senté en un taburete de la cocina con mi café caliente todavía humeando y tomé la bolsa con las galletas que Sophia me había traído. El aroma era tan fuerte que cubrió toda la estancia, y eso me relajó. Nada superaba el aroma a café y a galletas recién horneadas.

Soph llegó minutos después y tomó asiento a mi lado.

—Tenemos que montar una fiesta para Blake —me dijo en un susurro, y luego tomó una galleta—. Ya sabes, una de bienvenida.

Me chupé un dedo manchado de chocolate y entrecerré los ojos hacia ella.

—¿Qué opina Blake al respecto?

Una sonrisa malvada apareció en su rostro y tiró de la comisura de sus labios.

—Ya sabes, es un secreto. Fiesta sorpresa, ¡qué bien!

No tenía muy claro que fuese una buena idea, e iba a decírselo cuando mi teléfono vibró y la pantalla se encendió. Acababa de recibir un mensaje de mi madre.

NO CONTESTAR: Lo que pase entre tu padre y yo no tiene por qué afectarte a ti. Seguimos siendo tus padres, así que empieza a atendernos cuando te llamemos.

Bloqueé la pantalla e hice como si no lo hubiese leído. Sophia, a mi lado, simuló lo mismo.

—¿Qué te parece si hoy salimos fuera a comer *pizza*? —propuse, saltando de la silla.

La *pizza* era algo que siempre conseguía animarme. Ella frunció el ceño.

—Pensé que querías ponerte a dieta.

Desde que nos habíamos mudado juntas, había dicho tantas veces que me iba a poner a dieta que apenas podía recordar cuándo fue la última ocasión; básicamente, cada vez que me miraba más de la cuenta en el espejo o el botón de los pantalones no alcanzaba a abrochar. Por desgracia, siempre me daba por vencida en menos de cuarenta y ocho horas.

—He experimentado demasiadas emociones fuertes en un día —sentenció con firmeza, y di otro sorbo al café—. Si quiero sobrevivir a esta noche, será mejor que recobre fuerzas. Créeme.

Sophia no me discutió. Ella estaba al tanto de que la relación entre mis padres no iba bien, pero no sabía nada aún respecto de las nuevas noticias sobre el probable divorcio, y tampoco me sentía con el ánimo necesario para contárselo.

Decirlo en voz alta, de alguna manera, lo hacía más real.

Capítulo 7

La *pizza* estaba terminando de una vez por todas con mi vida.

Y el chocolate.

Y las bebidas con gas.

Y las patatas fritas.

Y la televisión.

Y el alcohol.

Y los libros cuyos personajes masculinos eran tremendamente atractivos, rebeldes e idiotas.

Pero me estaba yendo del tema.

—Mi vida apesta.

Me dejé caer sobre la barra del bar. El local aún no había abierto, de modo que aún disponía de un poco de tiempo para lamentarme sobre mi existencia antes de tener que pasar a la ardua tarea de servir copas a jóvenes que gozaban de la suerte de tener dinero, edad y tiempo libre para beber.

Sophia levantó la vista de la caja registradora, tal como había esperado que hiciera, y me miró con frustración. Ella siempre me observaba *con frustración*.

Como yo a la *pizza*.

Y al chocolate.

Y a las bebidas con gas.

Y a las patatas fritas.

Y a la televisión.

Y al alcohol.

Y a los libros cuyos personajes... Volvía a desviarme del tema.

—Por millonésima vez, Lily Emma Sullivan. ¡Esa falda no te hace gorda!

Hice un mohín con la boca cuando ella me gritó. Estaba frustrada conmigo misma, aunque en parte fuera por mi culpa, pero solo *en parte*. Durante la última semana había engordado, como mínimo, dos kilos. La otra parte de la culpa era de Blake.

El estúpido, tímido e intimidante nuevo compañero de piso que Sophia nos había agenciado.

Según él, me había perdonado los ataques contra su persona llevados a cabo en las primeras veinticuatro horas de convivencia, pero, después de una tensa semana conviviendo en el diminuto apartamento, estaba segura de que no era del todo así. Apenas hallábamos temas de conversación para hablar y, cuando coincidíamos en la cocina o el salón, él seguía sin mirarme directamente o lo hacía de esa forma intensa que conseguía intimidarme.

Además, no era divertido compartir el baño con un chico. Ahora los tampones los guardaba en mi habitación.

Odié cada segundo de la semana en que él continuaba viviendo con nosotras. «¿Cuánto tiempo más puede tardar en encontrar un nuevo lugar donde alojarse?»

Todo ese cúmulo de situaciones estresantes consiguió que volviera a echar atrás mi actitud positiva ante una nueva dieta. Por eso el domingo de resaca acabé desayunando *pizza* fría del día anterior, acordándome de mi perro Pizza y llorando de forma incontrolada ante la frustración de no saber cómo continuar escribiendo el siguiente capítulo de mi novela.

Seguí así durante una semana, hasta llegar al momento en el que me encontraba: tratando de ponerme la falda negra para ir a trabajar y descubriendo que me hacía una fea arruga en la parte donde se infla el estómago. Por no hablar de la del trasero.

Y eso sin mencionar todavía el acné. Daba gracias a la base de maquillaje por existir y hacer mi vida un poquito más bella. Especialmente, mi rostro.

—¡Escúchame, idiota!

Parpadeé y salí de mis pensamientos. Me volví hacia Sophia, que gritaba delante de mí mientras zarandeaba una botella de ron. El maquillaje de sus ojos estaba impoluto, al igual que el cabello. Lo llevaba sujeto en la sien, atado en una fuerte coleta. Mis rizos, por otro lado, eran una cosa de otro mundo: imposibles de peinar y rebeldes ante cualquier producto digno de peluquería.

—¿Qué?

Resopló y dejó la botella sobre la barra.

—Vamos a abrir ya, Tyler se dirige ahora mismo hacia la puerta y Savannah está lista en la cabina del DJ. Quería asegurarme de que te encontrabas a tono frente a lo que se avecina. Recuerda: es sábado.

Terminé la frase en mi cabeza: «Y los sábados esto se llena de gente». Sophia y yo habíamos rogado a Savannah, nuestra jefa y responsable de la música, que contratara a otra camarera para los fines de semana, pero en su lugar obtuvimos al imbécil de Tyler.

No era tanto que me cayese mal como que yo le caía mal a él. No bromeaba. Lo había conocido la semana anterior, después de haber pasado la noche entera sin dormir por culpa de lo sucedido con Blake, y no fue nada amigable conmigo. Además, yo no le había hecho nada.

No se había molestado en hablarme, pero las miradas de desagrado hablaban por sí solas.

—Quizá necesite un chupito...

Intenté tomar la botella de ron de sus manos, pero Sophia la apartó con resolución y negó enérgicamente.

—Estamos en el trabajo, Lil.

—Aguafiestas —susurré hacia ella, pero no insistí.

Tal como esperábamos, tan solo media hora después de abrir, nos faltaba ya el aire entre copa y copa servida. Había miles de personas repartidas por la pista de baile, sudorosas y sedientas, corriendo en dirección a la barra a reclamar algo de líquido que calmara sus cuerpos y aplacara su sentido de la vergüenza. Me dolían las piernas y los pies, pero tenía que sonreír forzosamente a clientes impacientes o a aquellos que trataban de conseguir una copa gratis con sus piropos.

Lo siento, pero me pagan por ganancias, no por regalar bebida.

El aire que había a nuestro alrededor era húmedo y condensado, como casi cada noche. Por mucho que se hubiese instalado un nuevo sistema de ventilación, los cuerpos sudados y repletos de alcohol de los jóvenes universitarios eran algo duro contra lo que bregar. Empezaba a marearme.

Estaba terminando de cobrar unos botellines de cerveza cuando, en la oscuridad de la discoteca, una sombra se acercó por detrás a traición.

—Savannah dice que os toméis un descanso. Os vengo a relevar.

—¡Jesús, María y José!

Derramé el contenido de uno de los botellines sobre mi top al llevarme la mano al pecho a causa del susto. Luego, Tyler se plantó frente a mí, con los brazos cruzados y una actitud escandalosamente chulesca. No eran paranoias mías. No podían serlo.

Hizo un gesto de desagrado con la boca y tomó las cervezas de mis manos. Apartó la que se había derramado y tomó otra para entregársela a un cliente.

—Ten más cuidado, Sullivan —gruñó en mi dirección antes de ponerse a trabajar.

Sophia también se acercó por la espalda sin que la viese venir. Pero colocó las manos en mi cintura y me hizo cosquillas al mismo tiempo.

—¿Ya estás tirándolo todo? —bromeó, y me pasó los brazos alrededor, a la altura de mi ombligo—. Te dije que no bebieras, Lily Emma.

Me recliné hacia atrás contra su cuerpo. Apenas llevábamos dos horas trabajando y me sentía como si lo hubiese hecho la noche entera.

—No he bebido nada. Ha sido culpa de Tyler. Me ha asustado.

Miré al chico. Debía de tener alrededor de veinticinco años. Allí, en la barra, su pelo brillaba con un tono rubio oscuro mientras se movía de un lado a otro. Daba la sensación de que se llevaría por delante las botellas, porque la barra era muy pequeña y él tenía la constitución robusta de una persona que ha estado trabajando en empleos que requieren fuerza física durante buena parte de su vida.

Sophia pellizcó mi estómago y me separé de ella de un salto.

—Te asustas por nada; eres peor que una niña miedosa —se burló.

Realmente era una niña miedosa, no iba a discutir aquello. Lancé una mirada fugaz a Tyler.

—Me da escalofríos. —Acerqué la cabeza a la suya para no tener que gritar por encima de la música—. Y creo que me odia.

Ella también lo miró.

—Tú crees que todos los que te miran raro te odian. Yo creo que está bueno.

—Hasta hace poco creías eso de Blake —le recordé tras darle un codazo.

—Y lo sigo haciendo, pero te lo voy a dejar a ti. Sois tal para cual.

—Claro —asentí sarcásticamente—. El día en que no me veas atizándole con una enciclopedia, preocúpate y...

Mis palabras se perdieron en el aire. Al otro lado de la barra, estrujado entre brazos, manos y bebidas de personas exigentes, había alguien que me miraba directamente y saludaba.

—Tu pizzero favorito ya sabe dónde encontrarte —observó Sophia, que también se había dado cuenta—. Ten cuidado, cualquier día lo encontrarás metido en tu cama. O lo encontraré yo.

Haciendo caso omiso de su broma, devolví el saludo a Rubén y salí de detrás de la barra. Él también se apartó y se reunió conmigo.

—¡Hola! —grité por encima de la música.

No lo conocía tanto como a Sophia y no podía permitirme el lujo de invadir su espacio personal para no tener que forzar la voz.

—¡Me costó reconocerte!

«Ha notado los kilos y los granos de más» —pensé—. ¿Quién no los notaría?»

—Nunca te había visto antes con gafas —agregó y se llevó el dedo índice hacia arriba, donde la montura negra descansaba sobre el puente de mi nariz—. ¿Sueles usar lentillas?

Me quité las gafas rápidamente y las sostuve frente a nosotros mientras las hacía bailar entre mis dedos por la patilla derecha.

—No las necesito en general. Solo para ver de lejos.

Las llevaba a la discoteca porque entre la oscuridad y la gran cantidad de clientes a veces no podía distinguir unas caras de otras y, cuando estaba atendiendo, podía convertirse en un gran problema. Sin embargo, para el día a día, apenas las usaba.

—¿Bailas?

Rubén me estaba ofreciendo una mano, me la tendía al menos como en las películas antiguas, cuando el chico saca a la chica a bailar. Sus rizos claros resbalaron sobre su frente y ante mis ojos de pronto me pareció irresistible.

¿O quizá fuera el hecho de que él me recordaba a la *pizza*, y la *pizza* me parecía irresistible? Condicionamiento clásico, pero sin que se me cayese la baba.

—Claro.

Tomó mi mano y, mientras yo me preocupaba por que no notara que estaba sudando, me ayudó a atravesar el montón de gente que había hasta alcanzar un lateral de la pista de baile. Era complicado penetrar en el interior, así que nos conformamos con quedarnos fuera.

No era realmente buena bailando. Me gustaba, pero una cosa es hacer el tonto sola en tu habitación o con tus amigas, criticando a tu exnovio al ritmo de Taylor Swift y otra delante de una multitud. Sin embargo, era tal la cantidad de gente que, entre los empujones, los codazos y los pisotones, pude fingir que estaba bailando.

—No sabía que trabajabas aquí —confesó Rubén después de una canción. Estábamos tan pegados que el espacio personal apenas existía. Ni con él ni con las personas que había a nuestro alrededor—. Fue una sorpresa encontrarte.

—Necesito pagar las *pizzas* que como. —Me encogí de hombros y acto seguido posé una mano en su brazo cuando una chica me hizo perder el equilibrio—. Aunque siempre sean de cuatro quesos.

Empecé a alejarme de él, pero su sonrisa me detuvo. Rubén tomó mi mano y me hizo girar al son de la música. Sonreí con satisfacción cuando me llevé por delante a la chica que me había empujado, aunque con la mirada le pidiera perdón.

—Y yo vendo *pizzas* para pagar mis copas. —Su frase me hizo alzar las cejas, y su sonrisa se extendió—. No me mires así, solo me limito a disfrutar de la vida.

—No puedo reñirte, yo también bebo.

Aunque técnicamente no pudiera hacerlo, por ser menor de veintiún años, Sophia y Savannah siempre hacían la vista gorda, al contrario que mis padres. A mi modo de ver, lo mejor era no ser tan estricto, pero sin pasarse. Era peor cuando prohibías en exceso algo como el alcohol. Me faltaban dedos de la mano para contar todos los jóvenes de veintiuno que había visto llevarse en ambulancia cuando celebraban la mayoría de edad.

—¿Y fumas? —preguntó.

Recibí un nuevo empujón por detrás, pero me las arreglé para no caer encima de Rubén y negué con la cabeza. Empezaba a dolerme un poco la garganta de gritar, tanto en la barra como ahora, pues intentaba mantener una conversación.

—¿Tú?

—Algún chute de felicidad de vez en cuando. Me ayuda con mi arte.

Junté las cejas en una sola línea. No estaba refiriéndose a la nicotina tradicional.

Me hizo girar otra vez y, al terminar, me dejó más cerca de él. Cuando habló, lo hizo sobre mi pelo, en mi oído.

—Aparte de vender *pizza*, hago otras cosas. Dibujo.

Me distancié lo suficiente para mirarlo. Parecía ir en serio.

—¿Eres bueno?

—Me gusta. Me siento bien cuando lo hago y creo que eso es importante. Pero no da para pagar mis facturas.

Había escuchado que escribir en estado de embriaguez era bueno para la creatividad. ¿No lo hacían acaso los bohemios? En realidad, tenía sentido. Supongo. Algún día lo probaría.

Alcé los ojos hacia la barra, justo a tiempo para ver a Sophia agitando los brazos en mi dirección. Tyler también me lanzó una mirada que consiguió

disipar toda la calidez que Rubén había instalado en mí. Aquel chico me odiaba. Simplemente, me odiaba.

—Tengo que volver a la barra —me disculpé mientras me alejaba de él—. Sophia me está mandando imágenes telepáticas de ella clavándome un cuchillo si no regreso.

Rubén soltó mi mano, que había mantenido agarrada desde que me hizo girar sobre mí misma, y mostró todos los dientes al sonreír.

—Nos veremos de nuevo, junto con otra de cuatro quesos. La próxima, invito yo.

—Te tomo la palabra.

Capítulo 8

—... entrará en el examen.

«Mierda. Ha dicho “examen”. Ha dicho que eso entraría en el examen.»

Parpadeé y regresé a la Tierra, al aula en la que estaba sentada y a su olor a humanidad, porque nadie había pensado en lo fantástico que sería abrir las ventanas. Miré con un profundo despiste hacia el compañero de la mesa de al lado. Deslizaba el bolígrafo a toda velocidad por el cuaderno. Su pelo largo me impedía ver lo que estaba escribiendo.

«¡Maldición! ¿Qué era lo que iba a entrar en el examen?»

Pero el profesor seguía hablando en ese tono monótono y aburrido tan propio de él, pasando diapositivas con fotografías en blanco y negro de famosos escritores y continuando con la lección como si mi cabeza no hubiese estallado ni espabilado de golpe ante la palabra *examen*.

Treinta minutos más tarde regresaba a casa cabizbaja y sin saber qué demonios iba a entrar en el examen.

Se diría que, debido a mi afición a escribir y leer, la clase de literatura me tendría que encantar. En un inicio, yo pensé eso. Mis padres pensaron eso. Sophia pensó eso.

Solo el profesor, con su lección teórica y aburrida, no pensó de ese modo.

Con clases así no me extrañaba nada que hubiese gente que dejase de leer. Es como cuando te mandan responder y analizar preguntas de un libro que has leído. Pierde instantáneamente todo el encanto que tuvo mientras estaba en tus manos. O cuando te obligan a leer a fondo una novela que detestas.

Al abrir la puerta del apartamento, dispuesta a cocerme de asco en mi propia miseria, llegó hasta mí un griterío de voces junto con un cálido y atractivo olor.

—¡Te comería a besos! —escuché que decía Sophia.

Junté las cejas y cerré la puerta detrás de mí. Me arrastré lentamente por el recibidor hacia la cocina, lugar del que provenía aquel delicioso aroma a comida casera.

—Tú dejaste que me quedara aquí, es lo menos que puedo hacer. Además, son solo macarrones.

Asomé la cabeza por el hueco de la puerta y observé la escena algo confusa. Blake llevaba puesto mi delantal blanco con flores azules y sostenía una cuchara gigante en la mano. Sophia lo miraba con absoluta admiración.

—Es mucho mejor que la *pizza* fría que deja Lily por las mañanas.

Crucé los brazos sobre el pecho y la mochila se deslizó hasta mi codo. Sophia había hecho que sonara fatal. No comía solo *pizza*. Algún día había cocinado, pero ella se había negado a probarlo, porque una vez confundí la sal con el azúcar y fue un gran problema.

Mi amiga se acercó a la cazuela con pasta y la olisqueó con los ojos cerrados y expresión de placer. Estaba de acuerdo con ella en que olía bien, pero su reacción me parecía exagerada. Entonces se volvió hacia Blake con una gran sonrisa en la cara y le espetó:

—Si quieres conquistar a Lily, cocina *pizza* casera. Es una fanática de la *pizza*.

Abrí los ojos y la boca y sentí toda la sangre correr hacia mi rostro. Sophia estaba obsesionada con hacer que Blake y yo nos liásemos. Se había empeñado en que nuestro comienzo como compañeros de piso, en lugar de ser vergonzoso, resultó divertido, una clara señal de que estábamos destinados a salir juntos.

Ni siquiera se había parado a pensar en que tal vez a mí no me gustara Blake, o yo a él. Quizá tampoco se sintiera atraído por las mujeres; apenas lo conocíamos.

—Pensé que lo que le apasionaba era el café —contestó Blake con una sonrisa burlona.

No tenía muy claro si estaba continuando la broma porque le divertía o porque quizá sí estaba interesado. El mero pensamiento hizo que mis mejillas se ruborizaran.

—Su amor está bastante dividido —reflexionó Soph tras unos segundos—. Prueba a beberte su café y desearías que fuese una enciclopedia con la que te estuviese pegando.

Decidí que ese era el momento de intervenir.

—Bonito delantal —comenté al adentrarme en la cocina.

Blake se sobresaltó y Sophia se apartó de la comida. Ninguno de los dos me había visto u oído hasta ese momento. Ajusté la mochila de nuevo sobre mi hombro.

—No quería ensuciarme la ropa.

Volví mis ojos hacia él. Estaba comenzando a desatarse el delantal y sus dedos se hicieron un lío con el cordón tras la espalda. Contuve la sonrisa por educación, ya que la imagen de él avergonzado y nervioso era graciosa y tierna al mismo tiempo. Sin embargo, no me gustaba que actuase así, que se mostrara distante a mi lado. Llevábamos casi dos semanas de convivencia y parecía que la cosa iría a más.

Puede que empezáramos con mal pie, pero estaba en nuestras manos cambiar esa primera impresión. Al menos Sophia me había hecho verlo así después de escuchar cómo me quejaba de nuevo porque él siguiera con nosotras. Sophia era muy buena abriendo mentes.

—Eh, no pasa nada —lo tranquilicé, y elevé la mano en son de paz—. Solo quería decir que te queda bien.

Blake dejó de intentar desenredar el delantal. Murmuró un pequeño «gracias» y se dio la vuelta para comenzar a sacar los platos de la encimera. Lo observé mientras se giraba. La lazada del delantal acentuaba la forma de su cuerpo bajo la camiseta y la levantaba unos centímetros, de modo que se le veía la cinturilla de los vaqueros. No pude evitar posar los ojos durante una fracción de segundo en su trasero.

Cuando meforcé a mí misma a apartar los ojos, me encontré con los de Sophia, divertidos y suspicaces. Le saqué la lengua y salí de la cocina en dirección a mi cuarto para dejar la mochila y organizar un poco la tarde. No tenía más clases ni tampoco me tocaba ir a trabajar. Podría aprovechar para ponerme al día con los autores de literatura, averiguar qué demonios era lo que entraba en el examen y tal vez escribir.

Regresé al comedor, donde Sophia y Blake habían acomodado la mesa frente al sofá para poder comer allí y ver la televisión. Me sentí un poco mal por que hubiesen hecho todo aquello mientras yo vagueaba en el cuarto. Peor aún cuando Blake se ofreció a lavar los platos, ya que el lavavajillas había muerto la semana anterior y el casero seguía sin arreglarlo. Además, sus macarrones en realidad sabían muy bien. Tenían la cantidad justa de sal y tomate. Y repetí.

Ya empezaría la dieta al día siguiente.

—Siempre he dicho que es más cómodo vivir con chicos, porque sois más limpios —comentó Sophia mientras todos recogíamos los vasos y los platos

que habíamos usado para comer—. Y también limpiáis mejor.

Le lancé una mirada de incompreensión y la seguí de vuelta al salón, y dejé a Blake sumergido en sus quehaceres con una botella de jabón y un trapo de cocina. Él solamente había sonreído cuando ella había dicho eso.

—¿Los chicos limpian mejor? —susurré, e intenté que no nos escuchara—. ¿De dónde has sacado eso?

Era una generalización un poco extraña. Podría ser que algunos chicos limpiasen mejor, no lo negaba, pero tampoco podía sacar de mi cabeza el recuerdo de Peter intentando eliminar las manchas de grasa de su camiseta la vez que intentamos reparar el coche viejo de su padre. Terminamos por tirarla a la basura. No hubiese valido ni para hacer trapos.

Sophia me sonrió de oreja a oreja. Se recogió el cabello en una cola alta.

—Efecto Pígalión —comentó en una sola palabra.

Me senté a su lado en el sofá. Podíamos escuchar a Blake abriendo y cerrando el grifo para aclarar los platos.

—No lo entiendo.

—El efecto Pígalión dice que lo que tú muestres a una persona que esperas de ella influirá en su comportamiento. Sucede, por ejemplo, con los niños. Si le haces ver a uno que tú crees que puede sacar muy buenas notas, probablemente se esfuerce más.

—Vaaale —asentí, estirando una vocal más de lo debido—, ¿y qué tiene que ver eso con Blake?

Su sonrisa se hizo más grande.

—Acabo de meter en su cabeza la idea de que yo creo que será bueno limpiando —susurró mientras lanzaba miradas hacia la cocina como si estuviese confabulando contra él. En realidad lo estaba haciendo—. En otras palabras, estoy intentando que se encargue de la limpieza... Al menos, la de la cocina.

Ahí lo entendí, y no pude evitar reírme.

—Eres malvada.

—Y muy ingeniosa, lo sé.

Sophia se puso de pie de un salto antes de que Blake terminara de fregar. Ella sí tenía clases por la tarde y, a diferencia de mí, era muy aplicada con su carrera. Supongo que tener clara cuál sería su profesión ayudaba.

Aún no había asumido que con su carácter alegre, sociable y desvergonzado quisiera ser contable.

—No te olvides de hacer la colada, sé que no te queda ropa limpia —me avisó antes de salir de casa.

Puse mala cara y eso la hizo reír. Ella tenía razón, pero no quería saber cómo había conseguido averiguar que lo que llevaba puesto era mi último conjunto limpio de camiseta y pantalón. Llevaba casi dos semanas sin poner una lavadora y no tenía mucha ropa. Su armario, por el contrario, era una maldita tienda. Una maldita tienda que no me dejaba tocar. Quería más a su ropa que mí.

Con la vergüenza de su comentario pesando todavía en mi conciencia, y sabiendo que si no lo hacía en ese momento, no lo haría nunca, me levanté del sofá y fui a por el cesto de ropa sucia que había en mi habitación.

La lavadora estaba en la cocina y Blake seguía allí fregando. Parecía estar pasando un mal rato con la enorme olla de tomate quemado.

—Si echas agua caliente con un poco de jabón y lo dejas reposar un rato, se ablandará y saldrá mejor —apunté, haciendo referencia a la solidificación de pasta y tomate pegado en el metal—. Mi madre me lo dijo una vez.

Sentí una punzada de dolor al recordar a mi madre. Seguía sin hablar con ella y con mi padre. Sabía que mi actitud era egoísta, pero me negaba a hacerlo. Al menos, no hasta que decidiesen si se divorciaban o no y dejarasen de mantenerme en un limbo constante respecto a su fracasado matrimonio.

Blake asintió con la cabeza y aproveché un momento de distracción, mientras llenaba de agua la olla, para agacharme y meter todas mis prendas dentro de la lavadora. Estábamos muy cerca el uno del otro, así que me puse de espaldas a él y traté de no tocarlo. Además, no tenía la más mínima intención de que viese mi ropa interior sucia.

Terminé de prepararlo todo en un tiempo récord. Añadí el jabón en uno de los huecos de la máquina y le di al botón de ochenta minutos de lavado delicado. Había metido tanta ropa que temía que pudiese estallar, así que cuanto más tiempo estuviese, mejor. Solo esperaba que pudiera secarse algo antes de la noche, porque mi pijama también estaba dentro.

—Bueno, esto ya está... —escuché que decía Blake mientras yo me incorporaba del suelo y me frotaba las palmas de las manos una contra la otra, como si hubiese realizado un gran esfuerzo.

Y entonces sucedió.

Choqué contra algo. Exactamente contra una olla llena de agua caliente y jabón que, por razones desconocidas, Blake había sentido la necesidad de levantar del fogón.

Pasó lo inevitable y la olla se tambaleó en sus manos, directa hacia mí. Sentí cómo el agua sucia y jabonosa empapaba mi última camiseta y mis pantalones limpios.

«Hola, karma; ya tardabas en aparecer.»

Capítulo 9

Pegué un chillido porque el agua estaba caliente. Demasiado caliente. También retrocedí dando un pequeño salto e hice aspavientos ridículos con las manos. De haber sido grabada, me habría convertido en la sensación de Instagram durante ese mes.

Blake colocó la olla en la encimera y se volvió hacia mí con cara de espanto y arrepentimiento.

—¡Lo siento mucho! Yo no pretendía... Dios, Lily, lo siento.

No podía decir nada. Estaba demasiado ocupada dando saltos como un mono descontrolado mientras el calor del agua hirviendo comenzaba a desaparecer. Cuando paré, él seguía mirándome con preocupación.

—Quemaba —jadeé mientras despegaba la camiseta mojada del pecho.

Me sentía como un gato escaldado.

—Lo siento mucho, Lily —repitió. Buscó un trapo de cocina y me lo pasó para que me secara la cara y los brazos—. Lo siento tanto...

—No pasa nada, no fue adrede. —O eso espero.

Negué con la cabeza y lancé el trapo a la mesa. Así no iba a conseguir secarme la ropa. Y entonces caí en la cuenta.

«Oh, Dios mío. Mi ropa.»

Gemí y miré hacia la lavadora, que daba vueltas y más vueltas, y luego a mi camiseta mojada. Comenzaba progresivamente a enfriarse y, por ende, también mi cuerpo.

—No tengo nada que ponerme —me lamenté, y estiré la tela de nuevo para evitar que se transparentara el sujetador—. Toda mi ropa está en la lavadora.

Blake me miró perplejo.

—¿Toda tu ropa? —Observó la máquina durante unos segundos y después a mí—. ¿Esa es *toda* tu ropa?

Si no hubiera sido por la humedad de la camiseta y el frío que empezaba a sentir, me habría puesto colorada.

—No tengo demasiada ro...

—¿Estás lavando la ropa blanca con la ropa de color? —me interrumpió, y abriendo mucho los ojos—. Se va a desteñir.

Así que ese era el problema. Me encogí de hombros. En realidad, no cuidaba mucho mis cosas, por eso Sophia no me dejaba usar nada de su armario.

—No tengo ropa blanca —respondí torpemente, al mismo tiempo que llevaba las manos a los antebrazos en un vano intento por darme calor—. Estoy a salvo.

También pensaba que la ropa clara me hacía gorda, así que la evitaba a toda costa.

—Si toda tu ropa se está lavando, deberías tomar prestado algo de Sophia. Vas a ponerte enferma.

—No creo que sea buena idea.

Mis dientes castañearon cuando hablé. Las comisuras de los labios de Blake se doblaron hacia abajo en un gesto que era una mezcla de desacuerdo y preocupación.

—Estás temblando. A mí me parece que sí lo es.

—No, no lo entiendes. Sophia no me deja usar su ropa. Si le tomo prestado algo y se entera, es capaz de echarme del piso a patadas.

Una vez me puse una de sus cazadoras para salir de fiesta porque era bonita y hacía frío. No llevábamos ni dos semanas viviendo juntas, y regresé a casa con la marca de un cigarrillo en la manga. Ni siquiera fumaba, pero la persona que se sentó a mi lado esa noche sí. No quiero ni recordar la reacción de Sophia, pero hubo muchos gritos de por medio.

—Tampoco puedes quedarte así o enfermarás. —Tomó aire lentamente, sin dejar de observarme, antes de añadir—: Ven, te dejaré algo mío.



La ropa que Blake me prestó me quedaba enorme, aunque no tanto como había esperado en un principio. Sus pantalones de deporte eran elásticos y se ajustaban a mi cintura. Me llegaban justo por debajo de la rodilla. Su camiseta me tapaba el trasero y se inflaba por todos lados.

Estaba segura de que me veía enorme y horrible con su ropa. Jamás habría usado algo así delante de Peter. Pero Blake tenía razón, era mejor que seguir con la mía mojada. Además, insistió mucho en que la usara.

Metí la cara dentro de la camiseta y enterré la nariz. Olía igual que Blake.

—Aquí está tu café.

Saqué la cara de la camiseta justo cuando regresaba a la sala con una taza de café bien cargada. En un primer momento me había mirado como si estuviese loca porque le había dicho que quería el vaso de medio litro en lugar de la ridícula tacita de postre, pero al final me había hecho caso.

—Gracias, ¿seguro que tú no quieres?

Tomé el vaso de sus manos mientras él negaba y se sentaba a mi lado en el sofá. Me di cuenta de cómo lanzaba una mirada de soslayo a la ropa que

llevaba puesta. Una ola de calor me invadió y me llevé la taza a los labios, tan solo para hacer algo. Estaba horrible y me sentía fatal por tener que usar su ropa.

—Siento haberte echado el agua por encima, Lily.

Posé el vaso sobre la mesita de la sala y traté de mantenerme impassible. Se había olvidado de añadirle azúcar y estaba tan amargo que no podía beberlo sin sentir arcadas, pero no quería decírselo.

—De verdad, Blake, no pasa nada. Yo soy quien lo siente por el desastre del primer día. Estás en todo tu derecho de vengarte tirándome el agua encima.

Intenté sonreírle para demostrar que solo bromeaba, pero la intensidad de sus ojos oscuros era algo que todavía conseguía desestabilizarme. Su mirada podía conmigo y, si no conseguía superar ese *algo* que mantenía con ella, acabaría con un problema.

—Hemos empezado con mal pie —asintió con voz grave—. Creo que es hora de arreglarlo.

De pronto, se levantó frente a mí y alzó la mano.

—Hola, soy Blake Harries.

El estómago me dio una pequeña sacudida, pero no se lo iba a decir. En vez de eso, me incorporé, tomé su mano y la estreché con vehemencia, como Sophia nos había obligado a hacer días atrás, pero esa vez sintiendo que aquello era real.

—Yo soy Lily Emma Sullivan. Un placer.

Blake me sonrió, y yo le sonreí.

Cuando nuestras manos se soltaron, regresó al sofá. Tomé asiento a su lado, sentada un poco más tranquila. Hasta que él volvió a hablar.

—Bueno, dime. ¿De qué va tu historia?

Parpadeé ante la confusión. ¿Desde cuándo Blake sabía que yo escribía? Una de dos: o Sophia se lo había dicho o en realidad hablaba de la historia

que me estaba montando en mi cabeza sobre cómo el mundo parecía en mi contra.

—Eh...

Nunca había hablado con alguien sobre lo que escribía. Para ser sinceros, Sophia era una de las pocas personas que conocía mi afición. Los otros eran mis padres, y no estaban precisamente muy entusiasmados con que *perdiera el tiempo* de esa manera, pero argumentaban que era mejor que emborracharse.

—¿Es de amor? —inquirió Blake, que se recostó en el sofá.

Sabía lo que estaba haciendo. Intentaba encontrar un tema de conversación, que nos conociésemos mejor y poder crear lazos. Pero ¿por qué tenía que ser sobre algo que me avergonzaba tanto? No es que escribir estuviese mal, al contrario. Sin embargo, me daba muchísimo pudor hablar sobre lo que yo en concreto escribía.

Blake alzó las cejas, insistiendo, y decidí que podía contárselo. Al fin y al cabo, se mudaría después de un tiempo, así que, si pensaba que yo era un bicho raro, me quedaba la opción de no volver a verlo nunca más.

—Prométeme que no te reirás.

Eso hizo que su ceño se frunciera.

—¿Por qué iba a hacerlo?

«Porque Peter lo hizo.»

—Porque... Bueno, vamos a ver. La historia no es ninguna obra de arte. De hecho, es mala. Muy mala. No te gustaría.

Blake me interrumpió.

—Vale, no te estoy diciendo que la vaya a leer. Tampoco te voy a obligar a que me la cuentes si no quieres, pero siento curiosidad. Nunca antes había conocido a una escritora.

Quise contradecirlo. No era escritora, solamente me gustaba escribir. Y ya está, eso era todo. Quizás había sido mala idea decidir hablarle de mi novela.

Necesitaba cambiar de tema enseguida.

—Oye, ahora que me acuerdo...—comenté para tratar de ganar tiempo—. ¿Tú no eras el hermanastro de la prima Leslie?

Resultaba demasiado obvio que estaba tratando de desviar la conversación. Blake se dio cuenta y su expresión me lo dijo todo. Sin embargo, cuando abrió la boca sus palabras fueron las siguientes:

—Es Les, que no se entere nunca de que la llamaste Leslie.

Es verdad. Ya no me acordaba. Mi prima odiaba que la llamasen por su nombre completo. Siempre nos corregía y se enfadaba mucho si no lo hacíamos, desde que era muy pequeña, además.

—O su ira caerá sobre nosotros —me burlé.

Y ambos estallamos en carcajadas. Fue agradable reírme con él, compartir una misma broma por primera vez desde que nos habíamos conocido.

—De todos modos, Les y yo ya no somos hermanastros —dijo cuando las risas desaparecieron—. Su padre y mi madre se divorciaron a mediados de este verano.

Abrí la boca y la volví a cerrar de golpe, sin decir nada. Esa información no la conocía. Lo último que sabía de ella era que estaba en Washington pasando el verano con su padre.

—Ella... —comenzó a decir, como si dudase acerca de hablar o no—. Tenía algo con mi hermano, Hunter.

—Oh —fue lo único que pude decir.

—Cuando sucedió todo, pensé que eso sería bueno para ellos —continuó Blake, y su mirada se desvió hacia la pared, como si la encontrara increíblemente interesante—. Estaban todo el rato picándose entre ellos, pero se querían. Tan solo decidieron que no podrían soportar la distancia y rompieron de mutuo acuerdo.

Nos quedamos en silencio durante unos largos segundos, hasta que al final susurré lo que probablemente fuera la cosa más estúpida del mundo:

—Soy incapaz de imaginarme a mi prima Leslie enamorada.

—Todo el mundo necesita un poco de amor. —Se encogió de hombros y de pronto sus ojos abandonaron la pared y volvieron a los míos—. Pero, oye, estábamos hablando de tu historia. ¡Cuéntame más!

Contuve un pequeño gruñido. No había conseguido desviar el tema en absoluto.

—Bueno... Ya te dije que era muy mala. Además, es una historia llena de estereotipos. Probablemente sea de esas historias cuyo final te esperas desde el primer capítulo y con personajes planos que...

Su mano se elevó para interrumpirme.

—Eh, Lily, basta. No te estoy pidiendo una crítica literaria. Te estoy preguntando de qué va la historia.

Me mordí el labio inferior con nerviosismo. ¿Y si simplemente cambiaba de tema y le proponía pedir *pizza* para cenar? Acabábamos de comer, pero no pasaba nada. Ya dije que comenzaría la dieta al día siguiente.

—Pues... —comencé en un tono de voz muy bajo—. Trata de un chico y una chica.

—Ajá...

—Ellos son diferentes.

Dios mío. Aquello no funcionaba. Si estaba intentando que no sonase a historia manida, había cosechado un gran y monumental fracaso.

—Expílicate.

Me removí inquieta en el sofá. No me consideraba una persona tímida, pero no sucede lo mismo cuando escribes. Muestras lo que hay dentro de ti, abres tu alma palabra a palabra. Quizá por eso prefería esconderme bajo un seudónimo en Internet: ellos conocían mi alma, pero no mi reflejo.

Me miré las rodillas flexionadas, tomé aire y abrí la boca.

—Se titula *Falso amor*. La protagonista se llama Amanda, y es una chica que se pasa la vida fingiendo. Finge que le gusta su novio, que quiere a su madre, que no le importa que su mejor amiga sea una falsa... Y él es un idiota. Nate es el típico chico guapo que pasa de todo y...

Alcé los ojos hacia él mientras mi voz perdía más y más fuelle, hasta terminar por extinguirse. ¿Estaría riéndose de mí? ¿Habíamos llegado ya a ese punto? Sin embargo, cuando nuestros ojos coincidieron, la sonrisa que había en ellos no era de burla. Blake no reaccionaba como Peter había hecho en el pasado.

—¿Y? —insistió.

Parecía realmente atento. Sus ojos oscuros me observaban con suavidad y volvían su expresión más dulce. Durante unos segundos, me olvidé de que estábamos hablando. Hasta que recordé que tenía que contarle la trama, y aparté la mirada para seguir hablando. Lo mejor era terminar con todo eso de una vez. Empezaba a tener mucho calor y era probable que el café sin azúcar se hubiese enfriado.

—Pues nada, resulta que el hermano de él y la madre de ella se lían, y para separarlos comienzan a fingir que salen juntos.

—Y por eso se llama *Falso amor*, ¿verdad? —Asentí con lentitud, y él alzó la voz—. No digas más, no quiero que me desveles el final. Si luego lo quiero leer, ¿qué gracia tendría saberlo?

Dirigí mis ojos hacia él ante sus últimas palabras. O había escuchado mal o estaba bromeando.

—¿Qué has dicho? —pregunté.

Blake inclinó la cabeza y achicó un poco los ojos.

—Según me ha contado Sophia, varias personas la están leyendo. ¿Te molesta si lo hago yo?

Apreté los labios sin poder ocultar una pequeña sonrisa. No, no me molestaba, y eso me sorprendía gratamente. Lo cierto es que nunca pensé que su interés fuera más allá de iniciar una conversación con su compañera de piso.

Aunque quizá solamente estuviese tratando de ser amable. Era lo más factible.

—Por cierto, ¿sabes que yo me llamo como el protagonista de tu libro?

Ladeé la cabeza y pronuncié un escueto «¿cómo dices?» de alarma. Hasta donde yo sabía, su nombre era Blake.

—Mi segundo nombre es Nathaniel.

¿Blake Nathaniel? Sus padres debían de odiarlo. Por separado quedaban bien, pero juntos sonaban a nombre de persona mayor. Mi expresión me delató y su sonrisa se borró de golpe. Oh, mierda. Tenía que arreglarlo.

—Me gusta tu segundo nombre. Nate es un nombre muy bonito, de chico guapo.

Me di cuenta de lo que había dicho en el instante mismo en que la palabra *guapo* salía de mi boca. Estaba pensando en mi protagonista, a quien yo imaginaba como un chico guapísimo, pero no podía ponerme a explicarle eso a Blake.

Su sonrisa reapareció de nuevo, y yo comencé a sentir calor.

—Quiero decir, el Nate de mi novela es guapo.

Sus cejas se alzaron. «Oh, demonios, Lily. ¡Cállate la boca!»

—¡No quería decir eso!

Sus cejas se alzaron aún más. No lo estaba arreglando, y cada vez comenzaba a hervirme en mayor grado la piel.

—O sea, no quiero decir que tú no lo seas. Claro que eres guapo.

Dejé caer la cabeza hacia delante, desesperada y dándome por vencida. «Lord Voldemort, mátame ya y acabamos antes.»

—Eres graciosa —comentó tras un silencio desesperante mientras me observaba con media sonrisa, lo que hacía que el calor fuera en aumento.

Quería hundir el rostro entre mis manos. ¿Cómo había conseguido meterme en aquella situación yo sola? El karma me la estaba jugando bien.

—¡Voy a preparar más café! —dije demasiado alto. Me levanté de un salto del sofá y estiré la camiseta de Blake hacia abajo—. ¿Te apetece una taza?

La sonrisa de Blake cedió y desapareció durante unas milésimas. Se levantó también del sofá.

—Oye, Lily. No pasa nada. Yo... Me siento halagado por lo que has dicho.

Asentí y tragué saliva con dificultad, pero, cuando llegué a la cocina, mis mejillas aún ardían.

Blake se unió a mí cuando la cafetera comenzaba a borbotear. Afortunadamente, el aroma a café había conseguido tranquilizarme.

Se apoyó contra la pared, al lado del marco de la puerta, y me observó con los brazos cruzados.

—Oye, sobre tu historia... ¿Disfrutas escribiéndola?

No dudé en asentir.

—Entonces, que no te importe si está llena de estereotipos o personajes planos, como tú dijiste. Creo que lo importante es que disfrutes, como yo hago con el fútbol. Puedo fallar un gol importante en un partido, pero eso no me va a desmotivar como para que deje de hacer lo que me gusta. No sé si me explico.

Se rascó la cabeza y arrugó el gesto de un modo que hizo que mi estómago brincara. Parecía rejuvenecido.

Volví a sacudir la cabeza en señal de aceptación y aparté la cafetera del fuego. Blake no era para nada como Peter. No era como la primera impresión que había tenido de él. Y me había dado una importante lección: las primeras impresiones a veces no son las correctas. A menudo engañan.

Capítulo 10

Un mes después...

Blake Nathaniel Harries era mi mejor amigo. Se había convertido en algo oficial. Un mes después de convivir con él, tenía la sensación de que nos conocíamos de toda la vida. Y, aunque eso significara un montón de cosas buenas, empezaba a sospechar que también había un montón de malas.

—Tengo hambre —comencé a gemir sentada en el sofá. Me rodeé las piernas con los brazos y apoyé la barbilla en las rodillas mientras miraba la pantalla del televisor apagado—. Mucha hambre...

No me hacía falta mirar a Blake, sentado a mi lado leyendo un libro, para saber que en ese momento arqueaba las cejas con una sonrisa contenida. Eso era algo que hacía mucho: inclinaba un poco el rostro hacia abajo, alzaba las cejas negras hasta esconderlas bajo el flequillo y sonreía con malicia, como si supiera algo que lo volvía más interesante que tú.

—Puedes levantarte y cocinar algo, Lily Emma —comentó mientras balanceaba el libro entre los dedos—. Nadie te lo impide.

Hundí aún más la barbilla en las rodillas. Sabía de sobra la respuesta que iba a darle. Manteníamos una especie de conversación repetitiva desde hacía cuatro días, cuando yo había decidido ponerme a dieta de nuevo, y él se había ofrecido a ayudarme. Era la voz de mi conciencia y probablemente la única

parte que odiaba de él hasta aquel momento. Eso, y que me llamase «Lily Emma».

Solamente mi madre me llamaba de ese modo, y lo hacía cuando estaba enfadada conmigo, como aquella vez en que recogí un perro abandonado y lo cuidé en casa durante unos días hasta que se escapó de mi cuarto y se comió el relleno de los cojines del sofá. Claro que ahora ese perro era mi perro, Pizza. Fue la mejor decisión de mi vida.

«Lo que daría ahora por un poco de *pizza*...»

—No sé cocinar. Ayer intenté hervir pasta y se pegó toda.

—Eso es porque te pasaste con la cocción. Si me hubieses dejado ayudarte...

Bajé las piernas al suelo y me volví para hacerle frente. Intenté endurecer la mirada, aunque tanto él como yo sabíamos que no estaba enfadada, sino más bien molesta porque en realidad Blake tenía razón y yo misma había dejado que me ayudara a superar esta nueva dieta. Por una vez, intentaría no abandonarla a los tres días. ¡Ya llevaba cuatro!

—Y si tú me hubieses dejado pedir *pizza*, todo se habría solucionado antes —le espeté, y crucé los brazos sobre el pecho.

Más calmado de lo que me habría gustado, Blake tomó mis manos y me obligó a apartarlas de mi cuerpo. Siempre argumentaba que cruzarse de brazos era una actitud de protección que las personas usábamos inconscientemente, y que no había ninguna razón para que yo tuviera que protegerme de él.

—No vas a pedir *pizza*, Lily Emma.

Aparté las manos lejos de las suyas e hice un mohín con la boca.

—¡Deja de llamarme Lily Emma! Sabes que me recuerdas a mi madre.

Las comisuras de sus labios se elevaron hasta formar una sonrisa divertida, una que le restaba años y me añadía problemas. No pude evitar pensar en lo guapo que estaba cuando sonreía.

—Lo siento, me gusta cómo suena.

Entorné los ojos, dispuesta a contraatacar con mi venganza.

—Claro que sí..., Blake Nathaniel.

Su nariz se arrugó durante un nanosegundo, de forma casi imperceptible, y se negó a concederme la victoria. Nunca nadie lo llamaba por su nombre completo, podía entender por qué. Tampoco le gustaba.

De pronto se puso en pie y dejó el libro a un lado del sofá. Eché un vistazo a la portada. A juzgar por el dibujo, parecía literatura clásica, pero no me dio tiempo a leer el título.

—Venga, que yo también tengo hambre. Te ayudaré a preparar la comida.

Acepté de mala gana mientras él me tendía una mano para que yo también me levantara del sofá. No conseguiría mi *pizza*, pero al menos él cocinaría. Sí, dijo *ayudar*, pero todos sabíamos —y cuando digo *todos* hablo de Sophia y de mí— que, cuando Blake decía que pensaba ayudar, en realidad significaba que se iba a ocupar del asunto, especialmente porque le saca de sus casillas que alguien no sea capaz de cocinar unos simples macarrones.

Entré en la cocina detrás de él y me dirigí a la nevera. Su interior, como cada vez que lo abría, terminó por desilusionarme.

—¿Por qué solo tengo ingredientes para una ensalada?

Blake se rio. Metió las manos en el frigorífico y comenzó a sacar cosas que iba dejando en la encimera. Me alejé unos pasos para dejarlo trabajar. Así había menos peligro de que me mandase cocinar a mí.

—Porque, cuando fuimos a comprar, te pasaste de la cuenta eligiendo productos dietéticos —me recordó. Cerró la nevera y comenzó a fisgonear entre las baldas de la alacena—. Te dije que había que empezar con pequeñas cosas o te cansarías, como te está pasando. Con que no comas comida precocinada es suficiente. ¿Has probado alguna vez la *pizza* de pimientos?

Hice un gesto de asco con la boca. No, no la había probado ni tenía intención de hacerlo. Sonaba demasiado... sana. Además, ¿una *pizza* sin queso? Perdería todo su encanto.

—Sí, señorita Conciencia —respondí quejica, usando un tono de voz repelente.

Blake me miró por encima del hombro. Puso un paquete de arroz al lado de los tomates y el maíz.

—Oye, ¿qué estás preparando?

Me acerqué unos pasos a él cuando sacó una cazuela y la puso al fuego con un poco de aceite. Abrió el paquete de arroz y comenzó a echarlo en un vaso pequeño de cristal.

—Es la hora de comer —me informó, como si yo y mi estómago no lo supiésemos—. Te prepararé una ensalada de arroz.

Sonreí. Sabía que iba a cocinar él.

Media hora después, ambos nos habíamos sentado a la pequeña mesa pegada a la pared de la cocina; mientras yo removía una ensalada de arroz insulsa que Blake se había tomado la molestia de prepararme, él clavaba el tenedor con ganas en unas salchichas de carne jugosa y las untaba en ketchup. Mi boca salivaba solo de verlo.

«¿Por qué hacer dieta tenía que ser tan difícil?»

De pronto Blake se detuvo antes de llevarse la salchicha a la boca, me lanzó una mirada fría y se giró sobre la silla, prácticamente me dio la espalda. Parpadeé ante la confusión de lo que acababa de presenciar. Era demasiado ridículo.

Cuando hubo masticado, volvió a encararse conmigo.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté, y dejé de remover la ensalada de arroz.

—Tienes que dejar de mirar mi salchicha con deseo, es incómodo.

«Oh, ¿qué narices?»

Blake comprendió el doble sentido de sus palabras al mismo tiempo que yo estallaba en sonoras carcajadas y agradecía haber dejado el tenedor en el plato porque la fuerza de la risa hizo que me doblara para sujetarme el estómago. Las carcajadas aumentaron al ver a Blake colorado como un tomate.

Después de un rato, lo escuché aclararse la garganta.

—Bueno, Lily. Creo que ya es suficiente.

Sin dejar de reír, me senté mejor en la silla y limpié mis ojos lagrimosos con los dedos. Me faltaba el aire, pero, aun así, conseguí decir:

—Lo siento, es que tienes razón. Miraba tu salchicha con mucho deseo.

Una nueva carcajada estalló desde mi interior. Me sorprendí de ser capaz de mantenerme en la silla y no caer al suelo. Después de que él me hubiese martirizado con la dieta y la comida durante los últimos cuatro días, era gratificante poder reírse un rato a su costa. Además, aprovechaba cualquier oportunidad para recordarme la humillación del día en que nos conocimos. Se la debía.

—Lily... —murmuró, y esperó pacientemente a que me calmara.

No funcionaba.

—Lils...

Más y más risas hasta que finalmente dijo algo que consiguió captar mi atención y que me olvidase de la salchicha.

—Leí tu libro.

Me volví a sentar lo mejor que pude en la silla, con los ojos todavía empañados, pero bastante más serena. Me dolían las comisuras de los labios, pero era un dolor agradable.

—¿Mi libro? —repetí—. *¿Falso amor?*

Asintió, y el silencio se instauró entre ambos durante unos largos segundos.

—Pero... No te he pasado ningún documento y tampoco te he dicho dónde escribo en Internet.

—Pero Sophia sí.

Abrí la boca para hablar y volví a cerrarla. En realidad, no sabía qué decir. Estaba repentinamente molesta porque Sophia le hubiese pasado la dirección y, al mismo tiempo, agradecida por ello, pero en especial estaba sorprendida de que Blake se hubiese tomado la molestia de buscar mi historia en Internet para leerla. Muy sorprendida.

Y avergonzada.

¡Oh, Dios mío! ¿Qué pensaría ahora de mí? ¿Creería que era una niña tonta que soñaba con una historia de cuentos de hadas?

O, lo que era peor: ¿pensaría que escribía mal?

En su lugar, se limitó a dedicarme una sonrisa burlona y a decir:

—¿Sabes? Los mensajes que dejas al final de cada capítulo son muy... reveladores.

Empalidecí. No había dejado ninguno hablando sobre lo guapo que era mi nuevo compañero de piso, ¿verdad? A veces sentía a los lectores de Internet tan cercanos como si fueran amigos de toda la vida y me desahogaba con ellos.

Di un repaso mental mientras la sonrisa de Blake iba en aumento. En ocasiones como esa, cuando se burlaba de mí, echaba de menos al tímido compañero que era al principio, cuando no había tanta confianza entre los dos.

—Tranquila, tu secreto estará a salvo conmigo.

—¿Qué secreto?

Mi mente estaba trabajando a toda velocidad. ¿Habría hablado sobre mi afición a hablar con los pósteres de mi habitación cuando estaba sola como si fuesen personas reales? Eran muy útiles a la hora de ensayar las presentaciones orales.

No, no lo había hecho. Sin embargo, eso me recordó que...

—Que piensas que Niall Horan es el chico más guapo de los miembros de One Direction.

Palidecí. Había usado a Niall Horan como persona real en la que basar el personaje de Nate. A decir verdad, no era fan del grupo. Había escuchado algunas canciones, como todos, pero el chico siempre me pareció guapo.

Estaba esperando a que Blake comenzara a hacer chistes a mi costa.

—En realidad no me sorprende —comentó mientras volvía a tomar su tenedor para comer—. A casi todas las chicas os gustan los rubios.

—A mí no —interrumpió Sophia, que nos sobresaltó. No la habíamos oído llegar. Además, se suponía que estaba fuera de casa—. A mí me gustan las rubias.

—¿Cuándo has llegado?

Bajé la mano derecha del pecho, adonde la había llevado a causa del susto. Se me iba a salir el corazón. Vivía con dos compañeros de piso totalmente diferentes: Blake, que hacía más ruido que una ametralladora cada vez que regresaba, y Sophia, quien valdría para ser ladrón.

—Ahora mismo, y aproveché para pasar por la tienda camino de casa.

Observé curiosa la abultada y pesada bolsa que cargaba en brazos y traté de obviar la cara que había puesto Blake al escuchar a Sophia. Ella también la vio y se rio.

—La cerveza rubia es mi favorita —explicó mientras le mandaba un guiño divertido y se acercaba a la encimera para dejar la bolsa—. ¿A ti te gustan las rubias, Blake?

—Eh... —respondió con torpeza—. Supongo...

El interior de la bolsa había tintineado cuando Sophia la había dejado, por lo que no me sorprendió ver la enorme cantidad de botellines de cerveza que empezó a sacar.

—Oye, Soph, ¿a qué vienen todas esas botellas? ¿Has atracado una licorería?

Se volvió hacia mí con una sonrisa genuina.

—¡Hoy es la fiesta!

—¿Qué fiesta? —preguntó Blake con la boca llena con un trozo de salchicha—. Si es miércoles.

Supé la respuesta antes de que Sophia respondiera llena de ilusión. Podía haber pasado ya un mes desde que Blake había comenzado a vivir con nosotras, pero nunca era demasiado tarde para...

—¡Tu fiesta de bienvenida al piso!

Capítulo 11

La música rebotaba demasiado fuerte en el ordenador portátil de Sophia y la vecina había llamado a la puerta ya cinco veces para quejarse. Me extrañaba que la policía no se hubiese presentado todavía; por eso, cuando escuché el insistente timbrado en la puerta a las once de la noche del miércoles, mientras un grupo de desconocidos intentaba hacer una versión borracha de la conga en mi salón, temí lo peor.

Iba a matar a Sophia y a su estúpida e insana obsesión por hacer fiestas. Cada persona tenía sus defectos. Yo era la desordenada, perezosa, neurótica e infantil compañera de piso. Ella, la desagradable adicta a las fiestas que conseguía meterte en una celda por alteración del descanso nocturno, incluso si eso no existía y me lo acababa de inventar. Con Sophia, todo era posible.

Lancé una mirada fugaz a la fiesta descontrolada para valorar si podría hacer alguna incursión para rebajar la situación antes de abrir la puerta, pero alguien gritó en ese momento algo sobre dar cerveza al gato y me desanimé al instante. Ni siquiera teníamos gato. ¿Qué demonios pasa con las personas borrachas?

Esperaba encontrarme ahí plantado a un oficial de policía mirándome con cara de pocos amigos y prepotencia, pero en su lugar había un chico. No pude disimular mi disgusto en cuanto nuestros ojos coincidieron.

—¿Tyler?

Tampoco pude disimular el desagrado en mi voz. ¿Qué hacía él aquí? ¿No era suficiente con tener que verlo cada fin de semana en el trabajo? Al igual que la relación entre Blake y yo había mejorado desde el día en que decidimos empezar de cero, la relación entre Tyler y yo había ido a peor desde que sus miradas de superioridad no cesaban al mismo tiempo que aumentaban los coqueteos de Sophia.

Claro, *Sophia*. Seguro que era la causa de que él estuviese esa noche en nuestro apartamento.

—¿Vas a dejarme pasar?

Apreté los dientes ante su tono grave e intimidatorio y me hice a un lado. Aunque Tyler me cayese mal, lo primero era el respeto.

Él pasó de largo sin dirigirme siquiera una sola mirada y entonces me di cuenta de que estaba conteniendo el aliento. Comencé a cerrar la puerta, pero un grito procedente del corredor llamó mi atención. Asomé la cabeza fuera del piso para descubrir a Blake y a Sophia. Avanzaban corriendo hacia mí con dos bolsas de papel cargadas de alcohol.

En su insistencia por invitar a gente que supuestamente estudiaba con Blake, junto con el equipo de fútbol —a lo que, por cierto, yo no puse ningún reparo—, se nos pasó calcular bien la cantidad de alcohol que necesitaríamos. Una vez que comenzaron a tomar las cervezas de la nevera, Blake y Sophia decidieron que era hora de salir a por más. Yo tuve que quedarme vigilando al grupo de desconocidos para que no incendiara o destrozara nuestro salón.

—¡Ya era hora! —les grité después de cerrar la puerta tras ellos para hacerme oír por encima de la música—. Pensé que nunca ibais a volver y que me dejaríais sola con esta panda de borrachos.

Sophia refunfuñó algo incoherente mientras jadeaba para recuperar el aliento y me adelantó antes de alcanzar la cocina. Bordeó un cojín del sofá que

alguien había lanzado al suelo de forma accidental mientras Blake nos pisaba los talones.

—Tienes que animarte, Lils —me aconsejó, como si fuese a servir de algo—. Esa dieta tuya de restricción de calorías no es nada sana.

—Yo le dije lo mismo —argumentó Blake, siempre ayudando al enemigo. Dejó una pesada bolsa cargada de botellas en la encimera—. Es mejor hacer ejercicio y comer de forma saludable.

Lo miré ofendida, pero lo peor de todo es que sabía que en el fondo tenían razón. Ni era bueno para la salud restringir calorías, o privarte de ciertas comidas, ni tampoco iba a conseguir mantener mi fuerza de voluntad para continuar con la dieta. Además, empezaba a sospechar que Blake quería ser nutricionista.

—Tú cállate —le espeté—. Puedes comerte una bolsa de patatas fritas grande, dos helados de chocolate y un kilo de beicon para merendar y no engordar un gramo siquiera, así que tu opinión no es válida.

Apreté los dientes. Cuando recordaba que él era capaz de hacer eso, lo odiaba de veras. Sophia agarró una botella de vodka y comenzó a prepararse una copa mientras nosotros discutíamos.

—Porque hago ejercicio, Lily Emma —me rebatió Blake, incansable—. Si tú te animases a...

—¡No me llames por mi nombre completo, Blake Nathaniel!

—¿Podéis callaros la boca de una vez? —nos interrumpió Sophia mientras dejaba la botella en la mesa de un fuerte golpe.

Nuestra discusión cesó antes de que pudiésemos empezar de verdad. Ambos miramos a Sophia, que parecía muy seria. El vaso estaba lleno de líquido transparente hasta prácticamente la mitad, y sus ojos mostraban una mezcla de cansancio y enfado.

—Esto es una fiesta ¿y lo único que se os ocurre es pelearos en la cocina? Tenemos invitados.

Mientras continuábamos guardando silencio, terminó de prepararse la bebida. Añadió gaseosa de limón y me la pasó. Casi no me dio tiempo a agarrarla.

—Está demasiado cargada para mí —explicó, y tomó otro vaso para preparar una nueva—. Bebe tú, a ver si así te animas.

—El alcohol tiene muchas calorías vacías... —comencé a decir, pero ella ya no me hacía caso, así que probé con otra cosa—. Por cierto, ha venido Tyler.

Eso sí captó su atención. Volvió el rostro hacia mí y un chorro de vodka se escapó fuera del vaso. Me lanzó una mirada del tipo: «¿Por qué no me lo habías dicho antes?», tapó a toda prisa la botella de cristal y abandonó la cocina murmurando algo sobre saludar a los invitados y nos dejó a Blake y a mí a solas.

Tras varios segundos de incómodo silencio durante los que Blake miraba las paredes y yo, el suelo, me llevé el vaso a la boca, aunque solo fuera por hacer algo. Poco después, lo aparté con una expresión de desagrado. Aquello era más vodka que limón.

—Siento ser tan pesado con el ejercicio —murmuró de pronto, sin apartar los ojos del suelo—. Es solo que odio verte pasarlo mal por la comida. No debería ser así. Comer es un placer, pero, si quieres ponerte en forma..., déjame ayudarte. Soy deportista, haz ejercicio conmigo.

Di otro sorbo a la bebida. Esta vez me pareció que escocía algo menos, pero eso no impidió que tosiera antes de responder.

—Supongo que por probar a ver qué tal va no moriré de fatiga.

Sus ojos oscuros se despegaron del suelo para encontrarse con los míos y sonrieron. Una cálida sensación se extendió desde la boca de mi estómago por

todo mi cuerpo. Era en momentos como aquellos que me olvidaba de todas las cosas que Blake hacía y que conseguían sacarme de quicio.

Di otro trago a la bebida para calmarme.

—Gracias por prepararme la ensalada de arroz esta mañana —agradecí para desviar el tema de conversación. Aparté la mirada y enfilé hacia la sala. La conga ya se había deshecho—. Estaba muy rica.

Blake se rascó la cabeza con la mano y se apartó de mí para sacar una lata fría de cerveza de la nevera. Al parecer, todos necesitábamos nuestra ración de olvido. Bebí otro trago.

—Siempre que quieras. —Se encogió de hombros, como quitándole importancia al asunto. Después cambió de tema radicalmente—. Oye, Lily... ¿De verdad te molesta tanto que te llame por tu nombre completo?

Otro trago más. Definitivamente, ya no escocía.

—Obviamente —respondí tras una breve pausa. Fijé mis ojos en otro lugar que no fuesen los suyos. De alguna manera, escogí el dibujo de su camiseta—. De no ser así, no me enfadaría cuando lo haces.

Volvió a rascarse la cabeza por encima de la coronilla, y su cabelló se despeinó del todo. Mi mirada regresó a su cara y en mi mente se formó una imagen mental de James Potter recién bajado de la escoba. Si añadíamos unas gafas y una *snitch* dorada al conjunto...

La sensación cálida volvió a arremeter, y esta vez sentí que llegaba al rostro y me sonrojaba las mejillas.

Nuevo trago a la bebida.

—Pero Lily Emma es un nombre bonito —insistió tontamente.

¿Por qué continuábamos hablando del tema?

—Mi madre siempre me llama así —intenté aclarar las cosas de la forma más simple posible, pero de algún modo en ese momento no pude—. Cuando

te diriges a mí de ese modo, me recuerdas a ella y, como en estos momentos estamos peleadas, no me gusta que me la recuerdes...

Blake posó la cerveza en el fogón y dio un paso hacia mí. La temperatura subió en la estancia y volví a enfocar mi mirada en su camiseta.

—¿Por qué te peleaste con tu madre?

Todavía no le había hablado a Blake de por qué no me hablaba con mis padres. Sophia sí estaba al tanto de todo, pero, aunque confiaba en él, no era un tema que me apasionase tratar. Despertaba sentimientos encontrados en mí, de enfado, y prefería no tener que lidiar con ellos.

Sin embargo, tampoco podía escapar.

—En realidad, estoy peleada con mi madre y con mi padre. —Suspiré y zarandeeé el líquido dentro del vaso con aire pesimista—. Todo parecía ir bien, te lo juro, y, de pronto, me llaman por teléfono para decirme que puede que, a lo mejor, se separen. Ni siquiera fue un «oye, Lily, nos vamos a separar, que las cosas no van bien». No, fue un *quizá*. ¿Para qué narices me lo cuentan si ni siquiera lo han decidido aún?

Y en ese momento me di cuenta de que tal vez, de todo este asunto, lo que más me jodía era no saber qué iba a pasar con ellos. No saber si mi familia estaba ya rota o la situación tenía aún arreglo.

La mano de Blake se posó sobre la mía como un gesto de apoyo.

—Ya te conté que mi madre y tu tío, el padre de Les, se separaron también a finales de este verano —comentó, y bajó la voz lo suficiente para hacerse oír por encima de la música y los gritos que provenían del salón—. A mi hermano y a mí no nos hizo mucha gracia al principio, pero luego... Bueno, lo fuimos aceptando. Si no son felices juntos, no vale la pena que nosotros también les hagamos pasar un mal rato.

Asentí, porque con estas cosas nunca sabía qué decir. Quizá que cada caso era diferente. Que mis padres parecían felices juntos. Que sospechaba que

algo había pasado cuando me fui a la universidad, aun cuando ellos no quisieran decirme nada entonces.

Un chico rubio y corpulento entró en la cocina y derribó una silla. No tardé en darme cuenta de que estaba muy borracho. Era uno de los amigos del equipo de fútbol de Blake.

—¡Harries! Aquí estás, chaval. Te necesitamos para la competición de chupitos. ¿Te animas, hombre?

Blake me lanzó una mirada de súplica, pero yo ya me estaba riendo. Con el peso del sentimiento negativo aplastándome, me acabé de un trago el fondo del vaso de vodka mientras enterraba a mis padres en el fondo de mis pensamientos.

Cuando el chico rubio se lo llevó a rastras, me serví una segunda copa. Luego fui al salón a observar la competición de chupitos, en la que Blake al final no participó, aunque, de alguna forma, yo sí terminé involucrada.

Después de eso, todo fue un vacío borroso hasta que desperté a la mañana siguiente con un gato lamiéndome la mano y, lo que resultaba más inquietante, en la habitación de Blake.

Capítulo 12

—¿De dónde has salido tú?

El pequeño gato siamés dejó de lamer mi mano hasta fijar sus ojos azules en los míos. Emitió una especie de maullido afónico y volvió a lamerme la punta de los dedos con su áspera lengua. No era una sensación agradable, así que retiré la mano rápidamente y la escondí bajo las sábanas.

Totalmente desorientada, miré a mi alrededor. La habitación de Blake, la más pequeña de las tres que tenía el piso, estaba perfectamente limpia y ordenada. No había rastro del interesado por ningún lado, así que cerré los ojos unos segundos, en un vano intento de aclarar mi cabeza y tratar de entender cómo había llegado hasta allí.

Estaba sola, ocupaba la cama individual que había colocado contra la pared y llevaba puesta la ropa de mi compañero de piso.

Me llevé la mano que el gato no había chupado a los ojos. Froté primero uno y luego el otro, pero eso no me ayudó a devolverme la conciencia. Inspiré profundamente, me incorporé de golpe y me senté en la cama.

Tuve que volver a tumbarme dos segundos después, cuando sentí el interior de mi estómago revolverse y estuve a punto de vomitar sobre las sábanas limpias.

A medida que mi cuerpo empezaba a despertar, la resaca también, y eso no era nada agradable.

Me tomó unos largos minutos volver a asentar el estómago antes de dar el siguiente paso, que era buscar mi teléfono móvil. En general, ni siquiera cuando estaba borracha me separaba de él. Encontrarlo me ayudaría de diversas maneras: sabría qué hora (y qué día) era y podría escribir a Sophia para preguntarle qué había pasado.

Moví la cabeza hacia la mesita situada al lado de la cama, pero en ella solo había una lámpara de noche, un libro de tapas gastadas y un reloj. Mi primera duda quedó resuelta: eran las doce del mediodía.

Volví a incorporarme de golpe, pero me lamenté en cuanto lo hice. El estómago me dio un vuelco. ¡Me había perdido todas las clases de la mañana! Gemí y mantuve el vómito en el interior para no tener que volver a tumbarme. Si no encontraba el teléfono enseguida, el siguiente paso sería salir de la habitación y, para lograrlo, primero necesitaba poder mantenerme erguida.

Sumergí las manos por debajo de las sábanas. Quizá se hubiera colado allí. No era la primera vez que pasaba. Lo único que pude encontrar gracias a eso o, más bien, no encontrar, fueron mis pantalones: estaba durmiendo solo con mi ropa interior y una camiseta de deporte de Blake.

Mi mente se despejó a marchas forzadas, acompañada de un penetrante dolor de cabeza. Me destapé y descubrí la camiseta azul que Blake llevaba la noche anterior. ¿Por qué no llevaba pantalones? Y mientras con los puños arrugaba el dobladillo de la camiseta, una especie de recuerdo borroso acudió en mi rescate. Como un *flashback*...

—Quítate la camiseta.

Blake abrió mucho los ojos. Estábamos en medio de la sala de estar abandonada, llena de vasos de plástico y latas de cerveza vacía. Los primeros

rayos de sol comenzaban a filtrar su luz a través de las ventanas abiertas.

—¿Cómo dices?

Reí cuando su tono se agudizó por la sorpresa. ¿Cómo pude pensar que Blake era un ladrón el primer día que lo conocí?

—Es un trato —puntalicé sin poder ocultar la sonrisa—. Tú te quitas la camiseta y yo dejo el vodka.

—Lily...

Comenzó a protestar, pero yo lo interrumpí: elevé la botella de vodka por encima de mi cabeza y empecé a cantar algo sobre tener la intención de beberme hasta el agua del mar.

Ahí se comenzó a quitar la camiseta.

Me llevé una mano a la cabeza, esta vez sin preocuparme si era la que el gato había lamido o no. Quise morirme, y no precisamente por la resaca.

Le había pedido a Blake que se quitara la camiseta. ¿Qué mierda había hecho?

El gato afónico maulló a mis pies, pidiendo atención. Recordaba haber escuchado algo en la fiesta sobre gente queriendo darle cerveza, pero pensé que estaban bromeando. «Nosotros no teníamos gato, ¿verdad?» A esas alturas, comenzaba a dudar incluso de mi propia existencia.

Me incliné sobre la cama para observarlo mejor. Parecía joven. Era pequeño y delgaducho, y su maullido ronco en aquellos momentos resultaba incluso agradable. De haber sido chillón, probablemente lo habría lanzado por la ventana de la habitación de Blake.

Lo que me llevaba de nuevo a la pregunta del millón... ¿Qué demonios hacía en la habitación de Blake?

Traté de tranquilizarme. Blake y yo éramos amigos. Lo más probable, y viendo la fuerza de mi resaca, era que me hubiese puesto tan mal que él

hubiese tenido que cuidarme. Quizás había vomitado y por eso no llevaba mi ropa. No sería la primera vez que usaba algo suyo. Pero eso no explicaba por qué acabé durmiendo en su cuarto, si el mío estaba a menos de dos metros de distancia.

Intenté ganar fuerzas para salir de la habitación y enfrentarme a lo que fuera que estuviera sucediendo fuera, como una posible Sophia enfadada por haber bebido tanto. Tomé al gatito en mis brazos y lo acaricié mientras seguía observando la habitación vacía de Blake.

Todo estaba en su sitio, menos el revoltijo de sábanas que había dejado a los pies de la cama. La habitación era pequeña, pero estaba impoluta. Incluso los libros sobre su escritorio estaban bien organizados. Armonizaban con las fotos que había visto en las cajas el primer día que llegó.

Entonces recordé algo más...

«Me quedé mirando fijamente los ojos negros de Blake. A mi lado, alguien derramó algo de cerveza sobre mi ropa, pero no le di mucha importancia. Él tampoco. Estaba demasiado estupefacto por lo que acababa de decirle.

—Me parece que te has pasado con el alcohol, Lily Emma —murmuró, e hizo un amago de retirarme el vaso. Derramé más líquido sobre mis pantalones al apartarlo—. Además, tus ojos también son bonitos.

Arrugué la nariz y los labios al mismo tiempo. Sabía que no era un gesto muy atractivo, pero en aquellos momentos no me preocupaba en absoluto.

—No, mis ojos no son bonitos. Son marrones, como los de la gran mayoría de la población. Pero los tuyos son negros. Eso los hace enigmáticamente seductores.

Me levanté de la cama descalza con el gato en brazos y los ojos abiertos como platos del horror.

Me acerqué a la ventana. Afuera llovía con la insistencia propia de un otoño duro que se abría paso. La pequeña cosa afónica ronroneó en mis brazos. ¿De dónde había salido aquel gato? No llevaba collar.

Mierda, tenía que averiguar demasiadas cosas y si me quedaba en la habitación de Blake, no lo iba a conseguir. Lo mejor era echarle coraje, adentrarme en el salón y buscar a Sophia para pedirle ayuda o masacrarla a preguntas.

Bajé la cabeza hacia el gatito y lo miré fijamente.

—Misifú, tenemos que averiguar qué pasó anoche.

Él ronroneó por toda respuesta. Tomándomelo como una señal del destino, comencé a caminar hacia la puerta.

Capítulo 13

La noche anterior...

«¡Qué gracioso! Así que realmente había un gato».

—Creo que he visto un lindo gatito —dije con voz aguda, y me incliné en el sofá para ver de cerca al pequeño animal—. Sí, he visto *un lindo gatito*.

Alguien a mi lado rio y me pasó un vaso de plástico rojo cargado de cerveza. ¡Qué raro!, además de no tener gato, ninguno de nosotros había comprado vasos rojos, solo transparentes.

Por si acaso, tomé el vaso que me estaban ofreciendo y aparté la atención del gato. El salón de mi casa estaba lleno de gente desconocida, amigos de Blake. A mis pies, el gato maulló y una chica morena se acercó a recogerlo.

Me llevé la cerveza a los labios, pero su sabor agrio no me agradó. Seguía prefiriendo el vodka con limón.

—¿No te gusta la cerveza, Lilian?

Pestañeeé hacia el chico rubio que me había pasado la cerveza, el mismo que le había pedido a Blake que participase en la competición de chupitos, aunque al final fui yo quien participó. Así fue como me terminé el vodka que había en la casa.

—No me llamo Lilian. Soy Lily. Lily Emma Pizza.

Yo misma me eché a reír ante mi broma sin sentido, pero en aquel momento, por alguna extraña razón, me hacía mucha gracia. Derramé parte de la cerveza sobre mi ropa. «¡Oh, porras! Estos pantalones eran mi último par limpios.»

—¿Pizza? —repitió él confundido.

—A Lily le encanta la *pizza*.

Me volví hacia Blake, que acababa de sentarse a mi otro lado en el sofá. Antes de que pudiera agregar nada o quejarme, él tomó el vaso de plástico de entre mis manos y lo cambió por uno transparente lleno de agua.

—Es mejor que comiences a beber esto —me aseguró, y dio un trago largo a la que había sido mi cerveza durante un minuto—. Estás demasiado borracha.

No podía contradecirle: todo me daba vueltas, e intuía que se me trabaría la lengua solo de intentarlo.

—Tú también has bebido mucho. ¿Por qué no estás borracho?

Blake y el tipo rubio intercambiaron una mirada y se rieron. Yo también, aunque no entendía su broma privada, pero, como me hallaba inmersa en una especie de nebulosa mental, todo me hacía gracia.

—No he bebido tanto como tú, Lily Emma —contestó Blake, y me instó a beber un sorbo de agua.

—Aquí nuestro amigo tiene mucho aguante —añadió el rubio—. Además, sí está borracho, pero lo oculta mejor que tú.

Blake se rio y añadió:

—Tiene razón, lo estoy.

Me encogí de hombros y di un nuevo sorbo al agua. Era demasiado insípida, y eso no me gustó.

El tipo rubio se levantó.

—Voy a por una cerveza, ¿queréis algo?

Blake negó con la cabeza y yo señalé mi agua, lo que le hizo reír. Después se fue directo a la cocina. A mi lado, Blake me dio un codazo.

—Le gustas a Brett.

Ladeé la cabeza y lo observé fijamente. Estaba borracha, pero no era tonta. Yo no solía gustar a los chicos, menos a uno como Brett, que parecía sacado de una telenovela adolescente.

—¿Cómo lo sabes?

Dio un trago a su cerveza. «No hemos comprado más botellas de vodka, ¿verdad?»

—Me lo dijo.

Eso había sido demasiado escueto.

—¿Qué te dijo? —presioné, aunque no añadí la palabra *exactamente* al final de la oración.

Las cejas de Blake se alzaron.

—¿Quieres la versión literal o la versión endulzada? —Me encogí de hombros, así que optó por la versión literal, o eso espero—. Dijo que tenías un culo genial.

El hueco que quedaba libre a mi lado fue ocupado por Sophia y el que había dejado el gato delante de mí, por Tyler. Resistí la tentación de darle una patada involuntaria. Había estado evitándome durante toda la noche.

—Los tíos sois tan asquerosos... —protestó Sophia, y tomó el vaso de entre mis manos para olerlo—. Ah, es agua, menos mal.

Me volví hacia ella ofendida. No porque estuviese controlando lo que bebía, lo cual me hacía sentir como una niña de cinco años en lugar de su compañera de piso de casi dieciocho, sino por su comentario despectivo cuando ella era peor que nadie. No pude evitar que las palabras siguientes salieran de mi boca.

—Perdona, pero tú quisiste liarme con Blake nada más comenzó a vivir con nosotras. Incluso me enviaste un mensaje para decírmelo.

Alguien tosió como si se hubiese atragantado, pero no fue Blake. Lancé una mirada a Tyler y sus ojos castaños se encontraron con los míos. Los aparté rápidamente.

—¡Eso fue una equivocación! —protestó con el ceño fruncido—. ¡Quería enviártelo a ti!

Se movió para cruzar los brazos ofendida y derramó un poco de agua sobre mí.

Palpé la tela de los pantalones. Al paso al que avanzaba la noche, acabaría como si me hubiera zambullido en una piscina. Intenté secarme con la mano, pero no funcionó, y entonces Tyler se inclinó hacia delante para pasarme una servilleta.

—Gracias —murmuré con cierta reticencia mientras la aceptaba—. Muy amable por tu parte.

Sabía que la tensión se podía palpar, porque tanto Blake como Sophia se habían mantenido en silencio durante lo que duró el breve intercambio. Justo cuando comencé a secarme con la servilleta, mi amiga se levantó del sofá y dio un par de palmadas, con las que llamó nuestra atención y la de unos cuantos más.

—Me parece que esta fiesta se ha alargado ya bastante. Es hora de ir echando a la gente, que mañana hay clase.

Tomó la mano de Tyler y lo arrastró con ella, pero su plan no funcionó muy bien porque alguien ocupó el sitio que había dejado libre en el sofá rápidamente. La fiesta no tenía ninguna pinta de querer acabarse.

Divisé a Brett hablando con dos chicos corpulentos cerca de la puerta de la cocina. Levantó un vaso rojo en mi dirección y yo sonreí.

Blake carraspeó a mi lado y me volví hacia él.

—¿Sophia quería liarnos? —preguntó a media voz, entre confundido y divertido—. ¿Por qué?

Pestañeé varias veces seguidas, tratando de centrar mi mirada en sus ojos. ¿Era yo o todo cada vez estaba volviéndose más borroso? Finalmente me aclaré lo suficiente para contestarle o, al menos, intentarlo.

—Eh... Yo diría que porque estás bueno.

Aquella no era ni por asomo la mejor de las respuestas que podría haberle dado. De hecho, había varias cosas mal en ella, como el hecho de que la belleza no fuera lo más importante, y si Soph quería liarme con él, era porque, ante todo, le parecía un buen chico. Sin embargo, en aquellos momentos mi mente no trabaja al cien por cien, o ni siquiera trabajaba. Podría decirse que tampoco tenía filtro alguno.

Además, ¿qué había de malo en decirle a Blake que era guapo? Éramos amigos, había confianza. Y la gente debería decirse más a menudo cosas bonitas.

—Espera, ¿puedes repetir eso?

Me reí, aunque mi risa sonó como el trino ahogado de un pájaro.

—Estás bueno. Por eso Sophia quería liarnos.

El rostro de Blake comenzó a adquirir un matiz sonrosado, comenzando por sus mejillas y prácticamente llegando hasta la frente. Eso me hizo sonreír más, y sus labios también se estiraron.

—También me gustan tus ojos, sobre todo cuando brillan como lo hacen ahora.

Lo miré fijamente. A mi lado, alguien derramó cerveza sobre mi ropa, pero no le di mucha importancia.

La sonrisa de Blake bajó un nivel cuando se mordió el labio.

—Me parece que te has pasado con el alcohol, Lily Emma —murmuró después de unos largos segundos.

Hizo amago de quitarme el vaso, a pesar de que solo contenía agua. Solo consiguió derramar más líquido sobre mis pantalones al alejarme de él.

—Además, tus ojos también son bonitos —añadió.

Arrugué la nariz y los labios al mismo tiempo. No era un gesto muy atractivo, pero en aquellos momentos no me preocupaba en absoluto.

—No, mis ojos no son bonitos. Son marrones, como los de la gran mayoría de la población. Pero los tuyos son negros. Eso los hace enigmáticamente seductores.

Una carcajada estalló en su boca y el tono de su piel comenzó a recuperar el bronceado natural. La persona que estaba a mi lado se levantó del sofá. Me pareció escuchar a Sophia, pero yo estaba concentrada en el chico de ojos bonitos que hablaba conmigo.

—*¿Enigmáticamente seductores?* —repitió Blake, todavía sonriendo—. ¿Te das cuenta de que incluso borracha puedes decir frases como esta? Se nota que eres escritora.

—«Proyecto de» —le corregí automáticamente—. Solo escribo en Internet, eso no cuenta mucho...

Su mano libre se situó encima de mi cabeza, dándome unas palmadas sobre la coronilla, como si fuera un cachorrito.

—Es un comienzo.

Esperé a que la apartara, pero no lo hizo. Tampoco me dio más golpecitos. En lugar de eso, comenzó a moverla a lo largo de mi cabello, bajándola hasta mis hombros. Tragué saliva. De pronto me pareció que Blake estaba demasiado cerca.

—Tus ojos no son simplemente marrones, Lily Emma —murmuró, mirándome fijamente—. Son dorados.

Volví a tragar saliva, lo cual no era necesario ya que notaba la boca seca.

—¿Eso no es marrón? —pregunté tontamente, devolviéndole la mirada.

Entonces estábamos un poco más cerca todavía.

—No. Es dorado. Mi color favorito.

Capítulo 14

Blake

—No. Es dorado. Mi color favorito.

Me acerqué más. Un poco solo. Sentía la inercia de mi cuerpo, que se sentía atraído por el suyo. Algo había cambiado repentinamente en el ambiente, entre nosotros.

«¿Qué mierda estás haciendo, Blake?»

La música, el bullicio y las personas de la fiesta regresaron a mí cuando aquella pregunta imploró dentro de mi cabeza y me gritó como si fuera la voz de la razón. Me alejé antes de hacer algo de lo que pudiese arrepentirme, o de lo que ella se arrepintiera.

Lily tardó unos segundos en reaccionar. Ambos estábamos borrachos, pero ella bastante más que yo, y sus reflejos lentos la delataban. Estuve a punto de besarla.

Me enfadé instantáneamente conmigo mismo, porque había ido detrás de ella toda la noche. No era de esa clase de tíos, no me aprovechaba jamás de una chica ebria ni tampoco dejaba que me dijese cumplidos de los que luego podría arrepentirse.

De hecho, ni siquiera sabía por qué me sentía tan apegado a ella. Era una chica simpática, divertida. Me hacía reír y estaba muy cómodo a su lado. Y sí, era guapa, pero nunca pensé que... Vamos, ¡me había golpeado con una enciclopedia nada más conocernos!

Sin embargo, Sophia había logrado meter en mi cabeza una idea romántica de Lily y, aunque al principio no me había dado cuenta, en los últimos días esta había adquirido más fuerza. Pasar tanto tiempo con ella, fijándome en sus gestos, en sus rarezas y en todas aquellas cosas que hacen a una persona única, estaba consiguiendo que Lily permaneciera más tiempo del debido en mi cabeza.

Lily tragó saliva y unas pequeñas manchas rojas cubrieron sus mejillas. Sus ojos se apartaron de los míos y se desviaron a propósito hacia otro lugar.

«Oh, mierda.»

Necesitaba alejarme ya.

—Yo... —Mi voz apenas resultaba audible, así que me aclaré la garganta para volver a intentarlo—. Voy a ayudar a Sophia a echar a los invitados.

Me levanté del sofá, y ella seguía ignorándome, aunque sabía que me había escuchado. Mientras huía como un cobarde en busca de mi otra compañera de piso, me topé con Brett. Estaba hablando con Jude y Daniel sobre el entrenamiento de fútbol de la próxima semana, pero se alejó de ellos en cuanto me vio.

—Tienes una suerte que no puedes con ella, Harries —comentó mientras arqueaba las cejas y trataba de pasarme un brazo por los hombros—. Tu compañera de piso está...

Me alejé. Su aliento apestaba a cerveza, y realmente apreciaba mantener a salvo mi propio espacio personal. Brett pareció no notarlo, porque continuó hablando, aunque esta vez usó el hombro de Daniel para apoyarse.

—Tienes que conseguirme una cita con Lilian, amigo. Creo que no podría apartar las manos de su trasero.

Apreté los dientes. Él y yo no éramos verdaderos amigos, pero dudé de que pudiéramos seguir siéndolo tras escuchar cómo hablaba.

—Se llama Lily, no Lilian —lo corregí, y traté de mantener la calma tanto como pude—. La fiesta ha terminado; nos vemos mañana en el entrenamiento.

Brett abrió la boca, pero me aparté de su lado para buscar a Sophia antes de que pronunciara una palabra más. Por el rabillo del ojo, vi cómo lanzaba una mirada de desconcierto a Jude y Daniel, pero, afortunadamente, ellos parecían coincidir conmigo en que ya iba siendo hora de marcharse.

Me sentí un poco mal por ellos. No tenían por qué aguantar mi mal humor, pero Lily era mi amiga y no me gustaba que hablase así de ella. Después de haber estado a punto de besarla, me sentía como si estuviese en deuda con ella.

Supongo que Tyler y Sophia tampoco se podían controlar, porque, cuando entré en la cocina, los encontré devorándose mutuamente. Después de pillarlos por sorpresa, me quedé quieto a unos metros de ellos, sin saber qué hacer para separarlos. Tenía la sensación de que no me escucharían aunque gritase, y lo último que me apetecía hacer era tocarlos.

Como si hubiese notado mi presencia, Sophia se separó primero. Puso las manos en su pecho y apartó su cara de la de Tyler.

—Es mi mejor amiga y me preocupo mucho por ella. ¡Haz un esfuerzo!

Parpadeé confundido. Sophia no me miraba a mí, sino a Tyler. No comprendía de qué hablaban, ni qué tendría que ver Lily en todo el asunto cuando ellos dos se estaban morreando.

El chico suspiró sin dejar de abrazar. Estaba a punto de decir algo cuando me vio. Sus ojos se achicaron en mi dirección y tuve la necesidad de

retroceder un paso. Solo había tenido un encuentro con él antes de ese día y, por lo que alcanzaba a recordar, no había sido muy amable.

Sophia siguió la dirección de su mirada hasta encontrarse conmigo.

—No me digas que eres un mirón —me soltó, y puso los brazos en jarras—. No querría enterarme de que estoy intentando liar a mi mejor amiga con un mirón.

—Eh... No —conseguí decir, y evité mirar a Tyler, que parecía seriamente enfadado por la intromisión—. Pensaba que ibais a empezar a echar a la gente y vine a ofreceros mi ayuda.

Sophia sacudió la cabeza, como si acabase de recordar por qué se había levantado del sofá minutos antes, y se alejó de Tyler para salir apresuradamente de la cocina. Pasó cerca de mí mientras se iba, pero retrocedió nada más alejarse unos pasos. Cuando me habló, estaba mirando hacia un lugar específico del salón.

—Oye, pensé que habías escondido la última botella de vodka.

Lo había hecho. Después de ver a Lily tan borracha, la había metido en un mueble del salón. Seguí la mirada de Sophia y no pude evitar soltar una maldición. De alguna manera, Lily se las había ingeniado para encontrar la botella y, en aquellos momentos, se la estaba bebiendo a morro, sin vaso.

—Tú hazte cargo de ella, *porfa* —suspiró Sophia, y me lanzó una mirada pesarosa—, yo me ocupo de echar a los invitados.



Una hora después, todos los invitados se habían esfumado. Incluso Sophia y Tyler desaparecieron con una excusa banal que ni siquiera me molesté en escuchar. Mientras tanto, yo seguía sentado en el sofá con Lily, que se negaba a entregarme la botella de vodka.

Hubo un momento en el que pensé que sería fácil quitarle la botella, pero me equivocaba. Cuando lo intenté, se lanzó al suelo y comenzó a gritar. Eran cerca de las cinco de la mañana, y la vecina de al lado comenzó a aporrear la puerta. No podía culparla, yo también estaría mosqueado.

Lily dio un largo trago a la botella, pero la mayoría del líquido cayó fuera, y le empapó la cara y el cuello de la camiseta. Mi paciencia estaba empezando a agotarse. Llegué a plantearme abandonarla en aquel sofá viejo y dejar que durmiera la mona allí mismo, pero algo me lo impedía.

—Lily, por favor, dame la botella...

No pensé que fuera a funcionar. Se lo había pedido tantas veces que no me habría extrañado que me hiciera el vacío. Por eso quedé francamente sorprendido cuando ella dejó de beber y se quedó mirándome fijamente. Más sorprendido me quedé cuando la oí hablar.

—Quítate la camisa.

Mis ojos se abrieron de par en par. Estaba cansado, pero sabía que la había escuchado bien. Perfectamente. Lily Emma, de tan borracha como estaba, no tenía ya ningún filtro. Aun así, tuve que obligarla a repetirlo.

—¿Cómo dices?

Ella rio histéricamente y por un segundo me asusté.

—Es un trato. Tú te quitas la camiseta y yo dejo el vodka.

—Lily...

Empecé a alegar una excusa sobre el frío cuando ella se llevó la botella a los labios, dio otro trago y, entre tos y tos, comenzó a canturrear acerca de lo mucho que iba a beber. Por eso, y sabiendo que probablemente aquella era mi última oportunidad de recuperar la maldita botella, llevé las manos al dobladillo de mi camiseta y me la quité antes de arrepentirme.

No había terminado de sacarme la camiseta cuando sentí una mano en mi estómago. Lily la apartó en cuanto yo la miré.

—Oh, vaya —susurró con la boca pastosa—. Eso sí son abdominales.
Sonreí, halagado, aunque intuía que mañana se arrepentiría de todo esto.

—Cortesía del deporte. Ahora, ¿me das la botella?

Sus ojos abandonaron mi estómago para mirar la botella de cristal que sostenía en la mano, dubitativa.

—Me lo prometiste —insistí, aunque me sentía algo más animado—. *La botella.*

Extendí la mano y esperé hasta que, finalmente, toqué el frío cristal. Podría haber suspirado de alivio.

—¿Puedo ponerme tu camiseta?

Sin embargo, no me dio tiempo a contestar.

—¿Qué demonios estás haciendo?

Mi voz salió más aguda de lo que habría deseado, y agradecí que solo estuviese ella conmigo en el salón. Por eso, y porque estaba intentando quitarse su propia camiseta. Antes de que pudiera evitarlo, dejó a la vista su estómago y un sujetador rosa.

Obligué a mis ojos a apartarse de allí, pero su cara estaba envuelta en tela y brazos atrapados.

—Mi ropa está mojada —se quejó, y tiró de la prenda sin poder quitársela—. ¿Podrías ayudarme?

Probablemente aquella encajaría como una de las situaciones más surrealistas de mi vida.

—¿Blake? —insistió desde debajo de la tela de su camisa.

Apreté los labios y, mientras procuraba a toda costa no mirar más de la cuenta, la ayudé a librarse de la pieza de ropa. Su cabello estaba totalmente despeinado cuando se la sacó y tenía la mirada perdida.

Durante unos segundos largos y densos, nos quedamos mirándonos. Me obligué a romper el contacto visual y a entregarle mi camiseta. También la

ayudé a vestirse porque no conseguía encontrar el agujero por el que pasar la cabeza. Cuando su piel quedó cubierta, pude relajarme. Nunca lo admitiría delante de ella, pero me había costado más de lo debido mantener mis ojos fijos en los suyos. Empezaba a pensar que quería ponerme a prueba.

Me levanté del sofá para interponer una distancia prudente entre ambos. La fiesta se había alargado bastante.

—Es hora de acostarse, Lily Emma —suspiré, y me llevé la botella de vodka conmigo. La coloqué en lo alto del armario, donde sabía que ella no llegaría de puntillas—. Nos vemos mañana.

Lancé una mirada de refilón a Lily antes de darme la vuelta y salir del salón. Era como si una parte de mí rehusara abandonarla.

Tenía que centrarme. La fiesta ya había acabado y estábamos en casa solos. Mientras no le diera por vomitar, estaría segura. No debía preocuparme por dejarla sola en el salón.

Así que no estoy exactamente seguro de por qué me detuve al llegar a mi cuarto y di la vuelta para regresar de nuevo al salón.

—No tengo sueño.

Lily me sobresaltó en el pequeño pasillo. Estaba allí plantada, de pie, a la altura de su cuarto, y descalza. Se había quitado los pantalones y solo llevaba la camiseta que le había dejado. Era tan bajita que le llegaba a las rodillas, pero, aun así, no podía apartar los ojos de sus piernas. Cuando ella se dio cuenta, volvió a hablar.

—Estaban muy mojados y se me pegaban al caminar.

Tragué saliva. El destino me estaba gastando una broma muy pesada.

No, en realidad, era Lily Emma Sullivan la que me la estaba jugando.

—Es tarde, Lils —comencé a decir, y me froté los ojos.

Empezaba a notar cómo el cansancio lastraba mi cuerpo. Al día siguiente, tenía pensado madrugar para salir a correr, ya que no había clase hasta por la

tarde, pero comenzaba a descartar esa idea.

—No tengo sueño —intentó caminar, pero tropezó con sus propios pies y cayó contra la pared—. Además, me quitaste el vodka.

—Fue por tu bien. Mañana prometo compensártelo con una *pizza*.

Su labio inferior se colocó por encima del superior en un puchero y arrugó los ojos hacia abajo.

—Tendrá extra de queso —agregué desesperado, aunque mi voz sonó calmada—. ¿Aceptas?

Su puchero se hizo más profundo durante unos segundos, pero cuando suspiró supe que había ganado. La *pizza* era su perdición, especialmente con extra de queso.

—Venga, acuéstate —la animé, y abrí la puerta de mi cuarto mientras me despedía de ella—. El sol está comenzando a salir.

Lily se despegó de la pared y comenzó a darse la vuelta para dirigirse a su propia habitación. Entonces algo salió mal. Sus pies no se levantaron del suelo mientras ella giraba, sus piernas se cruzaron y su cuerpo se dobló en un ángulo peligroso que avanzaba vertiginosamente hacia el suelo.

Con unos reflejos tan rápidos como pude, la atrapé al vuelo antes de que se golpeará. La tela de la camiseta se arrugó contra su cadera cuando la atrapé y apreté mi mano en su cintura. Sin embargo, a Lily le costaba mantener el equilibrio. Se tambaleaba y mi cansancio no ayudaba.

Así fue como ambos resbalamos tras franquear la puerta de mi habitación, hasta dar con el suelo. Por fortuna para ella, fue mi espalda quien se llevó la peor parte de la caída. No quería ni imaginar el daño que se habría hecho si yo la hubiese aplastado.

Cuando trató de levantarse, sus manos fueron a parar a mi pecho y tragué saliva de nuevo. Nos miramos, y noté la presión de su cadera contra la mía. Comencé a sentir cómo un pequeño fuego crecía por dentro, desde el interior.

Mis ojos se prendieron en los suyos, mientras todo mi ser era plenamente consciente de cómo mi cuerpo encajaba contra el suyo. Notaba su pecho subir y bajar, elevarse a cada nueva respiración. Sus pestañas onduladas rozaban la parte superior del párpado cuando alzaba la mirada hacia mí. Tenía el pelo desordenado esparcido alrededor de la cabeza, coronándola.

«Maldita sea, Blake. Ella no es como Sam.»

Luchando contra un monstruo interior que amenazaba con soltarse de las cuerdas que lo mantenían firmemente amordazado para lanzarse sobre Lily, aparté mi mano de su cintura y susurré:

—Es hora de acostarse, Lily Emma.

Pestañeó. Podía ver cómo le brillaban los ojos.

—Está bien.

Rodó por encima de mí hasta llegar al suelo y se quedó allí quieta durante unos segundos. Decidí tomarme mi tiempo para poner la mente en blanco, calmarme y que el fuego que había estado creciendo en mi interior se apagara antes de levantarme. Necesitaba una ducha de agua fría, aunque estaba seguro de que a la mañana siguiente iba a ser Lily la que querría meter la cabeza en un balde de agua helada... Si se acordaba de algo.

Estuvimos en silencio y, cuando finalmente pude levantarme, la encontré profundamente dormida en el suelo. Negué con la cabeza, aunque estaba sonriendo.

La tomé en mis brazos tratando de no despertarla. Sus ojos se abrieron cuando intentaba levantarla, pero continuaba lo suficientemente adormilada a causa del alcohol como para no terminar de abrirlos del todo, lo que me facilitó un tiempo más que suficiente para meterla en mi cama antes de que se volviese a dormir.

Su cabello olía a mango.

Capítulo 15

Eran las tres de la tarde y estábamos los tres en la sala: yo, con una resaca increíble, Sophia, con dolor de cabeza porque había madrugado para ir a clase, y Blake recién duchado y listo para asistir a las suyas. Había dormido en mi habitación y yo me lo había topado al ir a por un poco de ropa.

Un punto positivo era que no me había acostado con Blake.

Un punto negativo era que, a partir de aquel momento, no podría mirarlo a la cara sin ponerme colorada ni recordar todas las barbaridades que le había soltado.

Un aspecto horrible era tener que escuchar todo lo que hice de su boca mientras Sophia me miraba con una mezcla extraña de enfado y diversión. Por un lado, parecía molesta por mi desafortunado comportamiento y, al mismo tiempo, tenía ganas de reírse de mí y de la situación. Al regresar de sus clases, nos había obligado a juntarnos en la sala para contarle todo cuanto había sucedido durante la noche. Por lo visto, ella se había ido a casa de Tyler a dormir nada más echar a los invitados y no se había enterado de nada.

Pude advertir que Blake tampoco estaba del todo contento con tener que ser el que terminara de rellenar mi laguna mental. Evitaba en todo momento mirarme a la cara. Sus ojos vagaban de las manos al desordenado salón y su rostro continuaba encendido.

«¡Bravo, Lily Emma! Cuando por fin parecía que ibas mejorando las cosas con tu compañero de piso, que os hacíais amigos, vas tú y la cagas.»

Sophia se aclaró la garganta para llamar nuestra atención.

—Lo que no me ha quedado del todo claro es esto: ¿de dónde diablos ha salido ese gato?

Achuché a Misifú contra mí y adopté cierto aire de protección. Ninguno de los tres tenía la menor idea de la procedencia del animal. Había aparecido de repente en nuestro piso, y yo lo veía como una clara señal del destino. Nos decía que ya iba siendo hora de que tuviéramos nuestra propia mascota universitaria.

—No te lloves a Misifú; me he encariñado con él.

—Lily, no es nuestro gato y... —Sophia se interrumpió abruptamente y frunció el ceño—. ¿Lo has llamado *Misifú*?

Choqué mi nariz contra la oreja del gatito, quien ronroneó plácidamente.

—¿Preferirías *Café*? Porque esa era mi siguiente opción.

—O *Chocolate* —intervino Blake, que estaba tomándose una taza de chocolate caliente en aquellos momentos—. Está mucho más rico que el café.

Mi cabeza se volvió instantáneamente hacia él, con los ojos bien abiertos. Sabía que a Blake no le entusiasmaba demasiado el café, pero para mí no había nada mejor: dulce y amargo al mismo tiempo, fuerte, y, además, funcionaba como una pócima mágica que te devolvía las energías.

—¡Retíralo! —exigí.

Blake sonrió y se llevó la taza a los labios. Después se recostó en el suelo y apoyó la espalda contra el mueble.

—Nunca.

Nos miramos y, cuando él me sonrió, mi expresión se relajó, y me hizo sonreír a mí también. De alguna manera, incluso habiendo arruinado las cosas

como había hecho la noche anterior, aquella sonrisa me prometía que nada iba a interponerse en nuestra amistad.

El timbre resonó e interrumpió la pelea, y yo me levanté tan rápido que casi tiré a Misifú. Resopló en mis brazos y lo dejé con algo de miedo en el suelo. No quería más arañazos en mi cuerpo. Ya me había ganado uno del tamaño de un regaliz grande en el brazo derecho. El *lindo gatito* tenía alfileres en vez de uñas.

—De todos modos, el casero no nos deja tener animales —escuché que decía Sophia mientras me dirigía a la puerta—. Aparece en las normas del contrato.

Podía entender su punto de vista. Como no teníamos comedero, estábamos usando su taza del desayuno para dejarle un poco de comida, ya que era la más grande de todas. De hecho, tampoco teníamos arenero..., así que Misifú había escogido la bañera para hacer sus necesidades, y Sophia tuvo la mala suerte de encontrarlas.

Escuchamos su grito resonar en toda la casa.

Aun así, no iba a abandonar al gato en la calle. Si no encontrábamos a sus dueños, lo que veía poco probable porque, hasta el momento, nadie había llamado preguntando por el animal y este tampoco llevaba un collar puesto, no iba a dejarlo en la calle. No contemplaba, en mi forma de ser, la posibilidad de dejar a un pobre animalito sin techo.

Aunque tampoco tenía ni idea de cómo me las apañaría para pagar las visitas al veterinario.

Cuando abrí la puerta, todos mis pensamientos sobre gatos se esfumaron.

—Traigo una especial cuatro quesos sin orégano.

Rubén estaba parado frente a mi puerta con su cazadora desabrochada, el casco de la moto tapándole el cabello claro y una caja de *pizza* en las manos. Pero yo no había pedido *pizza*.

—¿Qué...? —comencé a decir. Sacudí la cabeza y recapacité—. No he pedido *pizza*.

Noté cómo sus cejas se alzaban detrás de la abertura del casco. Posó la caja en mis manos con brusquedad y sacó una libreta electrónica del bolsillo. Después de unos minutos, volvió a mirarme.

—¿Eres Lily Emma Sullivan?

Asentí.

—¿Te gusta la *pizza* de cuatro quesos sin orégano?

Volví a asentir, pero él ya sabía eso.

—Bueno, pues hace apenas una hora alguien llamó encargando una *pizza* de cuatro quesos sin orégano a esta dirección, a tu nombre.

Me volví hacia el interior de la sala para mirar a mis compañeros. Sophia tenía la cabeza ladeada hacia nosotros. Blake bebía distraídamente su chocolate.

Rubén tosió y volví a dirigirle mi atención. Suspiré, al fin y al cabo, yo no era quién para decirle que no a una *pizza*, y menos aún si se presentaba en la puerta de casa. Eso también debía ser cosa del destino, y está muy mal desatender las señales que nos envía. A veces me compraba la ropa o no según eso. Si una camiseta me gustaba, pero no había mi talla, significaba que en realidad no era para mí, y si, mágicamente, la primera que tomaba lo era, significaba que estábamos hechas la una para la otra.

—Está bien, déjame que busque la cartera y...

Rubén puso un recibo sobre la caja de la *pizza* que aún sostenía y me guiñó un ojo.

—No hace falta, ya está pagada. Con tarjeta.

El destino cada vez se preocupaba más de mí.

—Gracias —murmuré.

—No me las des a mí, Sullivan. —Se encogió de hombros y se despidió con la mano—. Solo soy el repartidor.

Cerré la puerta y volví a mi sitio en el sofá. Sophia había comenzado a hacerle carantoñas a Misifú, lo cual significaba que nuestra disputa sobre abandonar al gato había terminado y se quedaría con nosotras durante un tiempo, y Blake...

—Fuiste tú, ¿verdad?

Dejó de beber chocolate y finalmente me miró. Tenía los labios cubiertos por un fino bigote marrón que no tardó en limpiarse con la lengua. Una sonrisa amigable se extendió por sus mejillas.

—Pensé que después de la fiesta de ayer tendrías hambre. —Mi estómago dio un vuelco, y no fue ni por el hambre ni por la resaca—. Además, prometiste empezar a hacer ejercicio, así que ahora ya puedes comer lo que quieras.

Fingí un puchero por la mención del deporte y su sonrisa se amplió. Dejé la caja sobre la mesa y tomé un trozo de *pizza* sin importarme no tener un plato cerca. Ni servilletas. Al fin y al cabo, estaba hambrienta.

Blake se acercó para tomar otro y, cuando estuvo lo suficientemente cerca para oírme, susurró:

—Gracias.

Se volvió, con su sonrisa intacta, y me guiñó un ojo.

Aparté la mirada azorada y esta recayó en el recibo de papel de la *pizza*, que había resbalado hasta el suelo al abrirla. Pero no me había llamado la atención por eso, sino por otra cosa que vi. Lo tomé con la mano libre y disimuladamente le di la vuelta.

Allí, en la parte de atrás del recibo, había un dibujo hecho a mano, con un bolígrafo negro. Un dibujo de una chica comiendo *pizza* que, juraría, era yo misma.

¿Sería esto también cosa del destino?

Capítulo 16

Cerré despacio la puerta de mi habitación. El menor ruido podría significar el fin del mundo, un día lleno de sudor y malestar. Tenía que convertirme en un ladrón silencioso e invisible. Iba a evadir a la bestia y luchar por obtener la libertad de una mañana tranquila. Iba a escapar del compromiso de una promesa que no quería cumplir, costase lo que costase.

Crucé de puntillas el pasillo hacia el salón, con el bolso al hombro y la carpeta de clase pegada al pecho. Eran las ocho menos cuarto de la mañana del viernes y probablemente llegase tarde a clase, pero madrugar nunca fue algo que se me diese bien.

A través de la penumbra del salón, vislumbré la forma y figura del pomo de la puerta. Más y más cerca. Mi libertad estaba próxima y...

Entonces, como cualquier amante de películas de terror podría predecir, la luz se encendió. Me obligó a cerrar los ojos durante unos largos segundos y, acto seguido, escuché la más terrible y aterradora de las carcajadas.

—¿Estás tratando de huir, Lily Emma?

Parpadeé mientras guiaba los ojos hacia la luz. Sentí cómo se comenzaba a formar un puchero que tiraba de mi labio inferior hacia abajo. El rostro sonriente de Blake empezó a cobrar forma cerca de la puerta. Estaba apoyado

contra la pared. Su sonrisa había adquirido cierto matiz de prepotencia que no me gustó nada y en su mano sostenía una taza humeante.

—¿Qué haces despierto a estas horas? —gemí, y apreté la carpeta contra el pecho con fuerza.

Tomó un sorbo con lentitud, regodeándose en mi sufrimiento.

—Salí a correr —comentó, como si fuera algo casual, aunque yo sabía que tenía todas y cada una de sus palabras bien medidas—. Algo que tú deberías hacer hoy, ¿me equivoco?

Me mordí la punta de la lengua. El miércoles había accedido a hacer ejercicio con él y tuvo la amabilidad de recordármelo al día siguiente, cuando pidió la *pizza* extra de queso, mi favorita. Sin embargo, ya habían pasado más de veinticuatro horas y mi cerebro había decidido que aquello había sido una completa estupidez y que, en realidad, no quería someterme a semejante tortura.

—Tuve un momento de debilidad —me quejé, y traté de poner mi mejor cara de cachorrito. Siempre funcionaba con mi padre, quizá con Blake también lo hiciera—. Estaba borracha.

Durante una fracción de segundo creí que lo había conseguido, pero entonces Blake se despegó de la pared y caminó hacia mí. Mis tripas rugieron ante el aroma a chocolate que desprendía su taza. Aún no había desayunado.

—No estabas borracha cuando aceptaste hacer ejercicio conmigo —contraatacó mientras me miraba directamente a los ojos—. Tienes que cumplir tu palabra, Lily Emma.

Su sonrisa de prepotencia se amplió y algo tiró de mí dentro de mi estómago. Quise pensar que se trataba de hambre, aunque en el fondo sabía que no. Era la confianza en sí mismo que Blake estaba demostrando en aquel momento, y que por alguna extraña razón me resultaba tremendamente atractiva.

Aparté mi mirada de la suya, tanto para dejar de pensar en él como para intentar salir de casa, pero Blake me interceptó el paso al ponerse en mi camino.

—Tengo que ir a clase —comencé.

—Esta tarde ven a hacer deporte conmigo —insistió, su cuerpo impasible ante mí.

—Tengo que ir a trabajar —repuse, feliz al darme cuenta de que era verdad.

Subí la mirada de su camiseta, firmemente estirada contra su pecho, de nuevo a sus ojos. Lo cierto era que la ropa de deporte le quedaba muy bien, aunque una vez lo había visto sin camiseta y me decantaba por esa última opción.

«¡Deja de pensar en eso, Lily Emma!» No desayunar me afectaba demasiado.

Blake se acercó de nuevo a mí y el olor a chocolate de su taza casi consiguió que me mareara. Durante el camino, pararía por una cafetería a por café y galletas.

—Pero...

—Tengo que ir a clase —repuse con rapidez—. Nos vemos esta noche.

Misifú apareció por allí en aquel momento, y al final Blake me dejó ir sin insistir más, pero eso no evitó que me pasase el resto de la mañana pensando en el chocolate y, de vez en cuando, en él. En la confianza desbordante con la que me hablaba, y en cómo reaccionaba mi cuerpo cada vez que él aparecía.

Al regresar a casa al mediodía, no lo vi por ningún lado. Muchas de sus clases eran por la tarde. Eso me daba la tranquilidad necesaria para comer y prepararme para el trabajo. Quizá pudiera leer un rato. Necesitaba airear mis pensamientos y sacármelo unos segundos de la cabeza. A él y al chocolate.

Sophia había quedado con Tyler y él la llevaría al bar, así que me había quedado sin vehículo y tendría que correr. Estaba pensando en pedir una *pizza*

y saltarme de nuevo la dieta cuando, al entrar en la cocina, descubrí un plato de arroz con verduras tapado con un film transparente y una nota al lado.

«Si de verdad quieres seguir adelante, yo me comprometo a ayudarte a comer sano y te cocino todo lo que quieras, pero tú a cambio tienes que venir a hacer deporte conmigo. Cumple tu promesa, Lily Emma.»

Me descubrí a mí misma sonriendo como una boba. Sabía que era Blake, aunque la nota no estuviese firmada. Me enterneció que se preocupase, aunque al mismo tiempo me extrañaba que pusiera tanto esfuerzo en convencerme para ir al gimnasio con él.

No era raro que mi sobresaliente imaginación comenzase a formarse ideas románticas alrededor de él y de mí, a pesar de que nada había pasado. Hacía poco que habíamos comenzado a ser amigos.

Comí el plato de arroz con verduras, que no estaba nada mal, y llegué al trabajo con dos minutos de retraso. Sophia y Tyler ya estaban allí, por lo que enderecé mi espalda y me preparé para una reprimenda. Pero eso no ocurrió. Al contrario de lo que esperaba, Tyler me sonrió, me deseó los buenos días y me dejó ir a trabajar tan tranquila.

Y por si eso no fuese suficiente, recibí propinas extra durante la noche de parte de unos cuantos chicos y chicas que intentaron ligar conmigo. Así, cuando volví a casa, mi ego y mi cartera estaban bastante inflados.

Me fui a dormir con mi peluche, el Señor Carrot, satisfecha conmigo misma, hasta que unos molestos golpes en el hombro me sacaron del dulce acompañamiento de los brazos de Morfeo.

—Lily —susurró una voz.

Intenté darme la vuelta, pero mis piernas se habían quedado atrapadas entre las sábanas.

—Déjame —farfullé mientras mi cabeza se iba despertando.

—Lily, son las seis de la mañana.

Esa vez reconocí la voz de Blake, y con ello recordé su idea de hacer deporte. Entreabrí un ojo, lo suficiente para ver su perfil a contraluz y lo que parecía una chaqueta deportiva.

—Te voy a tirar el teléfono por la cabeza —gruñí con mi peor humor mañanero.

—Traigo café —probó en un tono conciliador.

—¡Lárgate, Blake!

Y, por supuesto, esa vez ya nada sirvió.

Mi suerte terminó, antes de que empezara, un sábado a media mañana, conmigo sudada a pesar del frío, y haciendo abdominales en el desangelado campo de fútbol de la universidad. Y, por si fuera poco, llovía.

Al menos, a Blake le sentaba bien la camiseta mojada.

Capítulo 17

La salita de espera del veterinario era pequeña, blanca y no olía a nada en particular. Eso último era lo que más me sorprendió, porque generalmente cada lugar tiene su propio aroma especial. En mi habitación, por ejemplo, siempre huele a la vela que enciende, aunque usualmente sea de vainilla.

Otro aspecto del veterinario que me llamó bastante la atención era la cantidad de bolsas de comida para perros, gatos y demás animales. De distintos tamaños, formas y colores. Y juguetes, correas..., ¡incluso cortaúñas!

—Se está poniendo nervioso —murmuró Blake a mi lado.

Me volví para mirarlo. Misifú estaba en sus brazos y se revolvió para intentar escapar. En ese momento pensé que necesitaríamos un transportín, como los que también había a la venta en aquella sala de espera, para llevarlo de un lado a otro. Sin embargo, hacía apenas unos días que acababa de aparecer en nuestra casa y no teníamos nada para cuidar de él. De ahí que finalmente terminásemos en el veterinario.

Además, Sophia le había visto una pulga el mismo sábado por la mañana, mientras Blake y yo hacíamos deporte. Enseguida puso el grito en el cielo y tuvimos que llevarlo de inmediato.

«Gracias, Google, por decirme dónde estaba el veterinario más cercano.»

—Si intenta arañarte, suéltalo —le advertí, pero él se limitó a fruncir el ceño en señal de desaprobación.

Estuvimos cinco minutos más en aquella salita hasta que nos hicieron pasar a otra con el veterinario. Esta tampoco olía a nada en particular. Ocurría lo mismo en la veterinaria a la que llevábamos a Pizza. Me preguntaba si lo hacían así para tranquilizar a los animales.

Pasamos con él un rato bastante largo en el que pesaron a Misifú, aunque con muchas dificultades, ya que no quería colaborar. Parecía realmente asustado y casi llegó a morder a Blake. No tenía chip, así que no había ningún tipo de información sobre él.

Tuvimos que dejarlo allí una hora, porque estaba tan sucio que nos aconsejaron darle un baño. Nosotros no sabíamos cómo hacerlo y, si soy sincera, tenía algo de miedo a que nos terminase por marcar con sus garras, así que lo dejamos todo en manos del veterinario, quien también nos aconsejó sacarle sangre para comprobar que no tuviese ninguna enfermedad.

Cuando regresamos a por él, parecía un gatito nuevo, ahora completamente seguros de que era un macho de tres meses de edad. Fue muy duro para Blake enterarse de que no podía abrazar a Misifú hasta el día siguiente, porque le habían colocado una pipeta para evitar que volviera a ser invadido por pulgas y estaría húmedo las siguientes horas.

Ni siquiera quise mirar el precio de la factura cuando Blake acercó la tarjeta de crédito para pagar. Por experiencia, sabía que estos sitios eran carísimos.

—¿Paramos a por un café? —le dije camino de casa.

Hacía un poco de frío, pero Misifú estaba ya mucho más tranquilo dentro del transportín que Blake le había comprado. Podías verle con los ojos muy abiertos mirando hacia la calle a través de la ventanita.

—Casi prefiero ir a comer —repuso—. Estoy hambriento y Misifú tendrá ganas de descansar después del estrés de hoy.

No pude evitar hacer un pequeño puchero. Me di cuenta de que yo también tenía hambre. Después de estar corriendo durante media hora alrededor del campo de fútbol, sentía que el desayuno se me había bajado a los pies.

Pero seguía queriendo tomar ese café con Blake.

Entonces me di cuenta. No era el café. Era la compañía. No quería llegar a casa y que cada uno se fuese por su cuenta a disfrutar del sábado. A pesar de estar agonizando durante el ejercicio, disfruté por hacerlo a su lado. La visita al veterinario también se volvió más amena por estar los dos juntos.

Quería más.

—Tengo una idea —comencé con lentitud, sin saber muy bien cómo decirlo sin resultar demasiado obvia—. Ha dicho que no podemos tocar a Misifú hasta mañana, así que podríamos dejarlo en casa para que se relaje e irnos a comer por ahí.

La idea de gastar dinero no me apasionaba, pero podría considerarse mi capricho de la semana.

Los ojos de Blake buscaron los míos.

—¿Juntos? —preguntó.

Sentí que se me encendían las mejillas. Había resultado muy obvia, estaba claro. Pero, antes de que pudiera añadir nada más, Blake comenzó a asentir con la cabeza. Se colgó mejor al hombro el transportín que llevaba el gato y aceleró el paso.

—¿Sabes qué te digo? Sí, salgamos fuera. ¡Nos lo merecemos por los cuatro kilómetros que has corrido hoy!

Tuve que acelerar el paso para alcanzarlo. ¿Cuatro kilómetros? ¿Solo cuatro kilómetros? Habría jurado que habían sido, más bien, cuatro mil. Aun así, no lo rebatí. Estaba feliz de poder pasar más tiempo con él.



—¿Qué va a ser?

Bajé la carta del restaurante unos centímetros para poder mirar al camarero. Por el momento, lo único que había decidido era que quería agua. La carta era reducida, y eso me facilitaba la elección, pero también era muy cara y tenía mucha hambre.

Mi estómago me pedía que escogiera el plato de pasta a la boloñesa, pero mi cartera me decía que sería mejor que optara por unas patatas fritas. Solas. Quizá con ketchup.

—Sí, yo quiero un plato de pasta a la boloñesa y un batido de chocolate —dijo Blake.

¡Maldición! Había planeado invitarle a comer. Al menos, su gusto por la comida era aceptable. En una ocasión, Peter pidió una *pizza* hawaiana. Para compartir. Fue la primera vez que lo odié, aunque solo fuese por unos segundos.

El camarero se volvió hacia mí. Di un repaso mental rápido al dinero que me quedaba en la cuenta del banco y finalmente acabé decantándome también por el plato de pasta.

—El ejercicio de esta mañana me dio hambre —comenté una vez que se fue y volvimos a estar solos en la mesa.

Ladeó un poco la cabeza y dejó el teléfono móvil sobre la mesa. Lo había estado mirando, y por un segundo temí que se fuera a aburrir. Nos encontrábamos solos, y necesitaba desesperadamente dar con un tema de conversación, aunque eso con él nunca fuese complicado.

—Bueno, hacer deporte siempre abre el apetito, y todo el mundo necesita comer para vivir.

Nos trajeron una cesta con panecillos y la bebida bastante rápido. Los batidos tenían muy buena pinta. Habíamos ido a parar a un restaurante italiano porque tontamente pensé que tendrían *pizza*, pero no. Además, olía muy bien en la entrada, y en todo el local.

—No te lo he preguntado aún: ¿qué tal te está yendo en la uni? Últimamente te veo un poco cansada.

«Diría que eso tiene más que ver con mi repentina intención de hacer ejercicio cuando, por lo general, siempre tengo el culo pegado al sofá», pero preferí guardarme esas palabras para mí misma.

O quizá no.

Blake estalló en carcajadas nada más oírmelo decir con esas palabras, y los comensales de las mesas que había a nuestro lado nos lanzaron miradas cargadas de curiosidad. Sentí que mis mejillas se ruborizaban.

—Date unos días más, enseguida tu cuerpo se acostumbrará y lo que sentirás será mucha energía —comentó, pero lo dijo mientras todavía se tronchaba de risa.

Tomé un sorbo del batido para disimular, pero yo también terminé sonriendo. No podía evitarlo: sus ojos se encendían cuando estaba contento e, inmediatamente después, te transmitía una sensación de confianza y felicidad. Blake era una de esas personas que te gusta tener cerca.

La comida llegó: dos platos inmensos que ni en mis mejores sueños habría imaginado. Y me lo iba a comer todo. Más un postre detrás.

La felicidad y el ejercicio me abrían el apetito.

—¿Sabes? Algún día, si te apetece, podrías venir a ver un partido de fútbol —comentó mientras enrollaba los espaguetis con el tenedor.

El plato de pasta a la boloñesa venía con dos albóndigas, e inmediatamente me acordé de la película *La dama y el vagabundo*. Nos imaginé a Blake y a mí comiendo un mismo espagueti hasta que nuestros labios se encontraban.

—Estaría bien; ¿en qué posición juegas?

Acabó de masticar antes de contestarme:

—De portero, y es más excitante de lo que la gente piensa, aunque no salga a mitad del campo. Pero ¡una vez lancé el balón desde mi portería a la del contrario y casi metí gol!

Y entonces comenzó a explicarme cosas de fútbol que yo no entendía, pero lo hacía con tanta pasión que lograba transmitirme su entusiasmo. Y, sin darme cuenta, apenas había tocado mi comida mientras lo escuchaba y asentía fascinada, hasta que él señaló con su tenedor mi plato y dijo:

—Oye, ¿estos espaguetis no te recuerdan a la película *La dama y el vagabundo*?

Sentí cómo mis mejillas se sonrojaban.

«¡Santo Dios!, qué mono era.»



¿Sabes esa sensación? Esa en la que todo te duele. En la que mueves un poco la pierna y parece el fin del mundo. En la que caminas y sientes las piernas como si fuesen de gelatina. En definitiva: esa sensación llamada *agujetas*, un montón de alfileres escalofriantes que se clavan en tus músculos.

¿El culpable? Blake.

Por favor, pero ¡si me dolían hasta las uñas de los pies!

En aquellos momentos, odiaba a Blake Harries con toda mi alma, y mi barrita de cereales no ayudaba demasiado. Había descubierto, de hecho, que eran un gran invento. Te comías una y, al poco rato, la sensación de hambre se calmaba. «Benditos dioses de las barritas de cereales, ¿qué hacéis con mi estómago?»

Sin embargo, una chica necesita su dosis de café. Por eso el lunes aproveché el tiempo que tenía libre entre una clase y otra para comerme mi preciada barrita de cereales y tomarme un café largo que calmara mi adicción a la cafeína. El mayor problema que debí superar fue cruzar el campus con la mochila y mis agujetas auestas. Solo caminar ya me dolía.

Así que, cuando por fin estuve sentada a una mesa, mientras miraba distraídamente la pantalla de mi teléfono móvil y esperando a que mi café se enfriara un poco, lo último que esperaba era verme interrumpida. Y, mucho menos, de aquella manera.

—¿Lily Emma?

Aparté la mirada del café en dirección a la chica rubia que acababa de hablarme, quien, por alguna razón, me había llamado por mi nombre compuesto, cuando por lo general solo usaba el primero. Estaba de pie a mi lado, aunque parecía muy pequeña, mucho más que yo. Llevaba una camisola oscura que la hacía diminuta y un bolso colorido colgado al hombro. Mantenía sus labios apretados en una sonrisa tímida.

—¿Sí? —pregunté mientras estrujaba mi mente para tratar de recordar dónde podría haber visto antes a esa chica, porque lo cierto era que su cara me sonaba.

—¿Eres Lily Emma? —insistió, y juntó sus pies mientras se removía con torpeza.

«Bueno, obviamente. De no ser así, no habría respondido.» Pero decir eso sería muy descortés por mi parte, y tiendo a ser descortés cuando no he tomado el café de por la mañana, de modo que me esforcé en contestar algo más amigable. Todo sea por la paz.

—Eh... Eso creo. Es decir, sí. Soy yo. —Ella ensanchó aún más la sonrisa y apretó un cuaderno contra el costado, lo que me hizo recordar de qué la conocía—. Vamos juntas a latín, ¿verdad?

La chica asintió, pero, en lugar de responder directamente, se salió con otra pregunta.

—Esto quizá te suene un poco extraño, pero... ¿tú escribes *Falso amor*?

Así que «adiós, café». Quedaste brevemente olvidado y relegado a otro lugar en el tiempo y en mi estómago, el cual —por cierto— acababa de dar un pequeño brinco.

Oh, Dios mío. Me estaba pasando. ¡A mí! Me estaba ocurriendo una de esas cosas que había oído, pero no vivido aún. ¡Alguien que leía mi historia me había reconocido!

Cuando asentí, su inicial vergüenza quedó mitigada, de modo que a los dos segundos ya la tenía sentada a mi lado. Dejó su cuaderno de latín con fuerza encima de la mesa.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó, y me hizo retroceder y chocar la espalda contra la silla—. Cuando hoy al pasar lista dijeron tu nombre completo pensé que solo era una coincidencia estúpida. ¿Cuántas Lily Emma Sullivan puede haber en el mundo? Aunque una vez mencionaste que estudiabas en esta universidad... Creo que fue en el capítulo en el que Amanda prende fuego al pelo de Nate y...

Por un segundo dejé de escuchar. Me sentía lo siguiente a abrumada. Estaba *extasiada* de felicidad por encontrarme con una chica que leía mi historia en la vida real, más allá de la pantalla del ordenador, pero por otro lado...

—Esto... Perdona, no me has dicho cómo te llamas.

¡No la conocía de nada!

—Oh, qué tonta. —Se rio de su propia torpeza y, acto seguido, extendió una mano hacia mí—. Soy Zoe, encantada. Me siento al fondo de la clase, por lo que es probable que no me hayas visto.

Tampoco éramos tantos en latín, aunque estuviera en lo cierto. Me sonaba su cara, pero no pude caer de qué hasta que vi su cuaderno. En clase yo no era

famosa por ser la más sociable. Simplemente llegaba, a veces tarde, me apalancaba en mi sitio y trataba de fingir que atendía mientras mi mente vagaba hacia otros lugares. Luego Sophia se enfadaba porque decía que, si seguía así, suspendería y no haría más amigos. Tenía razón.

—Me encanta tu historia, de verdad —continuó de nuevo, volviendo al tema de *Falso amor*—, aunque últimamente la tienes un poco abandonada... Pero te entiendo, la universidad apesta.

Reí dándole la razón. La universidad apestaba, pero también tenía sus cosas buenas. Aunque seguía esperando estas fiestas masivas y alocadas, en casas de hermandades y fraternidades, en las que la gente se emborrachaba con cerveza gratis y hacía cosas estúpidas. Por lo visto eso solo ocurría en las películas. En la realidad era yo quien compraba la cerveza y hacía cosas estúpidas. No era igual de divertido.

—¿Te he asustado? —preguntó de pronto Zoe, devolviéndome al mundo real.

Yo no diría exactamente *asustado*... Solo me había creado una mezcla de emoción y agobio, pero la emoción lo superaba todo, así que sonreí y negué con la cabeza. Ella sonrió de vuelta.

—Ahora que ya sé dónde encontrarte, te voy a acosar... ¿Cuándo se darán un beso Nate y Amanda?

Recuperé mi olvidada taza de café y me encogí de hombros con fingida inocencia. De alguna forma, aunque con Blake y con Sophia me diese vergüenza hablar de la novela, con ella no era así. Tal vez porque no la conocía de nada.

—Quizá nunca. Igual mato al chico.

—¡No!

Su expresión de horror lo dijo todo. Llevaba tiempo queriendo atrasar un primer beso de verdad entre mis personajes. Veía esa escena en mi cabeza en

diferentes versiones y de distintas maneras, pero, si quería que fuese perfecta, necesitaba esforzarme. En la vida real los primeros besos no tienen por qué ser perfectos, pero, afortunadamente, aquello era ficción, y podía hacer lo que me diese la real gana. Como matar a mis personajes de un capítulo a otro.

Mi teléfono móvil vibró. Era un mensaje.

BLAKE: ¿Gimnasio esta noche?

Torcí la boca con desagrado. Habíamos decidido cambiar el campo de fútbol por el gimnasio, ya que el tiempo mandaba. La previsión anunciaba algo de lluvia y no quería enfermar.

—¿Es tu novio?

Zoe se había inclinado sobre mi hombro. Sentí mi privacidad invadida y retiré el teléfono de la mano para ocultarlo. No era nada personal, pero me gustaba que respetaran mi intimidad.

—No tengo novio.

Estuvimos hablando hasta que tuve que ir a la siguiente clase. *Falso amor* solo fue nuestro tema de conversación unos cuantos minutos más, porque después pasamos a hablar sobre la asignatura de latín y de cómo sería el examen y de las diversas formas de intentar copiar sin que nos atrapasen. También le hablé de la discoteca donde trabajaba y prometió pasarse el fin de semana. Me pareció simpática.

Hablar con Zoe me sirvió de ayuda. No solo en el sentido de poder socializar y hacer un poco de vida universitaria, también me inspiró para escribir un nuevo capítulo... y aceptar la invitación de Blake de ir al gimnasio.

Capítulo 18

—¿Qué vas a hacer estas vacaciones de Navidad?

Sophia apartó los ojos del artículo sobre las nuevas tendencias de moda que estaba leyendo. Me dirigió una mirada larga y cansada que terminó de la misma forma que había comenzado: volviendo de nuevo al iPad y a un juego de camiseta y pantalón que encontré bastante feos.

Misifú ronroneó entre sus piernas. Se había hecho un ovillo en el sofá y buscaba el calor corporal que Sophia le ofrecía. Desde que le habíamos comprado el arenero y el comedero, parecía que lo toleraba un poco más. Solo nos faltaba un rascador para que no volviese a intentar arañar el sofá.

—Eh... ¿Ir a casa?

Su distraída respuesta no me sorprendió. Al fin y al cabo, era lo que todo el mundo hacía durante las fiestas, ¿no? Volver a casa. Blake así lo haría. Llevaba una semana realizando llamadas y decidiendo si sería mejor volver en coche o en avión. También mi madre había dado por hecho que yo haría lo mismo, pues me había enviado fotos de pasteles caseros y de cómo iba mejorándolos cada día. Desde su indeciso «*tal vez nos divorciemos*», le había dado por la repostería. Y había aprendido que, si yo no contestaba al teléfono móvil, al menos leería los mensajes.

Aplasté la cara del Señor Carrot hasta dejar la tela del peluche completamente estirada y me quedé mirándolo pensativa. ¿Me estaba comportando como una niña pequeña y malcriada al no querer regresar a casa? Probablemente, pero era más que eso. Aunque no me guste hacer frente a los problemas, en cierta medida no quería regresar a un hogar donde las dos personas que más tiempo pasaban en él no se hablaban.

Lo único que me atraía de volver era ver a Pizza. Echaba de menos sus ladridos constantes y su compañía. Sí, Misifú también era una monada y hacía la espera más soportable, pero no era lo mismo. Pizza había sido mi compañero fiel desde hacía cinco años, y el gato era un desertor que apenas me hacía caso. Se dedicaba a seguir a Blake cada vez que este llegaba al piso, y nos abandonaba a mí o a Sophia solo porque él le daba comida.

Además, le había cambiado el nombre. Se empeñaba en llamarlo Chocolate en lugar de Misifú.

—¿Lily? —dejé de aplastar la cara del Señor Carrot, y esta vez fui yo quien se volvió hacia Sophia—. ¿Por qué estás tratando de ahogar a tu peluche?

Esa era su forma indirecta de preguntarme si me pasaba algo. Sabía enseguida cuándo tenía algún problema o estaba enfadada. Tendía a guardar silencio y, por lo general, yo nunca me quedo callada.

—En unas semanas empezarán las vacaciones navideñas —comencé para tantear de nuevo el terreno. El Señor Carrot me miraba cómplice desde mis rodillas—. No me apetece ir a casa por Navidad.

Ella suspiró y dejó el iPad a un lado del sofá, con tan mala suerte que fue a caer junto a Misifú. El gato emitió un bufido a modo de queja por el brusco despertar, pero se limitó a alzar las orejas en pico y a regresar a su postura inicial. No dejó de mirarnos mientras tanto.

—No vas a quedarte aquí sola, Lily.

En realidad, sería lo ideal. Tyler se había ofrecido a llevarse a Misifú a su casa para cuidar de él durante las vacaciones, pero, si yo me quedaba, no habría ningún problema. Incluso podríamos hacernos mejores amigos el gato y yo, y así dejaría de encariñarse tanto con Blake.

—Es solo que no me apetece volver a casa —suspiré, y me recosté contra el respaldo del otro sillón—. Lo he llevado bastante bien evitando a mis padres hasta ahora; no veo la necesidad de regresar con ellos solo porque sean fiestas.

—Y te vayan a dar regalos —puntualizó ella acertadamente—. Además, ¿no es también tu cumpleaños?

—Puedo vivir sin regalos.

Aunque —debo confesarlo—, tras decirlo, sentí una pequeña punzada de dolor al darme cuenta de que tenía razón. Quise castigarme a mí misma porque mi reacción se me antojó de pronto muy materialista.

—*Mi niña* se hace mayor.

Hice una mueca de espanto ante su tono de voz agudo. Había llevado las manos al pecho y estaba mirando hacia el techo con aire soñador.

—No sigas por ahí, Soph...

Entonces tocó un tema que no era exactamente fácil de hablar en voz alta.

—Además, así verás a Peter.

Además de Pizza, tenía que admitir forzosamente que volver a ver a Peter era otra de las razones por las que quería regresar. Y, de algún modo, Sophia también lo sabía.

—Creía que habías decidido que Peter te caía mal. Sin conocerlo —agregué, e hice hincapié en lo último.

Se encogió de hombros y recuperó el iPad de al lado de Misifú. A punto estuvo de perder la mano de un arañazo juguetero.

—Y me sigue cayendo mal —admitió, ya sin mirarme—, pero, si vas, puedes hacerme feliz y restregarle por la cara tu nuevo novio, con fotografía y todo.

—No tengo novio.

—Y no lo tendrás hasta que termines de sacarte a Peter de la cabeza.

Habíamos mantenido una conversación parecida tiempo atrás, y no me apetecía regresar a la discusión. Yo solita trataba de mantener a Peter lejos de mi cabeza, y lo cierto era que lo conseguía bastante bien..., la mayor parte del tiempo.

—Sophia...

Su mirada se achicó, y lentamente pude apreciar cómo brillaba con un toque de maldad.

—Tiempo al tiempo, Lily. Me he dado cuenta de cómo miras a Blake...

No pude reprimirme y lancé al Señor Carrot en su dirección. Bajó el iPad en el momento justo para atraparlo en el aire.

—Un día me darás la razón, y entonces tendrás que invitarme a un café irlandés —contraatacó mientras me lanzaba de vuelta mi peluche.

—¿Café irlandés?

Yo no tuve tanta suerte, y necesité levantarme del sillón para recuperar al Señor Carrot del suelo. Mis reflejos nunca han sido buenos.

—Siempre he querido probarlo.

Reí al mismo tiempo que negaba con un gesto. Nunca podría sacarle de la cabeza la idea de Blake y yo juntos.

—Sigue soñando.

—No, la que sueña eres tú. Yo solo soy una simple embajadora de Cupido que quiere haceros ver a ti y a él lo bien que estaríais juntos.

La puerta de la casa se abrió justo entonces e interrumpió nuestra conversación. Misifú saltó del sofá directo hacia ella, a la vez que una figura

bastante empapada en agua hacía su aparición.

—¡No os imagináis cómo está lloviendo! —anunció Blake mientras se bajaba la capucha de la sudadera y se revolvía el pelo mojado.

Ya dije que ese gato era un vendido.

Capítulo 19

El mundo es un lugar cruel. Los finales felices que nos prometieron en las películas en realidad no existen. Había vivido en una burbuja de engaño y el despertar fue como una puñalada traperera.

Basura, todo era —absoluta y llanamente— pura basura.

—Me voy a la biblioteca, tengo que devolver unos libros antes de que se me olvide y me penalicen por una semana.

La voz de Sophia llegaba desde lo alto, procedente de algún lugar indeterminado del salón, pero no me molesté en levantarme del suelo ni en volver la cabeza para verla. Podía irse adonde quisiera, no me importaba. Ya nada me importaba.

—¿Vas a seguir así esta noche? —preguntó con desdén—. Si es necesario, te arreo una torta.

Escuchaba sus pasos moviéndose alrededor de la sala. Ella no entendía mi sufrimiento. Ella no sabía lo molido que estaba mi corazón. Hecho pedazos diminutos.

La puerta del piso se abrió y, por el sonido de las pisadas, reconocí a Blake. No pasaron ni cinco segundos antes de que lanzara la pregunta del millón:

—¿Por qué está Lily tirada por el suelo?

«Porque alguien ha decidido hacer de mi vida un sufrimiento.»

Escuché un resoplido procedente de Sophia. En mi imaginación podía verla poner los ojos en blanco, aunque yo seguía sin mirarla. Me negaba a abrir los míos.

—Cuando te lo cuente, *vas a flipar* —contestó mi amiga—. Yo misma no me lo creí cuando llegué y la vi así.

—¿Ha pasado algo? ¿Está bien?

Los pasos se acercaron a mí y, a los pocos segundos, sentí la presencia de Blake agachado a mi lado. Su mano me tocó el hombro con suavidad.

—¿Lily? —me llamó, pero no contesté.

Mi mundo se había acabado y no sabía si podría volver a ser la misma.

Ante mi impotencia, Sophia terminó por agregar:

—Por lo visto, se ha muerto *el personaje de un libro*, y ahora está en proceso de negación.

Acababa de recaer en el club de los lectores descorazonados.

—¿No lo entiendo! —gemí y, finalmente, levanté la cabeza hacia ellos—. ¿Por qué un escritor tiene que hacer algo tan horrible como matar a un personaje?

Sophia gruñó y se ajustó la correa del bolso. Dentro sobresalían tres libros enormes. Tomó las llaves del bolsillo y me lanzó una mirada de exasperación.

—Por última vez, Lily. *No es real*. Es ficción.

Como si eso pudiese animarme. Al contrario, me recordaba que los personajes que había amado, además de morir, no existían.

—¿Al protagonista! ¿Es que no piensan en los sentimientos de las personas que se enamoran de ellos?

—Me largo, esto es demasiado para mí. —Sophia suspiró en señal de rendición y salió del piso.

No habían pasado ni cinco segundos después de que se escuchara cerrarse la puerta del piso de un fuerte golpe, cuando Blake dijo:

—Lily, ¿estás llorando?

Aparté los ojos de él y parpadeé con insistencia. En ese momento me di cuenta de que, efectivamente, había lágrimas en ellos. No eran forzadas. En algún lugar a medio camino entre mi dramatismo y la histeria, habían decidido aflorar por sí mismas.

De forma repentina, la sensación de vergüenza se apoderó de mí, consciente de la escena que acababa de montar y de lo que podría estar pensando Blake. La última vez que me deprimí por el final de un libro, Peter se estuvo burlando de mí durante una semana entera, y eso que no fue ni la mitad de deprimente que esta vez.

Me sequé los ojos con la manga de la camiseta y abandoné mi posición de estar tirada en el suelo. Me senté y apoyé la espalda contra la estantería. Cerca de mí se encontraba el libro. Lo había lanzado contra una esquina con todas mis fuerzas y se había abierto en una página al azar.

—¿Estás bien?

Volví a dirigir toda mi atención a Blake. Continuaba agachado a mi lado, con un gesto de preocupación en el rostro. Sus ojos oscuros hicieron que mi estómago diese un vuelco.

—Claro —asentí torpemente, y tuve que aclararme la garganta cuando mi voz salió cortada—. Perdón por la escena.

Conté hasta tres antes de que él me regalara una sonrisa y la preocupación se diluyera en el fondo de su mirada.

—Ey, todos nos hemos deprimido alguna que otra vez con el final de un libro que no nos ha gustado.

Después de eso, me guiñó un ojo, y juro que no fue mi imaginación, pero el mundo se detuvo por unos segundos. Me acordé de nuevo de cómo era

respirar. Entonces se levantó y se alejó hacia su habitación.

«¡Demonios! Después de un final tan triste, estaba demasiado susceptible a las emociones y el contacto humano.»



Un vaso de chocolate caliente apareció de pronto delante de mí, en la mesa de la cocina. A mi lado, tenía el portátil abierto, pero el documento en blanco no era una novela, sino un trabajo larguísimo que tenía que entregar el lunes siguiente. El vapor cálido y dulzón hizo que comenzase a salivar. Solo una persona en aquel loco piso de estudiantes preparaba chocolate caliente un jueves por la noche.

—Esto siempre viene bien para superar la tristeza.

Alcé los ojos hacia Blake y me olvidé de la redacción de sociología por un tiempo indefinido.

Durante un momento pensé en declinar la oferta; ¿no se suponía que ahora estaba cuidándome? Debía seguir una dieta y hacer ejercicio. No veía cómo el chocolate podía encajar en mis buenos propósitos, pero ahí seguía, delante de mí, tentándome, y no pude evitar tomármelo.

—Vaya, gracias.

Como respuesta me guiñó un ojo, exactamente de la misma forma que había hecho una hora antes en la sala, y la sensación que suscitó en mí fue idéntica. Me apresuré a agarrar la taza y tomar un sorbo en cuanto noté cómo se me calentaban las mejillas. Sin embargo, quemaba y, nada más tocar el líquido con la punta de la lengua, tuve que apartarlo.

—Sophia me ha dicho que no quieres ir a tu casa por Navidad.

Dejé la taza en la mesa y entorné los ojos mirando a Blake. Traslucía una expresión que decía claramente «necesito darte una charla aunque no quieras».

Esa debía ser la verdadera razón oculta tras la taza de chocolate.

—Esa pequeña cotilla...

Una sonrisa maliciosa cubrió el rostro de Blake y, acto seguido, murmuró:

—Pues es más alta que tú.

Alcé el rostro hacia él con el ego dolido. Sí, era un hecho que yo era bajita y Sophia más alta, pero eso no significaba que me gustase escucharlo. Tanta comida basura me había impedido dar el último estirón, tenía que ser eso.

—Bien, pues esta enana te manda a la mierda desde las Bajas Tierras del Sur.

Blake sonrió, consciente de su error, pero no iba a pedir disculpas. Su *alter ego*, también conocido como la apestosa versión de «me-encanta-fastidiar-a-Lily-Emma-Sullivan», se lo impedía.

Movió la silla libre que había a mi lado para sentarse. Bajé la tapa del portátil; al fin y al cabo, ya no iba a trabajar más en la redacción. Después arqueé las cejas hacia él, pues esperaba impaciente una charla parecida a la que Sophia había intentado mantener conmigo días atrás: la importancia de ver a tu familia en Navidad, incluso si estás obcecada de una manera increíblemente infantil con no hacerlo.

Sin embargo, eso no fue lo que salió de su boca.

—Yo tampoco quiero ir a casa.

—¿No?

Me había pillado por sorpresa. Teniendo en cuenta que había estado buscando vuelos económicos y hablando con su hermano por teléfono durante los últimos días, creía que en realidad tenía muchas ganas de ir.

Blake se removió en la silla. Juntó las manos, con los codos apoyados en la mesa, y miró pensativo sus dedos entrelazados.

—Bueno, no es exactamente así. Sí quiero ir, ver a mi madre y a mi hermano, pero... Estas van a ser las primeras Navidades en mucho tiempo en

que estaremos solo nosotros tres, y van a ser extrañas.

Recordaba que Blake me había contado cómo su madre y su padrastro, quien, además, era mi tío, se habían divorciado durante el verano.

—Lo que quiero decir, Lily, es que sé que puede parecer difícil. Pero es tu familia y, si no vas a casa estas Navidades, acabarás arrepintiéndote. Eres una chica fuerte, no deberías tener miedo a hacer frente a determinadas situaciones, aunque no te gusten.

Me quedé mirándolo fijamente, porque, aunque me estaba diciendo un cumplido, también escuchaba de su boca algo que no quería.

En algún lugar en mi mente, me acordé de Sophia y del efecto Pigmalión. Una vez que metes una idea en la cabeza de alguien, cuesta mucho sacarla. Blake acababa de meter en la mía la idea de que yo era una chica fuerte, capaz de afrontar cualquier situación, y, aunque me diera cuenta de que ni yo misma lo pensaba, el hecho de defraudarlo me generaba más pánico que volver a casa.

Me fui de la cocina con la taza de chocolate caliente entre las manos y el pensamiento de devolverle finalmente una llamada a mi madre. Sin embargo, en lugar de eso, una vez que estuve a salvo en la tranquilidad y comodidad de mi habitación, me encontré a mí misma tomando un cuaderno y un bolígrafo. Sintiéndome de nuevo como si tuviese doce años, hice algo que pensé que jamás volvería a hacer:

«Lista de las diez razones por las que me estoy empezando a enamorar de Blake Harries.»

Capítulo 20

Esa noche Liquid, la discoteca donde Sophia y yo trabajábamos, estaba más llena que de costumbre. Savannah, nuestra jefa, cuya única ocupación consistía en pinchar diferentes canciones y hacer papilla mis oídos a base de música tecno, había decidido celebrar aquel sábado la «noche de diversión».

Se trataba de una noche en la que la entrada era gratis para todas las personas, pero ahí no estaba el meollo del asunto. También había copas gratis, todas las que quisieras, si te atrevías a hacer un *striptease* —que no llegase a desnudo, por supuesto— en la tarima especial que previamente Sophia y yo habíamos acomodado a un lado de la barra.

No estaba muy segura de si me asombraba o aterraba la idea.

La discoteca no tardó en llenarse, ya que durante la semana se había corrido la voz de que la entrada sería gratis y, a los veinte minutos de apertura, ya estábamos sudando tras la barra. El anuncio del *striptease* también sirvió para atraer a bastantes universitarios.

Al principio, todo el mundo parecía reacio a aceptar el reto. Cada vez que Sophia o yo tratábamos de animar a alguien, todos se reían y negaban. Sin embargo, en cuanto las rondas de chupitos aumentaron y las primeras personas ebrias dejaron la vergüenza a un lado, la tarima se llenó de un desfile de jóvenes sin camiseta.

No entraré en detalles, ya que, aunque los más lanzados fueran también los que mejor cuerpo tenían, cuando estaban borrachos todos se animaban, por lo que vi de todo. Aun así, lo que más me gustó fue lo animado que se mostró el público. Nadie abucheaba, solo coreaban para animar a los valientes.

Unos cuantos se cayeron de la tarima. Sophia y yo ya lo habíamos previsto y habíamos colocado una base de seguridad lo suficientemente amplia, pero no calculamos demasiado bien. Tampoco pensamos que alguno terminaría convertido en sirena e iría saltando como un delfín y rebozando su cuerpo en el suelo mientras rodaba por él.

Lo que hubiese dado por grabarlo.

—Cinco vodkas.

Miré dos veces al chico rubio que sacudía un billete en mi dirección. Estaba sudado, lo que no me extrañó, ya que al otro lado de la barra la gente estaba muy apretujada. No me habría sorprendido que alguien se hubiera desmayado. Afortunadamente, esa tarea era de Tyler, a quien Sophia trataba de convencer cada poco tiempo de que se presentase voluntario para el *striptease*.

Saqué cinco vasos de chupito limpios y los coloqué en fila frente a ese chico. Continuaba mirándolo de refilón a la par que rellenaba cada vaso con un chorro de líquido transparente. Él también me estaba mirando. Habría podido pensar que se debía al nada recatado escote que me había puesto esa noche, pero lo cierto era que sus ojos estaban clavados en mi cara.

Había algo en él que me resultaba familiar, pero no lograba resolver de qué lo conocía.

Cerré la botella y recogí el billete que me ofrecía. Cuando regresé para entregarle el cambio, volví a mirarlo. Entonces habló, y eso me interrumpió de pasar al siguiente cliente.

—¿Quieres unirte a la apuesta, Lilian?

—¿Eh?

Primero, no me llamaba Lilian, sino Lily.

Segundo, ya sabía de qué conocía a ese chico.

—Tú eres el amigo de Blake —grité a través de la música, porque con la barra de por medio era imposible oír al otro sin alzar la voz—. ¿Brett?

Asintió. En ese momento debería haberle dicho que me llamaba Lily, pero no lo veía como un dato importante. Sin embargo, eso de la apuesta sí llamó mi atención. A veces pensaba que tenía un serio problema con el juego. Una vez, en el instituto, tuve que pararme delante de un chico de clase y decirle que me había perdido en su mirada. Y todo por un chicle. Pero una apuesta era una apuesta.

—Los chicos y yo hemos apostado —me explicó cuando pregunté, también gritando—. El primero en atreverse a hacer un *striptease* consigue una botella de ron gratis; el último la paga.

Me reí, porque estaban haciendo algo parecido al resto de chicos que llenaba el local: emborracharse hasta perder la vergüenza para después desnudarse delante de desconocidos que gritaban alentándolos. Aparte del riesgo añadido de que podrían robar sus ropas.

—¿Quiénes habéis hecho la apuesta?

Como si de un reclamo se tratase, cuatro chicos aparecieron detrás de él y exigieron su bebida. Los reconocí a todos de la fiesta de bienvenida que tuvo lugar en el piso. Blake se encontraba entre ellos.

Me incliné sobre la barra para acercarme a Blake cuando fue a tomar su chupito y pasé olímpicamente del cliente que reclamaba desesperado una cerveza. Sus mejillas estaban coloradas y el pelo se le pegaba a la frente. Llevaba una camisa blanca con los primeros botones desabrochados. Pensé en su pecho desnudo y en las innumerables veces que lo había visto, desde el primer día, cuando lo dejé inconsciente tumbado en el sofá de casa y cuando,

la mañana siguiente, me colé a cotillear en su habitación y él volvía de hacer deporte.

Desde luego, el suyo iba a ser uno de los *stripteases* que más disfrutaría.

—¿Vas a subirte a la tarima?

Arrugó la nariz y sonrió con timidez. Toqueteó el borde del vaso con los dedos índice y anular. Estaba nervioso.

—Probablemente sea quien pague la botella de ron —bromeó.

Brett, que estaba a su lado, lo escuchó y le dio un codazo en el brazo con el que casi volcó el vaso.

—No seas un rajado, amigo —se burló, y alzó el chupito para luego vaciarlo de un solo trago—. Eso, con cuatro más, se arregla.

Me reí con ganas, porque recordar cómo era Blake ebrio era más divertido que yo misma emborrachándome.

—¡Lily! —me gritó Sophia con enfado. Me volví hacia ella justo a tiempo de atrapar al vuelo entre las manos el trapo húmedo que acababa de lanzarme—. Aún no es tu descanso. ¿Quieres hacer el favor de trabajar? ¡Estamos desbordadas!

—Aguafiestas —escupí en su dirección.

Apreté los labios en un mohín, pero sabía que tenía razón. Me volví hacia los chicos. Coloqué cinco vasos más y los rellené de vodka.

—Haznos un favor a todos y emborráchalo bien —le dije divertida a Brett mientras Blake, que aún no se había tomado su primer chupito, miraba con recelo cómo rellenaba el resto—. Estos corren a cuenta de la casa.

Les estaba dando alcohol de garrafón, lo cual no era muy saludable, pero así Savannah no me reñiría. Además, interiormente deseaba que Blake hiciera ese *striptease*. Sería digno de ver.

Me alejé de ellos para continuar con mi agotador trabajo de camarera. De reojo, observé cómo, efectivamente, continuaban bebiendo, ya que Sophia se

encargó de atenderlos. No quería que volviese a ponerme a hablar con ellos y la dejara sola otra vez.

Veinte minutos después, Brett, el más valiente de todos, se había subido a la tarima sin camiseta y con los pantalones desabrochados.



—Te has ganado un descanso.

Suspiré aliviada mientras entregaba el cambio al último de mis clientes hasta los próximos diez minutos. Savannah me dio unas palmadas de ánimo en la espalda. Había dejado la zona de música con una lista de reproducción activada para darnos un descanso a Sophia y a mí. Mi amiga fue la primera en tomarse el suyo —durante el cual consiguió que Tyler subiese al escenario, aunque solo se quitó la camiseta—, y ahora llegaba mi turno.

Había estado esperándolo durante los últimos treinta minutos, desde que Brett había hecho su *striptease*. Después de él, les tocó hacerlo a dos de sus amigos. Si mis cálculos no eran equivocados, solo faltaban Blake y otro chico.

Con mi cerebro en piloto automático y obsesionado con una sola cosa, salí detrás de la barra con rapidez. Buceé por entre la gente, aunque el calor era asfixiante y olía a una mezcla horrorosa entre cerrado y humanidad.

Tras unos agonizantes cinco minutos, encontré a quien buscaba.

—¡Lilian! —Brett se lanzó sobre mí. Me abrazó demasiado efusivamente y derramó unas gotas de su copa en mi brazo—. ¡A ti te quería ver!

Aunque no me sentí demasiado cómoda al verme rodeada por su brazo sudado y mojada por el líquido pegajoso de su copa, sus palabras mal pronunciadas consiguieron halagarme. Estaba bastante borracho.

—Tienes que convencer a Blake —dijo otro de sus amigos, y me sacó fuera de sus brazos—. Daniel no está para subirse a esa tarima.

Entre la música, los tirones y el calor, estaba empezando a marearme. Me había costado bastante trabajo caminar por la discoteca abarrotada de gente hasta encontrarlos. Por eso, cuando otro chico tiró de mi brazo bruscamente, no pude evitar chillar y perder el equilibrio.

Un nuevo brazo me salvó. Me atrapó antes de caer y me acercó a su cuerpo. Esa vez, la cercanía no me importó.

—¿Lily Emma está en apuros?

Una sonrisa bastante tonta asomó a mis labios sin precaución alguna tras escuchar a Blake. Por la forma en que arrastró las sílabas y el poco pudor con que las dijo, me di cuenta de que había bebido más de dos chupitos.

Volví el rostro hacia arriba y a un lado para verlo, pero, como mi espalda estaba apoyada contra su pecho, no tenía mucho margen de movimiento.

—¿Y tú? —grité para hacerme oír—. ¿Vas a pagar esa botella de ron?

Su pecho vibró, en señal de que estaba riéndose.

—Necesitaría un chupito más —confesó, y sus labios me hicieron cosquillas en la oreja—. De todos modos, no creo que Daniel lo haga.

Observé uno a uno a sus amigos, mientras trataba de ignorar el escalofrío que me había recorrido el cuerpo de pies a cabeza tras su contacto. Con él junto a mí, el grupo de chicos parecía haberse olvidado de mi presencia. Dos de ellos bebían cerveza mientras bailaban sincronizando sus cabezas. Brett, por otro lado, mantenía un brazo apoyado sobre los hombros de un chico cuya cabeza se balanceaba hacia todos los lados.

Ese debía de ser Daniel, y era probable que necesitase salir de allí un momento a comer algo.

Decidida y sin querer darme por vencida, tomé aire rápidamente y me giré para enfrentarme cara a cara con Blake.

—Venga, yo te invito a ese chupito.

Sus ojos se entrecerraron, negros y brillantes bajo las luces de la discoteca. En ese momento me di cuenta de lo obvio que resultaba lo mucho que deseaba que él hiciera el *striptease*, y un pequeño temor me invadió.

—Ya sabes, cuantos más lo hagáis, más hablarán del lugar y más gente vendrá la semana que viene —dije para intentar arreglarlo.

Arqueó las cejas con escepticismo, pero se estaba riendo, así que lo tomé como una buena señal. Sin mediar palabra, abandonamos al grupo de amigos y nos acercamos a la barra. Para cuando conseguimos abrirnos paso a codazos y empujones, supe que mi descanso había concluido, pero también que Sophia no me diría nada. No si conocía mis intenciones.

—Un chupito de vodka bien cargado para Blake —le grité demasiado alto, por lo que Savannah, que pasaba por detrás de ella, también lo escuchó—. Va a ser el siguiente en subir a la tarima.

La cara de Sophia fue adquiriendo múltiples expresiones. Desconcierto, sorpresa, cierta alarma y, finalmente, algo parecido a la emoción.

—No quiero perderme esto —gritó con entusiasmo, y sacó un vaso y una botella de vodka—. Creo que voy a grabarlo.

Noté cómo el cuerpo de Blake se ponía tenso a mi lado. Estuve a punto de decirle que, si no quería hacerlo, no hacía falta que se subiera. La idea era divertirse, no pasar un mal rato. Pero me distraje cuando un nuevo vaso de chupito se sumó al que Sophia le estaba sirviendo. Arqueé las cejas hacia Savannah sin comprender.

—A este otro invita la casa —explicó, aunque su mirada desafiante provocó en mí cierta desconfianza, especialmente porque estaba fija *en mí*—. Si te animas a subir tú también, te dejo libre el resto de la noche.

Admitiré que necesité unos cuantos segundos para sopesar su propuesta.

Solo eran las dos de la mañana, lo que significaba que todavía me quedaban dos horas más de jornada, y me sentía lo suficientemente cansada como para

valorar seriamente su oferta mientras los ojos de Sophia se abrían expectantes.

Sin embargo...

—Ni loca —me negué, y reulé hasta que Blake me tomó del codo y me obligó a volver a nuestra posición en la barra—, pero aceptaré el chupito.

Me lo bebí de un trago antes de que nadie pudiera decirme nada.

Savannah tomó de nuevo la botella y rellenó mi vaso. La miré escéptica.

—El resto de la noche libre, más la semana que viene —me retó, y dio un empujón al chupito para que llegase hasta mí.

Lo bebí de un trago. Estaba realmente empezando a replantearme las cosas e, inconscientemente, a hacer lo mismo que habían estado haciendo los chicos: emborracharme hasta perder la vergüenza para animarme a hacerlo. Solo por si acaso.

—No —reiteré. Tosí porque ese segundo vaso, de alguna forma, me había escocido más que el anterior—. Necesitaría tomar vacaciones después de Navidad si de veras quieres convencerme.

Ante mi sorpresa —y la de Blake y Sophia—, Savannah volvió a rellenar el vaso con más alcohol.

—Hecho —pactó mientras miraba con fijeza.

Sin creermelo lo que estaba haciendo, llevé el tercer vaso de vodka a mis labios y lo bebí de un trago. Cuando lo bajé, Sophia se había quedado muda y boquiabierta.

—No serás capaz —vocalizó, aunque no se la escuchaba a causa de la música.

Me tambaleé un poco cuando el vodka comenzó a subir. Luego miré a Blake, quien tenía los labios apretados y el rostro rojo por el alcohol. Miré la discoteca repleta de gente. Miré a mis amigas de nuevo.

«Quizá no ha sido buena idea.»

A mi lado, Blake bebió de un trago el último chupito de vodka que le quedaba. Luego tomó aire y abrió mucho los ojos mientras el escozor del alcohol pasaba a través de su garganta. Después se puso de pie de un salto y me miró fijamente:

—Me parece que tengo una apuesta que cumplir.

Y salió rumbo a la tarima sin que pudiésemos pararle los pies.

Capítulo 21

Si alguien me hubiese dicho a principio de curso que el chico al que pegué con una enciclopedia iba a terminar bailando sin control sobre la tarima de la discoteca, probablemente me lo habría creído.

Si ese alguien me hubiese insistido en que yo estaría a su lado, me habría echado a reír.

Pero allí estábamos, días y chupitos de vodka después, subidos a la tarima improvisada de la discoteca con demasiadas personas entusiasmadas en que yo me quitara la camiseta.

También estaba Blake, quien ya se había quitado la suya. Llevaba los pantalones desabrochados y Sophia no hacía más que gritarle que se los quitara.

Negué con la cabeza y solté una risa nerviosa cuando él se acercó a mí y me tomó de la muñeca para hacerme girar al ritmo de la música. En primera fila un chico trató de agarrarme de la pierna y tuve que retroceder.

Definitivamente, no había sido buena idea.

—Voy a bajarme —chillé por encima de la música, pero él arqueó las cejas sin escucharme.

Blake, quien aguantaba decentemente el alcohol, estaba mucho más afectado que yo. Al principio no me lo había parecido, y por eso lo animé a subir.

Ahora ya no estaba tan convencida. Si no era del todo consciente de lo que hacía, podría arrepentirse al día siguiente. Además, yo era su amiga. Me sentía moralmente responsable de garantizar su seguridad.

Sentía los ojos de miles de personas sobre nosotros y, aun así, acerqué mi rostro al suyo para hablarle al oído.

—Voy a bajar —repetí, y me agarré a sus hombros para no perder el equilibrio—. ¿Vienes conmigo?

Notaba su piel caliente contra mis yemas, y eso provocaba una sensación agradable en mi interior. Comencé a alejarme, pero de pronto sentí sus dedos sobre mi cintura. Mi cuerpo se acercó más al suyo, y el calor traspasó la tela de mi camiseta.

Sin separar mi mano de su hombro alcé los ojos hasta que me encontré de pleno con su mirada. No dijo nada, porque no hizo falta. Solo acercó su rostro al mío, apenas unas milésimas.

Y, de pronto, el resto de la gente que había en la pista de baile dejó de existir. La música tecno quedó resonando como un eco en la lejanía y sentí un extraño hormigueo en los labios.

Me vi con la palpable urgencia de querer besarlo. Como si un circuito invisible corriese desde su mano en mi cintura hasta la mía puesta en su hombro, desde nuestros ojos unidos hasta nuestras bocas apenas separadas.

Blake bajó la mirada a mis labios, tan solo un segundo. Tragué saliva, consciente de nuevo de que estábamos en lo alto de una tarima y que había mucha gente observándonos, gritando y silbando.

Lo empujé, pero su mano continuaba en mi cintura. Solo conseguí alejarme unos centímetros, suficientes para que la tela de mi camiseta se elevara. Él me dejó ir, no sin antes lograr que todo mi cuerpo hormigueara cuando sus dedos rozaron la piel desnuda de mi cintura mientras yo retrocedía lejos de él.

Dos cosas sucedieron en ese momento.

Una, que mis sentidos explotaron, pues la música sonaba repentinamente más fuerte y con más sentido dentro de mi cabeza, las luces se volvían más potentes y los gritos de la gente, más alarmantes.

Dos, una mano definitivamente consiguió atrapar mi tobillo, y con ello perdí el equilibrio.

Terminé cayendo hacia atrás en una nada elegante cabriola en la que mis brazos se movieron como las aletas de un pez fuera del agua.

Antes de que mi cuerpo se estrellara contra el suelo, fui atrapada por unos brazos y un pecho que evitaron mi caída. Grité a destiempo, una vez que el aire recuperó su trayectoria normal en mis pulmones, y mis piernas temblaron cuando finalmente posé los pies en el suelo.

Me separé unos centímetros, los necesarios, para ver quién había sido mi salvador. Al distinguir su rostro, no supe si debía sonreír, agradecer o salir corriendo. En su lugar, dije:

—Justo a tiempo.

Creí ver gruñir a Tyler. Luego él gritó por encima de la música.

—No lo habría dicho mejor.

Los gritos y vítores del público nos obligaron a ambos a volvernos hacia la tarima. Blake se había sentado en el suelo y trataba de colocarse la camiseta. No estaba haciendo un buen trabajo.

Tyler gruñó de nuevo, estoy segura de que lo hizo, y me dejó sola unos segundos mientras subía a la tarima junto a Blake y lo sacaba de allí. En el poco tiempo que tardó en hacer eso, fui tragada por la muchedumbre, que continuaba bailando sin importarle lo más mínimo darme algún que otro codazo.

Tyler regresó y me tomó del brazo. Me arrastró hacia la barra abriéndose paso por entre la multitud que colapsaba la discoteca. Avanzábamos lentamente porque llevaba a Blake apoyado sobre su hombro.

Cuando por fin atravesamos la parte central y llegamos a la despensa, situada tras la barra, que también usábamos como cuarto del personal, Sophia y Savannah ya estaban esperándonos. Esta última se acercó a nosotros rápidamente y ayudó a Tyler a acomodar a Blake en el sofá.

Es curioso cómo, cuando te excedes un poco con el alcohol, sin quererlo pasas de ser una persona desinhibida, despreocupada y feliz a un payaso torpe que apenas puede mantener el equilibrio.

—He llamado a Jenna —avisó Savannah, y sacudió el teléfono móvil ante nuestros ojos—. Vendrá con su hermana para atender la barra.

Parpadeé excesivamente hacia ella.

—¿Me das el resto de la noche libre?

—Lo prometido es deuda, aunque no te hayas quitado la ropa. —Me guiñó un ojo y guardó el teléfono móvil en el bolsillo—. Tyler, tú los llevas a casa.

Sophia se unió a nosotros. Ya quedaba menos para cerrar y había sido una noche agotadora. Sin embargo, cuando la miré, me pareció apreciar unos ojos brillantes y unas mejillas encendidas. Daba la sensación de que hubiera estado llorando.

No quise preguntarle más delante de tantas personas, así que tomamos nuestras chaquetas y salimos de allí. No veía el momento de sumergirme entre las sábanas de mi cama y desaparecer junto a Morfeo hasta la tarde del día siguiente.

Sin embargo, Tyler tenía otros planes. Se volvió hacia Savannah con el rostro lleno de ira.

—¿En qué estabais pensando animándola a subir allí arriba? ¿Qué habría pasado si, en lugar de agarrarla yo, lo hubiese hecho cualquier otro tío? ¿O si se hubiera caído?

No entendía demasiado cómo funcionaba su cerebro. Quizá no tuviese claro que a los jefes no se les puede gritar o que yo era una persona adulta, capaz de

tomar mis propias decisiones y que no necesitaba que nadie me protegiese. Mucho menos si no era mi amigo.

Tyler se volvió hacia mí y arremetió con semblante serio. En aquel momento solo podía intentar averiguar su edad. ¿Veintiuno? ¿Veintidós? Enfadado y sin afeitar, parecía mayor.

—¿Y a ti? ¿Cómo se te ocurrió aceptar y subir allí? ¿No lo pensaste mejor?

Fruncí el ceño en su dirección. No necesitaba que el follamigo de mi compañera de piso me sermonease.

—Pero ¿qué narices te pasa ahora?

Abrió la boca, como si fuese a arremeter de nuevo, pero Savannah lo interrumpió.

—Además, tú también te subiste a la tarima —le recordó Savannah en tono picajoso.

Miré hacia Sophia, porque ella había sido la causante de que él subiera y bajara rápidamente, después de quitarse solo la camiseta. Sus ojos seguían clavados en el suelo.

Tyler guardó silencio por unos segundos, apretó los labios y terminó diciendo la peor frase que podría haber dicho.

—No es lo mismo.

Savannah fue la primera en presentar batalla.

—¿Por qué? ¿Por qué es una chica?

No hicieron falta más palabras para que Tyler se diese cuenta de su error. No intentó defenderse, y tampoco habría podido si lo hubiera intentado. Savannah se abalanzó sobre él como si de pronto hubiese pasado a ser un mortífago sin varita.

En aquel momento, no habría querido ser Tyler por nada del mundo, pero la verdad es que se lo había buscado él solito.

—Una chica puede hacer lo que se le antoje. Y, si quiere ir enseñando los pechos, pues también.

A mi lado, Sophia asintió con fervor, pero no añadió nada. En otro momento, ella también habría participado. Quizá solo tuviera las mismas ganas que yo de acabar con la noche cuanto antes y de llegar a casa.

—No puedo creerme que pienses así, Tyler.

Me alejé lentamente, ya fuera porque sus gritos me estaban dando dolor de cabeza, ya porque quería comprobar cómo se encontraba Blake. También me interesaba saber qué le pasaba a Sophia, pero decidí que sería mejor hablar con ella en otro momento, en cuanto estuviésemos a solas.

—... ganaría cualquier pelea cuerpo a cuerpo.

Cuando llegué junto a Blake, lo encontré dormido.

LILY: ¿Qué te pasa?

SOPH: Nada.

¿Tantos meses de amistad y esperaba que me tragase aquella basura? Me di la vuelta en la cama. Tyler se había quedado a dormir en casa después de traernos y no podía entrar en el dormitorio de Sophia e interrogarla, así que lo intenté con mensajes.

LILY: ¿Estás así por Tyler?

SOPH: No digas tonterías.

Era dura de mollera.

LILY: Si admito que me gusta Blake, ¿me contarás qué ha pasado?

Esperé, pero no hubo respuesta, de modo que lo intenté de nuevo.

LILY: ¿Qué ha pasado?

SOPH: Una tontería. Se enfadó porque te dejamos subir al escenario y discutimos.

Aquello parecía, sinceramente, una tontada. Ni que Sophia pudiese decidir por mí si subía o no. Además de que no tenía sentido que Tyler se enfadara por algo así.

LILY: ¿Lo dices en serio?

El siguiente mensaje de Sophia se quedó sin respuesta.

SOPH: ¿Te gusta Blake?

Ella no iba a hablar más y yo tampoco pensaba contestar a su pregunta. Si le decía que había llegado al extremo de hacer una lista con las razones por las cuales creía que me gustaba Blake, probablemente se riera de mí durante una eternidad.

Capítulo 22

BLAKE

Intenté ahogarme con la almohada, pero no funcionó.

—Joder, soy un puto imbécil...

Gruñí para mis adentros y rodé a un lado de la cama. Mi cabeza martilleó con fuerza y me recordó lo imbécil que había sido al dejarme llevar y haber bebido tanto el día anterior.

¿Lo peor de todo? Que era capaz de recordar cada maldito detalle de la noche. Y cuando digo *cada detalle*, también me refiero a cómo me subí a la tarima y me quité la camiseta mientras bailaba con Lily. O como casi la besé allí mismo, delante de todas aquellas personas que nos estaban mirando.

Golpeé la pantalla del teléfono móvil para comprobar que ya eran las doce del mediodía. No me gustaba perder el día entero por culpa de una resaca, y meforcé a mí mismo a incorporarme. Agradecí la botella de plástico llena de agua que descansaba en la mesita. Recordaba que Tyler me había acompañado hasta el cuarto, probablemente también hubiera traído el agua.

Estiré los músculos atrofiados y busqué en la mesita de noche una pastilla para el dolor de cabeza. La lluvia golpeaba la ventana y me molestaba de una forma insufrible, a pesar de que generalmente ese sonido me gustaba. El dolor

de mis articulaciones, la pesadez de los miembros, la sed y el sentimiento de no estar haciendo nada productivo me llevaron a ponerme la ropa de deporte y a salir de mi cuarto, que estaba hecho un desastre. Necesitaba correr unos cuantos kilómetros para despejarme.

Cuando pasé por el salón para ir al baño, vi que Sophia y Tyler estaban pegándose el lote en el sofá.

Traté de ser silencioso, pero la resaca no ayudaba del todo a mis facultades. Sophia fue la primera en verme. Se apartó de Tyler con la cara sonrosada, aunque no creía que fuese por la vergüenza, y me saludó con una pequeña sonrisa. Entonces él también se volvió hacia mí, pero no hubo sonrisa en su rostro.

Soph se movió al otro extremo del sofá, escondió el pelo tras su oreja y me lanzó una mirada que me removi6 aún más el est6mago.

—Buenos días, borrachín. ¿Cómo va esa resaca?

Carraspeé antes de hablar, porque notaba la garganta seca y pesada.

—Las he tenido mejores.

Sophia abrió la boca y me ofreció una media sonrisa, como si fuese a hacer otra broma, pero Tyler se adelantó. Me apuntó con el dedo índice, como si quisiera amenazarme. Sentí el impulso de retroceder, pero eso habría quedado demasiado ridículo. Ni siquiera se había movido del sofá.

—Estar borracho no te excusa de hacer subir a Lily al escenario —sentenció, totalmente serio. La forma en la que sus facciones se apretaban hacía más visible su enfado—. Más te vale disculparte con ella y que no haya próxima vez porque...

—Tyler —intercedió Sophia. Abrió los ojos y estiró el brazo hacia él para tratar de mantener la calma—. Recuerda lo que hablamos, ¿vale?

La mirada de Tyler se desvió unos segundos hacia ella, pero cuando regresó seguía mostrando el mismo enfado. Quizá mayor.

—La próxima vez, no quedará así —sentenció, y puso punto final a una discusión en la que me negaba a participar.

Me fui de allí porque no quería seguir cerca de él. Si no lo hubiera encontrado enrollándose con Sophia, habría pensado que estaba colado por Lily.

Después de lavarme los dientes a conciencia y de asearme, salí del servicio con la mente enfocada en la carrera y nada más. Tyler y Sophia habían desaparecido de la sala, aunque habían dejado un lío de mantas en el sofá que me negaba en redondo a recoger.

Hasta que me encontré con Lily, que salía de la cocina.

Me detuve en seco, como si, en lugar de ver a una chica, hubiese visto un fantasma, y me quedé mirándola como un tonto sin poder apartar los ojos de ella. Lily hizo exactamente lo mismo. Se quedó quieta con un pie dentro y otro fuera de la cocina. Llevaba un conjunto a medio camino entre el pijama y el chándal. Imaginé que había vuelto a quedarse sin ropa limpia, lo que en cierto modo me enternecía. Se suponía que debía resultar desagradable, pero esa forma olvidadiza y desastrosa tan propia de ella tenía algo que me empujaba a querer abrazarla.

En sus manos llevaba una taza humeante de café caliente.

—¿Vas a salir a correr? —preguntó finalmente, y rompió el silencio.

Me llevé una mano a la nuca y me revolví el pelo, como hacía mi hermano cuando estaba nervioso. Todo lo malo se pega. Luego asentí.

—Pero si está lloviendo —apuntó de forma acertada.

Puso fin al contacto visual y desvió los ojos hacia la ventana de la sala. Las gotas golpeaban el cristal con fuerza.

Me encogí de hombros. No sería la primera vez que salía a entrenar con mal tiempo. En invierno, era lo que tocaba.

—Me gusta el deporte.

Sus ojos se abrieron ampliamente y regresaron de nuevo a los míos.

—Pero, Blake, está lloviendo a mares. Incluso Misifú se ha escondido dentro de mi cama para entrar en calor.

Eso explicaba por qué no había visto al gato en mi habitación por la mañana. Yo era su favorito, y siempre prefería dormir conmigo.

—No es para tanto.

—Podrías llevar aletas en lugar de playeras, Blake —exageró, usando un tono estoico y plano—. ¿Estás loco?

«Por ti, según parece.»

Pero no iba a decirle eso a Lily. No necesitaba asustarla más.

No, lo que necesitaba era disculparme. Tyler tenía razón. No era de su incumbencia, pero, aun así, tenía razón. La noche anterior había sido descortés con ella, y, aunque parecieran ideas anticuadas, mi madre no había criado prácticamente sola a dos chicos para que luego fuesen por ahí tratando de besar a muchachas sin su consentimiento.

De hecho, si mi madre se enterara de lo que había hecho, probablemente usaría sus poderes maternos para hacer desaparecer todo el alcohol del mundo.

En cuanto a mi hermano... No, mejor no pensar en cómo reaccionaría Hunter. Él siempre ha sido un caso aparte.

Decidido, di un paso en dirección a Lily al mismo tiempo que ella se acercaba a mí. De nuevo, ambos frenamos a la vez. Nos miramos, apretamos los labios y, después, sonreímos. De alguna forma, resultaba gracioso darse cuenta de que actuábamos como si fuéramos un reflejo del otro.

—Siento cómo me comporté anoche —solté de una sola vez, después de armarme de valor.

Sin embargo, la miré fijamente mientras lo decía, porque en verdad lo sentía y necesitaba que Lily fuese consciente de ello. Dicen que los ojos son el

espejo del alma, y, aunque los míos estuvieran cansados y marcados por las ojeras en aquel momento, supe que, si había una forma de disculparse con una persona, era mostrándome del todo sincero.

Su sonrisa se ensanchó más, pero pude vislumbrar la timidez detrás de ella. En el fondo, debajo de toda esa locura y felicidad que Lily manejaba, se agazapaba una chica tímida.

—No tienes nada por lo que disculparte...

—Por mi culpa, te subiste al escenario anoche —la interrumpí, y me acerqué con torpeza un poco más hacia ella—. Dios, lo siento tanto... No sé en qué estaba pensando o... *no pensando*.

Lejos de dejarse amedrentar, Lily me miró con la misma profundidad que estaba utilizando yo.

—Soy una mujer adulta capaz de tomar mis propias decisiones, Blake. Tú no me obligaste a hacer nada.

—Igualmente, lo siento.

Avancé un paso más hacia ella, sin saber exactamente qué iba a hacer o decir, pero entonces una puerta se abrió, seguida de un sonido de pasos. Tyler y Sophia reaparecieron en el salón. Hubo un momento de silencio durante el cual ambos pasearon su mirada alternativamente de Lily a mí.

No me gustó el enfado que seguía mostrando el rostro de Tyler. Como no estaba de humor para enfrentarme a ninguno de ellos, simplemente retrocedí para alejarme de Lils. Me despedí con un movimiento de cabeza y salí por la puerta del piso, dispuesto a correr unos kilómetros.

Tuve que esquivar a Misifú por el camino, que había decidido salir de su letargo en busca de un poco de comida.

Después de dar unas cuantas vueltas a la manzana, mis pulmones habían revivido. La sangre circulaba mejor por mi cuerpo y sentía la cabeza más despejada y sin dolor.

Estaba regresando a casa cuando la música que sonaba por los auriculares se interrumpió y el inconfundible tono de una llamada entrante ocupó su lugar. Cuando saqué el teléfono para ver de quién se trataba, sentí que un nudo se aferraba en mi estómago y lo apretaba con fuerza, y traía miles de recuerdos del pasado a mi cabeza.

Miré la pantalla con el entrecejo fruncido al reconocer el nombre. Aquello era inesperado. ¿Por qué me llamaba Sam?

Capítulo 23

—Así que... ¿Vas a contarme finalmente qué es lo que pasa entre Tyler y tú?

Miré de reojo a Sophia mientras colocaba los pendientes de dos dólares en su sitio. Después de que Blake saliera a correr y Tyler se fuera a su casa, habíamos decidido ir a comprar los regalos de Navidad, aunque no fuésemos a intercambiarlos hasta la vuelta de las vacaciones. Este era uno de esos momentos que debía aprovechar si quería averiguar algo más de la vida privada de Sophia, porque, a pesar de que la mía fuera como un diario abierto para ella, la suya permanecía celosamente oculta. Casi tenía que arrancarle las palabras con sacacorchos.

Por supuesto, ella se hizo la distraída. Tomó un par de gafas con cristales de plástico y miró por el diminuto espejo que tenía al lado para ver si le favorecían. Le quedaban fatal, pero, como no me había preguntado, decidí guardarme el comentario para mí misma.

—¿Soph?

Ignoró mi pregunta y se quitó las gafas y tomó otras distintas. Todo eso era ridículo, ya que ni siquiera las necesitaba, aparte de estar esquivando descaradamente mi pregunta.

—He escuchado que un compañero del equipo de Blake dará una fiesta en su casa para celebrar las vacaciones de Navidad, ¿piensas ir?

Esto ya era lo último. No solo no contestaba, sino que, encima, intentaba cambiar de tema. Me acerqué a ella y le pellizqué en la cintura, y me gané una mirada de reproche después de que un grito de queja perforase mis oídos.

—¿Por qué has hecho eso? —me regañó.

—¿Qué hay entre Tyler y tú? —contesté a la defensiva, y achiqué los ojos—. ¿Estáis saliendo juntos? ¿Discutisteis anoche? ¿Es tu novio? ¿Sois amigos con derecho?

Sophia me miró fijamente. Parpadeó dos veces antes de dejar el último par de gafas en su sitio. ¿A qué clase de amiga parece molestarle hablar de su vida íntima con otra amiga?

—Sí, discutimos anoche, pero ya lo arreglamos —dijo finalmente.

Comenzó a pasearse con pereza hacia el mostrador tras recuperar los pendientes. La seguí con ganas de saber más sobre el tema.

—¿Entonces?

Esperé hasta que mi amiga suspiró y, tal como tendría que haber hecho desde el principio, se encaró conmigo de frente.

—No lo sé, ¿vale?

Bueno, más o menos como debería haber hecho desde el principio.

—¿No lo sabes?

Su voz se convirtió en un susurro áspero, parecido a cuando quieres gritar pero no alzar la voz, de modo que se inclinó sobre mí para hablar.

—No, ¿vale? No tengo ni idea de si somos novios, amigos con derecho a roce o vete a saber... ¡Agh!

Fui consciente de su entrecejo fruncido y de las arrugas de frustración y enojo que poblaron su rostro. De alguna manera, tal vez porque Tyler se había quedado a dormir en la habitación de Sophia la noche pasada, había asumido que ellos dos iban por el buen camino. Quizá me equivocara.

—¿Enemigos con derecho? —propuse, porque no me gustó el tenso silencio que se creó entre nosotras.

Ella volvió a suspirar y se alejó de mí.

—No es eso. Es complicado de explicar, Lils... Él... Nos llevamos bien. Es como un amigo con el que me acuesto y por el que creo que siento algo, pero no estoy segura de que él sienta lo mismo por mí.

—Ah, pues...

Un grupo de amigas pasó entre nosotras. Me alejé de Sophia para darles espacio. A veces estar en un centro comercial resultaba agobiante. Siempre olía raro y cada tienda de forma distinta, pero en esa época lluviosa del año era mi lugar favorito para comprar.

—Pero, por otro lado, sé que *tiene que* sentirlo —dijo cuando nos volvimos a juntar—. Tiene que hacerlo, porque confía en mí y me ha dicho que...

Alcé las cejas para animarla a continuar.

—Da igual. —Sacudió la cabeza, como si de repente se hubiera pensado mejor lo que iba a decir—. Es un tema que solo puedo resolver con él. Ahora, ¿no te apetecería que nos tomáramos un café?

Por experiencia sabía que ya no podría sacarle más información y no podía negar que tenía muchísimas ganas de tomarme un café. Salimos de la tienda de complementos y atravesamos buena parte del centro comercial hasta llegar al lugar donde se encontraba nuestra cadena favorita de cafeterías. Sophia se sentó en una mesa para reservarla, ya que había mucha gente y la mayor parte de las mesas estaban ocupadas, mientras yo iba a pedir nuestras bebidas.

Cinco minutos después, cuando posé un café irlandés delante de ella y no el capuchino clásico que solía beber, enarcó las cejas a modo de sorpresa.

—¿Qué significa esto?

Tomé sitio frente a ella.

—Es un café irlandés. —La confusión y anterior frustración desaparecieron de su rostro para ser sustituidos por una sonrisa genuina—. Tenías razón, me gusta Blake.

—¡Lo sabía!

Al igual que había hecho ella anteriormente en la tienda, lancé una mirada huidiza a nuestro alrededor para asegurarme de que nadie nos había mirado como si fuésemos un par de bichos raros. Solo una niña que estaba con su padre se distrajo unos segundos, asustada por el grito de Sophia, pero rápidamente volvió a jugar con su teléfono y se olvidó de nosotras.

—No te alegres tanto, que esto en parte es por tu culpa —la acusé mientras la señalaba con el dedo—. Tú y esa forma tuya de meterme en la cabeza la idea de que él me gusta.

A pesar de mi acusación, la sonrisa no se borró de su cara. Quizá porque ambas sabíamos que eso no era cierto, y que, si me estaba pillando por Blake, era por otras razones, como su dulzura.

Tomé la galleta con pedazos de chocolate que había comprado para hacer otra cosa que no fuese mirarla.

—¿Sabes? Si me he metido en tu cabeza, también he podido hacerlo en la de él.

Eso me hizo fijar la vista de nuevo en ella.

—¿Cómo dices?

—Que le gustas. A Blake. *Tú*.

Negué y reí al mismo tiempo, pero notaba mis mejillas ruborizarse. No es que no lo hubiera pensado antes. Me había parecido captar algo en su trato, haberle descubierto observándome. Pero —siempre tiene que haber un *pero*— yo pasaba por ser una loca enamoradiza y lo mismo eran imaginaciones más o, peor aún, había transformado un conjunto de gestos cotidianos en un

carácter romántico que yo le atribuía por el simple hecho de desear que fuese así.

A veces, vivir en el mundo de la fantasía conllevaba sus problemas.

—No estoy segura —dije finalmente, con la cara todavía encendida.

Sophia dio un sorbo a su café. Luego lo bajó y me sonrió de una forma enigmáticamente maligna.

—Creo que deberías besarlo.

Sostuve el trozo de galleta que había estado a punto de morder y abrí la boca con sorpresa. No necesitaba que me repitiera aquello dos veces, porque una frase así no pasa inadvertida.

—No pongas esa cara. De veras deberías hacerlo —afirmó enérgicamente, y dio otro sorbo largo a su café—. Estoy segura de que, si lo besaras, él te lo devolvería.

La idea de besar a Blake ni siquiera se me había pasado por la cabeza hasta ese momento. Es decir, me he descubierto a mí misma mirando sus labios, imaginando cómo sería un beso suyo, pero no llevando a cabo la acción, no tomándolo de la pechera para plantarle un beso.

¡Dios mío!, si ni siquiera me había atrevido a ser yo la que llevase la iniciativa y besara a Peter mientras salíamos, ¿cómo iba a hacer eso con Blake? Por no decir que quizás él no quisiera recibir un beso mío y, en tal caso, estaría muy, pero que muy mal robárselo.

Aun así, como buena persona rebotante de imaginación que soy, no pude evitar preguntar:

—¿Por qué crees que me devolvería el beso?

La respuesta de Sophia no se hizo esperar.

—Porque está más que claro que le gustas, idiota. ¿No viste cómo te miraba esta mañana?

—¿Con dos ojos?

Recibí una patada en la espinilla por debajo de la mesa. Me la merecía. Soph continuó con su actitud de casamentera, algo que realmente se le daba muy bien.

—Ojos de enamorado. Le gustas.

—No, solo estaba arrepentido de cómo se comportó anoche.

—Porque le gustas.

—No, solo es mi amigo.

Aquello empezaba a convertirse en una conversación de besugos.

—Porque le gustas... y eres una chica simpática. Y divertida. Realmente simpóna y divertida.

Esa vez fui yo quien le asestó una patada por debajo de la mesa y ella la que realmente se la merecía. Sophia sonrió y vació el resto de su café antes de volverse hacia mí.

—Lo que sea. *Le gustas*. Estoy completamente segura de que te ve como algo más que una amiga, porque te aseguro que a mí ni me mira ni me habla ni me trata de lejos como a ti. Y ahora que sé que a ti te gusta Blake, voy a hacer lo que esté en mis manos para que acabéis juntos.

—¿No lo estabas haciendo ya? —me burlé, aunque debía admitir que la idea de conseguir un beso de Blake, ahora que ella la había filtrado en mi cabeza como una verdadera posibilidad, estaba tomando fuerza y convirtiéndose en algo deseable.

Sin embargo...

—No puedo besarlo —solté, y Sophia me miró expectante—. No puedo plantarme delante de él y besarlo sin más.

Puso los ojos en blanco y dio el sorbo final a su café. Ni siquiera me había dado tiempo a pedirle que me dejara probarlo.

—Claro, porque, si lo haces, él absorberá tu alma y dejarás de ser la Lily loca y adicta al café que conocemos.

Froté con fuerza la parte derecha de mi rostro. No estaba entendiendo mi postura o, si lo hacía, la usaba para meterse conmigo.

—No, no puedo porque... ¡Es Blake!

—¿No me digas? Y yo que pensaba que te estaba emparejando con el repartidor de *pizzas*.

Decididamente, se estaba metiendo conmigo.

—¡Sophia! Ya sabes lo que quiero decir.

—En realidad, no.

Me dejé caer contra el respaldo, y me olvidé por completo de mi café. Que ella no pudiese decirme nada sobre su relación con Tyler no significaba que yo pudiese hacer lo mismo con mis sentimientos.

—A ver... —comencé mientras trataba de poner en orden mis pensamientos y sentimientos—. Él y yo somos muy amigos, tenemos confianza...

—Tenéis amor...

Decidí no hacer caso a su intromisión o no terminaría nunca.

—No puedo presentarme y besarlo como si nada; primero de todo, porque, si yo no le gusto y él no lo desea, estaría invadiendo su espacio personal y... Bueno, haciendo algo que está mal. Las personas no pueden ir por ahí besando a la gente sin más, ¿verdad? Además, él es Blake... Es genial. Es imposible que le guste alguien como yo.

«Una chica torpe, infantil y vaga, de la que tiene que estar tirando constantemente para ir al gimnasio o incluso para hacer algo tan sencillo como mantener la colada en orden.»

Sophia me escuchó en silencio y toda la burla que había estado acumulando en su interior desapareció, camuflada por un nuevo sentimiento de preocupación.

—Vaya, sí que estás colada por él...

—Eso es lo que trato de decirte...

Y, mientras lo admitía, me di cuenta de lo verdadero que era. Sophia apretó los labios con fuerza y determinación. Se sentó más erguida en la silla, posó los codos sobre la mesa y me miró con fijeza.

—Como compañera de piso y amiga de ambos, me veo en el deber de decirte que sí, me encantáis tú y Blake como pareja y estoy deseando que finalmente salgáis juntos, pero como tu mejor amiga, también tengo la triste misión de informarte de que te encuentras en esa crítica y desesperante fase del enamoramiento en la que colocas la figura del ser amado sobre un pedestal.

No me gustó la forma en que sonaron sus palabras. Principalmente, porque no tenía razón.

Yo no hacía eso.

Sophia estaba loca.

—No pongo a Blake en un pedestal.

Ladeó la cabeza y sonrió con un gesto tirante. «Malo.»

—Ah, ¿no? Bien, dime algo negativo de él, listilla.

Abrí instantáneamente la boca para hablar, pero, cuando nada acudió a mi mente, me encontré a mí misma sintiéndome como una tonta. Que Sophia ampliara su sonrisa no ayudó. Seguro que se me ocurría algo; el problema era que no trabajaba bien bajo presión.

—No puedes —se burló.

—¡Porque es muy buena persona! —me quejé, aunque estaba empezando a darme cuenta de que ella tenía razón.

Sin embargo, me resistía a aceptarlo. Una parte de mí lo sabía; la otra se cerraba en banda.

—Y está muy bueno —añadí, porque de alguna forma ese tipo de detalles era lo que mayor efecto surtía en Sophia.

A pesar de ello, se había entregado de pleno a su misión de sacar a relucir aspectos negativos de Blake. Y, cuando algo se metía en la cabeza de Sophia, no paraba hasta conseguirlo. En evidencias me basaba.

—¿No te parece demasiado alto? Y mira que tú eres bajita.

¿Por qué tenía que ser esa la primera falta que le sacara? ¿Qué problema tenían las personas con la altura? Ni ser bajito ni ser alto debería ser una condición importante.

—No es tan alto —contradije, porque era cierto—. Es simplemente atlético.

—¿Y qué hay de su barba?

Esa no la vi llegar.

—¿Qué pasa con su barba?

—Se olvida de afeitarse todo el tiempo —aclaró, e inclinó la cabeza hacia abajo para mirarme con más profundidad—. Hay semanas en las que parece un mendigo.

Fruncí el ceño. Algo en mi interior se fastidió y mosqueó al escuchar cómo mi amiga lo criticaba. Algo desagradable y malo.

—Eso es grosero.

—Realista.

—Sophia... —la avisé, y dejé mi tono plano y sereno—. Deja ya de meterte con Blake.

Hizo una especie de chasquido con la boca que quiso sonar a queja, pero no volvió a insistir. Debió de notar el mosqueo en mi voz, y eso me hizo reflexionar.

Quizás ella tuviera razón y no fuera consciente de las cosas malas que Blake, como ser humano, a la fuerza tenía.

Quizás eso se debiera a lo mucho que me gustaba.

Tal vez, y solo tal vez, debía intentar algo.

A lo mejor, de alguna forma, ya estaba superando a Peter.

Capítulo 24

—Hagamos un trato. —Sophia extendió un vaso de plástico rojo cargado de un líquido espumoso afrodisíaco que alguien había decidido llamar *cerveza*—. Yo te suministro la bebida y tú me vigilas para que no me pase.

Estábamos en la entrada de la casa de Jude, un compañero del equipo de Blake. Daba una fiesta navideña para celebrar el comienzo del período de vacaciones y habíamos decidido no perdérsola. Además, en apenas veinticuatro horas estaría de vuelta en casa y quería aprovechar la ocasión para divertirme al máximo antes de que mis padres recuperasen el control sobre mí.

El vestíbulo era un espacio amplio y viejo, pero decorado con un estilo juvenil y festivo. También había mucha gente que bailaba, hablaba, bebía o bien se escabullía en parejas escaleras arriba. El jardín estaba literalmente tomado por una muchedumbre.

Arqué las cejas y rechacé su ofrecimiento con la mano. Mi amiga hizo un puchero.

—Creo que eres lo suficientemente mayor como para poder controlarte tú misma si es lo que quieres, pero estaré alerta para pararte los pies en cuanto te vea con algo más fuerte que la cerveza. —Su expresión continuó crispada, por

lo que me vi obligada a continuar—. Esta noche no quiero beber, o mañana tomaré un avión con una resaca tan grande que no me dejarán embarcar.

Agrandó el mohín de su boca, pero al final se dio por vencida y dio un sorbo del otro vaso de plástico que llevaba en la mano.

—Eres *tan sana* cuando te lo propones...

Claro, porque no estaba teniendo en cuenta los atracones de *pizza*, café y chocolate que me daba. Al menos, las sesiones de gimnasio con Blake conseguían que ya no me sintiera tan culpable. De hecho, había conseguido bajar una talla de pantalón en el mes que llevaba haciendo ejercicio.

Comencé a pasear la mirada por décima vez a lo largo de la habitación. Todas las luces estaban encendidas, lo que era un alivio porque afuera ya se había hecho de noche. La música sonaba a un volumen adecuado, ese que nos dejaba mantener una conversación sin forzar mucho la voz, y de vez en cuando llegaba un olor parecido al del tabaco, aunque no viera a nadie fumando.

Un grito se elevó por encima de la música.

—¡Lily!

Una cabeza rubia y bajita se abría paso a través de la multitud hacia nosotras. Tardé unos cuantos segundos en reconocer que se trataba de Zoe, la chica de mi clase que leía mis novelas en Internet.

A decir verdad, no había vuelto a hablar con ella desde entonces. Y había ido a clase, lo prometo.

—Hola —la saludé cuando llegó hasta nosotras. Después me volví hacia mi amiga—. Caray, hacía tiempo que no te veía.

Zoe se alisó la falda tableada que vestía y sonrió ampliamente, de forma que sus ojos se achicaron. Me gustaba esa chica.

—He estado enferma —explicó, y arrugó la nariz en un gesto de desgana—. Pero me he curado a tiempo para asistir a la última fiesta del año.

De haber estado tan mala como para no ir a clase, yo no tentaría la suerte yendo a fiestas, pero cada persona es un mundo. Los ojos de Zoe centellearon hacia Soph. Esta había permanecido tan callada mientras bebía su cerveza que me había olvidado de ella.

—Sophia. —Capté su atención dándole un suave codazo para que no se le cayera su bebida—. Te presento a Zoe.

Soph dirigió sus vivos ojos hacia la muchacha. Zoe hizo un amago de estrecharle la mano, pero entonces se fijó en los dos vasos de plástico que sostenía e inmediatamente se detuvo.

—No puedo tomar nada. Estoy con medicación.

Sophia estaba por abrir la boca cuando algo llamó su atención detrás de la coronilla de Zoe. Enseguida lo reconocí. Era Tyler que caminaba directamente hacia nosotras.

—Dile que tuve que ir al baño —susurró Sophia en mi oído antes de escapar.

Después se dio la vuelta y se perdió entre la multitud.

«Cobarde.»

Tyler terminó de acercarse a nosotras. Apenas le hizo caso a Zoe.

—¿Adónde ha ido Sophia?

El tono de su voz reflejaba una mezcla de curiosidad y preocupación, algo que no concordaba con su expresión habitual de mala leche. Empezaba a pensar que tal vez aquella fuera su expresión normal.

Mi madre decía que, a lo largo de nuestra vida, nuestra cara acababa por mostrar la expresión que más usásemos. Vendría a ser como la frase aquella que dice que los ojos son el espejo del alma.

—Fue al servicio. Demasiado refresco.

Era una pequeña mentira piadosa que no hacía mal a nadie. Además, tampoco estaba del todo segura de que la cerveza no contase como refresco,

así que...

Tyler apretó los labios, miró brevemente en la dirección en que Sophia había desaparecido y luego volvió a mirarme. Con la mano derecha agarró mi antebrazo dando un suave apretón.

—¿Tú estás bien? —preguntó, con el atisbo de una sonrisa.

Por el rabillo del ojo noté a Zoe estremecerse. De hecho, si Tyler me hubiera agarrado así una semana antes, habría lanzado un grito de guerra, una patada a sus partes nobles e intentado huir a la desesperada. Y mi acción habría estado más que justificada.

Ahora ya lo toleraba un poco mejor.

—Claro —contesté, y asentí con demasiada energía—. ¡Y lista para las vacaciones de Navidad! ¿Lo estás tú para cuidar de Misifú?

Tyler cabeceó. De todas las veces que había estado en el piso nunca lo había visto demasiado amigable con el gato. Tampoco era fan de los pelos que soltaba, pero, aun así, había accedido a cuidarlo.

Cuando se alejó de nosotras, Zoe se inclinó en mi oído para susurrarme algo por encima de la música.

—Está muy, pero que muy bueno. Pero parece un poco... enfadado con el mundo.

—En otra vida tuvo que ser mortífago —asentí, dejando salir un poco de mi lado friki—. Tengo sed, ¿vamos a tomar algo?



Zoe y yo pasamos la siguiente media hora tomando zumo de piña tras habernos cerciorado concienzudamente de que no tuviera alcohol. Después de haber visto a un chico intentando echar vodka a una botella con agua, me esperaba de todo en aquella fiesta.

Mientras hablábamos, vi a todos y cada uno de los amigos de Blake sin excepción. Incluso presenté a Brett y a Zoe después de que ella se mostrase más que interesada en entablar conversación con él. Sin embargo, no había rastro de Blake por ningún lado.

Intentaba seguir la conversación con Zoe, pero eso me resultaba bastante difícil desde que mi estúpido cerebro, tan egoísta y atolondrado, no hacía más que pensar en Blake. Sophia había desaparecido junto con Tyler. Los había visto abandonar juntos la fiesta, sin lágrimas, abrazados, envueltos en una burbuja de humo rosa propia de los enamorados. De acuerdo, quizá lo del humo rosa me lo haya inventado. La envidia estimula la creatividad.

«Blake, Blake, Blake...»

¿Qué me sucedía? ¿Se estaba convirtiendo en una obsesión insana! Y, lo peor de todo, me descubría a mí misma pensando en situaciones ficticias en las que acabábamos besándonos en lugar de prestar atención a los descubrimientos que Zoe seguía haciendo sobre posibles preguntas para el examen de latín.

¡Y encima no había rastro de Blake!

Hasta que, por supuesto, eso cambió.

—¡Aquí llega el hombre del momento! —gritó Brett, que lo observaba detrás de nuestras cabezas.

Me volví, zumo en mano y con una pajita en la boca, para encontrarme directamente con los ojos de Blake, que miraba en mi dirección.

La pajita resbaló de mi boca en el momento en que él terminaba de acercarse a nosotras. Llevaba las manos metidas en los bolsillos del pantalón en actitud despreocupada, mientras lucía esa sonrisa dulce que tanto me gustaba.

—¿Qué tal todo?

Sus ojos estuvieron fijos en los míos durante un rato largo antes de pasar a los demás. Cuando se movieron, sentí el brazo de Brett apoyarse en mis hombros. Con el contacto se me cayó parte del zumo, que resbaló directo a mis pies.

—Aquí, hablando con Lilian —bromeó, y me balanceó como si fuese un columpio.

Intenté zafarme de él, pero, mientras lo hacía, Zoe se volvió hacia Blake y estiró una mano para presentarse.

—Hola, yo soy Zoe.

Blake, que nos había estado observando, tardó unos segundos de más en reaccionar y estrechar la mano de Zoe.

—Blake —carraspeó, y repitió de nuevo su nombre porque la primera vez su voz sonó cortada—. Soy el compañero de piso de Lily.

Zoe aprovechó que Blake sacaba su teléfono unos segundos para lanzarme una mirada de reconocimiento. Podía imaginar lo que estaría pensando.

—Estábamos hablando de la novela que Lily escribe —prosiguió la chica una vez que Blake volvió a bloquear la pantalla del teléfono móvil para guardarlo—. ¿Quieres unirte?

¿Lo *estábamos*? Supongo que sí. A fin de cuentas, era yo la que no había estado prestando atención.

Los ojos de Blake, que habían estado perdidos, vagando a lo largo de la sala por los diferentes grupos de gente que había, volvieron para fijarse en nosotras. Una pequeña sonrisa comenzó a formarse en sus labios, y juro que algo parecido al afecto se activó dentro de mí.

—*Falso amor* —murmuró de forma apenas audible, pero fue fácil leer sus labios—. ¿Admitirá Nate algún día lo que siente por Amanda?

Los ojos de Zoe se abrieron con emoción.

—¡Estoy segura de que habrá beso dentro de poco! Lily no puede dejarnos sin beso. No ahora que sé dónde estudia y en qué cafetería compra su café.

Arqueé las cejas tentativamente.

—¿Eso es una amenaza?

—¿Va a haber beso pronto? —contraatacó ella.

Hubo un pequeño duelo de miradas hasta que ambas estallamos en sonoras carcajadas. Una sombra se acercó sigilosamente hacia nosotras mientras esto sucedía. Era Jude y traía un vaso de color rojo en la mano. Temí que lo volcara sin querer sobre nosotros.

—Un idiota se ha quitado la ropa y anda corriendo desnudo por el jardín —comentó antes de darle un sorbo—. Andan diciendo por ahí que es un ayudante de no sé qué profesor.

Antes de que ninguno de los presentes pudiésemos verificar si aquello era verdad o no, Jude dio un traspié, del que increíblemente salió ileso, y se alejó abriéndose paso por entre la multitud hacia el exterior de la casa. Brett lo siguió y, acto seguido, Zoe me lanzó una mirada de disculpa y corrió detrás de él.

Yo aún trataba de entender cómo alguien podía correr desnudo en una fiesta.

—Entonces, ¿habrá beso entre Nate y Amanda?

Me volví hacia Blake, quien no parecía lo suficientemente interesado en el borracho desnudo, pero que, de alguna forma, sí lo estaba en mi historia.

—Eres un cotilla.

Le di un pequeño golpe en el brazo y reí como si fuera una broma, aunque interiormente me sentía más que *encantada* por su interés. Incluso *entusiasmada*.

—¿Lo habrá? —insistió.

Me encogí de hombros. Quería que lo hubiese, pero no estaba segura de cómo hacer que funcionara bien. Que fuese creíble. Que sorprendiera a los

lectores. ¡Era todo tan estresante!

—No lo sé —terminé diciendo—. Amanda... Ella es especial.

Su respuesta fue tan rápida e inesperada que no la vi llegar.

—Tú también.

—¿Cómo dices? —pregunté tras unos segundos de duda para cerciorarme de que había escuchado bien.

¿Era normal que mi corazón se acelerara así? ¿Y que las palmas de mis manos sudasen como lo hacían? No me pasaba algo así con un chico desde... Desde...

Desde Peter, por supuesto.

—Se supone que todos los personajes protagonistas tienen algo de su autor, ¿no? —insistió nuevamente, sonriendo de lado—. Yo creo que tú eres Amanda.

Reí, y luego negué repetidas veces con la cabeza. «Qué más quisiera...»

—No. No es así. Amanda es... increíble.

Y, de nuevo, su respuesta fue rápida e inesperada.

—Tú también lo eres.

Tardé en volver a hablar. Había perdido conscientemente la capacidad de vocalizar desde que escuché esas palabras saliendo de la boca de Blake. Nadie puede culparme.

—Gracias, pero...

—Vamos, no me vengas ahora con que no lo eres —me interrumpió mientras arqueaba las cejas y se inclinaba hacia mí—. No soporto escuchar cómo te infravaloras.

Con cada palabra me dio un suave golpe en la frente con el dedo índice, y sentí nuestra cercanía como una burbuja que me aislaba del resto de las personas en la fiesta. Mis ojos se clavaron unos segundos en sus labios antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo y apartarlos.

¿Yo me infravaloraba? Pues mi reflejo no parecía pensar lo mismo cuando le tiraba besos y le decía lo guapa que era cada vez que me maquillaba frente al espejo.

—No es... Simplemente Amanda no es como yo. Puede tener algo, pero no lo es. Ninguno de los personajes que he inventado son como yo.

Blake se apartó de mí, algo que no me gustó, pero no alcanzó a romper aquella burbuja que habíamos creado, un lugar acogedor en el que, a pesar de todo, solo estábamos nosotros dos. Y en el que mi cuerpo me pedía a gritos que me lanzase contra él.

—¿Por qué no? —inquirió con curiosidad.

Era una buena pregunta, pero había pensado tantas veces sobre ello que ya tenía una respuesta preparada.

—Porque ellos son mejores.

—Explícate.

La explicación era algo vergonzosa, y probablemente le hiciera pensar que él llevaba razón y yo me infravaloraba, pero... Ocurría que la explicación también era sencilla y verdadera. Me aparté con nerviosismo el pelo de la cara.

—Pues...

Comencé dubitativa, pero entonces miré directamente a los ojos oscuros de Blake, y esa burbuja que nos atrapaba se hizo más intensa y personal y me recordó lo bien que me sentía a su lado, que podía confiar en él. Eso me dio coraje para poner mis pensamientos en palabras.

—Son personajes atractivos especialmente para quien se disponga a leer. Son lo que yo querría ser.

Esperé a ver su reacción, porque sabía que no me estaba explicando bien, pero Blake simplemente asintió. Me dio pie para que prosiguiera. Suspiré

ampliamente y mordí el interior de mi mejilla con los dientes para animarme a seguir.

—Son impulsivos, hacen cosas que yo no haría.

—Tú también eres bastante impulsiva —resopló Blake, sin esconder una pequeña sonrisa de burla—. ¿Recuerdas cómo me dejaste inconsciente?

Ladeé la cabeza y entorné los ojos hacia él con una sonrisa tirante. Aquello no contaba. Era de noche, no lo conocía y estaba asustada. Fue todo en defensa propia. Instinto de supervivencia.

Decidí seguir con mi explicación sobre por qué quería ser como mis personajes.

—Son divertidos.

—Tú también lo eres.

Esa vez sonreí de verdad. Aunque apenas fuera media sonrisa, experimenté una sensación de calidez en el estómago. Me gustaba escuchar aquellas cosas. Blake, no sabía cómo, siempre conseguía decir exactamente lo que necesitaba oír. Hacerme feliz, que me sintiera mejor.

—Tienen una vida interesante —añadí, sin darme por vencida.

—Yo diría que tú...

—*¿También?* —lo interrumpí, porque eso estaba empezando a volverse repetitivo—. Agradezco los halagos, Blake, pero no soy como mis personajes. Ya te he dicho que ellos son más bien como a mí me gustaría ser.

Aparté los ojos de los suyos, pero apenas unos segundos después sentí cómo sus dedos rozaban mi barbilla y me obligaban a elevar el rostro para volver a observarlo. Me perdí en la cercanía y confianza que su mirada emanaba.

—Entonces, cámbialo. Está en tus manos. Solo tú puedes decidirlo, ¿no?

Reí. Aquella forma de hablar se nos estaba yendo demasiado de las manos y nos adentrábamos directamente en el camino de la filosofía. Además, sus

dedos seguían sobre mi barbilla y no parecían dispuestos a abandonarla. La proximidad de su rostro estaba provocando una serie de reacciones químicas en mi interior que impulsaban el mío hacia el suyo como si fuera un imán. Tuve que hacer un duro trabajo para seguir mirando sus ojos y no sus labios.

—Supongo. —Me encogí de hombros, porque una conversación tan insistente me incomodaba un poco—. Si me lo propusiera, podría llegar a ser como Amanda. El lado bueno de Amanda, quiero decir. Ella es la mejor.

No me di cuenta de que había vuelto a hacer amago de apartarme hasta que los dedos de Blake tiraron de nuevo de mi barbilla hacia arriba. Su mirada atrapó la mía y me envolvió en un torbellino de emociones que aceleró el pulso de mi cuerpo, cambió mi respiración e hizo pitar mis oídos.

—No, tú eres mejor.

Tragué saliva. Él sonrió sincero y mi corazón se agitó.

—Tú eres real.

Durante unos largos, surrealistas y poderosos segundos, me quedé congelada en el tiempo, disfrutando del sentimiento embriagador que ejercían sus palabras, de su declaración. Como dije anteriormente, Blake siempre conseguía decir lo que necesitaba para hacerme sentir mejor. Blake me hacía feliz de una forma que Peter nunca había logrado antes.

No era solo mi compañero de piso. Era mi amigo, una persona que se preocupaba por mí y quería hacerme feliz.

Tal vez él tuviese razón y yo fuera una persona impulsiva después de todo.

Tenía que ser eso, porque, a pesar de no haber bebido alcohol, Lily Emma Sullivan se las ingenió para apartar a un lado a la chica tímida que habitaba en ella y hacer algo que jamás se habría atrevido a hacer. Algo que no debía hacer, pero que los dedos de Blake sobre mi barbilla me pedían a gritos.

Acorté la distancia entre ambos y apreté mis labios contra los suyos.

Fue así como, por primera vez, besé a Blake Nathaniel Harries.

Y esta vez sí fue real.

Capítulo 25

Blake retrocedió unos centímetros con torpeza cuando mis labios rozaron los suyos, pero no se apartó. Mis manos se posaron sobre sus hombros y me acerqué tentativamente a él al mismo tiempo que me ayudaban a mantener el equilibrio.

El corazón me latía frenéticamente. Era capaz de sentir su bombeo, de escucharlo, y no podía terminar de creer que lo estuviera haciendo. No me creía que realmente estuviese besándolo. Finalmente.

Incluso después de que los primeros segundos hubiesen pasado, después de que el tiempo se detuviera en un preciado instante que probablemente guardaré para siempre en la memoria, no comprendía qué me había llevado exactamente a hacerlo. Pero la cuestión no era esa, sino que estuviera besándolo.

Había imaginado tantas veces un momento como ese durante los últimos días...

Pero algo fallaba. En mi imaginación había algo distinto en ese beso, en nuestro primer beso. En mi cabeza Blake me besaba. Pero ahora él no me estaba devolviendo el beso.

«Oh. Mierda.»

Con las manos aún apretadas sobre sus hombros, abrí los ojos para encontrarme con los de Blake cerrados. Poco a poco fui separándome,

mientras el inquietante pensamiento de que acababa de meter la pata de forma horrible comenzaba a envolverme de pies a cabeza. Que un chico no te responda un beso, por mucho que no se aparte, no es una buena señal.

Además, si el chico en cuestión era Blake... Podías deducir con facilidad que solamente estaba siendo amable.

Cuando finalmente aparté las manos de sus hombros, él abrió los ojos. Nuestras miradas se encontraron y mi estómago se revolvió. El eco de la gente y la música fue imponiéndose y haciéndose un hueco dentro de nuestra burbuja, esa que por un momento creí que se había formado entre ambos y nos había aislado del exterior. Esa que, por lo visto, solo se había formado para mí.

—Yo... —Blake abrió la boca, pero nada más aparte de ese monosílabo salió de ella.

Me alejé un paso de él, las mejillas me ardían y sentía un cúmulo de negatividad que se abría en mí. Quería patalear, pegarme, esconderme... Pero al mismo tiempo guardaba una pizca de esperanza, deseaba que solo fuese un mal presentimiento y Blake simplemente una persona de reacciones lentas.

—Lo siento... —susurré, incapaz de formar otras palabras.

Estaba a punto de intentar iniciar por mí misma una penosa disculpa cuando, a través del bullicio de la música, a través de las voces de la gente, a través de la fina capa que quedaba de nuestra pequeña burbuja de intimidad, una voz fuerte se filtró y nos interrumpió.

—¡BLAKE!

Al igual que él, giré el rostro para ver de quién se trataba.

No la reconocí. Era una chica de nuestra edad, quizás unos años mayor, aunque eso podía deberse a la seguridad con la que avanzaba hacia nosotros. Llevaba un vestido corto, unos zapatos a juego con el bolso y el cabello rubio

recogido en un moño elegante y rebelde, de esos que veía en Instagram y que me gustaría poder imitar, pero no era capaz.

—Sam...

Me volví hacia Blake y vi la mirada en sus ojos, la mirada que le dedicaba a esa chica... Y eso fue suficiente para darme la vuelta y echar a correr lejos de él.



Capítulo 26

No logré escapar hasta que conseguí salir de las paredes asfixiantes de aquella casa y poner un pie en el porche, lejos del volumen de la música.

—¡Lily!

En mi huida apresurada me había llevado por delante a mucha gente. Había escuchado protestas y pasado olímpicamente de ellas, pero esta vez una masa de músculos duros se interpuso tan fuerte que no pude pararlo.

La masa contra la que choqué resultó ser Tyler y la chica que gritó mi nombre, Sophia.

—¿Estás bien?

Las manos de Tyler me sostuvieron por los hombros. Tanto él como Sophia se quedaron mirándome fijamente y me di cuenta de que estaba llorando. ¿Cuándo demonios había comenzado a llorar? Quizá fuera en medio de mi huida desesperada, mientras atropellaba a un montón de inocentes.

¡Oh, mierda! Era idiota. No solo cometía un error catastrófico al besar de improviso a Blake, sino que, además ahora me echaba a llorar por eso. Después de huir corriendo.

Necesitaba comenzar a trabajar mis habilidades sociales en relación con los asuntos amorosos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Tyler mientras Sophia se separaba de él y me cubría con sus brazos para rodear mis hombros—. ¿Ha sido Blake?

Mi amiga me arrastró junto con Tyler a la escalera del porche, dio una patada a los vasos de plástico vacíos e hizo sitio para nosotras. Cuando me tomó de las manos y me miró en busca de una explicación, me habría gustado decirle que Tyler estaba equivocado, pero eso habría sido una mentira. Por eso, y porque no tenía fuerzas para discutir, me encontré a mí misma contándoles a ambos todo lo que había ocurrido.

Cuando terminé, Soph me soltó, se puso en pie de forma repentina y se remangó las mangas de la chaqueta.

—Voy a hablar con Blake —anunció.

—¡No! —chillé, reaccioné igual de rápido y me levanté.

Ella cruzó los brazos mientras Tyler también se incorporaba. Sentía su presencia imponente detrás de mí.

—Aquí hay que aclarar las cosas, Lils —explicó Soph.

Iba a volver a quejarme cuando la mano de Tyler me apretó el brazo. Me echó contra él y me mantuvo quieta.

—Si va ella, no voy yo, y, si voy yo, probablemente todo acabe mal —sentenció, demasiado serio—. Tú eliges.

¡Demonios! No tenía valor para ponerme a discutir.

Me volví a sentar en el escalón y Sophia se fue. Lo que tenía que haber hecho o, más bien *no hecho*, era echar a correr. O, mejor dicho, no haber besado a Blake. Nada de esto estaría pasando.

Una parte de mí quería ir tras ella porque... Vamos, no podía simplemente dejarla marchar para encararse con Blake. Sería muy vergonzoso. ¿Qué culpa tenía el pobre de que yo me hubiese lanzado a besarlo? Pero por otro lado... Quería que se enfrentara con él. Si alguien podía hacer bien el trabajo, esa era

Soph. De algún modo, había llegado a pensar que yo le gustaba y, aunque era probable que hubiese malinterpretado sus señales, también podía ser que...

Sacudí la cabeza y me negué a seguir pensando en ello. Acabaría por volverme loca.

—¿Estás mejor?

Tyler se sentó a mi lado, demasiado cerca para mi gusto. Nuestras rodillas se rozaban y tuve que mantener una difícil posición juntando mis piernas. Era el ligue de mi amiga, pero no lo conocía lo suficiente como para sentirme plenamente cómoda a su lado. Aunque, para darle crédito, debía admitir que su comportamiento se había relajado desde que salía con Sophia. No me habría extrañado nada que ella se lo hubiese exigido.

—Algo. —Sacudí la cabeza de forma afirmativa, pero mi mirada seguía clavada más allá, en la calle oscura por donde deambulaban peatones borrachos que decidían si volver a la fiesta o irse a sus casas—. En realidad, estoy a punto de sufrir un ataque de vergüenza absoluta.

El amago de una sonrisa involuntaria hizo que mis labios se curvaran. De hecho, a pesar del rechazo y del ridículo que había hecho, podía apreciar un poco de diversión en todo aquello. Y me tranquilizaba pensar en cómo era Blake. Saber que él no se parecía a Peter ni a muchos de los chicos que había conocido. Por un beso no iba a dejar de hablarme y, lo que era más probable, trataría de aclarar las cosas conmigo. Eso si Sophia no lo mataba primero.

¡Oh, Sophia! No tendría que haber dejado que fuera en su busca.

—La primera vez que besé a una chica estaba tan nervioso que, en lugar de los labios, besé su nariz.

Volví la cabeza hacia Tyler con los ojos entrecerrados, no sabía si me estaba tomando el pelo o aquello iba en serio, pero, al ver la sonrisa torcida y su mirada huidiza, me di cuenta de que era verdad. Por un segundo me imaginé la escena, a un Tyler más joven y nervioso —lo cual ya fue difícil, porque él

siempre se veía muy seguro de sí mismo— lanzándose a dar un beso y acabando por comerse una nariz.

Pobre chica.

—No te rías —me reprochó, pero también estaba riéndose—. Tardé meses en volver a intentar besarla.

Mi risa se hizo más fuerte y esta vez él me dejó que me desahogara a gusto. Cuando hube terminado y me sequé las lágrimas —esta vez, a causa de su nefasta experiencia—, Tyler pasó un brazo por mis hombros y me atrajo hacia él.

—Después del segundo beso, estuve saliendo durante un tiempo con esa chica.

—¿Y volviste a besar su nariz? —me burlé, y él gruñó con desdén.

Su mano frotó mi antebrazo en un gesto de tranquilidad.

—Lo que quiero decir es que en esta vida todo se supera, Lily. Incluso un enamoramiento tonto por Blake.

Apreté los labios. Mi enamoramiento por Blake no era *tonto*, justo al revés de lo que había sido con Peter, pero no iba a contradecirlo. Tyler estaba siendo muy dulce. No tenía ninguna obligación de quedarse conmigo y consolarme, pero, aun así, lo estaba haciendo. Detrás de su apariencia dura había un buen tipo. Al final las apariencias no lo son todo, ¿verdad?

Tras unos segundos de silencio, me removí y me zafé del brazo de Tyler para ponerme en pie.

—Voy a ir a buscar a Blake —expliqué. Me sacudí la suciedad del trasero e inspiré profundamente—. Debería ser yo quien hable con él, no Sophia.

Supongo que parecía bastante calmada y segura —aunque realmente no lo estaba—, porque Tyler asintió y me dejó ir sin ningún problema. Le lancé una sonrisa ladeada y me despedí con la mano antes de internarme de nuevo en la fiesta.

La gente parecía haberse duplicado, si cabe, y la música sonaba mucho más alta. Después de llevarme algún que otro pisotón y unos cuantos golpes, finalmente divisé a Blake, que en aquel momento no estaba con Sophia, aunque a su lado había una chica. La misma rubia que lo había llamado después de que yo lo besara.

Con mi coraje disminuyendo, retrocedí un paso hasta que choqué inevitablemente contra alguien. Me disculpé y me dispuse a abandonar la sala antes de que Blake me viera cuando me topé de golpe con una cara conocida.

—¡Lily!

Rubén, el repartidor de *pizza*-artista en sus ratos libres, se alejó de las personas con las que estaba hablando para acercarse a mí. Iba sin camiseta.

—Eh... —comencé a balbucear—. ¿Qué haces sin camiseta?

Llegó a mi lado y casi chocó contra mí. Mis ojos se quedaron inevitablemente fijos en su torso. No lascivamente, sino intrigada.

Se llevó una mano a la nuca y ladeó la cabeza. No parecía incómodo.

—Fue una apuesta.

Me acerqué un poco más a él para poder escucharlo por encima de la música.

—¿Apostaste a que aguantarías la noche entera sin camiseta?

—No, aposté a que correría desnudo por el jardín durante cinco minutos.

Así que él era el idiota que había decidido *hacer un desnudo*. Aparté un poco los ojos de él y los dirigí a Blake. Seguía hablando con la chica rubia. Con suerte, aún no me habría visto.

—¿Qué ganaste? —pregunté por inercia.

Utilicé toda mi fuerza de voluntad para mirarlo a él y no buscar a Blake.

—¿Cómo sabes que lo hice? —Me encogí de hombros; era más que obvio que, si alguien corre desnudo en una fiesta, todo el mundo se va a enterar—.

Un suministro de cerveza gratis durante todo el mes. Mereció la pena, pero algún cabrón me robó parte de la ropa. Tampoco llevo calzoncillos.

Demasiada información, pero, aun así, me hizo gracia.

—Por cierto, tengo una mala noticia para ti, chica de la *pizza*. Ya no voy a repartir más *pizzas*.

—¿Y eso?

Lejos de interesarme como lo hubiese hecho en cualquier otra situación, traté con todas mis fuerzas de no pensar en Blake y de prestar atención a la conversación.

Lo cierto era que no funcionaba demasiado bien.

—He encontrado un nuevo trabajo —explicó, y se encogió de hombros—. Ahora soy ayudante de profesor en una clase de arte.

Recordé que una vez me había dicho que pintaba. Y que le gustaba fumar porros para hacerlo, pero no soy quien para discutir los métodos de cada uno.

—Supongo que ese trabajo te gustará más que ser repartidor.

—Mucho más. Tanto que ya estoy practicando para las sesiones de pintura al desnudo —añadió, y señaló su cuerpo semidesnudo con las manos extendidas.

Rubén empezó a reír y yo también. Solo un poco. Era demasiado complicado simular que me estaba divirtiendo mientras no dejaba de pensar en Blake y lo miraba de refilón. Sin embargo, cuando volví a dirigir los ojos en su dirección, encontré a la chica rubia sola. No había ni rastro de Blake.

Hasta que, de pronto, sí lo hubo.

—La verdad es que me encantaría dibujarte —estaba comentando Rubén cuando una figura se interpuso entre él y yo.

Blake se coló justo en medio. Me sorprendió tanto que retrocedí un paso. Me lanzó una mirada fugaz y se volvió hacia Rubén para decirle:

—Perdona, pero Lily y yo tenemos un asunto pendiente.

No pude ver la reacción del otro chico, pero tampoco me importó. No la vi porque, nada más decir eso, Blake se encaró conmigo, me tomó de la cintura, me atrajo hacia él y me besó.

Capítulo 27

BLAKE

La visita esporádica de Sam me mantuvo toda la semana con la cabeza fuera de juego. Se diría que después de la desagradable ruptura que habíamos tenido, además de lo penosa que había sido nuestra relación, una cosa así no podía suceder, pero lo cierto es que no estaba preparado para volver a ver a mi exnovia.

A diferencia de mi hermano Hunter, no poseía el don de poder hablar y ligar con prácticamente cualquiera. No era por la apariencia física, porque al final eso representaba solo un factor más, sino por la labia y el carisma que tenía mi hermano, los verdaderos responsables de que él consiguiese a las chicas y yo me quedase mirando en segundo plano o recibiendo un grandísimo bofetón por decir lo que no debía.

Verídico, una vez me pasó.

Por ese motivo, mi historial de novias formales se reducía a una sola: Sam. Y saber que después de todo el tiempo transcurrido ella iba a pasarse por aquí para verme, simplemente me descolocó. ¿Qué diablos querría?

Sin embargo, después de haberme pasado prácticamente todo el día pensando en ella, en tan solo unos segundos Lily consiguió sacármela de la

cabeza. Porque lo que no había previsto para nada fue básicamente su reacción. La llegada de Lily Emma Sullivan con su beso.

Sentía cómo sus manos apretaban con fuerza mis hombros. Sus ojos estaban cerrados y podía apreciar las pestañas, rizadas y abundantes. A esa distancia también pude ver las pequeñas pecas salpicadas en su tez morena. Y sus labios. A ellos sí los sentía. Pegados a los míos con demasiada presión, con demasiado nerviosismo y demanda.

Y me gustaba.

Me había pillado por sorpresa; en cualquier caso, no había sido lo suficientemente rápido en reaccionar. ¡La chica que me gustaba me estaba besando! Mi cerebro no había recibido nunca antes un cortocircuito mayor, ni siquiera cuando Sam, la animadora guapa del instituto, decidió que quería salir conmigo. Por eso me tomé mi tiempo para darme cuenta de que aquello estaba sucediendo de verdad, de que Lily realmente me estaba besando y...

No había hecho más que cerrar los ojos y disfrutar de la sensación electrizante de sus labios pegados contra los míos, de sus dedos pellizcando y arañando la tela de mi camiseta, cuando noté que de pronto aquel beso iba perdiendo fuerza. Sus manos se escurrieron hacia abajo y sus labios se suavizaron y separaron lentamente hasta terminar apartándose de mí.

De nuevo, volví a reaccionar tarde, esta vez perdido en el recuerdo de lo que había supuesto aquel beso. Cuando finalmente abrí los ojos, me encontré de pleno con los de Lily, que me miraba con intensidad. Por un segundo creí que era capaz de escuchar los latidos frenéticos de mi corazón, puesto que eran tan fuertes que taponaban el sonido de la música ambiente, con aquel bum-bum martilleándome.

—Yo... —comencé a decir, pero realmente no sabía qué añadir, porque había demasiadas cosas pendientes de las que hablar.

Lily me había besado. Lo había hecho y, definitivamente, eso tenía que significar algo.

Mi mente empezó a aclararse con lentitud y, mientras este proceso tenía lugar y los ojos de Lily me hechizaban, alguien gritó mi nombre a lo lejos.

Ella fue la primera en darse la vuelta. Rompió el contacto visual al que me tenía atado —mientras yo aún me preguntaba si Lily se daba cuenta de los seductores que resultaban sus ojos— y me dio espacio para que yo también atendiera el sonido de aquella voz.

—¡Blake! —volvieron a gritar, y esta vez sí la vi.

Parada en medio de la fiesta estaba Sam. Mi exnovia.

De pronto volví a recordarla y su nombre acudió a mis labios cargado de confusión.

—Sam... —susurré, porque, aunque la estuviera viendo, aunque la hubiese estado esperando, dentro de mi cabeza Lily y su beso seguían llenándolo todo.

Sam comenzó a acercarse a nosotros y, cuando me volví hacia Lily, el *nosotros* se había convertido en *yo* y ella había desaparecido. Sacudí la cabeza en todas las direcciones para tratar de buscarla, pero o ella quiso esfumarse o las personas de la fiesta se la habían comido.

—¡Qué alegría verte!

Me tambaleé torpemente hacia atrás cuando Sam pasó sus brazos alrededor de mi cuello en un amigable abrazo. No estaba del todo cómodo con aquella demostración de afecto. La última vez que hablamos me había dejado a través de su hermano. Y, antes de eso, por mensaje de texto. De hecho, quizá esa fuera la razón por la que su petición de vernos me sorprendió. Ella nunca fue lo bastante valiente para hacer frente a los problemas.

—Sí, hace mucho tiempo —asentí, y la tomé por los codos para alejarla delicadamente de mi cuerpo—. ¿Qué te trae por aquí?

Sonrió e ignoró gratamente el hecho de que la hubiera apartado. Otro rasgo de Sam era que nunca se dejaba derribar. A veces ser fuerte estaba bien, pero otras te hacía parecer presuntuoso.

Ser fuerte estaba sobrevalorado.

—Una amiga de un campamento está estudiando aquí y me invitó a venir. Por lo visto, las fiestas de tu universidad son legendarias.

Yo no diría tanto como *legendarias*, pero cada uno tiene su propia percepción de la realidad. Sam sujetó un mechón suelto del moño detrás de la oreja y sonrió. Antes de que me diera cuenta, había comenzado a hablarme de su nueva vida trabajando de peluquera en Canadá.

No sabía que se hubiera mudado a Canadá.

Ni siquiera sabía que hubiese decidido *no ir* a la universidad.

«¿Ves? Por esta falta de comunicación nuestra relación no funcionó.»

Continuaba parlotando sin parar, y apenas era capaz de prestarle atención. Seguía mirando en todas direcciones para tratar de localizar entre la multitud a una cabecita morena y despistada que volviera a aparecer por la fiesta. Buscaba a Lily. Necesitaba verla y hablar con ella, pero no podía abandonar a Sam, por educación, así como así.

Lily no se me quitaba de la cabeza. Me preguntaba a cada rato qué la movió a besarme. Qué pensaba en ese momento. Qué le pasó por la mente cuando se fue corriendo. Qué iba a pasar a partir de entonces...

Estaba a punto de disculparme con Sam para ir en su busca, porque cuanto más lo pensaba más idiota me sentía por no ir tras ella, cuando una mano se posó con demasiada fuerza en mi hombro.

—Con mi amiga *no*, ¿te enteras?

Retrocedí sorprendido ante la mirada enfadada de Sophia. Sin tiempo siquiera para reaccionar, o hacer amago de presentarle a Sam, continuó increpándome.

—¿Se puede saber qué diablos te pasa? —exigió con los brazos en jarras.

—Yo...

—Por tu culpa, me he encontrado a Lily llorando. —exclamó y lo dijo tan alto que no necesité ningún esfuerzo para escucharla por encima de la música—. Pero ¡si a ti *te gusta* ella!

Algo dentro de mí se encogió y me asfixió. Porque *era cierto*.

—¿Por qué no le devolviste el beso? —me increpó mientras me daba un pequeño empujón.

Finalmente encontré mi voz.

—¿Dónde está Lily?

—La he dejado con Tyler. Pero tú... ¡Más te vale hablar con ella, bobo!

Asentí. Sophia había dicho que Lily estaba mal y, lejos de molestarme porque me hubiese llamado *bobo*, estaba preocupado por ella. Y más tras comprender que el beso no había sido un mero arrebato.

Tras entender por fin que yo también *le gustaba*.

—¿Vas a hacerlo entonces? —insistió sin vacilar, aunque en un tono más calmado—. ¿Hablarás con ella?

Sophia parecía visiblemente más relajada. Es decir, sin verdaderas pretensiones de colgar mi cabeza de un palo.

—Me pilló de improviso —expliqué, y resoplé por la presión—. No supe cómo reaccionar, no soy bueno en esto.

—No hace falta que lo jures. —Sophia suspiró para darme la razón, y luego sus ojos miraron detrás de mí—. ¿Quién es?

Sam observaba toda la escena sin decir nada. De vez en cuando apartaba la mirada hacia la multitud, se tocaba el antebrazo con nerviosismo o miraba su teléfono móvil.

—Es mi exnovia, ha venido de visita. —Irse por las ramas en aquellos momentos no iba a servir de nada.

Sophia observó más intensamente a Sam y luego a mí.

—¿Puedo fiarme de ti?

—Sí, si se trata de Lily —respondí, y no hubo duda en mi voz.

Tras unos largos segundos, los labios de Sophia se torcieron en una sonrisa de reconocimiento. Palmeó mi hombro mientras murmuraba algo incoherente sobre sí misma acerca de que era una genial celestina y se fue, no sin antes lanzarle a Sam una última y descarada mirada de sospecha.

Suspiré y me volví hacia ella. No tenía la culpa de nada, solo quería que nos viésemos y hablar. No merecía ser tratada así.

—Oye, yo... —comencé a decir, pero ella elevó la mano y me hizo callar.

Su sonrisa fue tranquilizadora.

—Estás ocupado, lo capto. —Hizo un nudo extraño con las manos y apartó la mirada durante unos segundos con una mueca—. De todos modos, solo he venido a disculparme.

Eso llamó mi atención. Dejé de mirar en todas direcciones para centrarme de nuevo en ella.

—¿Disculparte?

—Sí, cuando salimos... Te traté algo mal.

No supe qué decir.

—Hace unos meses conocí a un chico y... Bueno, no fue bonito, pero me hizo reflexionar y quería aprovechar la visita para disculparme contigo.

Después de unos segundos, sacudí la cabeza con comprensión. No necesitas nada más que probar un poco de tu propia medicina para darte cuenta del daño que puedes hacer y recapacitar. Para que se hubiera operado ese cambio radical en ella, muy cabrón tenía que haber sido el chico en cuestión...

Por un instante, me inundó una pequeña preocupación acerca de lo mal que podía haberlo pasado, pero, antes de que cualquier forma de empatía surtiera

efecto en mí, mis ojos captaron algo en la sala que me hizo olvidarme de nuevo de Sam.

«Lily.»

Por unos segundos, todo quedó relegado a una segunda posición. Todo, menos ella, con su cabello oscuro revuelto y las mejillas sonrosadas. Desde la distancia que nos separaba, era capaz de ver sus ojos llorosos, y algo se encogió en mi estómago.

Yo tenía la culpa de esos ojos llorosos.

¡Joder! Ahora veía las cosas claras. Lily me había besado por una buena razón, porque ella nunca lo habría hecho si de verdad no sintiese algo. La conocía mejor que eso.

Un increíble ánimo y buen humor se apoderaron de mí, pero se disiparon tan rápido como habían llegado en cuanto me di cuenta de que estaba hablando con un chico, y no con uno cualquiera. Hablaba con Rubén, el repartidor de *pizza* que no dudaba en intentar ligar con ella cada vez que venía a casa, aunque Lily no se diese cuenta. A veces estaba tan metida en su propio mundo que se olvidaba del real. Esa era una de las características peculiares que me fascinaban de ella.

Sam me tomó del brazo y reclamó la atención perdida. Me volví hacia ella y me soltó.

—Mejor hablamos en otro momento, ¿no?

Asentí, aunque sabía que no podríamos volver a hablar, ya que ella se iría. Sin embargo, en aquel momento me urgía la necesidad de dirigirme hacia Lily para aclarar las cosas cuanto antes.

El recuerdo breve pero intenso de la sensación de sus labios sobre los míos hizo que me escociera la piel, que deseara tenerla cerca de nuevo.

«Ah, demonios. ¡A la mierda todo! Ya tendré tiempo de disculparme si sale mal.»

Y, de esa forma, me alejé de Sam y avancé directo hacia Lily, que continuaba hablando con Rubén. No presté mucha atención a su conversación cuando los interrumpí.

—Perdona, pero Lily y yo tenemos un asunto pendiente —murmuré.

Apenas le dirigí una mirada vaga a Rubén, solo tenía ojos para Lily. No pensaba, no reflexionaba.

Solo *sentía*.

Y, ¡qué diablos!, tendría que dejarme llevar más veces por mis sentimientos, porque, cuando rodeé a Lily por la cintura y la pegué a mi cuerpo, cuando sellé nuestros labios con un beso que electrizó los míos al primer contacto, me sentí más vivo que nunca.

Capítulo 28

Blake me estaba besando.

Sí. Exactamente así me quedé yo. Paralizada.

Cuando finalmente fui capaz de procesar lo ocurrido y mi estómago comenzó a dar palmadas y saltos de alegría, pude reaccionar.

Mis manos se cerraron alrededor de la tela de su camiseta, a la altura del pecho, mientras mi cuerpo se pegaba más contra el suyo gracias a su abrazo en torno a mi cintura. Mis ojos se habían cerrado automáticamente en el mismo momento en el que sus labios atraparon los míos, y debo decir que me escocían los labios porque absolutamente todo el sistema nervioso de Lily Emma Sullivan estaba concentrado en esa parte del cuerpo. En la intimidad que un beso podía regalar a dos personas.

En algún lugar dentro de mi cabeza, un intrínseco mecanismo de supervivencia me recordó que una parte esencial del funcionamiento del cuerpo humano consistía en ser capaz de respirar y llevar el oxígeno a los pulmones. Así que eso hice. Aparté apenas unos segundos mis labios de los suyos para tomar una profunda bocanada de aire, capaz de bajarme medianamente de la neblina de fresa y color de rosa en la que me encontraba. Pero, apenas terminé de respirar, los labios de Blake volvieron a apoderarse de los míos con ansia. Incluso mayor que antes.

Me devoraron, me robaron el aliento que acababa de conseguir e hicieron que mis piernas temblasen. Pero, por contradictorio que parezca, consiguieron que me sintiese completamente despierta, repleta de una energía centellante que podría iluminar una habitación con el poder de la alegría que me embriagaba por dentro.

Mis manos ascendieron y se deslizaron por la tela de su camiseta hacia arriba, mientras mis labios se encargaban de devolverle el beso con una pasión impropia de un lugar público y se perdían más arriba del cuello, en sus mejillas. Mi respiración era acelerada, se mezclaba con la suya, pero no dejábamos de besarnos. Ni de abrazarnos. La forma en la que Blake me atrajo hacia sí hacía que mi corazón latiese frenéticamente, no solo por el beso.

No puedo asegurar cuánto tiempo duró, durante cuántos minutos estuvimos perdidos el uno en el otro en medio de la música y del bullicio de la gente, durante cuántos segundos nos aislamos de los demás para ser solo una persona, pero sí sé, y puedo asegurarlo, que, en el momento en que el beso terminó, estaba cien por cien segura de que aquello no había sido una acción fortuita. Ni tampoco un accidente. Porque, cuando Blake me miró, con nuestras frentes apoyadas y su nariz pegada a la mía, sus ojos me aseguraron que lo que había entre nosotros era recíproco.

Y real.

—Vaya —susurré después de un buen rato, sin conseguir pronunciar otra palabra.

—Vaya —repitió Blake, quien, al igual que yo, parecía incapaz de contener la respiración agitada.

«Bueno, pues ¿sabes qué te digo? Que respirar está sobrevalorado.» Y con ese pensamiento envolví mis brazos alrededor de su cuello y acerqué sus labios a los míos de nuevo, y dejé que mi interior volviera a estallar y que todo se convirtiera en unos fuegos artificiales que me elevaban por los aires.

«Este tendría que haber sido nuestro primer beso», pensé, pero luego me corregí.

«Da igual cómo fuese el primero, lo importante es cuántos más vendrán después.» Y esperaba que fuesen muchos.

Capítulo 29

—¡Buscad una habitación!

Reconocí inequívocamente la voz de Sophia en aquel grito, y eso fue lo que consiguió que Blake y yo interrumpiésemos el beso que estábamos compartiendo. Después de tan intensa sesión, sentía que me faltaba el aire.

Al apartarme de él, miré en todas direcciones. Me encontré a mi amiga riéndose, pero no había ni rastro de Rubén. Me sentí un poco mal, pero ese pensamiento fue borrado de mi cabeza en cuanto noté que la mano de Blake tomaba la mía.

Un hormigueo de felicidad ascendió desde las yemas de mis dedos por todo el brazo.

—Ven —susurró, y yo obedecí.

Me guio a través de una multitud de personas, lejos de Sophia, que continuaba riéndose, hacia el exterior de la casa. Una vez que salimos de allí, mis oídos se sintieron aliviados y me di cuenta de lo agobiada que estaba por la música fuerte. Continué caminando junto con Blake, sumida en una bruma, mientras avanzábamos tomados de la mano.

Cuando nos hubimos alejado lo suficiente de la fiesta para que la música apenas fuese un eco lejano, nos detuvimos.

Estábamos en mitad de una calle oscura, en la acera. Apenas pasaban coches y se podía respirar la intensa humedad que anunciaba una nueva llovizna. Sin embargo, en mi cabeza ya era primavera.

—Bueno —comenzó él—. Eso no me lo esperaba.

Estábamos prácticamente solos en medio de la acera, en la penumbra de la noche. Sin embargo, yo me sentía como si miles de ojos me estuviesen observando, aunque solo fueran los de Blake.

—Lily, ¿estás bien?

Asentí con la cabeza y me concentré en respirar a una velocidad adecuada. De algún lugar, saqué el valor para preguntarle:

—*¿Qué es* lo que no te esperabas?

—Que me besaras.

Esa era una de mis conjeturas. Solo esperaba que fuese para bien. Tratando de sacudirme mi nerviosismo, probé a juntar mis labios en una pequeña sonrisa y bromeé:

—¿Sorprendido?

Que alguien me lanzase un cable, por favor. Estaba haciendo el ridículo, pero Blake se rio.

—Veo que voy a tener que ser el primero en decirlo.

Dejé de dar saltitos por culpa de mis nervios y del frío de un pie al otro. Clavé los ojos en los suyos y él no los apartó. Observé cómo apretaba los labios en una fina línea y cómo luego los relajaba y se rascaba el mentón. Reconocía esas señales: estaba nervioso.

—Te quiero —le solté de la nada, y ni siquiera sé por qué lo hice, pero, una vez dicho, ya no había vuelta atrás—. Quiero decir... como algo más que un amigo.

Me tocó a mí apretar los labios y regresar a mi nerviosismo inicial. Tras lanzar la bomba y dar ese paso, había llegado su turno.

Solo que Blake no actuaba. Esperaba que fuese lento de reflejos porque si no...

Entonces ocurrió. Una pequeña sonrisa de reconocimiento comenzó a formarse en sus labios y tiró de ellos hacia arriba.

—Está bien saberlo, porque a mí me pasa igual —dijo, y prácticamente colmó la noche con esas palabras—. Yo también *te quiero*.

Ambos estábamos sonriendo. Como un par de tontos adolescentes.

«Ah, *l'amour...*»



Media hora después, estábamos sentados en el salón de casa con una *pizza* familiar con extra de queso ante nosotros. Tanto amor y tanta alegría abrían mi apetito. Sin embargo, con Blake dándome besos en el cuello, se me hacía difícil concentrarme en la tarea de comer.

—Me encantas, Lily —susurró junto a mis labios, y casi me atraganté con el trozo de *pizza* que intentaba masticar.

Todo había pasado demasiado rápido. Primero me odiaba... No exactamente *odiar*, pero habíamos tenido un mal comienzo. Después, éramos amigos, grandes amigos. Luego hubo un beso y..., ¡sorpresa!, ahora nos queríamos. Mi vida era muy bonita, porque, según mi experiencia, esto no ocurría ni siquiera en las mejores novelas de amor.

—¿Qué te gusta de mí? —le seguí el juego, y mastiqué el último trozo de mi porción de *pizza*.

Dejó de besarme el cuello y sus ojos oscuros buscaron los míos.

—¿Todo?

Me lo comía. Juro que me lo comía. Así que después de sonreír como una tonta le di un pequeño golpe en el brazo.

—Hablo en serio. Es solo que...

De pronto, me sentí cohibida. Estaba a punto de decirle que no entendía que alguien como él, un chico guapo, inteligente, atlético y caballeroso, alguien que podría salir con prácticamente cualquier persona que quisiese, me eligiera a mí. A la torpe, infantil y adicta a la comida Lily Emma Sullivan.

Blake interrumpió mi tren de autocrítica mental al tomarme de la mano y juntar sus ojos con los míos.

—Yo también hablo en serio. Me gusta *todo* de ti. Absolutamente todo. Tus cosas buenas y tus cosas malas. Tu cara de niña buena y lo desastre que eres con tu ropa. La forma en la que no ves la maldad en la gente y tu egoísmo a la hora de llevarte el trozo más grande de *pizza*.

Una pequeña risa se escapó de mis labios. Era cierto: siempre me llevaba el trozo más grande de *pizza*.

—Me gusta lo increíblemente tímida que puedes llegar a ser, cuando en el fondo eres una chica extrovertida.

Su mano voló a través del sofá. Pasó por detrás de mi espalda y me tomó por la cintura.

—Me gusta que no tengas filtros y que muchas veces digas de repente lo que piensas, aunque después te arrepientas y te pongas colorada hasta las orejas.

Usó la táctica de tenerme agarrada para atraerme hacia él, más cerca. Mi hombro chocó a la altura de su pecho y su rostro bajó hacia mi oído para seguir hablando.

—Me gusta que cada vez que me acerco a ti huelas a café.

—Tú hueles a chocolate —añadí, porque era cierto.

Blake dejó un pequeño beso en mi coronilla. Un beso de chocolate.

—Me gusta tu forma de fingir que te da igual que Misifú me prefiera a mí antes que a ti...

—Ese gato es un vendido.

—... y luego trates de sobornarlo con galletas para perros.

«Oh. ¡Me ha atrapado!» Guardaba galletas de Pizza en mi habitación con la esperanza de que algún día él se escapase de casa y llegase hasta aquí. También porque, cuando viajábamos, las metía en la maleta y, por inercia, cuando hice el equipaje para venirme, las guardé. Intenté darles un uso ofreciéndoselas a Misifú antes de que caducasen, pero no sirvió de nada. Seguía prefiriendo a Blake.

—De todos modos, yo podría preguntarte lo mismo —objetó y se puso algo más serio—. ¿Qué te gusta de mí? ¿Cómo tuve la suerte de que te fijaras en mí?

Fruncí el ceño, solo un poco, inmersa en su olor a chocolate. ¿Cómo no iba a fijarme en él?

—¿Cómo dices?

Un beso en el lateral de mi mejilla hizo que me estremeciese.

—¿Cómo una chica tan genial puede haberse fijado en un soso como yo?

Sus dedos rozaron mi mentón. Guiaron mi rostro hacia el suyo hasta que fui capaz de ver todas y cada una de sus pestañas a la perfección.

—Me gustas, Lily Emma Sullivan —susurró, y casi pude sentir sus labios moviéndose contra los míos—. Me gustas mucho.

Entonces nos besamos. Su beso de chocolate.

Nuestro beso de chocolate y café.

Capítulo 30

—Así que ahora estáis saliendo juntos...

Sophia se inclinó hacia delante en el sofá. Aunque había sido Tyler el que había hecho la pregunta, saltaba a la vista que ella estaba igual de interesada que él. Menudo par de cotillas.

Nos encontrábamos en el salón de casa y eran más de las doce de la noche. Al día siguiente yo tenía que madrugar para tomar un vuelo de regreso a casa, pero Sophia y Tyler nos descubrieron dándonos el lote en el sofá, de modo que no podíamos huir de *la charla*.

Me aclaré la garganta y miré a Blake. Estaba sentado a mi lado y su mano no había soltado la mía en ningún momento.

Era una situación extraña y agradable al mismo tiempo, eso de que alguien te tomase de la mano con decisión sin importarle que los demás lo viesen. Me gustaba.

—Eh...

Estaba a punto de contestar que eso parecía cuando Blake intercedió por mí.

—Sí.

Fue directo y decidido. Mi corazón saltó de alegría en ese momento y, de haber podido, se me habría salido literalmente por la boca, que en ese momento solo me servía para respirar.

—¿Te das cuenta de lo que significa esto? —preguntó Soph.

Era totalmente consciente de la mano de Blake apretando la mía. Lo miré brevemente; sus ojos oscuros estaban clavados en los míos y me veía sonreír. Le devolví la sonrisa.

—¿Hola? ¿Tierra llamando a los tortolitos?

Sophia elevó los brazos hacia arriba en señal de desesperación y, por si eso no fuera suficiente, resopló.

—¿Va a ser así a partir de ahora? —se quejó lastimera—. ¿Me dejarás plantada por... *él*?

El tono de resentimiento que usó aposta para decir «él» me hizo sonreír, mientras que Blake se quejó. Me aparté de su lado muy a mi pesar y nuestras manos se soltaron. No importaba, tendría más tiempo de volver con él más tarde. En su lugar, me lancé hacia mi amiga y la rodeé con los brazos y dejé que parte de mi peso cayera sobre ella. Tyler se apartó unos centímetros para que no me cayera sobre él también.

—Claro que no, tonta —me burlé, y le planté un sonoro beso en la mejilla—. Tú eres la única que sabe cómo me gusta realmente el café.

—Lo cual me recuerda que tú me debes todavía un café —aprovechó para anunciar, pero no se quejó porque la aplastara, y eso que la mitad de mi cuerpo estaba sobre ella y la otra, sobre el sofá—. Entonces, ¿te das o no te das cuenta de lo que significa que tú y Blake salgáis juntos?

Dejé de abrazarla para recuperar la compostura en el sofá. Moví los ojos despacio hacia Blake, que se encogió de hombros, y, de vuelta, hacia Sophia.

—¿De qué se trata: acaso tendré por fin a alguien que me invite a *pizza*? —probé, porque, si fuera eso, sería una buena noticia.

Mi amiga me dio un codazo suave. Luego, su tono adquirió cierto matiz dramático y sobreactuado.

—¡No! Me refiero a que... ¿qué les diréis a *vuestros hijos* cuando os pregunten cómo diablos os conocisteis? ¡A *vuestros nietos*!

Mi estómago se revolvió y Tyler tosió a mi lado. Ese era un pensamiento proyectado a un futuro demasiado lejano para una relación que no contaba ni con veinticuatro horas de vida.

—Sophia —comenzó a decir Blake con voz monocorde—, apenas acabamos de empezar...

Ella no se inmutó. Supongo que tenía demasiado asumido que conseguiría que Blake y yo estuviésemos juntos hasta el día del Juicio Final. Acto seguido, comenzó a imitarme mientras agudizaba su voz con ese propósito.

—¡Nada, confundí a vuestro abuelo con un ladrón y lo aticé con una enciclopedia hasta dejarlo inconsciente!

A mi lado, Tyler volvió a toser, solo que esta vez la tos vino acompañada de risas. Sentí que mi rostro enrojecía por momentos. Sin un ápice de tensión, Blake sonrió como si encontrara todo aquello divertido.

—Técnicamente perdí el conocimiento al golpearme contra el suelo — corrigió pensativo—. Lily no es tan fuerte.

Ante tal comentario, no pude hacer otra cosa que terminar de relajarme y sacarle la lengua a Blake. Al final me reí, porque él me guiñó un ojo.

No contenta con ello, Sophia volvió al ataque:

—¿Y qué hay de los nombres de pareja? —exigió con énfasis—. ¿Cómo os llamaréis en adelante?

—¿Blake? —dijo él.

—¿Lily? —dije yo.

Tyler rio más fuerte y mi amiga cruzó los brazos sobre el pecho totalmente ofendida.

—¡Qué poco románticos sois!

Estuvimos un buen rato hablando en el sofá y bromeando, hasta que a Sophia finalmente le entró el sueño y se fue a su habitación, seguida por Tyler. Eso de tenerlo en el piso merodeando y durmiendo con mi compañera empezaba a convertirse en algo cotidiano. ¿Deberíamos comenzar a cobrarle el alquiler?

—Por si se me olvida decírtelo antes de que te vayas a casa, que tengas buen viaje —se despidió Soph y se inclinó sobre mí para darme un beso en la coronilla—. Y, si ves a Peter, presume de nuevo novio *con él*, ¿quieres?

—Yo no...

—O, mejor, dale una patada en las pelotas —me interrumpió, y comenzó lentamente a emocionarse—. Y luego saca una foto y mándamela. Me encargaré de que mi tía la cuelgue en su muro como hizo con la de Blake, que...

Acto seguido, se calló, pero fue demasiado tarde. Blake lo había escuchado todo.

—¿*Qué* Blake? —preguntó y, al no obtener respuesta, se puso nervioso—. Sophia, ¿qué hiciste?

Me reí, porque yo sí sabía lo que había pasado. Pobre Blake.

Haciéndole caso omiso, Sophia me dio un último abrazo antes de irse.

—Y ten paciencia con tus padres —me aconsejó mientras me revolvía el pelo—. Todo se solucionará al final.

Mis padres. Ya no me acordaba de lo que sería verlos al llegar a casa. Habíamos hecho las paces... más o menos. Mantenía cierto rencor hacia ellos, pero también había entrado en razón y sabía que seguirían siendo mis padres pasara lo que pasase entre ellos. De todos modos, eso no significaba que no fuera a haber tensión entre nosotros. Especialmente con mi abuela, que pensaba quedarse en casa durante las fiestas.

—¿Qué demonios hizo Sophia? —insistió Blake una vez que ella y Tyler desaparecieron. Se levantó del sofá en donde estaba y se sentó a mi lado—. ¿Y por qué debes *pegar* a Peter?

Balanceé las opciones sobre qué contestar primero y, finalmente, me decidí por la segunda pregunta. En parte para hacerlo sufrir un rato más, pero también porque quería quitarme de encima el asunto de Peter lo más rápido posible. No me gustaba hablar de él.

—Peter es mi exnovio, y ella lo odia, aunque nunca lo haya conocido en persona.

Sus dedos rozaron los míos y atrajeron mi mano cerca de su cuerpo.

—¿Te hizo daño?

A veces sus reflejos eran extraordinariamente rápidos. Apreté los labios y asentí.

—Con él salió todo mal, y luego tardé mucho en olvidarlo. —No iba a decirle que justamente había sido él quien me había ayudado a olvidarlo—. Pero no hablemos de Peter ahora. No quiero.

Agarró mi mano con más fuerza y se la llevó hasta sus labios. Dejó un beso suave sobre mi palma y toda mi piel cosquilleó.

—Está bien. Entonces, ¿qué hizo Sophia?

Reí tontamente para liberar la tensión que había acumulado por el asunto de Peter. Además, una parte de mí estaba nerviosa por quedarme de nuevo a solas con él, mientras que otra parte reconocía en Blake a mi compañero de piso, al buen amigo que me había estado ayudando en los últimos meses.

—El día en que te confundí con un ladrón y te noqueé...

—Dicho así suena hasta bonito —bromeó.

—... Sophia me quiso enviar una foto tuya al teléfono, pero se confundió y se la envió a su tía —continué, sin hacerle caso—. Ella y su madre tienen algo

así como una pequeña agencia de modelos y decidieron subir tu foto a su muro.

Esperé pacientemente para ver su reacción. No todo el mundo disfrutaba de tener su imagen subida en una página de modelos, ni tampoco estaba a favor de ello. Menos aún si no se pedía permiso. Por suerte para Sophia, su madre y su tía, Blake no se lo tomó mal.

—¿Y de dónde sacó Sophia una foto mía? —preguntó en su lugar, curioso.

Me encogí de hombros. Siendo Sophia, esperaba cualquier cosa. Lo mismo había contactado con la NASA vía satélite. O, lo que era más probable, con alguno de sus compañeros de clase.

—Pregúntaselo a ella.

Después de eso, volví el rostro hacia él y le planté un beso en la mejilla. Sonrió y mi corazón también. Me parecía alucinante la rapidez con la que me había acostumbrado a él, a estar juntos, a sentirme cómoda a su lado. Supongo que el haber sido amigos antes había ayudado en buena medida. No tenía miedo de ocultar mis sentimientos, porque era Blake.

—¿Me seguirás queriendo cuando vuelva de las vacaciones de Navidad con cuatro o cinco kilos de más? —pregunté de improviso.

—¿Es una pregunta trampa? ¡Ay!

Se quejó cuando lo golpeé, pero ¿qué esperaba? Atrapó mi muñeca antes de que intentase asestarle juguetonamente un segundo golpe. Después de eso, tiró de mi cuerpo hacia el suyo. Me aprisionó en un abrazo contra él y me besó en la punta de la nariz.

—No me importan los kilos, boba.

Le saqué la lengua y él contraatacó acercándose y atrapándola con sus dientes antes de que me diese tiempo a reaccionar. Me aparté riendo y con un gesto de asco en la cara.

—De todos modos, ¿por qué dices eso? —se interesó mientras se limpiaba la boca.

«Porque Peter me dejó por engordar», pensé. Pero no se lo dije.

—Mi abuela viene para quedarse en casa unos días y siempre trae miles de dulces navideños típicos de su país. No sé cómo le dejan cruzar la aduana.

El rostro de Blake se contrajo en una mueca de disgusto. Por un segundo, me aterró que comprendiera que era cierto que volvería de las vacaciones con unos cuantos kilos de más y que la idea no le gustaba, pero entonces habló.

—En mi casa, Hunter se come siempre todos los dulces, ¿no puedes llevarme contigo?

Me reí. Me reí porque sentí que me quitaba un peso de encima y porque su cara de pena resultaba divertida.

«¡Diablos, me encanta este chico!»



La mañana en la que nos íbamos de vacaciones, Blake tenía partido, y al final me había convencido para que fuese a verlo con Sophia. Ella lo hacía más bien bajo coacción. Escondí la boca debajo del cuello del jersey y metí las manos en los bolsillos de los vaqueros mientras Sophia y yo avanzábamos a cortos pasos a través de las gradas llenas de gente por el campo de fútbol. Era increíble cómo ni siquiera el frío espantaba a los seguidores. En cambio, yo, que supuestamente venía a ver al chico con el que me estaba enrollando, sentía unas ganas horribles de salir de allí cuanto antes a por un trozo de *pizza* que calentase mi estómago.

Porque sinceramente: ¿qué éramos Blake y yo? Cuando él dijo que novios, ¿lo decía en serio o solamente para salir del apuro? ¡Diablos, odiaba ser tan sumamente insegura!

De pronto, una figura se puso en pie a mi lado y alzó el puño como si quisiera alcanzar el cielo y prácticamente derribarnos a Sophia y a mí al mismo tiempo.

—¡Vamos, Bestias! —gritó, sin darse cuenta de que, por su culpa, me había clavado la esquina de un asiento en el trasero—. ¡Devoradlos!

A su lado, un reducido grupo de incondicionales también se puso en pie y coreó su grito con lo que parecía un rugido animal. Daba miedo.

Cuando conseguimos salir de allí y encontrar un par de sitios libres, me incliné sobre Sophia.

—¿*Las Bestias* son el equipo de Blake? —pregunté.

Se encogió de hombros, sin tener tampoco la más mínima idea. Pero, en ese momento, casi todos a nuestro alrededor se incorporaron y comenzaron a gritar. A rugir gritos de ánimo, para ser exactos.

Llevé los ojos al campo de fútbol justo a tiempo para ver a una serie de chicos avanzar hacia el centro del campo, todos vestidos del mismo color azul. Distinguí entre ellos a Blake y, puesto que jugaban en casa, deduje que, efectivamente, las Bestias eran su equipo.

No podía estar más en desacuerdo con el nombre. Principalmente porque Blake, que corrió hacia la portería en cuanto el partido comenzó, era todo lo contrario a una bestia. Sin embargo, pronto cambié de opinión. No habían pasado aún ni dos minutos de partido cuando tuve la oportunidad de escucharlo gritar al resto de los jugadores, a veces lleno de frustración, desde la portería.

¡Madre mía!, era el que menos corría (exceptuando a quienes estaban en el banquillo) y a quien más se escuchaba. Al menos no se daban tantos golpes como en el *rugby*, aunque no terminara de encontrarle la diversión al hecho de ver correr a unos tíos detrás de una pelota mientras se lanzaban al suelo cada dos por tres y se quejaban por unas faltas bastante dudosas.

De hecho, el partido transcurrió muy lento. Cuanto más tiempo pasaba allí, congelándome el trasero sobre la fría silla de plástico y sintiendo mi nariz enrojecer, más me prometía a mí misma que no volvería a verlo jugar una segunda vez. Ni siquiera la charla animada de Sophia conseguía hacerme sentir mejor. Principalmente porque saltaba del asiento como los seguidores del equipo cada vez que algún jugador se quitaba la camiseta.

Cuando terminó y pude salir de allí, por poco fui aplastada por la multitud que gritaba y rugía porque habíamos ganado. No quería ni imaginar lo que haría si perdiésemos.

Además, las dos horas de aburrimiento me habían dado tiempo para cavilar y darle vueltas a la cabeza al asunto de si Blake y yo estábamos realmente saliendo juntos. Porque, en efecto, él no era un mentiroso y no le habría dicho que sí a Sophia sin más, pero... también era muy cumplidor. Y yo, en cambio, un absoluto desastre. ¿Cómo narices se iba a fijar nadie en un desastre como yo?

—Oye, ¡vamos a saludar! —exclamó Sophia cuando caminábamos cerca del campo.

Me arrastró a pesar de mi negativa, bajo la burda excusa de que Blake tenía que saber que habíamos hecho el esfuerzo de ir a verlo. Estaba segura de que solo quería comprobar si algún chico más del equipo seguía sin camiseta.

De hecho, a medida que nos acercábamos, reconocí a Brett y a Jude. Efectivamente, a pecho descubierto. Con el maldito frío que hacía.

¡Oh!, y Blake. ¡Él también iba sin camiseta!

—Eh, ¡Blake! —gritó Sophia, mientras se inclinaba sobre la barandilla y sacudía una mano en lo alto.

El campo se encontraba más o menos a un metro y medio por debajo de nosotras, y la barandilla impedía que nos cayésemos hacia delante. Era de

gran ayuda, porque todavía quedaba gente por salir y, de vez en cuando, recibía algún que otro empujón por estar en medio.

No nos escuchó, pero Brett y Jude sí. Levantaron la cabeza hacia nosotras y sonrieron.

—Eh, ¡hola, Lilian!

Saludé con la mano. Sabía de sobra que me llamaba Lily, pero no pensaba discutirsele. Principalmente, porque Blake lo oyó y, después de mirarlo, siguió la trayectoria de sus ojos hacia nosotras.

Hacia mí.

Mentiría si no dijese que mi corazón se aceleró un poquito, especialmente cuando sus labios se ensancharon en una sonrisa. Se alejó del grupo, que estaba recibiendo una charla del entrenador y celebrando el triunfo al mismo tiempo, y caminó hacia nosotras. Gracias a Dios, se olvidó de recuperar la camiseta.

—¡Viniste! —gritó Blake.

—Agh, me parece que sobro por aquí —se quejó Sophia a mi lado, y apenas fui consciente de cómo se alejaba—. Oye, Brett, ¿quién es tu amigo? —añadió para disimular.

Blake se agarró de la barra y, con un fuerte impulso, se dispuso a subir. Di un paso atrás por precaución y choqué con una de las últimas personas que se alejaban del campo mientras él acababa de subir la barandilla.

—¿Te gustó el partido? —preguntó.

Asentí. Tampoco le iba a decir que me había aburrido como una ostra. Tenía el cuerpo cubierto de sudor, y yo necesitaba empezar a mirarlo a los ojos. Era de mala educación quedarse contemplando un pecho desnudo.

Y, sin más, rompió la pequeña burbuja de espacio personal que nos separaba y me envolvió en sus brazos. Tardé en reaccionar y en devolverle el abrazo mientras me susurraba al oído:

—Muchas gracias por venir.

¡A la mierda el aburrimiento, el frío, el granizo o las narices coloradas!
¡Iría a cada maldito partido de la temporada!

Me pareció escuchar de fondo algunos silbidos, pero sus labios buscaron los míos y me evadí por completo del mundo mientras nos besábamos allí mismo, delante de tantas personas, como si en realidad nadie nos estuviese mirando.

Cuando nos separamos, sentí que me faltaba el aire.

—Oye, habíamos pensado ir a por *pizza* para celebrarlo, ¿te unes?

Mis labios sonrieron sin pedirme permiso para hacerlo.

Claro que me unía.

Capítulo 31

Me dio algo de pena despedirme de Blake y Sophia, pero todos nos íbamos a nuestras casas, y solo sería durante el corto período de las vacaciones de Navidad. En nada estaríamos viéndonos de nuevo y comentando cómo habían transcurrido nuestras respectivas estancias.

Al final, en mi casa todo fue mejor de lo que esperaba. Tal vez la visita de mi abuela desde España ayudara a rebajar la tensión, porque no escuché pelear a mis padres en ningún momento. Después de todo, parecía como si, fuera cual fuese el problema inicial que tuvieran, hubieran conseguido superarlo.

Eso o tal vez disimularan porque sabían que me sentía molesta.

La mañana de mi cumpleaños, unos fuertes ladridos me despertaron. Abrí los ojos perezosa y miré a Pizza, que ladraba frenéticamente hacia la puerta cerrada de mi habitación.

—¿Qué demonios...? —protesté sin sentido, porque mi perro no podía entenderme—. Pizza, solo son las...

Tomé el teléfono de la mesita de noche y casi me dio un pasmo. ¡Las diez de la mañana! ¡En vacaciones! ¡En mi cumpleaños! Yo quería dormir, al menos hasta la una del mediodía, y así tener que meterme en el cuerpo un *brunch* de autorregalo de cumpleaños.

En la pantalla de mi teléfono, además de la hora, aparecieron unos cuantos mensajes de felicitación. Fui pasándolos de uno en uno, desde el de Sophia hasta llegar al de Tyler. Sin embargo, no había ninguno de Blake y no pude evitar llevarme una pequeña decepción.

—Cállate, Pizza —gruñí, y arrojé la almohada en su dirección.

Se apartó y lanzó un ladrido lastimero, pero corrió hacia mi cama y se subió a ella rogando mimos.

—Claro, primero me despiertas y luego me haces cariñitos —me quejé, pero lo cierto era que su cercanía empezaba a mejorar mi estado de ánimo—. Perro inteligente...

No debía enloquecer solo porque Blake no me hubiese enviado un mensaje de cumpleaños. Al fin y al cabo, acabábamos de empezar a salir. Además, era probable que él siguiera dormido, a diferencia de mí.

Aun así, me molestaba y, aunque intentara razonar para entender cuál era la situación, no pude evitar sentirme un poco triste.

—¿Lily? —escuché que mi abuela me hablaba desde el otro lado de la puerta, y Pizza saltó de la cama para correr de nuevo al lugar y volver a ladrar—. ¿Estás despierta?

—¿Has escuchado el escándalo que ha armado Pizza? —grité en dirección a la puerta—. ¡Claro que estoy despierta!

Entre los ladridos del perro, apenas podía escuchar, pero me pareció entender que preguntaba si estaba visible. Bajé la vista a mi pijama navideño de una sola pieza y me pregunté a qué venía esa pregunta cuando algo parecido a una pequeña pelea se desató al otro lado de la puerta.

Después esta se abrió y dos caras conocidas, ninguna de ellas la de mi abuela, se abrieron paso hacia el interior de mi habitación.

—¿Quién cumple años hoy?

—¡La más petarda de las amigas!

En menos de cinco segundos, mi cama se vio invadida por dos seres agresivos, ruidosos y estrafalarios que lanzaban confeti y sacudían una corona de papel sobre mi cabeza.

Mis dos mejores amigas de la infancia, Marina y Tess, habían decidido abordarme por mi cumpleaños.

—¡Nuestra benjamina se hace mayor! —gimoteó Marina mientras me abrazaba. Apartó a Pizza, que había vuelto a mi lado para unirse a la fiesta de colorines y confeti—. Por cierto, ¡que pijama más hortera!

Reí, porque no podía hacer otra cosa. Ni siquiera discutir con la *fashion victim* de mi amiga sobre mi gusto para la ropa de cama. No había visto a ninguna de las dos desde las vacaciones de verano y, de hecho, creía que estaban pasando las fiestas de Navidad en casa de sus abuelos. Por lo visto, me habían mentido para darme una sorpresa.

Para matarlas.

—Sois lo peor —lloriqueé sin dejar de sonreír, totalmente emocionada—. Pensé que estabais fuera.

—Todo fue idea de Marina —confesó Tess cuando me vio incapaz de terminar la frase mientras me daba un sonoro beso en la mejilla—. ¿Cómo íbamos a desaprovechar la ocasión de ver a la más pequeña de las tres?

Pizza ladró y se volvió a echar sobre nosotras y se unió a la fiesta mientras Tess tiraba más confeti sobre mi cabeza. Esperaba que después lo recogiese ella.

Sí, así era como quería que transcurrieran mis vacaciones de Navidad.



—Oye, Lily... Entonces, ¿qué pasa con tus padres?

Miré a Marina mientras mordisqueaba un trozo de pastel de zanahoria que mi madre había hecho el día anterior. Era mi favorito y quería que lo tuviese para el desayuno. Ella ya sabía que mis amigas vendrían a darme una sorpresa.

Me encogí de hombros y lancé una mirada alrededor de la cocina. Estábamos solas, porque mis padres se habían ido a trabajar y mi abuela acababa de salir para atender unos recados. Así tendríamos la mañana entera para nosotras y podríamos ponernos al día con respecto a nuestras vidas.

Por el momento, había descubierto que Marina lo había dejado con su novio y que Tess había conocido a una chica que vivía en su misma residencia.

—Creía que se iban a separar, pero, cuando llegué aquí por Navidad, estaban tan normales, como si nada hubiese pasado entre ellos.

—Quizá lo ha arreglado —propuso Marina mientras tomaba otra porción de pastel.

Me encogí de hombros de nuevo, porque no quería pensar en ellos. No deseaba sufrir más dolores de cabeza por no saber qué ocurría o qué harían con sus vidas. Sabía que algo pasaba o había pasado ya. Y tenía que ser algo gordo porque mi madre parecía bastante triste y decepcionada, y era ella quien intentaba escurrir el bulto cada vez que le preguntaba.

Fuera lo que fuese, me daba la impresión de que ya estaba solucionado o, como mínimo, enterrado bajo tierra por el momento.

—¿Saldremos esta noche? —propuse mientras miraba con envidia cómo Marina podía zamparse dos trozos de pastel y, aun así, se mantenía delgada—. Me apetece ir al cine, cenar...

—Hay una nueva película que quiero ver —intervino Tess, emocionada con la idea—. Y luego podemos ir a Bailey's e intentar acabarnos la hamburguesa gigante por primera vez en nuestras vidas.

Asentí enérgicamente. Parecía un plan genial para celebrar mi cumpleaños. Además, en Bailey's también servían *pizza* de tamaño gigante.

—Aunque no estoy segura de si tú podrás con ella —intervino Marina mientras miraba primero mi trozo de pastel a medio comer y después a mí—. No sé qué narices has hecho estos meses en la universidad, pero has vuelto en los huesos. ¿Te alimentas bien?

Me reí con burla y asentí. Si supieran lo mucho que había engordado al principio... Hasta que Blake entró en mi vida y comenzó a enseñarme cómo comer sano y hacer deporte sin estresarme. Claro que todo eso pensaba olvidarlo durante las Navidades. El esfuerzo de levantarme a por el mando de la tele para cambiar de canal sería lo más parecido a una maratón que iba a hacer.

Saqué el teléfono móvil del bolsillo. Continuaba sin recibir mensajes de Blake, y ya eran las doce. ¿Dónde diablos estaría?

Mi madre y mi abuela volvieron poco después de acabarnos la mitad del pastel, ya sin hambre para la comida. Habíamos terminado por hacer un *brunch*, tal como yo quería. Además de las bolsas de la compra, traían algo más.

—Oye, Lily, hemos tropezado con el mensajero. Traía esto para ti —informó mi abuela, y me entregó un ramo de flores muy colorido—. No me habías dicho que tuvieras novio. Este Blake parece buen chico.

Veloz como el viento huracanado, salté de la silla y tomé la tarjeta que había dentro de las flores con las mejillas ardiendo, el corazón acelerado y la felicidad desbordándose por encima de la decepción inicial. El sobre estaba abierto.

—¡Abuela! Sabes que no me gusta que cotillees en mis cosas.

—Soy tu abuela, tengo derecho a hacerlo —me replicó mientras mi madre se reía sin ningún disimulo—. ¿De qué otra forma me iba a enterar de lo que ocurre en la vida de mi nieta? Tú no nos cuentas nada.

Saqué la tarjeta del sobre mientras Tess y Marina se arremolinaban detrás de mí.

—¿Cómo que tienes novio? —exigió Tess.

—¿Por qué no nos lo habías contado? —reivindicó Marina.

Sin hacerles caso, dejé mis ojos vagar por el mensaje que Blake me había enviado.

«Apuesto una *pizza* a que, a estas alturas, ya creías que me había olvidado de tu cumpleaños. Envía la palabra *pizza* a mi teléfono móvil para ganarte una invitación a tu pizzería favorita una vez que vuelvas a la universidad.

»Feliz cumpleaños, Lily Emma.»

—¿Lily Emma? —comentó Tess. Ellas sabían de sobra que nadie usaba mi segundo nombre.

—Ese chico sí sabe lo que te gusta —se burló Marina.

Dejé las flores sobre la mesa e intenté no enfadarme por el hecho de que mi madre también se acercara y tomara la nota de Blake. En mi familia, por lo visto, no se podía tener secretos, al menos no cuando se trataba de cosas que nos hicieran felices. Acto seguido, tomé la caja de cartón que había sobre la encimera de la cocina, también a mi nombre y enviada por Blake. Con ayuda de unas tijeras, rasgué la cinta de embalar y la abrí.

—Oh, Dios mío...

Estallé en sonoras carcajadas, con lo que atraje la atención de todas. Cuando vieron la camiseta que sostenía en las manos, lo entendieron enseguida.

—*I love you more than...* —leyó Tess, que giró la cabeza para ver mejor los dibujos que continuaban después de las letras—. ¿*Pizza*, café y chocolate?

—Eso está hecho a medida para ti —se rio mi madre. Tomó la prenda de mis manos y la zarandó en el aire—. ¿Dónde dices que conociste a este chico?

Apreté los labios, aunque no dejara de contener la risa. No les había dicho a mis padres que vivía con un chico, menos aún que ahora ese chico fuera mi novio, y planeaba que siguiera igual. Ellos no pensaban visitarme hasta que necesitase ayuda para transportar mis cosas de vuelta a casa durante las vacaciones de verano.

—En la universidad —contesté distraídamente mientras sacaba mi teléfono móvil—. Perdonad un segundo.

Abrí con los dedos temblorosos la aplicación de mensajes.

LILY: Pizza.

BLAKE: Feliz cumpleaños, Lily Emma.

Sonreí. Segundos después, una llamada entrante de Blake iluminaba la pantalla. Sacudí el teléfono hacia mis amigas para indicarles que salía un segundo para hablar. Ellas asintieron enérgicamente y me animaron a contestar.

Con las mejillas ardiéndome de felicidad, atendí la llamada.

—Hola, Blake.

—Hola, cumpleañera.

Capítulo 32

El día de mi cumpleaños tuve dos horas para prepararme desde que Marina y Tess se fueron a sus respectivas casas hasta que volvieron para recogerme e ir al cine. De alguna manera, había querido arreglarme para nuestra *noche de chicas*, pero...

También había decidido encender el ordenador y escribir un poco mi novela *Falso amor*, porque, con todo lo sucedido en los últimos días y el descontrol de horarios que llevaba durante las vacaciones, apenas había podido avanzar en el desarrollo de los capítulos. Pero el «un poco» inicial se convirtió en «un mucho». Al escribir, tu estado de ánimo influye bastante en la forma de contar lo que narras. En mi caso, el hecho de salir con Blake lo hacía, y no podía estar segura de si era para bien o para mal.

Tuve que borrar varios párrafos tras darme cuenta de que estaba convirtiendo a Nate en Blake y que mi personaje no era así. Comenzando por el hecho de que Nate se supone que es un idiota pesimista y Blake... Bueno, digamos que a él no le veo ni la parte idiota ni la parte pesimista, menos cuando mencionó que su hermano iba a comerse por él todos los dulces de Navidad.

Una vez que terminé el capítulo y lo hube subido al Wattpad, me di cuenta de que solo disponía de quince minutos para arreglarme antes de que mis

amigas viniesen a por mí. Literalmente, ¡quince minutos!

Como alma que lleva el diablo, corrí de un lado a otro de mi habitación y me decidí por lo que era una apuesta segura. Es decir, por aquello que ya sabía que me quedaba bien tras usarlo otras veces. Me puse un vestido holgado, ya que pretendía atracarme a base de palomitas, golosinas, refresco y *pizza* gigante. Me até el pelo en un moño con algunos mechones sueltos y me maquillé los ojos de color oscuro, como había aprendido a hacer en un tutorial de YouTube.

Eché la cartera, los pañuelos y una barra de labios al bolso negro. Tomé un abrigo largo del armario y salí de mi cuarto a la carrera, olvidándome por completo de ponerme colonia. Tess y Marina siempre se quejaban de que fuera una tardona y no quería darles una excusa para meterse conmigo el día de mi cumpleaños.

A medida que bajaba la escalera, comencé a escuchar voces en el salón. Eran mis padres hablando, y mi paso se aminoró y se volvió más silencioso. La curiosidad por saber de qué conversaban hizo que me olvidara momentáneamente de mis amigas.

La primera frase coherente que escuché la estaba diciendo mi madre.

—... tienes que decidir qué vas a hacer. Yo ya te perdoné, porque no es culpa tuya. Pero las cosas no pueden seguir así.

Sentí un nudo en el estómago. Estaba segura de que hablaban de la pelea.

—No es tan sencillo, Lisa...

—Lo es —lo interrumpió tajante mi madre. Aunque hubiese dicho que lo había perdonado, no estaba del todo convencida de ello o, de lo contrario, no le hablaría en ese tono tan duro—. Y también tienes que contárselo a Lily, porque, si no lo haces tú, lo haré yo.

«¿Qué diablos...?»

—Lisa...

—No. Es nuestra hija... *Tu hija*. Tiene derecho a saberlo.

El timbre interrumpió la conversación y me impidió seguir indagando. Ahora tenía más ganas que antes de descubrir qué ocurría, qué me estaban ocultando mis padres, porque, si mi madre pensaba que yo *debía saberlo*, tenía que tratarse de algo muy gordo.

Mientras terminaba de bajar la escalera para reunirme con mis amigas, una idea horrible se me pasó por la cabeza: «¿Y si mi padre había engañado a mi madre?».



—Admite que te gustó la película.

Tess apretó los labios y negó con la cabeza mientras Marina y yo reíamos. Habíamos terminado viendo una comedia romántica, y Tess odiaba las comedias románticas. Pero era mi cumpleaños y yo decidía.

Después del cine y del atracón de palomitas, acabamos en Bailey's, tal como habíamos acordado. Estábamos tratando de comernos el helado gigante de ocho bolas de distintos sabores con nata y crema de chocolate por encima, porque la *pizza* gigante iba a ser demasiado. Habíamos decidido intentar compartirlo entre las tres, y ni así éramos capaces de terminarlo.

De hecho, el helado iba por la mitad y ahí seguíamos, mirándolo como si fuese una pesadilla.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Marina cuando saqué el teléfono y apunté hacia el helado a medio comer—. ¿Postureo para las redes sociales?

—Voy a enviarle la foto del helado a Blake —expliqué una vez que tuve la imagen—. Quiero darle envidia porque él se estuvo quejando durante mucho tiempo de que su hermano gemelo se comía todos los dulces en casa.

Marina y Tess intercambiaron una mirada risueña. Habían tardado mucho en sacar el tema a colación, por lo que...

—¿Les has contado ya a tus padres que vives con tu novio? —pregunto Tess.

—¿Su gemelo está soltero? —preguntó Marina.

Intenté ganar tiempo comiendo más helado, pero me resultó imposible. Sentía que, si tomaba una cucharada más, explotaría, y lo último que me apetecía era levantarme corriendo a vomitar en medio de la noche por encontrarme enferma.

—No les voy a contar nada a mis padres, ni pienso hacerlo. ¿Te imaginas la que se armaría? No, ni hablar.

Por un momento me imaginé a mi padre presentándose en la universidad y queriendo conocer a Blake. No. Aquello sería extraño. Además, mi padre no llevaba bien el asunto de «los novios de mi hija». Antes de Blake, solo había salido con Peter, pero ahí se demostró todo. Si por él fuera, me quedaría soltera de por vida.

Lo siento, papá. Eso no forma parte de mis planes.

Ni de los de Blake o, al menos, eso espero.

—De su hermano solo sé que se llama Hunter, que salió con mi prima y que físicamente es igual que Blake.

Eran gemelos, vaya. Marina dejó la cuchara con helado a medio camino de su boca y me miró.

—¿El hermano de tu novio es el ex de tu prima?

Dicho así... No me había parado a pensarlo. Asentí y Tess rio fuerte.

—¡Qué pequeño es el mundo!

Estaba enseñándoles a Marina y a Tess fotos que me habían pedido de mi prima Les, de Blake y de Sophia cuando una sombra cubrió nuestra mesa y nos

hizo apartar la vista de la pantalla. Guardé el teléfono y fui la última en levantar la mirada.

Debería haberlo intuido por lo rígidas que se pusieron mis amigas de repente. *Debería*, pero no lo hice. Y nada me había preparado para hacer frente a ese momento.

Para encontrarme con mi ex, cuando la última vez que lo vi me dejó.

Para reencontrarme con Peter.

Capítulo 33

Tess fue la primera en reaccionar. Se puso alerta e incluso llegó a levantarse de la mesa.

—¿Qué haces tú aquí?

Apenas la escuché, porque mis ojos estaban fijos en los de Peter, y los suyos en los míos. Era uno de esos momentos en que piensas que has conseguido olvidarte de una persona, pero esa persona se materializa de pronto en tu vida en forma de bofetada improvisada.

Peter fue el primero en romper el contacto visual. Apartó la mirada para dirigirla a Tess. Una sonrisa torturadora se expandió por su rostro.

—Tomar algo. ¿Qué esperabas? Yo también vivo aquí.

Parpadeé y escapé del recuerdo de los ojos de Peter. Porque en ese momento me di cuenta de que todo era un recuerdo, pero no uno cualquiera, sino uno troquelado por mi imaginación, en el que él, por alguna razón, incluso después de haberme hecho daño, seguía siendo perfecto.

Pero justo en ese instante, al ver la forma arrogante con la que contestaba a mi amiga, se encogía de hombros y se reía de su propia broma, empecé a verlo tal como era en verdad, esto es, como mis amigas siempre me habían dicho que era, con esos malos modos contra los que mi padre siempre me había prevenido.

Empecé a verlo como el chico prepotente que había jugado con mis sentimientos cuando yo era tan enamoradiza como para dejarle hacerlo. Empecé a verlo como el chico con el que perdí la virginidad para que me dejara justo después, argumentando que lo nuestro no funcionaría porque había engordado, como si no pudiera haberlo dicho treinta minutos antes.

O cinco, para ser más exactos.

No, primero tuvo que esperar a conseguir lo que quería.

—Lárgate, ¿quieres? —le espetó Marina, que estaba sentada a mi lado y me tomaba de la mi mano bajo la silla—. Hay más mesas en este lugar.

Peter pasó a mirarla a ella, aunque apenas le dedicó unos segundos antes de clavar su vista en mí. Me estremecí, pero no fue la misma sensación que había experimentado meses atrás. No, ese fue un estremecimiento negativo. De asco. Un estremecimiento que me interpelaba a mí misma sobre cómo pude llegar a salir con él. Cómo demonios pude enamorarme de él.

Flashbacks de nuestra relación pasaron veloces por mi cabeza. Diversas ocasiones en las que él se había metido con lo mucho que comía *pizza* o chocolate. Días en los que no había acudido a clase para poder escaparme con él para besarnos en su coche. El último verano antes de la universidad, sin ir más lejos, donde me juraba que haría lo imposible por que siguiésemos juntos en la distancia, pero solo ahora me daba cuenta de que todo era mentira.

¡Dios mío! De pronto me di cuenta de otra cosa más. No solo me arrepentía de haber sido tan idiota como para enamorarme de él, y de haber sido incapaz de ver cómo era Peter realmente. Ahora me daba cuenta de que, después de tanto tiempo, ya no había amor. Había odio. En ese momento odiaba a Peter con toda mi alma y solo quería darle una patada en sus partes nobles como Sophia me había dicho.

Peter se tomó mi estremecimiento de una forma totalmente distinta.

—Hay más mesas, pero yo querría hablar con Lily —dijo, y me miró directamente—. ¿Lils?

No me gustó que él me llamara por un apodo cariñoso como solo hacían mis amigos. Ni tampoco que me mirase como si ya me tuviese ganada. No me gustó que pensara, ya no ahora, sino en el pasado, que podría hacer conmigo siempre lo que quisiera.

Ya iba siendo hora de cambiar las tornas.

Interrumpí el contacto visual para volverme hacia mis amigas. Necesitaba hacerles saber que controlaba la situación y que esa no era una de aquellas veces en las que él podía jugar conmigo.

—Solo será un momento —les prometí mientras tomaba mi abrigo y mi bolso—, pero, si no vuelvo en cinco minutos, llama a la policía.

Acto seguido, les guiñé un ojo que solo ellas pudieron ver, ya que le estaba dando la espalda a Peter. Me levanté y me coloqué el abrigo sin cerrar. Él se adelantó hacia la puerta de salida del bar y yo fui detrás. Alcancé a escuchar a Marina preguntándole a Tess:

—¿Dice que llamemos a la policía por ella o porque Peter pueda tener problemas?

Sonreí. Habían captado la indirecta. Sabían que estaría bien.

El frío apretó una vez que estuvimos en la calle, de modo que me ceñí el abrigo alrededor del cuerpo. Como me quedaba algo grande, era fácil envolverse en él.

Peter se paró frente a mí. Vestía una chaqueta de cuero marrón y llevaba las manos en los bolsillos. Pude apreciar que había desarrollado musculatura desde que había comenzado la universidad. Era incluso más grande que Blake, aunque también algo más bajo.

Pensé en Blake, en sus brazos alrededor de mi cuerpo y en lo bien que me hacía sentir. Apenas habíamos tenido la oportunidad de compartir algunos

momentos de pareja porque comenzamos a salir justo el día anterior a nuestro regreso, más allá de haber podido abrazarnos como amigos.

Incluso así, me sentía bien.

—Estás muy guapa —comentó Peter para romper el silencio y mi cadena de pensamientos sobre Blake—. Has cambiado.

¿Se suponía que eso era un halago? ¿No era guapa antes?

—¿Qué quieres, Peter?

No me apetecía andar con rodeos. Él tenía que darse cuenta de que ya no sentía nada por él, de que el hechizo se había roto.

—¿Hablar?

La forma en que arqueó las cejas oscuras y sus ojos brillaron hacia mí con diversión me hizo despreciarlo aún más si cabe. *Hablar* significaba otra cosa para él, y no iba a conseguirlo de mí.

—A menos que estés dispuesto a disculparte, no me apetece perder el tiempo contigo.

Mis palabras duras le sorprendieron, porque su fachada de presuntuoso parpadeó unos segundos, pero rápidamente volvió a su pose brabucona y se acercó un paso hacia mí.

—Vamos, Lils. ¿Todavía sigues molesta por eso?

Una nube de vaho blanco se escapaba de nuestras bocas con cada aliento que dábamos. Me quedé callada y maldije que me hubiese llevado tanto tiempo olvidarme de él.

Peter se tomó mi silencio como una incitación a continuar.

—Pero ahora estamos en vacaciones —comenzó, y se acercó tanto a mí que tuve que usar gran parte de mi fuerza de voluntad para no retroceder asqueada—. Estamos en casa, como antes...

Empezaba a sospechar adónde quería llegar. Mirándolo así, en la penumbra del anochecer e iluminado por el alumbrado público, podía entender por qué

una vez me había gustado. Era guapo, con su pelo oscuro y sus pestañas pobladas. Su actitud, en un inicio, también resultaba atractiva, poco acomplejada. Todo lo contrario a mí. Sin embargo, su belleza exterior me impidió durante mucho tiempo ver lo podrido que estaba por dentro.

Sus ojos se apartaron de los míos para descender por mi cuerpo, ceñido por el abrigo. No me gustó su mirada.

—Además, estás muy buena.

Eso fue lo último que necesitaba oír. Había consumido mi paciencia. Hubo un tiempo en el que nunca tenía bastante de él, un tiempo en el que siempre quería estar a su lado. Ahora solo deseaba volver con mis amigas.

Volver con Blake.

—Gracias, mi novio opina lo mismo —le solté tajante, y retrocedí un paso para mantener las distancias.

Sus cejas volvieron a arquearse, y esa vez no regresaron a una posición despreocupada.

—¿Tienes novio?

Su asombro fue toda una ofensa.

—¿Te sorprende acaso?

Apreté los puños que sostenían la tela de mi abrigo con fuerza. ¿Qué demonios se creía?

—Porque sigues enamorada de mí.

La confianza que Peter tenía en sí mismo rayaba una prepotencia supina.

—¿Y eso es así desde antes o justo después de que me trataras como una basura?

—Vamos, Lils...

Lo interrumpí al alzar la mano para impedir que comenzara con una retahíla verbal que no quería escuchar.

—Dejemos una cosa clara aquí, Peter. No estoy enamorada de ti. Ni siquiera me gustas. De hecho, *te odio*. Por lo tanto, no pienso enrollarme contigo hoy ni nunca porque quien sí me gusta, y de quien estoy enamorada en serio, es de mi novio.

Me sentí genial después de soltar aquellas palabras. En cambio, en ese momento fue él el que retrocedió un paso. Sus cejas se hundieron, al igual que su mirada, se tiñeron de oscuridad y me miró con un nuevo desprecio.

—Como quieras, no eres para tanto.

Supongo que habría quedado como un gran final de auténtica *drama queen* asestarle una patada en sus partes nobles, soltarle otra frase malintencionada y regresar con la cabeza bien alta junto a mis amigas. Pero las actitudes de prepotencia se las dejaba para él. Yo lo único que quería era deshacerme de su presencia.

En mi opinión, aunque no hubiese dicho la última palabra, había ganado la pelea, y eso era lo único que importaba. Porque ahora me respetaba a mí misma y, de alguna forma, sabía que él también lo haría.

Por eso, lo que sí hice fue volver con mis amigas con la cabeza erguida, dispuesta a continuar disfrutando de la noche.

Por fin podía decir, de todo corazón, que había superado a Peter.

Capítulo 34

Las vacaciones siempre parecían más cortas de lo que en realidad eran y, en menos tiempo del que imaginé, ya estaba de vuelta en el aeropuerto donde dos días antes habíamos despedido a mi abuela; solo que esa vez eran mis padres quienes me decían adiós antes de subirme al avión que me llevaría de vuelta a la universidad.

Revisé los mensajes de mi teléfono móvil mientras mis padres decidían si darme o no más dinero. La respuesta para mí era muy obvia (cuanto más dinero, más feliz me harían), pero para ellos no resultaba tan evidente.

SOPHIA: ¿Fiesta de café a la vuelta? Recuerda que me debes otro café irlandés. O un irlandés. Eso también me serviría, pero que Tyler no se entere.

TYLER: Estoy preparando una fiesta sorpresa para el cumpleaños de Sophia. ¿Cuento contigo?

ZOE: ¡Oh, Dios mío! Nate es supermono. No me puedo creer cómo consoló a Amanda... Quiero un Nate. ¿Puedo tener un Nate?

ZOE: Eh... ¿Hiciste el trabajo de latín? Si es así, ¿eran 3.000 o 4.000 palabras? ¡AYUDA!

BLAKE: Hunter ha vuelto a comerse mis galletas. Esto va a acabar mal... Nos vemos mañana, preciosa.

Blake iba a volver un día después que yo porque había decidido pasar los últimos días de vacaciones en Nueva York con su hermano. Incluso a pesar de que él se comiera sus galletas. Eso era amor y lo demás, tonterías. Así que podría estar con Sophia para ponernos al día y charlar de nuestras respectivas vacaciones. Ella necesitaba informarse de primera mano sobre cómo le puse los puntos sobre las íes al idiota de Peter. Eso si Tyler no me la robaba primero.

Mi padre me palmeó el hombro para llamar mi atención.

—Toma, Lily, por si lo necesitas.

Agarré los billetes que me entregó discretamente en mano como si fuesen droga. Miré hacia todos lados, convencida de que, si un policía del aeropuerto nos miraba, pensaría exactamente lo mismo. ¿No era más fácil ingresarlo en mi cuenta bancaria? Pero no iba a quejarme, pues estaba haciendo lo que podía dándome dinero. Sophia y Blake se pondrían muy contentos al enterarse de que por fin íbamos a poder pagar el alquiler sin problemas.

—Me voy al coche, ya sabes que no me gustan las despedidas —anunció mi madre mientras me abrazaba con fuerza durante demasiado tiempo—. Te quiero, Lils.

Le devolví el abrazo compungida. Nunca la había escuchado decir nada en contra de las despedidas.

—Yo también te quiero, mamá...

Su abrazo me rodeó con fuerza y, entonces, susurró en mi oído:

—Perdona a tu padre, por favor. Yo ya lo hice.

Un mal presentimiento me recorrió de arriba abajo. Mientras me separaba de mi madre y la veía alejarse, comprendí que por eso se iba. Porque quería dejarnos a mi padre y a mí a solas para que él finalmente me contara qué

diablos estaba pasando. Y si mi madre tenía que dejarnos a solas, eso significaba no solo que él había metido la pata a lo grande, sino que la situación era grave. Tan grave al menos como para que ella me rogara que le perdonara o, en otras palabras, que no me enfadara demasiado.

—Ven, sentémonos.

Mi padre me guio hasta las sillas de espera junto a la fila de embarque. Ya había facturado la maleta y solo llevaba conmigo el bolso con la cartera, el billete de avión y el teléfono móvil. Lo indispensable volaba a mi lado. Llevaría también el ordenador portátil, pero era demasiado desastre y probablemente se me cayera (sí, ya había ocurrido antes).

—Papá, ¿qué pasa?

Estaba nervioso. Se rascaba el cuello, planchaba las arrugas invisibles de su camisa y se frotaba los ojos. Todo el mundo solía decirnos que teníamos exactamente los mismos ojos. El mismo color castaño dorado y la misma forma ovalada, la misma cantidad y tamaño de pestañas, una expresión semejante al sonreír... Pero, en cuanto al resto, yo era igual a mi madre.

—Tú sabes cómo nos conocimos tu madre y yo, ¿verdad?

Comenzaba la conversación divagando. Tragué saliva duramente y asentí.

—Ella quería comprarse un piso y, al final, terminó comprando una casa contigo.

Mi padre trabajaba en una inmobiliaria. Era un poco mayor que mi madre y, cuando ella entró en su oficina con veinticinco años, feliz de tener un nuevo trabajo estable y la posibilidad de comenzar su propia vida, hubo química. Ambos aseguran que saltaron chispas desde el primer saludo, desde la primera vez que se estrecharon las manos. De hecho, ella afirma que le daba largas a cada piso que él le mostraba para así poder pasar más tiempo juntos.

Una cosa llevó a la otra. Acabaron por hacerse amigos, hasta que mi padre le pidió una cita, que continuó con una segunda, una tercera, una cuarta y...

Bueno, ya os podéis imaginar el resto.

—La cosa es... Yo tenía treinta años cuando la conocí. Vivía en un apartamento que compartía con mi novia.

Abrí la boca asombrada.

—¡No jodas! ¿Te enamoraste de mamá mientras salías con otra chica?

La sorpresa me impidió censurar mis palabras; como él no me riñó por ello, me temí lo peor. La historia continuaba.

—Se llamaba Cassie. No lo tomes a mal, pero, aunque yo quería realmente a Cassie, estábamos pasando una mala época. Ella deseaba cosas que yo no podía darle, y luego tu madre... Compartíamos la misma visión de futuro, los mismos gustos, las mismas ideas. Por eso un día rompí con Cassie. Esperé a que la situación se calmara para pedirle una cita a tu madre, pues no quería acelerar las cosas.

—Eso es razonable —asentí, porque seguía sin comprender a qué venía la historieta de amor juvenil.

Mi padre se frotó las manos. Evitaba mirarme y observaba por ello cualquier cosa, incluso el suelo durante largos segundos. Por el altavoz anunciaron que abrirían la puerta de embarque, y eso lo espoleó.

—Cuando tu madre y yo estábamos en medio de una cita, Cassie apareció en el apartamento. Se enfadó muchísimo. Nunca antes la había visto así. Pensó que todo el tiempo la había estado engañando con tu madre, cuando te juro que jamás fue así. Intenté explicárselo, pero no me creyó. Al final, se fue y nunca supe por qué se presentó en el apartamento de aquel modo tan precipitado. Ni siquiera me lo había planteado hasta este verano...

Mientras la gente se arremolinaba alrededor de la puerta de embarque y hacía cola para enseñar su billete y su documento de identidad, empecé a notar que mi respiración se volvía más suave, latente, y que mi expresión perdía toda su fuerza. No quería dejar que mi cerebro pensara por su cuenta, pero él

igualmente lo hacía. Se imaginaba situaciones, montones de cosas que señalaban por qué mis padres habían discutido el pasado verano y lo que Cassie podría haber influido en ello.

El sexto sentido realmente existe, y yo tendría que hacerle caso más a menudo, porque, cuando mi padre finalmente me confesó la verdad, ya sabía lo que me iba a decir.

—Cassie, por aquel entonces, estaba embarazada.

Capítulo 35

No me enfadé con mi padre. No porque mi madre me lo hubiese pedido, sino porque, como ella misma le había dicho, no era su culpa. Aquella mujer, Cassie, había vuelto para decirle que estaba embarazada esa misma noche, pero, cuando encontró a mis padres juntos, se enfadó tanto al creer que le había sido infiel que decidió no decirle nada y criar sola a su hijo.

Mi padre no era culpable de que, hasta este verano, ella no le hubiese dicho nada. Solamente podía acusarlo de que hubiese tardado tanto tiempo en decírmelo a mí, pero podía entender la situación comprometida en la que se encontraba.

Por el momento, solo sabía que tenía un hermano mayor. Ni siquiera era consciente de si él sabía de mi existencia ni tampoco de si quería conocerme o me odiaba. Suponíamos que era un chico, ya que en la corta llamada que Cassie hizo para contárselo a mi padre se refirió a él como tal.

El problema era que ni siquiera sabía dónde vivía Cassie ahora, ni si continuaría con su apellido de soltera o cómo narices se llamaría mi hermanastro. Y pensé en él, en lo duro que tendría que ser no conocer a uno de sus padres.

Mi mente permaneció inmersa en una bruma inquieta durante todo el viaje de vuelta en avión. Apenas fui consciente de la duración del trayecto, porque

estaba más concentrada en lo que acababa de descubrir. En lo que significaba eso para mí.

¿Y qué habría pasado si Cassie no hubiese huido y le hubiese contado la verdad a mi padre? ¿Habrían terminado él y mi madre? ¿No se habrían casado y no me habrían tenido a mí cuatro años después? ¿O quizá todo seguiría igual, pero habría conocido a mi hermano?

Eran tantas las preguntas que por un momento pensé que me volvería loca. Y, si yo me sentía así, no podía ni imaginar cómo se estaría sintiendo mi padre, lo mal que lo debió de pasar al enterarse de todo de golpe.

Cuando bajé del avión continuaba tan distraída por lo que me rodeaba que casi me olvidé de recoger la maleta.

De hecho, me faltó poco para equivocarme de puerta; casi vuelvo a entrar en el aeropuerto en lugar de salir.

Y, para rematarlo, de camino a la terminal tropecé con un chico algo mayor que yo. Mientras me apartaba mientras me apartaba farfullando una disculpa, me pregunté si tendría la edad de mi hermano, si se parecería a él, si acaso lo conocería, si sería él mismo...

Seguía tan despistada que no noté a Blake acercarse por detrás hasta que me tapó los ojos y me susurró al oído: «Bienvenida, Lily Emma».

Me volví, un poco más despierta, y la sonrisa asomó sola al descubrirle con un folio a modo de pancarta colgando de sus dedos con la frase «Pizza gratis» escrita en él.

—Pensé que estaría bien sorprenderte y decirte que volvería más tarde que tú —me informó mientras me pellizcaba el puente de la nariz—. Así sería imposible que te lo esperases.

Antes de que pudiera decir cualquier cosa, solté la maleta y me colgué de su cuello, lo abracé y escondí el rostro en su pecho. En menos de dos segundos, Blake me estaba devolviendo el abrazo.

Esperó sin apartarme, pero, cuando el abrazo se extendió más de lo normal, empezó a notar que algo no iba bien.

—Lils. —Sin dejar de abrazarme, se inclinó hacia atrás para poder ver mi cara—. ¿Qué pasa?

Durante unos segundos se me pasó por la cabeza la idea de mentirle y decirle que solamente estaba emocionada de verlo porque lo echaba de menos, pero luego lo pensé mejor. No me llevaba a ningún lado mentirle sobre ese tema, y las mentiras eran lo que echaban a perder las relaciones.

Poco a poco, desenredé los brazos de su cuello y me eché hacia atrás. Me mareé un poco y escuché a Blake hacer un comentario sobre lo pálida que estaba y preguntarme si había comido. Asentí, pero de todos modos él me llevó a través del aeropuerto hasta un pequeño bar, donde me pidió un refresco azucarado y una bolsa de patatas fritas.

No me hizo más preguntas mientras tomaba la bebida y el color regresaba a mis mejillas. Había estado tan tensa durante todo el viaje que, cuando me relajé al ver a Blake, tuve una pequeña bajada de tensión. Estaba avergonzada por haberlo asustado. Por eso dejé la bebida en la barra y lo miré fijamente antes de hablar:

—Tengo un hermano mayor.

Me devolvió la mirada en blanco, sin entender. Me aclaré la garganta y volví a abrir la boca antes de que soltara un comentario desafortunado sobre la conveniencia de conocer a mi familia.

—Me acabo de enterar ahora. Mi padre me lo ha dicho antes de subir al avión y... Tengo un hermano mayor.

Decirlo en voz alta no fue tan malo como esperaba. De hecho, sentía como si me hubiese quitado un peso de encima ahora que podía compartirlo.

Le conté todo el asunto sobre Cassie, mi padre y mi hermano. Podía tomármelo como una especie de ensayo antes de hablarlo con Sophia.

—Vaya —dijo Blake después de que acabase con la historia—. No esperaba esto.

Sonreí y di el último sorbo al refresco.

—Yo tampoco. Incluso me hizo olvidar a Peter y todo.

Las cejas de Blake se juntaron y se removió en el asiento. Hice todo lo posible por ocultar una sonrisa, porque estaba claro que estaba celoso.

—¿Peter? ¿Tu ex?

—Nos encontramos durante las vacaciones —comenté casualmente mientras dejaba el vaso y me frotaba las manos—. ¿Vamos a casa?

Blake me siguió fuera del bar. Me agarró la maleta para llevarla él mismo mientras me hacía otra pregunta.

—¿Estuviste con tu ex durante las vacaciones?

Contuve una pequeña sonrisa.

—Más bien él intentó ligar conmigo y yo lo mandé a paseo. —Noté que Blake se paraba y yo hice lo mismo. Retrocedí sobre mis pasos para encararme con él—. Estaba demasiado ocupada echando mucho de menos a mi genial novio.

Se rio y, antes de que me diese cuenta, ya me estaba tomando de la mano y acercándose a él. Sus labios atraparon los míos en un áspero beso que, sin previo aviso, subió de intensidad hacia uno no apropiado para lugares públicos. Sonreí y me aparté de él en busca de oxígeno mientras notaba que me ardían las mejillas.

—Oye, he esperado muchos días para volver a besarte —se quejó, y tiró de mi mano de vuelta hacia él—. No me estropees el momento.

No dejé de sonreír mientras él volvía a besarme. Allí, en sus brazos, me sentía querida, valorada y, sobre todo, feliz. Sentía todas esas cosas que se supone que debes sentir en una relación, y todo parecía muy fácil.

—Entonces... ¿Pasaste mucho tiempo pensando en mí durante las vacaciones? —me susurró pegado a mis labios mientras me mordía con suavidad el inferior sin darme tiempo a contestar—. Me alegra no haber sido el único.

Capítulo 36

—¡SOPHIA!

Me lancé contra mi amiga con fuerza, lo que hizo que ella gritara, que yo gritara, que Tyler gritara y que Blake se riera. Normal, él fue el único al que mi lanzamiento contra el sofá no afectó.

A Sophia la aplasté.

A Tyler le di un rodillazo.

Mi muñeca sufrió un daño severo al doblarse contra la parte dura del sofá.

Lección aprendida. Nunca más vuelvas a lanzarte sobre tu mejor amiga por sorpresa, en especial si está enrollándose con su novio. Incluso si hace días que no la ves.

Rodé fuera del sofá, lejos de ellos. Presioné mi muñeca dolorida contra el pecho y me quejé lastimosamente. Blake dejó de reír y se acercó corriendo a mi lado.

—¿Estás bien?

Asentí y sacudí la mano. El dolor inicial fue mermando; parecía que no me había roto nada. Era una chica con suerte. Por otro lado, Tyler se masajeaba una zona bastante sensible con expresión agría.

—Lily, creo que lo has dejado sin descendencia —comentó Sophia con una mezcla de diversión y preocupación. Se inclinó sobre el chico y le acarició el

pelo—. ¿Sobrevivirás, Ty?

—Tú sigue llamándome Ty y sacaré fuerzas aunque solo sea para hacerte callar.

Sophia se apartó mientras sonreía y yo también me relajé. La cosa no podía ser exageradamente grave si aún le quedaba sentido del humor para bromear.

—Perdona, no era mi intención —me disculpé mientras me levantaba del suelo con ayuda de Blake—. Pretendía hacerle daño a Sophia, no a ti.

—¡Oye!

Mi amiga se quejó, pero luego tomó mi brazo y tiró de mí de vuelta al sofá. Me envolvió en un abrazo de oso y me revolvió el pelo.

—¿Algo interesante durante las vacaciones? —preguntó.

Intercambié una mirada con Blake, pero decidí que no era el momento adecuado para hablar con ella. Quizá más tarde.

—Dijo que se encontró con Peter —comentó Blake.

Se dejó caer en el otro sofá y se cruzó de brazos. ¿Estaría celoso de verdad?

Sophia me dio un codazo y me alejé para acomodarme a su lado. Quedé en medio de ella y de Tyler. Él me miró de refilón, con una mano todavía sobre la zona en la que le había dado un rodillazo.

—¿Le diste su merecido? —preguntó mi amiga con las cejas arqueadas.

—Podría decirse que sí.

Le relaté la conversación que mantuvimos Peter y yo fuera de Bailey's. A medida que hablaba, observé por el rabillo del ojo a Blake, que se inclinó hacia delante y puso mala cara. Él sabía que Peter era mi exnovio y que me había hecho daño, pero nunca antes le había contado que me dejó después de acostarse conmigo con la excusa de haber engordado.

Sin embargo, durante la conversación con Sophia lo insinué. Supongo que no veía la forma de contárselo directamente.

No dijo nada. Se quedó callado una vez que terminé la historia, mientras Sophia me palmeaba la espalda con orgullo. Quien sí reaccionó fue Tyler, y eso no lo vi venir.

—Deberías haberle dado una patada en los huevos —farfulló en modo huraño—. No veo que yo tenga que recibir una y ese gilipollas no.

Lo que podría haber sido una broma no lo fue por el tono de enfado que empleó. Al principio, Tyler y yo empezamos mal, primero porque él mantenía esa actitud fría y distante con las personas. Solo Sophia había sido capaz de ver a través de su coraza. Pero fue gracias a su relación con ella que la nuestra mejoró, y ahora éramos algo así como amigos.

—No quise rebajarme a su nivel —expliqué.

Sophia me estrechó en sus brazos con fuerza. Por unos segundos, me costó respirar.

—¡Esa es mi chica!

Continuamos hablando un rato más hasta que el sueño y el cansancio por el viaje se apoderaron de mí. Lo cual fue una pena, porque Sophia nos estaba contando la última aventura de su madre y de su tía: habían desaparecido el día de Nochevieja para escaparse solas a Nueva York con el fin de celebrarlo por su cuenta. Pero yo todavía no había deshecho la maleta y necesitaba sacar la ropa antes de irme a dormir o, al día siguiente, la tendría toda arrugada. Y, admitámoslo: lavar y planchar nunca fueron, son ni serán mis puntos fuertes.

Me despedí de ellos con la mano y fui arrastrándome perezosamente hasta mi habitación. Con la tanda de emociones fuertes del día, estaba más cansada de lo que en un principio pensaba.

Estaba terminando de colgar la última camiseta en las perchas cuando llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —grité.

Tomé el teléfono móvil del bolsillo y quité la música. Desde que los teléfonos móviles se habían convertido en buenos reproductores de música los usaba más que el ordenador portátil. De hecho, tenía una dependencia tan grande del teléfono móvil que no sabía qué diablos haría si un día lo perdía.

Blake entró en la habitación y el ambiente repentinamente cambió. Comencé a ponerme nerviosa cuando noté que cerraba la puerta con discreción. No porque nos quedásemos a solas, sino porque intuía que lo que fuera a hacer o decir no quería que lo escucharan ni Sophia ni Tyler.

—¿Ya lo has guardado todo? —preguntó.

Lancé una mirada a la maleta vacía. Era bastante obvio, ¿no?

—Ayúdame a subirla a lo alto del armario, porfa —le pedí.

Aproveché que él era más alto que yo, bastante más, de hecho. No tuvo ningún problema en colocarla sin echar mano de la escalera. En ese momento lo envidié mucho, pero no dije nada. Principalmente porque, cuando se estiró, la parte baja de su camiseta se elevó un poco y sentí cómo me hormigueaba la piel al ver la suya al descubierto.

—Nunca me había fijado en lo grande que es tu habitación —comentó mientras observaba tranquilamente los muebles claros y la cama de matrimonio que había pegada contra la esquina—. Y eso que he estado aquí antes.

Fruncí el ceño. Conocía a Blake, y sabía que estaba divagando.

Me senté en la cama, porque acusaba el cansancio y, de hecho, este era incluso más grande después de haber recogido mis cosas. Él permaneció de pie frente a mi puerta.

—¿Qué ocurre, Blake?

Conté hasta diez mentalmente antes de que respondiera. El denso silencio me estaba inquietando.

—¿Por qué nunca me has dicho qué fue lo que te hizo Peter?

«Así que era eso.»

Me encogí de hombros incómoda y dirigí la mirada hacia el escritorio, lleno de papeles.

—Supongo que no estaba preparada.

Apreté los labios y miré hacia el suelo. Tampoco les había dicho nada a mis padres, no tenían por qué saberlo.

Escuché cómo Blake se movía por la habitación y finalmente sentí el colchón hundirse bajo su peso cuando se sentó a mi lado.

—¿Empezaste a hacer deporte conmigo por culpa de lo que te hizo?

Evité a toda costa no mirarlo. Sabía lo que me estaba preguntando: si el hecho de empezar a hacer tantas dietas, a cuidarme, a no verme bien en el espejo... Si todo *eso* era culpa de Peter, por haberme dejado por mi físico.

La triste respuesta era que en parte sí, que nunca me había obsesionado tanto por verme bien como después de que él me dejara. También había engordado unos kilos de más al comenzar la universidad y no saber cómo prepararme la comida, pero... No, nunca antes me había preocupado tanto por mi aspecto.

—No tienes que contestar si no quieres —dijo después de un rato de silencio.

Me arriesgué a lanzarle una pequeña mirada. No quería presionarme, pero entendía su ansia de respuestas, porque estaba preocupado por mí.

Carraspeé antes de responder finalmente.

—Puede que al principio sí, pero si he seguido haciendo ejercicio contigo, es porque me gusta. Me hace sentir bien y en paz conmigo misma.

Tampoco tenía que añadir que verle sin camiseta era un gran plus.

Su mano se movió por el colchón hasta llegar a la mía y, cuando nuestros dedos se rozaron y entrelazaron, sentí una cálida paz dentro de mi cuerpo. Subí

las piernas sobre la cama, donde seguía sentada, las crucé, y me volví hacia él.

Me estremecí cuando llevó la otra mano a mi mejilla.

—Sabes que eres fantástica, ¿verdad?

Sonreí.

—Por supuesto.

Se acercó un poco más a mí, y sus labios estuvieron muy cerca de los míos. Rozó la punta de su nariz contra la mía, y pude ver el atisbo de una sonrisa en su expresión.

—¿Y que estás buenísima?

Solté una pequeña carcajada, pero fue acallada cuando su boca se estrelló contra la mía y la devoró en un corto pero penetrante beso. Corto, porque, a pesar de estar sentada, perdí el equilibrio ante la intensidad del momento y caí de espaldas sobre la cama, y me llevé a Blake conmigo.

Lo envolví en un pequeño abrazo mientras ambos reíamos, pero sus labios no tardaron en buscar los míos de nuevo y continuar con el beso.

Sentí que mi pulso empezaba a acelerarse, pero no me importó. Tampoco cuando Blake dejó de besarme para pasear los labios por la línea de mi mandíbula y trazar un camino lento hasta llegar al cuello.

Me mordisqueó el lóbulo de la oreja con delicadeza, y tuve que acordarme de respirar. Mi cuerpo comenzaba a entrar en calor, y ya tenía las manos por debajo de su camiseta. Acariciaba su piel suave en la espalda, en la cintura, mientras lo atraía hacia mí abrazándolo con las piernas.

Estaba a punto de levantarle la camiseta cuando él se separó. Tan solo fueron unos centímetros. Apoyó los codos a ambos lados de mi cabeza y su rostro quedó unos centímetros separado del mío. Respiraba con rapidez, y su aliento se mezclaba con el mío. Su cara estaba caliente.

—¿Estamos yendo muy rápido? —preguntó.

¿Qué? Ni siquiera se me había pasado por la cabeza. Tenía tantas ganas de seguir besándolo, con el calor latiendo en mi cuerpo, que jamás se me habría ocurrido pensar que fuéramos demasiado rápido hasta que él lo dijo.

Y eso me hizo pensar. Quizá para Blake estuviéramos avanzando a una velocidad con la que no se sentía cómodo.

Pensar que, tal vez, ahora que se había enterado de lo de Peter...

De pronto, me sentí sumamente incómoda. Me removí un poco debajo de él y eso fue suficiente para que se apartara a un lado. Cayó rodando mientras yo me incorporaba y sentaba en la cama. El ambiente en la habitación se había condensado.

Blake se sentó a mi lado.

—¿Estás molesto porque...?

No pude terminar la pregunta y tragué saliva. ¡Demonios, era más difícil decirlo que pensarlo, pero me estaba picando en la punta de la lengua! Lo miré, y las cejas de Blake se juntaron inquisitivas. Tomé aire profundamente antes de volver a intentarlo.

—¿Estás molesto porque me haya acostado con alguien como Peter?

Tardó varios segundos en responder, durante los cuales no dejé de mirarlo. Por eso supe que, al principio, ni siquiera sabía de qué le estaba hablando.

Su expresión consternada mudó en una dulce y agradable, aunque sus palabras no me gustaran.

—¿Estás molesta *tú* porque yo me haya acostado con alguien como Sam?

Él sí me había hablado de Sam, su exnovia. Ella jugó con sus sentimientos, lo dejó varias veces y nunca en persona. Todo el rato lo retomaban y lo dejaban, y él nunca quiso ponerle fin a ese ciclo porque estaba enamorado de ella.

—Eh, ¿es eso un sí? —preguntó después de unos pocos segundos de silencio.

Me reí, porque, además, eso era lo que él estaba buscando.

—No, tonto... Claro que no estoy molesta.

Le di un pequeño codazo.

—Tu pasado es tu pasado, Lily, al igual que el mío —dijo con firmeza mientras me sostenía la mirada—. Te querría igual sin importarme nada. Sigues siendo exactamente la misma persona y... Que te hayas acostado con tu novio del instituto cuando estabas totalmente enamorada de él no te quita ningún valor. Incluso si no hubieses estado enamorada por completo.

Emití una especie de gorgoteo a causa de mi risa nerviosa. Hablar de sexo me alteraba.

—¿Te paraste a pensar en algún momento que yo valía menos porque me hubiese acostado con Sam? —continuó, y yo negué rápidamente—. Eso mismo. Somos personas, seres racionales. Nadie vale menos que otro por haber mantenido sexo o no. Siempre que se tenga madurez y no se haga daño a nadie, no hay nada malo en hacerlo.

Pensé en Peter y en cómo él me había engañado. En su caso sí que estaba mal, porque estaba jugando con mis sentimientos y, por ende, conmigo.

—Lo que quiero decir es... —carraspeó otra vez, buscando su voz—. Te quiero, Lily Emma. Y no me gusta saber que lo has pasado mal.

Sentí que mis mejillas se calentaban y que una pequeña emoción volvía a crecer en mi interior.

Había dicho que me quería. De nuevo.

—Yo también te quiero, Blake.

Nuestros ojos sonrieron, y luego él se incorporó hacia mí. Apresó su boca con la mía y volvimos a caer en la cama con una nueva sesión de besos, porque la anterior nos había dejado con ganas de más.

A pesar de lo erótico de la situación, sus besos eran dulces, cariñosos y suaves. Una de sus manos tomó la mía, mientras la otra me acariciaba la

mejilla o me apartaba el pelo de la cara, jugando con algún mechón. Nuestras piernas estaban enredadas y me costaba respirar bajo su peso, pero no me importaba.

Tras unos minutos que bien podían haber sido solo segundos, Blake se apartó de mí y se hizo a un lado. Me abrazó por detrás y se acomodó a la forma de mi cuerpo y yo cerré los ojos. Su compañía conseguía darme paz y tranquilidad.

—Creo que ya es hora de dormir —susurró cerca de mi oído.

Cerré los ojos con muy poco trabajo.

—Buenas noches, Blake.

Noté un suave beso en la nuca. Después oí sus palabras.

—Buenas noches, Lily Emma.

Capítulo 37

Desperté porque algo me estaba haciendo cosquillas en la nariz. Mi primer impulso fue apartar a Pizza de la cara, hasta que recordé que ya había regresado al piso de estudiantes. Después de eso, pretendí apartar a Misifú de un manotazo, pero mi mano se topó con algo más grande y menos suave.

Con una cabeza humana.

—¡Ay!

La cabeza humana se quejó.

Abrí los ojos pesadamente y me encontré cara a cara con Blake. Estaba sonriendo y se alejaba de mí. Las mejillas me comenzaron a arder e intenté retroceder, pero estaba envuelta en una especie de amasijo de sábanas desordenadas. Ni siquiera recordaba haberme tapado la noche anterior, solo que Blake se había quedado dormido abrazándome.

—Buenos días —sonrió Blake. Tiré de la sábana que mi brazo había bajado sin querer y me tapé hasta el cuello con ella—. ¿Sabías que en tu cuarto hace un frío de muerte?

Aún estaba medio dormida y atontada observando su rostro mañanero como para que el *router* de mi cerebro se encendiera y procesara del todo sus palabras. Él estaba allí, vestido con la misma ropa del día anterior, cuando había ido a recogerme al aeropuerto. Las costuras de la almohada se habían

impreso suavemente en su mejilla derecha. La barba de tres días asomaba en su rostro y sus ojos me miraban igual de adormilados que los míos.

Me aclaré la garganta antes de contestar.

—Eso es porque no estás tapado.

Su sonrisa se agrandó y me la contagió.

—Eso tiene fácil arreglo. Además, solo son las nueve de la mañana y todavía no hay clase.

Se revolvió en la cama. Me arrebató la sábana que estaba usando para taparme y se unió a mí bajo ella.

Los brazos de Blake pasaron por encima de mi jersey, uno pegado al colchón, otro bajo las sábanas, y se enrollaron en mi cintura para tirar de mi cuerpo hacia el suyo. Por mucho que quisiera besarlo o continuar contemplando su rostro, no me apetecía que ninguno de los dos disfrutara del aliento mañanero del otro, así que escondí la cabeza en el hueco de su cuello mientras me abrazaba.

—Oye, esto sería cómodo para dormir —comentó mientras me apretaba con fuerza.

Mis brazos estaban apresados bajo los suyos hasta los codos, pero me los arreglé para mover la última parte y devolverle el abrazo con la misma calidad y confianza. Me gustaba eso.

—Completamente de acuerdo.



Cuatro horas después, Tyler, Sophia, Blake y yo estábamos comiendo *pizza* en mi restaurante favorito para celebrar que por fin volvíamos a reunirnos. Aún no había podido contarle a Sophia que tenía un hermano mayor perdido por el

mundo. Era algo que no quería decirle delante de Tyler, porque me parecía demasiado personal como para revelárselo a cualquier persona.

—He pensado en un nombre de pareja para vosotros —exclamó de pronto mi amiga, después de mirarme ofendida durante varios segundos porque había tomado el último trozo de la *pizza* con extra de queso—. Seréis «Blakely».

Mastiqué despacio y moví la cabeza hacia Blake. Él se encogió de hombros y tomó otro trozo de *pizza* a la barbacoa. Tyler también estaba comiendo. Simulaba que no escuchaba a nadie.

—Personalmente, prefiero continuar manteniendo mi nombre original —comenté después de tragar la comida—. ¿Qué pensarías si yo decido llamaros...?

Mi frase quedó perdida en el aire. Mierda. No tenía ni la menor idea de cómo formar un nombre de pareja. Menos con sus dos nombres. Era complicado.

—«Sopher» —me interrumpió ella rápidamente, y Tyler carraspeó a su lado al atragantarse con la *pizza*—. Ya he pensado en todo.

Empecé a reírme muy alto. Sophia estaba mal de la cabeza. Tyler bebió un gran sorbo de refresco para pasar la comida y, al final, todos menos él terminamos llenando el local con nuestras sonoras carcajadas.

Sin embargo, la felicidad duró muy poco, porque al regresar al piso nos encontramos con que alguien había dejado la puerta abierta. No faltaba nada, por suerte, no nos habían robado, pero...

—¿Misifú? —gritó Blake mientras corría por el interior del piso y buscaba al gato por todas las habitaciones.

Pero Misifú no contestó, y no lo hizo en todo el día. Se marchó igual que como había aparecido en nuestras vidas: de pronto y sin avisar.



—¿Sabes ya algo de Misifú?

Miré por encima del hombro a Zoe mientras me colocaba el pelo que me estorbaba detrás de la oreja. Negué con la cabeza y volví a mi tarea de latín. Quizás ella tuviera facilidad para los idiomas, pero yo seguía discutiendo conmigo misma sobre la mala idea que había tenido de escoger esa clase. ¿Por qué lo había hecho? ¿Para qué querría yo aprender a declinar? En aquellos momentos, ni siquiera me importaba Misifú. Solo quería que se murieran todos.

El alma descontrolada, susceptible e irritada, producto de la tensión de una materia que se me daba mal, estaba amenazando con salir a la luz, y con hacerlo a lo bestia.

—¿Crees que volverá a casa?

Apreté los labios con fuerza y me concentré en tomar aire mientras trataba de no explotar porque Zoe realmente no tenía la culpa de que el latín y yo fuéramos incompatibles.

—Lleva tres días desaparecido. Lo mismo se ha ido con alguien que le dé más comida húmeda que Blake.

A decir verdad, Blake era quien más se lamentaba de la huida del felino. Una vez lo atrapé dejando entreabierto la puerta del piso por la noche, por si decidía regresar a casa entonces. Traté de explicarle que era un gato, no un perro, y que, aunque existía la posibilidad de que volviera por su cuenta, había muchas más de que un ladrón quisiera colarse en el piso para robarnos.

Y, sinceramente, no me apetecía volver a atacar a un extraño con una enciclopedia.

—Ya está, es definitivo —gruñí, y cerré de sopetón el libro con el cuaderno dentro, lo que asustó a Zoe—. El latín no es para mí y necesito un café.

Me lanzó una mirada asustada, pero no dijo nada al respecto. Llevábamos varias horas en la biblioteca —tal vez no tanto, pero mi cerebro no iba a

llevarme la contraria por su propia cuenta— y, aunque Zoe había terminado sus deberes hacía tiempo, yo no lo conseguía. Suspendería latín y solo me quedaba resignarme. Y la resignación con un buen café siempre sabe mejor.

Salimos de allí con el ánimo por los suelos o, al menos, yo me sentía así. Mientras tanto, ella trataba de animarme.

—¿Te queda alguno nuevo por probar? —preguntó al cruzar el pasillo de la facultad que comunicaba la biblioteca con las aulas—. Escuché que estas vacaciones sacaron uno especial con crema.

—Y estaba delicioso —confirmé, y comencé a salivar al recordarlo—. Especialmente, si le añades un poco de canela y...

Mi frase quedó inacabada cuando, al doblar la esquina rumbo a la salida, tropezamos contra algo o alguien. Y, sí, digo «tropezamos» porque Zoe era tan torpe como yo. Entre ambas, terminamos haciendo una especie de sándwich, conmigo en medio y ella detrás.

Por fortuna, ninguna de las dos nos caímos. Utilizamos la pared como ayuda para mantener el equilibrio mientras un abrupto e intermitente sonido golpeaba nuestros oídos. Cuando me volví para mirar, descubrí un montón de pinceles que cubrían el suelo. Al levantar los ojos, descubrí un rostro conocido y unas cuantas láminas de dibujo.

—Ay, lo siento mucho —me disculpé con Rubén. Me agaché rápidamente y recogí los pinceles del suelo—. No te vimos.

—Eso es obvio —bromeó Zoe, que también se agachó.

—No pasa nada.

Rubén se puso en cuclillas y entre los tres no tardamos nada en recuperar todos los pinceles del suelo. Recordé que en la fiesta me dijo que iba a empezar a trabajar como ayudante del profesor de arte.

Zoe recogió la mayoría de los pinceles y los colocó sobre los papeles desordenados que llevaba contra su pecho.

—¿Qué pasa, Lily? Como he dejado de repartir *pizza*, ¿ahora quieres vengarte y acabar conmigo?

Abrí los ojos fingiendo espanto. Sabía que estaba bromeando.

—¿Tanto se nota? Nadie que cambie la *pizza* por un puesto de trabajo mejor remunerado y menos cansado se merece un buen trato.

De pronto, Zoe pareció darse cuenta de algo. Se metió en medio de la conversación y lo señaló con el dedo índice de modo acusatorio.

—Tú... Tú eras el loco que corrió semidesnudo en la fiesta que tuvo lugar antes de las vacaciones.

—Era y soy —dijo con orgullo, y dirigió su mirada hacia mi amiga—. Y tú eres la chica rubia que me sacó una foto. El *flash* me cegó y fue el culpable de que me cayera encima de un gnomo de jardín. Todavía tengo un moratón en el culo.

Me volví hacia Zoe, cuya piel estaba enrojeciendo de la vergüenza. Había olvidado mencionarme ese detalle.

—¿*Culpable*? —murmuró tan bajo que apenas pudimos escucharla.

Una sonrisa traviesa se coló en los labios de Rubén. Acto seguido, recolocó los pinceles y las láminas de una forma más cómoda.

—Debo irme, tengo clase ahora —comenzó a despedirse, todo ello sin dejar de mirar a Zoe—. Pero, oye, me gustaría ver algún día si esa foto mereció la pena.

¿Estaba ligando con ella?

Estaba ligando con ella.

Los ojos de Rubén se volvieron hacia mí lentamente y me dedicó una sonrisa.

—Nos vemos, chica de la *pizza* a la que un día obligaré a comérsela con orégano.

—Nos vemos, chico que traicionó a la *pizza* por trabajo.

Tomó la dirección opuesta a la nuestra y lo vimos desaparecer sin abrir la boca. No había vuelto a pensar en él desde las vacaciones.

—Es guapo —comentó Zoe cuando nos alejamos a por nuestros cafés—. *Muy guapo*, de hecho.

Me encogí de hombros. Realmente era algo que nunca me había planteado.

—Supongo. Repartía *pizza*.

Pizza. Eso sí que me lo había planteado. Y Rubén volvió a salir de mi cabeza tan pronto como un rico café con canela tomó posesión de todos mis sentidos e iluminó mi cerebro. Ahora que me había distraído, me hallaba con nuevas fuerzas: conseguiría resolver el ejercicio de latín y aprobar la dichosa asignatura.

«¡Ánimo, Lily!»

Capítulo 38

—Este es el plan: mentiremos.

Apreté los labios y desmenucé el trozo de pan duro entre los dedos. Tyler, Blake y yo estábamos sentados a la mesa de la cocina y esperábamos a que Sophia llegase de clase para empezar a comer.

—Las mentiras nunca salen bien... —razoné, porque era sabiduría popular.

—Es una mentira piadosa, Lily. —Tyler trataba de convencerme. Con los codos apoyados sobre la mesa, frente a mí, juntó las palmas de las manos y me miró por encima de la punta de sus dedos —. Simplemente le hacemos creer que no es nada más que una fiesta de disfraces.

Arrugué la nariz. Veía demasiados fallos en el plan.

—¿Y estás completamente seguro de que Sophia no sospecha nada? Quiero decir... Es su cumpleaños y eres su novio, deberías estar preparándole algo, no una «fiesta de disfraces» así, sin más.

—Es carnaval, tiene sentido. —Como yo continuaba sin estar del todo convencida, Tyler insistió—. Además, está enfadada porque piensa que me he olvidado, lo que corrobora mis sospechas de que no sabe absolutamente nada.

Dejé el pan y me di por vencida. Me apoyé cómodamente en el respaldo de la silla y solté el aire que retenía en los pulmones. Dije lo que estaba pensando:

—Pobre Sophia.

Tyler frunció el ceño y separó las manos para cruzar los brazos sobre el pecho con un rápido y aireado aspaviento de indignación.

—De pobre, nada. Se está haciendo la dura; a ver si me doy cuenta por mí mismo, y me ha dejado sin...

—¡Lo he entendido! —lo interrumpí, y me volví hacia Blake, que continuaba mortalmente callado a mi lado—. Y tú, ¿qué opinas?

Blake movió el rostro con lentitud hacia mí. No había dicho nada durante todo el tiempo en el que Tyler nos había contado su plan para preparar una fiesta sorpresa a Sophia y empezaba a preocuparme. Desde que Misifú había desaparecido, hacía ya tres semanas, andaba con la cabeza gacha y tristón. Ni siquiera había tenido ánimo para salir a cenar fuera, ver películas o, por increíble que parezca, hacer deporte.

—¿No crees que deberíamos poner carteles de «se busca»? —preguntó finalmente, e hizo un mohín con la boca que me ablandó. Dejó claro que no estaba poniendo demasiada atención en la conversación—. Quizás alguien lo reconozca...

—O quizá ya haya muerto. —Tyler quiso zanjar el asunto con prisas, pero se ganó una patada por debajo de la mesa de mi parte—. ¿Qué? Solo digo que puede ser.

Se encogió de hombros y yo volví a darle. Esa vez reaccionó a tiempo y me atrapó el pie entre las piernas. Tiró de mí hasta casi hacerme caer.

—O también puede haberse ido de vacaciones —intenté arreglar la metedura de pata de Tyler cuando me percaté de que Blake había hundido la cabeza en la mesa—. O quizá volviera con su anterior dueño, nunca supimos de dónde había salido.

Llevé una mano a su cabeza para tratar de consolarlo. Escuché la puerta del piso abrirse mientras mis dedos se hundían en su corto cabello oscuro, se

enredaban y desenredaban con facilidad por lo suave que tenía el pelo. Encontré reconfortante aquella caricia, aunque fuese yo quien la diera.

—¡Traigo comida china! —gritó Sophia, que apareció en la puerta de la cocina con una bolsa de plástico vaporosa y el bolso, que debería estar colgando de su hombro, atrapado al final de su muñeca, rozando peligrosamente el suelo—. ¿Quién quería comer gato hoy?

Me puse tensa de inmediato ante su broma sin mala intención, especialmente cuando Blake movió la cabeza solo para lanzarle una mirada envenenada y volver a hundirla en sus brazos, sobre la mesa. Justo en el corazón.

«Oh, mierda...»



Sonreí feliz al notar el sabor del arroz frito en la boca. Me encantaba la comida china y me gustaba aún más que repitiésemos otra vez en una misma semana.

—Sabes que estás haciendo algo mal por tu salud cuando comes comida china cuatro veces por semana —se lamentó Tyler en un tono de disgusto—. Me atrevo a decir que me apetecen verduras...

Abrí los ojos para observar cómo dejaba su rollito de primavera intacto en el plato y tomaba en su lugar un poco de ternera con setas.

—No es para tanto... —Me encogí de hombros.

—Eso lo dices porque tú te comes todo el arroz blanco —contraatacó, y miró el recipiente que yo había vaciado—. Ni siquiera añades salsa, ¿cómo te puede gustar eso?

Me encogí de hombros. Era arroz. Arroz frito.

—Déjala en paz —intervino Sophia huraña—. Si mal no recuerdo, la semana pasada echaste ketchup al puré de patatas; no eres quien para juzgar.

Era comprensible que Sophia me defendiera. En una ocasión le había dado *pizza* para almorzar y para cenar a diario durante una semana y no la escuché quejarse ni una sola vez. Además, todos sabíamos que estaba molesta con Tyler porque pensaba que se había olvidado de su cumpleaños por una «estúpida e infantil fiesta de carnaval», como ella la llamaba. Yo solo sabía que ese día tenía que inventarme una excusa creíble para escapar y ayudar a Tyler a decorar su casa.

—Las patatas con ketchup saben bien, el puré de patatas con ketchup también debería saber bien. ¿Qué iba a saber yo? —se defendió, y tomó un gran trozo de carne.

Blake entró en la cocina cuando casi habíamos terminado de comer. Caminó directo hacia mí y tomó sitio a mi lado, frente al plato vacío que le habíamos dejado. Me besó en la coronilla antes de comenzar a servirse.

—Empiezo a echar de menos la *pizza* —comentó mientras me miraba de refilón—. ¿Cómo es que tú no?

—Zoe lleva táperes con *pizza* fría de la noche anterior a clase y nos la comemos en el descanso —me sinceré, consciente de que aquello sonaba muy mal—. Lo sé, apenas me abrocha el botón de los pantalones, pero prometo que la semana que viene me pondré a dieta.

En ese momento estaba a punto de comenzar los exámenes y me interesaba un poco más sacarme el curso que estar en forma. No quería ni imaginar lo que me harían mis padres si volvía a casa en verano con asignaturas suspendidas. Y daba igual que ya no estuviese en el instituto; siempre se interesarían por mi vida.

Sophia dejó escapar una pequeña carcajada. Ella sabía mejor que nadie que yo no era capaz de mantener la dieta más de tres días seguidos, pero esa vez era diferente. Todavía tenía a Blake como entrenador personal. Sabía que

quería dedicarse a eso en el futuro y yo me ofrecía tranquilamente como su conejillo de Indias. Él me ayudaría a ponerme en forma de nuevo.

—No necesitas ponerte a dieta, estás muy buena así —dijo Blake.

Me guiñó un ojo y volvió a atacar su plato de comida. Sentí que mis mejillas se encendían mientras Sophia sonreía con aprobación y Tyler masticaba con fuerza.

—Oye, y tú, ¿cómo es que estás de tan buen humor? —preguntó de pronto Sophia mientras miraba directamente hacia Blake—. La última vez que te vi parecías sopesar muy seriamente la posibilidad de irte al otro mundo, a buscar por ahí a Misifú.

Noté cómo Blake se ponía tenso, pero rápidamente se relajó. Su mano me palmeó la pierna bajo la mesa, e instantáneamente me liberé de cierta incomodidad. Yo también me había puesto nerviosa, porque no me gustaba que lo molestaran.

Ya estaba completamente ahíta de arroz, así que me levanté de la mesa mientras él contestaba. Recorrí los pocos metros que nos separaban de la barra de la cocina en busca de café. Necesitaba uno bien grande y cargado si quería centrarme en el estudio. Me habían salido espinillas del estrés, de lo agobiada que estaba por aprobar.

—La esperanza es lo último que se pierde —escuché que decía Blake—, y los cuatrocientos noventa y ocho papeles de «gato perdido» que he repartido por el campus deberían ayudar en algo.

Ah, así que era eso... Con razón estaba tan feliz: había encontrado un poco de ilusión en volver a ver a Misifú. Vivo.

—¿Cuatrocientos noventa y ocho? —repitió Sophia.

Observé cómo Blake dejaba de comer para rascarse el cuello y guiñar los ojos mientras en un susurro comentaba, como quien no quiere la cosa:

—Ah, casi se me olvida... Se acabó la tinta de tu impresora, no pude hacer más fotocopias.

El estruendo de algo parecido a un cubierto que golpeaba con fuerza un plato llegó a mis oídos, seguido por el grito de...

—¿HAS USADO LA TINTA DE MI IMPRESORA PARA LOS PAPELES DE «SE BUSCA»?

—Oye, Misifú es de todos —se quejó Blake—. Ya que no ibas a repartir carteles, ¿qué menos que colaborar poniendo el papel y la tinta?

—¿HAS USADO TAMBIÉN MIS FOLIOS?

Apreté los labios para no reír. En realidad, le estaba bien empleado a Sophia, por haberse burlado de él los últimos días por la desaparición de Misifú. Tyler también había contribuido, al dejarme a mí sola el marrón de tener que consolar a Blake y a sus ojos chocolate, que se volvían más tiernos cuando estaba triste.

—¡BLAKE! ¡MAÑANA TENGO QUE ENTREGAR UN TRABAJO DE CIEN PÁGINAS SOBRE LA POLÍTICA MONETARIA!



—No me gusta esta película.

—Te aguantas.

—Es que es tan...

—¿Bonita? ¿Excelente? ¿Obra maestra?

—Es tan romántica que da asco. Me aburre.

Blake juntó las cejas en una sola con expresión agria. Habían pasado tres días desde que había colgado los carteles en busca de Misifú y nadie había contestado aún, exceptuando dos o tres bromas telefónicas, por lo que su sentido del humor no era exactamente el mejor.

—*El diario de Noa* no es solo una película romántica; es una obra maestra.

Puse los ojos en blanco y me acomodé en el sofá. Me tapé con la manta hasta la cintura y busqué el calor inexistente dentro de la habitación. Como pretendíamos ahorrar, habíamos decidido no poner la calefacción hasta las cinco de la tarde, y solo dos horas al día. El apartamento parecía el mismo Polo Norte.

—Es una pastelada —recalqué, ofuscada porque, aunque a veces era una romanticona empedernida, no lo era tanto para las películas. Solo para los libros—. Y no me puedo creer que estés obligándome a verla.

Fingí mayor indignación de la que en verdad sentía, porque principalmente lo que sentía era aburrimiento, y choqué mi pierna contra la suya. Blake apartó los ojos de la pantalla para buscar los míos. En ellos continuaba la desaprobación por mi gusto en cuanto a películas, pero también detecté otro brillo. Uno inusual, uno que, con el tiempo, estaba aprendiendo a descifrar: de diversión. De travesura.

—¿No te parece una obra maestra? —preguntó, y dibujó una pequeña sonrisa traicionera en los labios al mismo tiempo que su cuerpo se giraba hacia mí.

Negué con la cabeza y le seguí el juego. Fue apartando lentamente la manta que nos cubría y se inclinó en mi dirección. Hice lo mismo, y me estiré a lo largo del sofá.

—Si quieres... —susurró mientras se echaba más y más sobre mí a través de mis piernas, hasta el punto en el que sus manos estaban a ambos lados de mi cintura—. Puedo obligarte a otras cosas.

Apreté los labios, retándole, y añadí:

—Pruébame.

Tal como le pedí, y tomándoselo al pie de la letra, Blake terminó de cubrirme. Se tumbó sobre mí y, en un rápido movimiento, me atrapó las

muñecas y las sujetó por encima de mi cabeza. Acercó su rostro hacia el mío, pero cambió de dirección en el último momento. Sentí sus labios sobre el lóbulo de la oreja, lo que hizo que todo mi cuerpo hormiguease.

—Ahora mismo te tengo a mi merced —susurró, y me provocó algo más que escalofríos—. Puedo obligarte a hacer cosas...

Pensé en volver a retarlo, pero después confié en que era mejor que tomase las riendas y ver hacia dónde conducía aquel juego morboso. Por suerte para mí, el siguiente paso fue el recorrido de sus labios desde mi oreja, pasando por la línea de mi mandíbula, hasta mi boca.

—¿Vas a besarme? —pregunté.

Froté suavemente mi cuerpo contra el suyo, atenta a cómo sus ojos se abrían y oscurecían.

Sus labios rozaron los míos, estirados por la sonrisa que ambos éramos incapaces de contener.

—O quizá prefiera hacer otra cosa —susurró, todavía sin despegar su boca de la mía—. Esta puede ser mi ocasión de inmovilizarte en el sofá.

Mi corazón se aceleró. Él sabía que solo estábamos jugando, ¿no?

—Pero no te dejaré inconsciente con una enciclopedia, Lily Emma.

Sus labios volvieron a apartarse de los míos y regresaron por el camino inicial a través de la línea de mi pómulos hasta mi oreja. Contuve el aliento tras oír sus palabras.

—Conozco otras formas de hacerte perder el conocimiento...

«Oh, señor.»

¿Y cuándo narices empezaría a hacerlo?

Sin embargo, antes de que todo aquello pudiera materializarse y diéramos nuevos pasos hacia una relación más profunda, la puerta del apartamento se abrió y nos interrumpió.

Y esa era una de las razones por las que odiaba compartir piso teniendo novio. Tus compañeros no conocen la jerga secreta del calcetín en la puerta. Sophia entró sin más. A veces pensaba que disfrutaba fastidiándome.

Estoy segura de que vio a Blake tendido sobre mí antes de que se quitara de encima y se sacudiera el pelo como un perro —al menos, me recordó a como lo hacía Pizza cuando le caía agua encima—, pero no dijo absolutamente nada. Descubrí segundos después por qué, cuando miré hacia ella mientras batía una mano frente a mi rostro para tratar en vano de bajar la temperatura de mi cuerpo.

Una cosa peluda y malhumorada descansaba en sus brazos.

—¿A que no adivináis a quién me he encontrado esperando en la puerta del portal?

Blake se levantó del sofá como alma que lleva el diablo, tan rápido que sus pies se enredaron en la manta. No le importó, y avanzó unos cuantos pasos con ella hasta que dio un traspié que casi lo derribó. Sin embargo, eso no fue suficiente para frenarlo, y a saltos llegó hasta Sophia para arrebatarle la bola beis, sucia y malhumorada de los brazos.

—¡MISIFÚ! —gritó, tan feliz como un niño pequeño el día en que se reúne con su mejor amigo—. ¡Volviste a casa, campeón!

Sophia y yo intercambiamos una mirada de circunstancias y decidimos dejarlos en paz por su feliz reencuentro.

Suponía que me había vuelto a quedar sin sexo...

Capítulo 39

BLAKE

—¿Qué quieres decir con que te han despedido?

Lily tomó aire y subió hacia arriba. Estaba tumbada en la colchoneta del gimnasio y yo sujetaba sus rodillas. Hacer abdominales era probablemente el ejercicio que más odiaba, pero a mí me encantaba observar su cara, cómo pasaba de la energía al agotamiento, del darse por vencida a decidir que podía con una más, y así sucesivamente. Tenía más fuerza de voluntad de la que ella misma creía.

—Nos —puntualizó con el rostro apretado y colorado a causa del ejercicio—. Savannah y su novia se largan, cierran la discoteca, de modo que Sophia, Tyler y yo nos quedamos en la calle.

—Eso por no hablar del resto de los camareros —agregué mientras ella volvía a bajar y subir.

Lily se derrumbó en un último abdominal, y desde el suelo me miró ofendida.

—¿Y a quién le importa el resto? ¡A mí los que me preocupan somos Soph y yo, y cómo demonios vamos a seguir pagando el alquiler! Algo que, por cierto, también debería preocuparte a ti, compañero de piso.

No creía que fuese buen momento para decirle lo mona que se ponía cuando estaba estresada y enfadada. Era como una muñequita peleona, y solo tenía ganas de agarrar sus mejillas y tirar de ellas. Aunque sospecho que eso la enfadaría aún más.

—Vamos, Lily, seguro que puedes encontrar algún otro trabajo. Además, ahora tienes experiencia en el sector.

A decir verdad, el dinero no era algo que terminara de preocuparme, sino el hecho de que, al trabajar, la mente de Lily se mantenía ocupada y no le quedaba tiempo para concentrarse en su hermano perdido. Ya había hablado con Sophia y, cada vez que podía, intentaba que la ayudara en su proceso de búsqueda. No me extrañaba que tratase de huir siempre que Lily comenzaba a ponerse pesada con el asunto de marras: la queríamos, pero no estaba en nuestras manos lidiar con ello. Era un asunto familiar.

Rodó por el suelo hasta situarse cerca de la botella de agua. La tomó y dio un gran sorbo antes de continuar hablando.

—Si te soy sincera, preferiría buscarme otro que no fuese en una discoteca. Además, tuviste el placer de conocer a Savannah. Ella era un poco... Digamos *despreocupada*. No le importaba que yo no tuviese la edad necesaria para beber alcohol. Me contrató igualmente, de forma ilegal, e incluso me dejaba beber. No tengo muy claro que eso pudiera ser una buena referencia en mi currículum...

Asentí. Ahora yo también comenzaba a preocuparme por el dinero. Ni en sueños podría ocuparme yo solo de pagar el alquiler y las facturas.

—¿Veinte minutos de cinta y a casa? —propuso.

Devolví mi mirada perdida hacia ella y a su pregunta. Continuaba tendida en el suelo, con el rostro rojo, despeinado, los ojos brillantes por el esfuerzo y la ropa pegada a su cuerpo por el sudor.

—Hace dos meses me llegas a decir que ibas a ser tú quien propone correr veinte minutos en la cinta y no me lo creo —bromeé, y me puse en pie para acercarme a ella.

Le ofrecí mi mano como ayuda para incorporarse.

—¿Quién ha hablado de *correr*? —Se hizo la loca, pero aceptó mi ayuda—. Lo que mola de las cintas es que puedas ver la tele mientras caminas.

Antes de que la rebatiese, se acercó para darme un corto y casto beso en los labios. Después se alejó trotando hacia la cinta. Observé su coleta balanceándose de un lado a otro de la cabeza. Apenas un par de segundos, porque la tentación de bajar la vista hasta su trasero era demasiado grande.

La seguí, sabiendo que sonreía como un bobo. Ir al gimnasio con la novia debería ser algo obligatorio.



Por mucho que Sophia y Lily trataran de negarlo, tardaban muchísimo tiempo en arreglarse cuando ocupaban el baño. Una vez cronometré a Sophia mientras se duchaba, ¡y estuvo treinta minutos de reloj! Por eso mismo, Lily y yo habíamos adoptado una nueva costumbre los sábados al salir del gimnasio. Ella se iba directa a casa y yo, como siempre tardaba menos, me adelantaba y compraba café y galletas para reponer fuerzas.

Sospechaba que en realidad era una excusa de Lily para obtener café gratis.

Sin embargo, ese sábado me sentía más cansado que otras veces. El estrés de los exámenes que estaban por llegar todavía me pasaba factura y llevaba mucho sueño atrasado por quedarme estudiando hasta tarde y luego tener que madrugar. De modo que, en lugar de ir a la cafetería de siempre, decidí parar en una nueva estilo *vintage* que había abierto hacía poco. Vi que tenían

galletas gigantes con trocitos de chocolate, y eso era algo que nos encantaba a los dos.

Una para cada uno sería suficiente para recuperar fuerzas. A la mierda las proteínas.

Nada más abrir la puerta del local, me llegó un aroma profundo y cálido a café. «Lily podría buscar trabajo en una tienda así», pensé. Al fin y al cabo, no conocía mayor experta en café que ella. Hacía unos días había preparado café irlandés en casa para todos. También para Misifú, aunque él se negase a probarlo.

Dejé que el aroma a café y galletas se apoderara de mis pulmones y me metí en la tienda. Estaba más preparada para recoger los pedidos y llevártelos que como lugar en el que sentarte plácidamente, ya que apenas tenía mesas. Además, aquellas sillas *vintage*, por muy bien que quedaran, no parecían demasiado cómodas.

Recorrí los pocos metros que separaban la entrada de la cola que había ante el mostrador. Mientras me acercaba, poco a poco fui distinguiendo la silueta de las dos personas que estaban pidiendo en ese momento. Y, por si eso no fuera suficiente, sus voces también me ayudaron a reconocerlos.

Ellos, sin embargo, no me vieron a mí.

—Nunca vas a aceptar del todo a Blake, ¿verdad?

Detuve un amago por llamar la atención de Sophia y Tyler cuando ella formuló esa pregunta. Estaba apenas metro y medio detrás de ellos, con el brazo extendido y mis cejas uniéndose lentamente. Especialmente cuando Tyler negó con la cabeza.

—No es por él. A pesar de ser un jugador de fútbol medianamente aceptable en el campo, es un tipo solo pasable.

Primero, *¿medianamente aceptable?* ¡Era de los mejores del equipo!

Segundo, *¿solo pasable?* ¿Qué quería decir con eso?

Y, en tercer lugar, ¿por qué narices andaban Sophia y Tyler hablando de Lily y de mí?

Pero la conversación no terminó ahí.

—Probablemente no me guste jamás ningún chico para ella.

En cualquier otro contexto, habría pensado que Tyler estaba colado por Lily y que por eso hablaba así, pero sabía que él y Sophia estaban juntos, y que nadie en su sano juicio se atrevería a hablar de otra chica delante de Soph. Peleaba duro, y sus puñetazos eran bastante más fuertes que los de Lily —no intentes gastarle folios y tinta de impresora, por si acaso—.

—Es gracioso cómo, al principio, te portabas de forma que parecías un completo gilipollas con ella y ahora eres un idiota que la trata como si fuera una damisela en apuros —dijo Sophia mientras tomaba un sorbo de su vaso de café para llevar mientras el camarero terminaba de envolver los bollos que habían pedido.

Tyler sacó la cartera y dejó un billete sobre el mostrador. Su expresión era básicamente la de siempre: de mal humor. Entendía por qué ellos dos sintonizaban, solo Sophia tenía el carácter suficiente para aguantar a un chico como él.

—No soy ningún gilipollas.

Ella se encogió de hombros e hizo una mueca extraña cuando se quemó.

—Eso te lo crees tú. Cuando te comportas así, lo eres, y mucho. Lily no necesita que la defiendas de nada, se vale perfectamente por sí solita.

—Lo que digas...

Estaba parado detrás de ellos en silencio, escuchando su conversación, y no me importaba lo más mínimo que me descubrieran. Y comenzaba a tener una pequeña corazonada.

Como el hecho de que Lily acabara de enterarse de que tenía un medio hermano perdido por el mundo.

Mientras mi mente se aclaraba, trabajando a gran velocidad y uniendo partes de la historia que repentinamente parecían tener mucho sentido, Tyler y Sophia dejaron pasar unos largos segundos de silencio, hasta que ella lo interrumpió.

—Ahora en serio, Tyler... ¿Cuándo vas a decírselo?

De alguna forma eso solo afianzaba mi corazonada, la que me decía que Tyler era el hermano de Lily.

—No lo sé —contestó él.

—Viniste hasta aquí por ella, decidido a contárselo todo —suspiró Sophia, y tomó el paquete con los bollos que el hombre les estaba entregando—. Lily ya sabe que tiene un hermano; ahora solo falta que le digas que eres tú.

Supongo que debería haberme llevado un *shock* incluso mayor, pero, en el lapso de tiempo que llevaba escuchando su conversación, había llegado a deducirlo por mí mismo, de modo que, en verdad, me sentí egoístamente aliviado de que mi corazonada fuese cierta. De tener razón.

A todo el mundo le gusta tener razón.

—No es fácil... —se quejó Tyler, que también suspiró.

Vi el momento oportuno para interrumpir.

—Si me permitís la observación, es más fácil decírselo a la cara que esperar a que os encuentre hablando de ello mientras hace cola por un café.

El sobresalto que se llevaron Tyler y Sophia fue memorable.



Miré la hora en la pantalla del teléfono móvil y me removí en la silla de estilo *vintage*. Eran extremadamente incómodas, pero Sophia y Tyler no querían dejarme ir a menos que hablase con ellos.

—No puedes decirle nada a Lily —sentenció Sophia, que parecía más preocupada que el propio Tyler—. No somos nosotros quienes debemos hacerlo.

La miré de hito en hito, con una perspectiva sobre el asunto un poco más distorsionada que la suya y llena de pequeños matices. Podía darle la razón en que no éramos nosotros quienes debíamos decírselo, sino Tyler. Por eso mismo ella había mantenido todo aquello en secreto desde que él se lo había contado.

Sin embargo, Tyler llevaba al lado de Lily cerca de cuatro meses. Había sido tiempo más que suficiente para contarle la verdad, en especial ahora que ya sabía de su existencia y estaba empeñada en encontrarlo.

A diferencia de Sophia, a mí no me preocupaba que Lily se enfadase porque le ocultásemos el secreto. No es una persona rencorosa y, aunque parezca una broma, cualquier problema se puede arreglar si la invitas a un café. Escuchará lo que tengas que decirle, dado que hablando se entiende la gente.

Si bien yo era partidario de que fuera Tyler quien se lo dijera a Lily, había decidido que, si no lo hacía, yo mismo me ocuparía de decírselo. Porque ella quería conocer a su hermano, estaba en su derecho, mientras que Sophia y yo no lo estábamos en ocultárselo.

Aunque ese era solo mi punto de vista, y así se lo dije.

—Está bien —asintió Tyler antes de que Sophia me pidiera de nuevo que no le dijera nada—. Vine aquí para conocerla. Ya ha pasado suficiente tiempo.

Sophia, a su lado, abrió la boca con indignación.

—¿Perdona? ¡Llevo dos meses intentando convencerte de que hables con ella! ¿Y ahora llega Blake, y repentinamente lo que dice tiene sentido?

Si yo hubiese sido Tyler, habría retrocedido. Pero ellos dos estaban destinados a soportarse y él no reculó.

—No es porque lo diga él, Sophia —explicó con templanza, aunque los dedos de su mano repicaban fuertemente sobre la mesa—. Son las circunstancias. Antes Lily no sabía que tuviera un hermano, y ahora... Ahora puede que sea el momento.

—Al menos sabes que no te va a odiar, porque quiere conocerte —intervine para calmar un poco los ánimos—. O puede que sí, por no habérselo dicho durante todo este tiempo...

No estaba preocupado por Tyler y Sophia, sino por Lily y por cómo reaccionaría al enterarse. Sabía que estaba más consternada de lo que en realidad demostraba. Vamos, que si yo me pusiera en su lugar, no sé cómo reaccionaría. Si de pronto Hunter y yo nos enteráramos de que teníamos otro hermano o hermana...

—Entonces quedamos en eso —sentencié, y volví a atraer la atención sobre mí, porque Sophia seguía mirando de forma amenazante a Tyler—. Se lo contarás.

—Lo haré —asintió él.

Pero tardó demasiado.

—Pronto —añadí, y bajé la cabeza hacia abajo para enfatizar con una mirada dura—. Tienes que decírselo *pronto*.

Cuando llegamos al piso, las galletas y el café ya estaban fríos. Lily estaba tirada en el sofá viendo un programa de televisión en el que unas chicas ricas se metían en problemas familiares y contaban su día a día. Cambió rápidamente de canal en cuanto nos vio. Sophia puso los ojos en blanco y Tyler y yo nos abstuvimos de hacer cualquier comentario. Todos sabíamos que Lily veía esos programas cuando estaba sola.

Misifú saltó de su regazo para correr hacia nosotros. Terminó restregándose entre mis piernas y provocando que tropezara en mi prodigioso intento de no

pisar su cola. Ahora que lo había recuperado, no quería espantarlo y que huyera de nuevo.

Mientras Sophia y Tyler iban a la cocina para preparar algo de comer, Misifú y yo decidimos acompañar a Lily en el sofá. Había puesto una comedia romántica.

—¿Descansando, preciosa? —la saludé.

Me senté a su lado y acaricié al gato, que se apoyó contra mi muslo.

—¿Hablas conmigo o con el gato? —se burló, me miró divertida y tomó la bolsa de papel de mis manos. Estaba ansiosa por obtener su ración de cafeína, como si no la conociera—. Oye, esto está frío.

Observé el mohín que hizo con la boca. Posó su labio inferior sobre el superior e hinchó las mejillas mientras miraba con tristeza el vaso de papel en sus manos. Era una de esas veces en las que estaba compungida, pero no realmente triste ni enfadada.

Quizás incluso algo divertida, porque en realidad no le molestaba tomarse el café frío, ni tampoco protestaría porque no había tenido que ir ella a por él.

—El camino se me hizo largo —me excusé.

Después me incliné sobre ella y le pellizqué la punta de la nariz en un amago cariñoso.

Verla así, feliz, por unos segundos hizo que dejara de preocuparme. No solo porque me aliviaba verla alegre, sino porque una parte de mí sabía que su vida estaría de nuevo a punto de cambiar, que, en el momento en el que Tyler le confesara la verdad, su existencia daría un pequeño giro.

Cuando ella me apartó de un manotazo risueño, pasé el brazo por detrás de su espalda y la rodeé en un abrazo. Después la atraje hacia mí. Tiré de su espalda contra mi pecho, la levanté del sofá y la abracé.

Misifú saltó del sofá con un maullido asustadizo. El trasero de Lily casi lo había aplastado.

—¡Blake! —se quejó Lily, que se rio mientras hacía equilibrios para no derramar el café.

La rodeé también con el otro brazo y atrapé celosamente todo su abdomen en un fuerte abrazo, que trató a partes iguales de ser cálido. Ella calló cuando la recliné contra mí y apoyé mi barbilla sobre su hombro, cerca del oído.

—Te quiero.

Su risa menguó, aunque podía ver el perfil de sus labios curvados. Al otro lado de la sala, Tyler y Sophia decidieron ignorarnos.

Me moví un poco para darle un beso en el cuello y sentí su mano libre posarse sobre las mías. Nuestros dedos se entrelazaron y su cuerpo se relajó contra el mío.

Esta vez fue su cabeza la que se apoyó en mi hombro, y se giró para quedar cara a cara. Nuestros ojos se encontraron y bajé el rostro hacia ella, hasta que nuestras narices chocaron y fue imposible seguir mirándonos a los ojos.

Cuando me besó, la forma de sus labios contra los míos me decía que su sonrisa seguía intacta, posada tanto en ellos como en los míos.

—Yo también te quiero, Blake.



—Voy a por más cervezas, ¿alguien quiere una? —preguntó Brett.

Jude y yo asentimos, mientras Jean negaba con la cabeza. Por otro lado, Daniel hacía tiempo que había sido absorbido por su teléfono móvil o, más bien, por su novia, quien no dejaba de enviarle mensajes desde el otro lado de la línea. Era nuestra tarde de domingo de fútbol y tocaba verlo en mi piso, por lo que todos estábamos reunidos en la pequeña sala, mirando la todavía más pequeña pantalla de televisión.

—Oh, tío, eso es falta —se quejó Jean, y Jude y yo intercambiamos una mirada de complicidad—. El partido está amañado.

Jean, además de forofeo, era el único de los cinco cuyo fanatismo apostaba por el equipo contrario. En otras palabras, nos alegraríamos bastante si los suyos perdían.

Brett regresó con las cervezas frías. El juego estaba a punto de terminar y hacía rato que nos habíamos quedado sin aperitivos, pero el hambre no me preocupaba. Me sentía contento de poder disfrutar de una tarde tranquila con mis amigos.

—Por cierto, Blake, ¿dónde está Lily? —se interesó Brett, y recuperó su sitio en el suelo, junto a Misifú—. Hace tiempo que no la vemos.

Ya sabían que estábamos saliendo, pero no le habían dado demasiada importancia. Al contrario que Hunter, quien se había reído y también había añadido varias veces un «te lo dije» bastante exasperante.

—Se fue de compras con Sophia —contesté sin apartar la vista de la pantalla—. ¡Eso ha sido un fuera de juego, me cago en...!

Jean me dio un codazo fuerte y sonrió con superioridad. El resto también estaba quejándose.

—Ahora sí, ¿eh? Pues os jodéis. Por cabrones.

Diez minutos después, con tiempo extra incluido, el partido concluía sin que ninguno de los dos equipos se consolidara como ganador. Un empate en toda regla, solo que Jean defendía que su equipo lo había hecho mejor y el nuestro era un tramposo, mientras que nosotros alegábamos que los suyos jugaban en casa y que, si tan buenos fueran, habrían ganado.

En esas estábamos cuando la puerta del apartamento se abrió y las chicas entraron en casa.

Lily acaparó mi atención desde el primer segundo. Llegaba cargada de bolsas en un brazo y con dos cajas de *pizza* en el otro. Estaba sonriendo y,

aunque su mirada parecía cansada, desprendía alegría y energía.

—Hola —saludó risueña. Pasó a través del desastre de botellas de cerveza vacías que habíamos dejado en el suelo y silenció nuestra discusión—. He traído comida.

Nada más posar las cajas de *pizza* en el suelo, los chicos se lanzaron ávidamente hacia ellas. Fue tanto el escándalo que Misifú se despertó, deshizo la bola en la que se había convertido y maulló como si alguien le hubiese pisado la cola. Bufó, erizó el lomo y huyó directo a su rincón favorito de la casa: mi habitación.

Me acerqué primero a darle un pequeño beso como agradecimiento. Al separarme fui a tomar una porción, pero primero se la ofrecí a ella.

—¿Tú no comes?

Negó con la cabeza, y por el rabillo del ojo observé cómo mis amigos estaban pasando ya al segundo trozo. Si no me daba prisa, me iban a dejar sin nada.

—Nosotras acabamos de cenar, pero pensamos que tendríais hambre —explicó.

—Sí, y también pensamos que necesitaríais un poco de esto otro para animar la fiesta —añadió Sophia.

Se las apañó para sortear las botellas de cerveza y caminar hacia nosotros. Ante mis ojos pasaron dos paquetes de latas de cerveza que Sophia alzó para dejarlas al lado de la *pizza*.

—Este es uno de los primeros sábados que no tengo que trabajar desde que estoy aquí —sentenció, con expresión totalmente seria—. No pienso desperdiciarlo.

Una vez que el hambre fue saciada con el primer trozo de *pizza* y los chicos se las apañaron para agradecer la comida y el alcohol, Lily se inclinó sobre mí para darme un beso en la mejilla y susurrarme al oído:

—Voy a recoger un poco el cuarto y a guardar lo que he comprado, ahora vuelvo.

Asentí y observé medio atontado cómo se dirigía hacia su habitación. Discretamente, Sophia se había movido hacia mí. Me dio un codazo para captar mi atención. En su mano sujetaba una lata de cerveza abierta. Ni siquiera tenía vaso.

—Tú, ¿qué? —Enarcó las cejas mientras miraba en dirección a la habitación de Lily—. ¿No la sigues?

Parpadeé dubitativamente. Sophia aprovechó ese momento de duda para propinarme una buena colleja que terminara de sacarme de aquel estado de aturdimiento, tomó lo que quedaba de *pizza* en mi mano y me instigó a moverme.

Apenas se dieron cuenta cuando salí a trompicones de la sala. Habían retomado la discusión sobre fútbol y, además, Brett trató de quitarle a Sophia una de las cervezas, por lo que comenzó a librarse una especie de guerra por la comida, el fútbol y el alcohol en la que no estaba muy interesado en participar.

Las voces de mis amigos seguían escuchándose cuando me paré frente a la puerta del cuarto de Lily, aunque por entonces sonaban un poco amortiguadas. Llamé antes de abrir y esperé a que ella me diese permiso.

—Soy Blake —agregué.

—¡Adelante! —escuché que decía, seguido de...

¡*Boom!*

Abrí a toda prisa la puerta, asustado por el sonido del golpe. Allí me encontré a Lily, tirada en el suelo de su habitación, con la maleta abierta a un lado, la ropa esparcida a su alrededor y un montón de papeles. Nuestros ojos coincidieron y ella hizo amago de sonreír.

—Estoy bien —me tranquilizó, mientras movía los brazos a ambos lados de su cuerpo—. ¿Ves? Nada roto.

Suspiré y, aliviado, expulsé el aire que había retenido en los pulmones. Luego me metí en el cuarto y cerré la puerta. Su habitación olía a vela quemada, mezclado con un pequeño aroma a vainilla. Me acerqué a ella y le tendí la mano para ayudarla a levantarse.

—Quería bajar la maleta del armario —explicó, y le dio una pequeña patada que cerró la tapa de tela—, pero la cosa esta se me ha caído encima, con toda la ropa que tenía dentro y las carpetas y..., bueno, con todo.

—Avalancha —susurré mientras miraba el desastre en el que se había convertido su habitación—. ¿Te ayudo a recoger?

Colocó el cabello suelto detrás de la oreja y se encogió de hombros, pero aquello era claramente un «sí, por favor».

Mientras ella se encargaba de guardar la ropa dentro de la maleta —aquella era la primera vez que la observaba doblando camisetas y, de hecho, comprobé que lo hacía horriblemente mal—, hice un montón con los papeles que habían terminado desperdigados por el suelo. Algunos eran apuntes de los primeros temas del curso; otros, recetas de cocina, fotocopias de libros impresos, historias, folletos...

Uno de esos folletos llamó mi atención. Estaba desplegado, aunque inicialmente se viera que había sido doblado en tres. De fondo blanco, el estampado y las fotos eran a color. Sin embargo, no fue eso lo que hizo que me fijara en él.

—¡Esto ya está! —exclamó Lily, mientras se sentaba sobre la maleta cerrada con expresión de triunfo—. ¿Podrías subirla encima del...?

Su petición quedó inconclusa cuando miró hacia mí y observó el papel que tenía en la mano.

—¿Y esto? —pregunté.

Pareció repentinamente avergonzada. No entendía por qué. El folleto era sobre un curso de verano de escritura creativa, algo que me parecía bastante interesante teniendo en cuenta su gran pasión.

Lily dejó la maleta y se acercó hacia mí gateando. Cuando llegó a mi lado me arrebató el folleto. Sus mejillas estaban coloradas por el esfuerzo de recoger y el pelo se le había revuelto.

—Es solo una cosa que me dio Zoe —comentó, mientras doblaba el folio de nuevo en tres partes, y añadía una última que lo hizo más pequeño—. Una tontería.

A pesar de sus palabras, su tono no concordaba con ellas. Tampoco su expresión.

—No me parece una tontería. ¿O no te gustaría hacerlo?

Apretó los labios hasta formar una fina línea y clavó sus ojos en el suelo. Había perdido la postura y tenía los hombros caídos. Todo su cuerpo tiraba hacia abajo, como si le costara sostenerlo.

—Sí... No sé. Estaría bien.

—¿Estaría bien? —repetí, no del todo convencido, porque no conseguía engañarme, y le arrebaté el papel de las manos.

Me levanté para evitar que ella tratara de quitármelo y me senté en la cama. Lo observé nuevamente mientras Lily mantenía su actitud reservada.

—Zoe pensó que me interesaría —comentó después de un largo silencio.

—Y pensó bien, yo también lo creo —cabeceé mientras pasaba rápidamente los ojos por la información del folleto—. Es un curso de cuatro semanas en Canadá. Ya sé que no es Las Vegas, pero tampoco está mal...

La miré por encima del papel y esperé que se riera por la broma, pero no lo hizo. Eso consiguió que frunciera el ceño. Estaba más interesada en el curso de lo que intentaba hacerme creer.

—Da igual. —Sacudió la cabeza y posó sus ojos en los míos—. De todos modos, son plazas limitadas, y no creo que pueda entrar.

—¿Y qué más da? —contraataqué sin poder callármelo—. Podrías intentarlo.

Ella volvió a sacudir la cabeza.

—Y no conseguirlo.

—Si no lo intentas, nunca lo sabrás. El *no* ya lo tienes asegurado.

Otro silencio siguió a mi respuesta, y eso me hizo preocuparme un poco más. No entendía cómo podíamos estar discutiendo sobre una oportunidad como esa. Hasta donde yo sabía, a Lily le encantaba escribir, y para ella significaba más que un simple *hobby*. Tampoco era una chica que se diese por vencida con facilidad si no conseguía lo que quería, por lo que no lograba entender qué le impedía intentarlo.

—¿Qué pasa, Lily?

«Un Misisipi, dos Misisipis, tres Misisipis...»

—Nada.

—Lily...

—Es una tontería.

—Lils...

Suspiró. Ya era hora de hacerla hablar.

—Es solo que... Tiene lugar en verano. Y había pensado que... Bueno, no sé. Quizá podría intentar hacer planes... para... verte...

Su rubor aumentó, esta vez no por el esfuerzo físico, sino por el mental que suponía para ella vencer la vergüenza de confesarme aquello. Y, en realidad, estaba siendo muy dulce. Lily en sí era muy dulce, pero había algo en su propuesta de querer rechazar una oportunidad como esa por mí que no me gustaba en absoluto.

—Ven aquí.

—¿Qué?

—Ven, anda.

Palmeé el colchón a mi lado. Al final ella se incorporó y se movió para sentarse junto a mí. Una vez que lo hizo, dejé el folleto al otro lado y me giré hacia ella para hacerle frente. Coloqué una mano sobre su muslo y con la otra tomé su barbilla para evitar que escondiera la mirada. Quería ver sus ojos al hablarle.

—Lils, si de verdad quieres hacer ese curso, no puedes renunciar por mí. — Sus labios se cerraron con fuerza, de modo que decidí que tal vez había comenzado con demasiado ímpetu—. Vamos, ni por mí ni por nadie.

Aprecié cómo se mordía el interior de la mejilla, pero no dije nada.

—Entonces... ¿No te apetecería pasar juntos el verano?

Mi mano sobre su barbilla evitaba que apartase la mirada.

—Claro que me apetecería, Lils. Pero no es eso. Un verano es... *un verano*. Pasará y vendrán otros. Además, aún nos quedan más años de universidad que pasar juntos. Pero, dime, ¿tú quieres hacer ese curso?

Se encogió de hombros. No era la respuesta que quería. Aparté la mano de su muslo para moverla también a su rostro. Lo atrapé por debajo de las mejillas, y traté de ser suave tanto con mis actos como con mis palabras.

—¿Quieres o no quieres, Lily Emma?

Sus labios volvieron a cerrarse, pero esta vez no fue como antes. Esta vez había decisión en ellos.

—Sí, quiero intentarlo.

Sonreí. Ya lo sabía.

—Entonces, hazlo.

Moví los pulgares sobre su rostro, acaricié parte de su mejilla y atraje su cara hacia la mía.

—Soy una constante en tu vida, Lily. Puedo estar o puedo no estar. En cambio, tú siempre estarás en ella. Por eso, a veces, tienes que ser egoísta y preocuparte por tu propio bienestar más que nadie.

Esperé a que dijese algo, pero permaneció en silencio. Después de un rato, comencé a impacientarme ante la idea de que hubiese malinterpretado mis palabras. Solo quería hacerle entender que no debía limitar su felicidad por mí y que, a esas alturas de su vida, necesitaba mirar por ella misma, por su futuro y por lo que la hacía feliz.

Al fin y al cabo, solo teníamos dieciocho años.

—¿Lils? —me atreví a preguntar después de un rato.

Pestañeó, y en ese momento, me di cuenta de que, aunque sus ojos seguían físicamente mirando los míos, en realidad se habían ido más allá, al fondo de sus pensamientos. Una pequeña sonrisa se extendió por sus labios.

—Sí, está bien —dijo con voz seca, y carraspeó antes de volver a hablar—. Supongo que intentaré probar suerte con el curso.

Su cuerpo se movió sobre el colchón y empujó las piernas hacia arriba para poder sentarse sobre sus rodillas.

—¿Intentarás? —repetí, eso no era lo que quería escuchar.

Su sonrisa se amplió y se acercó más a mí.

—Lo haré —susurró, porque estaba tan cerca que no hacía falta hablar alto.

Sentí cómo me rodeaba el cuello con los brazos. Cuando nuestros labios se tocaron, una mano subió por mi nuca, se hundió en mi cabello y me atrajo más cerca de ella. Su sonrisa seguía intacta y acariciaba la mía, y ambas se fundían en una sola.

Me habría gustado pasar un verano con ella, pero verla feliz... Eso era más importante.

Capítulo 40

—«... para bailar la bamba...».

Miré a Blake con fastidio. Estaba comenzando a perder la paciencia mientras desenvolvía las guirnaldas para poder colgarlas en la pared.

—Blake, calla —pedí y, por supuesto, no me hizo caso.

—«... para bailar la bamba...».

Pronto le tocó a Tyler perder la paciencia.

—Sí, ya sabemos que tienes «una poca de gracia», pero justo eso: *poca*. Así que cállate.

Su tono duro no sirvió para nada.

—«¡Para mí, para ti!».

Quise pegarme un tortazo en la frente, bien por la desesperación, bien para comprobar que aquello no era en absoluto un sueño. Un estresante y desquiciante sueño.

Íbamos a celebrar el cumpleaños de Sophia y estábamos los tres en el piso de Tyler para prepararlo todo para la fiesta sorpresa. Por otro lado, Sophia tenía un rebote bastante importante porque pensaba que nos habíamos olvidado. Después de lanzar unas cuantas indirectas, se había marchado sola al cine tras decir que le apetecía mucho más pasar el tiempo con desconocidos que se escondiesen tras la pantalla que con nosotros.

Quizás eso fuese lo que, al fin y al cabo, nos tenía un poco molestos a Tyler y a mí.

Suspiré y, dándome por vencida en el asunto de las guirnaldas, las lancé al suelo y me volví hacia Tyler.

—Dime que se ha fumado tu arsenal de droga y por eso está así.

Me miró ofendido. Estaba limpiando la sala y escondiendo los objetos de valor. Cuando llegamos al piso, lo primero que pensé era que olía demasiado a colonia de hombre. O a *after-shave*. Realmente no sé diferenciar muy bien lo uno de lo otro.

Después, pensé que era demasiado pequeño. No pequeño en plan «alguien tan grande como Tyler no puede vivir aquí», sino en el sentido de que, «si montamos una fiesta, tendremos que sentarnos los unos encima de los otros».

Sin embargo, en ese momento, un rato después y con el mobiliario recogido, parecía mucho más amplio. Estaríamos apretujados, pero cabríamos de sobra.

—No tomo droga —contestó.

Blake, que había estado cantando mientras preparaba pinchos, bocadillos de jamón y crema de chocolate, se acercó a nosotros con las manos sucias de comida.

—¡Vamos, chicos! Estamos preparando una fiesta y Sophia no sospecha absolutamente nada, deberíais mostraros más contentos.

Por lo visto, a él no le importaba que, por el momento, Sophia estuviese enfadada con nosotros. Y tampoco que tuviese las manos sucias, porque se acercó directamente a mí con ellas extendidas.

—¡Quita, que me manchas! —le grité instintivamente, y corrí hacia donde estaba Tyler en busca de seguridad—. No he traído nada para cambiarme.

Tyler me miró por encima del hombro. Ni siquiera estaba haciéndonos mucho caso.

—Pensé que os quedaríais aquí a dormir.

—Echa un vistazo a tu piso, Ty —negué con la cabeza, aunque mis ojos seguían clavados en Blake y en sus intenciones nada buenas de llenarme la ropa de crema de chocolate—. Solo hay un cuarto, y no pienso dormir en el sofá después de la que se va a montar aquí.

Por el rabillo del ojo, noté cómo su rostro se crispaba.

—Oye, que estoy de alquiler. Esto tiene que quedar como nuevo.

—Haberlo pensado antes de... ¡Ah!

Sin que me diese tiempo a terminar la frase, Blake se había abalanzado sobre mí. Me atrapó colocándose detrás de mí. Al final me rodeó con los brazos, me apretó la cintura y mantuvo las manos lejos de mi ropa. No era fan de la violencia, pero, como me ensuciara el vestido nuevo de chocolate, iba a hacer algo peor que golpearlo con una enciclopedia.

Le lanzaría a Misifú a la cara y luego veríamos si quería tanto al gato una vez que lo arañara con sus garras.

—Atrapada —susurró Blake cerca de mi oído, y noté cómo me recorría un escalofrío.

Instintivamente incliné la cabeza hacia él, y su nariz rozó mi mejilla.

El momento fue interrumpido por un sonido de burla.

—No me hagáis tener que enfriaros con un jarrón de agua fría —refunfuñó Tyler, y después abandonó su tarea de limpieza para recoger los adornos que había dejado abandonados.

Me removí en los brazos de Blake, aunque realmente no quería alejarme de él, pero en primer lugar había que mostrar algo de educación ante Tyler. No se comía delante de los pobres.

Finalmente él me soltó.

—Aguafiestas... —refunfuñó.

Me incliné y le di un beso en la mejilla. Blake aprovechó el despiste para mancharme la nariz con crema de chocolate.

—Oye, Lily, ¿podrías ir a buscar a Sophia? O va a pensar de verdad que nos hemos olvidado de su cumpleaños...

Asentí mientras me limpiaba la punta de la nariz con el dorso de la mano. Lancé unas cuantas miradas envenenadas a Blake, quien reía divertido. Entonces mi teléfono móvil comenzó a sonar.

Me acerqué a grandes zancadas hasta la encimera donde lo había dejado. El piso de Tyler era más bien un apartamento, por lo que la cocina era un espacio abierto compartido con la sala de estar.

En cuanto vi quién era, fruncí el ceño.

Blake se acercó a mí en el momento en el que rechacé la llamada.

—¿No vas a contestar?

Negué mientras observaba que tenía cinco mensajes de Sophia que no había visto.

—No quiero hablar con mi padre ahora mismo.

No tenía en realidad ningún problema con mi padre... y los tenía todos. Es decir, no estaba exactamente enfadada con él por el asunto de mi medio hermano desconocido, pero sí lo estaba por todo el tiempo que tardó en decírmelo. Más en concreto, por no haber hecho nada más al respecto.

Si yo fuese él, ya me habría recorrido medio país en busca de mi hijo.

—¿Estás segura? —insistió Blake.

Lo miré y asentí. Sus ojos me atraparon para intentar buscar resquicios en mi respuesta que pudieran preocuparlo, pero no los encontró. Tyler tosió y el contacto visual se rompió.

Preocupada de que estuviésemos volviendo a incomodarlo, me concentré en los mensajes de Sophia.

En cuanto los abrí, mis cejas no habrían podido alzarse ni un ápice más a causa de la sorpresa.

SOPHIA: Creo que he hecho algo malo...

SOPHIA: Esto me pasa por irme sola a la peluquería.

SOPHIA: En realidad, la culpa es vuestra, ¡por olvidar mi cumpleaños!

SOPHIA: Oh, Dios mío, Lils, ¿qué he hecho?

SOPHIA: Foto adjunta.

Después de largos segundos mirando la foto y tratando de no mostrar ninguna expresión, me acerqué a Tyler.

—Sophia me ha escrito. Creo que debo ir a recogerla a la peluquería.

Como guardé silencio durante un buen rato, Tyler dejó los adornos para mirarme con el ceño fruncido.

—Está bien, ¿qué le ocurre?

Apreté los labios. Tenía que ensayar para cuando viese a Sophia cara a cara. Nada de risa nerviosa.

—Bueno, hizo algo...

Eso asustó más a Tyler.

—¿El *qué*? —exigió toscamente mientras se levantaba.

Supongo que había heredado de mi padre no saber dar las noticias con algo de tacto, porque, mientras evitaba mirarlo a los ojos, me rasqué el moño deshecho de la cabeza y le pregunté sin más:

—Veamos... A ti, del uno al diez, ¿hasta dónde te gusta el corte *pixie*?

Capítulo 41

Me llevé la soda a los labios mientras observaba de refilón cómo Sophia bailaba con Tyler. Después de enterarse de toda la farsa y de que, en realidad, su chico estaba intentando montarle una fiesta sorpresa, su enfado pasó a un segundo plano. Fue especialmente útil el hecho de que Tyler le dijese que se veía guapísima con el nuevo corte de pelo *pixie*, aunque a ella no le terminase de convencer. Camino de la fiesta, había estado mirando pelucas en Amazon.

—Parece que ha sido todo un éxito —comentó Brett a mi lado mientras se servía un gran chorro de vodka en su vaso de plástico rojo—. Solo le veo un pequeño inconveniente.

Aparté la mirada de Sophia y Tyler y del resto de personas que llenaban el piso para volverme hacia él. Brett había sido el que había chillado más alto «¡feliz cumpleaños!» cuando Soph y yo regresamos. Casi me dio un ataque al corazón, aunque ya supiese que estarían allí. Aún no se lo había perdonado, especialmente por cómo se rio después.

—¿Cuál?

—No hay suficientes chicas solteras.

No me contuve de poner los ojos en blanco y darle un pequeño puñetazo en el brazo. Se derramó parte de la bebida que intentaba añadir al vaso sobre la ropa, pero estaba lo suficiente borracho como para no importarle.

Mi teléfono móvil vibró por quinta vez en la noche. Ni siquiera lo miré para confirmar que se trataba de mi padre. De nuevo. Corté la llamada y anoté mentalmente que tenía que ponerme en contacto con él al día siguiente. Ahora estaba en plena fiesta, y era la excusa perfecta para no hablar con él.

—¿Qué hay de tu amiga? —preguntó Brett, sacándome de mis pensamientos—. La chica rubia y guapa.

Brett siempre añadía la palabra «guapa» para definir a una chica que le interesase, lo que por lo general era aplicable a todas. Al menos, no resultaba especialmente un insulto, pero el chico iba camino de convertirse en un *gigoló*. Un *gigoló* irónicamente guapo, pero con escaso éxito.

—Creo que tiene novio.

Aquello no era exactamente una mentira. Según mis últimos informes, había accedido a tener una cita con Rubén. Irían juntos a una pizzería.

—¿Te está molestando este idiota, nena?

El brazo que rodeó mis hombros me atrajo con fuerza hacia un pecho masculino, tan rápido que tropecé con mis propios pies. Necesité apoyar mi mano libre sobre los pectorales de Blake para no caerme. Una vez que recuperé el equilibrio, lo miré ceñuda y me revolví bajo su agarre.

—¿A qué viene esa sandez de llamarme «nena»?

Se rio mientras se balanceaba una copa en la mano. Él era el conductor designado aquella noche, por lo que se mantenía a base de agua, cerveza sin alcohol y soda. Me daba un poco de pena, pero, teniendo en cuenta que aún quedaban unos cuantos meses para que la temporada de fútbol acabase y que necesitaba mantener la beca al año siguiente, aquello era en realidad lo mejor para él.

A diferencia de sus amigos, quienes, como Brett, ya estaban cayéndose por los suelos de lo borrachos que iban.

—Y yo no soy ningún «idiota», cabronazo —arremetió el susodicho, que dejó a un lado la bebida con gas y se quedó solo con el vodka—. Los que estáis emparejados sois inaguantables.

Supuse que estaba haciendo referencia a otro de sus amigos, Daniel. Había llegado con su novia antes de que yo me fuera a buscar a Sophia, y eran la cosa más empalagosa del mundo. Durante algunos momentos, llegó a ignorar a sus amigos por estar besuqueándose con ella. Blake me comentó que acababan de empezar a salir y que su relación era demasiado absorbente y que iban muy rápido.

Mi novio me ciñó más fuerte bajo su abrazo.

—Eso es envidia que tienes por no tener una novia tan guapa como la mía.

Mis mejillas ardieron, pero la sonrisa se apoderó de mi rostro con demasiada facilidad. Después noté sus labios sobre mi mejilla en forma de un pequeño beso. Inconscientemente cerré los ojos de felicidad, pero, al abrirlos de nuevo, encontré a Brett poniendo cara de asco.

Esperaba por su bien que fuese debido al vodka que llevaba en la mano.

—Dais asco —objetó y sacudió la cabeza y se separó de nosotros—. Voy a buscar a Jean, creo que ha robado una botella de ron...

Cuando desapareció, dejé la soda sobre la mesa y me volví hacia Blake con una sonrisa aún latente. Me giré sobre mi eje y deslicé los brazos hacia él para envolver su cuerpo y junté nuestras bocas. Su respuesta al beso que le di no se hizo esperar y, en poco tiempo, estaba estrechándome de nuevo contra él, acariciando mi espalda, mi cabello, mordiendo mis labios...

—¿Y esto? —preguntó y se separó unos centímetros con la respiración agitada.

—Por decir que soy guapa —susurré y le di un pequeño beso por cada palabra.

Él me estrechó con más fuerza.

—Es que lo eres.

Podía derretirme en sus brazos si tan solo me dejaba ir un poco. No sabía si Blake era consciente de lo dulce que podía llegar a ser o si, al contrario, decía aquellas cosas a traición, pero no me importaba. Me encantaba escucharlas.

—Me gusta que me mires y pienses que soy guapa —susurré contra sus labios mientras balanceaba mis brazos en su cuello—. O que me presentes a tus amigos, me tomes de la mano en la calle y...

Me callé, porque estaba hablando demasiado. Hacía tiempo que había intentado dejar de comparar a Blake con Peter, pero de vez en cuando los recuerdos regresaban. Peter nunca me tomaba de la mano, ni tampoco me presentaba a sus amigos, de modo que yo solía estar en las fiestas de pie, sola y sin hablar con nadie. Nunca me dijo que me consideraba guapa ni que me quería.

—¿Lils?

Blake llamó mi atención. Sus ojos oscuros buscaron los míos, me atraparon y me pegaron a él. Su mirada era mi perdición.

—Me gusta que te sientas orgulloso de estar conmigo —finalicé para dejarlo correr.

Porque, aunque él no lo hubiese dicho nunca, sabía que lo estaba. Por otro lado, Peter me transmitió siempre el sentimiento contrario. A su lado, parecía que constantemente se avergonzara de mí.

Blake se separó unos centímetros para mirarme más fijamente a los ojos. Había calidez en ellos.

—¿Y por qué no iba a estarlo? Estoy más que orgulloso de que seas mi novia. Estoy feliz, pero no solo porque seas guapa, cabeza de chorlito.

Una de sus manos se alejó de mi espalda mientras la otra me mantenía cerca de él. Sus dedos me pellizaron el puente de la nariz y me arrancaron otra

sonrisa. Su mirada era suave, muy de Blake, el chico de quien me había enamorado.

—Menos manosearse y más bailar —interrumpió una voz a nuestras espaldas.

Me separé de Blake para encontrarme con Tyler, que nos miraba con las cejas arqueadas. Me limité a sacarle la lengua, lo que hizo que las alzara más.

—¿Tú no se supone que eres el novio de la cumpleañera? —lo increpé con voz altiva—. Pues ve a atenderla y déjanos a los demás ser felices.

Quizá nosotros fuésemos igual de empalagosos que Daniel y su novia.

Acto seguido, lo agarré del brazo y, con toda la fuerza que pude sacar, lo empujé lejos. Sucede que Tyler es una roca de músculos, así que apenas pude moverlo de su sitio. Sin embargo, eso le hizo reír —reírse de mí, por supuesto — y terminó por darse la vuelta y regresar junto a Sophia.

—Al final, me caerá bien y todo —repose mientras observaba cómo regresaba a la pequeña zona del salón habilitada como pista de baile o, más bien, de manoseo, como había dicho él—. Por cierto, ¿qué hora es?

Blake sacó su teléfono móvil para consultar la hora.

—Las once y media de la noche, ¿por qué? No me digas que te estás aburriendo...

Tomó mi mano para acercarme de vuelta a él y juntó nuestros labios. Sonreí contra ellos.

—Más o menos...

Mi teléfono móvil volvió a vibrar, lo que fastidió totalmente el momento. De nuevo lo saqué para descubrir que continuaba siendo mi padre. Ya estaba comenzando a molestarme. Tenía que acabar con eso.

—Salgo un segundo al portal para contestar —le avisé, y le mostré la llamada entrante—, donde la música me deje escuchar bien.

Asintió mientras me alejaba lo más rápido que podía fuera del piso. No sabía cuánto duraría la llamada hasta que se cortara, pero, por fortuna, descolgué antes de que mi padre volviera a darse por vencido.

—¿Qué pasa? —saludé lo mejor que pude. Cerré la puerta tras de mí y me senté en las escaleras que llevaban a la planta de abajo—. Tengo varias llamadas perdidas tuyas, pensaba llamarte mañana y...

Mi padre me interrumpió.

—He estado intentando hablar contigo todo el día. —Se hicieron unos largos segundos de silencio y, cuando pensé que eso era todo lo que tenía que decirme, volvió a hablar—. Ayer conseguí finalmente ponerme en contacto con Cassie.

Mis conexiones neuronales tardaron unos segundos en reconectar y en acordarme de que Cassie era la madre de mi hermanastro perdido. Ya había olvidado el nombre.

Entonces mi padre sí estaba haciendo algo por encontrar a su hijo. Me sentí un poco culpable por mis malos pensamientos hacia él después de todo.

—Oh —tartamudeé—. ¿Y bien?

—El chico se escapó de casa hace unos meses y no sabe dónde está; por eso Cassie se puso en contacto conmigo en primer lugar —explicó de sopetón, porque, de nuevo, mi padre no sabía dar las noticias importantes—. Pensó que estaríamos juntos, pero, como no fue así, intentó esfumarse una vez más.

«Pues menuda idiota.»

—¿Y cómo has dado de nuevo con ella?

—Ha sido cosa de tu madre, que siempre lo encuentra todo, ya lo sabes.

«Una broma algo mala para el momento, papá.»

Como no dije nada, continuó hablando.

—Resulta que el chico no sabía nada de mí ni de ti. Este verano, la propia madre de Cassie, que estaba al tanto de toda la historia, se lo contó. El chico

se enfadó mucho y, días después, desapareció. Cassie y yo conversamos entonces y me dio una foto de él, por si decidía pasarse por casa, para que pudiera reconocerlo.

—Oh.

De pronto, me había quedado sin mucho más que decir. Solo «oh».

—Me preguntaba si querrías que te pasara la foto, porque, igual que puede venir a verme, podría desear verte a ti. Al fin y al cabo, también sabe que tiene una hermana.

Más silencio a mi lado de la línea.

—Su madre está muy preocupada, Lily —añadió en tono monocorde—. Y con razón.

Mi padre seguía esperando una respuesta, pero yo me había quedado helada. Una cosa era saber que tenía un hermano, pero ver una foto de él supondría hacerlo real. Y sí, diablos, sabía que era una persona real, pero, al no ponerle rostro en mi mente, de algún modo seguía siendo un enigma.

Un enigma que necesitaba ser resuelto.

—Claro —dije finalmente, y necesité aclararme la garganta porque se me había quedado seca—. Envíamela.

Me despedí de mi padre con la promesa de llamarlo más a menudo, y otra de él de ingresarme dinero para cubrir gastos extra, lo cual vendría muy bien, ya que necesitábamos llevar a Misifú al veterinario de nuevo.

Cuando colgué, esperé un rato, hasta que mi teléfono volvió a vibrar con un mensaje entrante.

En el portal había muy mala cobertura. Mientras esperaba a que la foto se descargase, llegó otro mensaje de mi padre.

PAPÁ: Por cierto, olvidé decírtelo. El chico se llama Tyler.

Y, si eso no me dejó helada, el hecho de que la foto terminase de descargarse y pudiese verle al fin la cara a mi hermano, sí lo consiguió.

No solo se llamaba Tyler, sino que era *nuestro Tyler*. El Tyler que se encontraba a apenas unos metros de mí, separado por una pared, bailando con mi mejor amiga.

Capítulo 42

Tyler es mi hermano.

Mi *medio hermano*. El hermano cuya existencia había desconocido hasta hacía apenas unas semanas. El hermano cuya existencia pensé que tal vez nunca llegaría a conocer.

Y ahora estaba allí. Al otro lado de la pared, presidiendo la fiesta de cumpleaños de su novia, que, además, era mi mejor amiga.

Me quedé sentada en el frío escalón incluso cuando la luz del portal se apagó y me sumí en las sombras, solo con mi ropa de fiesta y el teléfono móvil, que colgaba inerte entre mis dedos. Lejos de estar en *off* por la impresión de la noticia, mi cerebro no dejaba de trabajar.

Si Tyler estaba aquí, justamente aquí, sabiendo que tenía una hermana, eso quería decir que también sabía que era yo. Era imposible que no fuera consciente de ello, porque no creía en esa clase de coincidencias.

Entonces, ¿por qué no me había dicho nada aún? Entró en mi vida a principios del curso escolar. Había tenido tiempo suficiente de convertirse en mi amigo y también de contarme que era mi *maldito hermano mayor*.

No entendía nada.

Tras unos largos minutos, la puerta del piso de Tyler se abrió, acompañada por el eco de la música y las voces. Cuando se cerró, escuché unos pasos que

se aproximaban y la voz de Blake, que me hablaba.

—¿Lily? ¿Sigues al teléfono?

Consciente de que en aquel momento no estaba de humor y de que mis fuerzas no hacían gala de hallarse en plena forma, negué con la cabeza y esperé que me viera. Poco después de eso, Blake se sentó a mi lado, pierna con pierna.

—¿Estás bien?

Asentí, porque realmente no me encontraba mal. No me dolía nada y no sentía ninguna clase de dolor o abatimiento, solo un poco de ira, que sometía la otra parte de mí que quería dar saltos de alegría y contento por haber encontrado a mi hermano.

No habría abrazos de reconciliación, lágrimas incontenidas ni carteles con su nombre esperando en el aeropuerto. No lo habría porque no había encontrado a mi hermano perdido; él me había encontrado a mí primero. Yo solo lo había descubierto.

Blake pasó un brazo por detrás de mi espalda. Me estrechó contra él hasta que me animó a que descansara mi cabeza sobre su hombro. Lo hice gratamente.

—A ver, dime, ¿qué te pasa?

Me conocía lo suficiente como para saber que algo no iba bien. Apreté los labios y tomé aire. Blake ya estaba al tanto de todo.

—Mi padre tenía una foto. Una foto de mi hermano y...

Por alguna razón, explicarme me costaba más de lo que imaginaba. Cuando no me interrumpió y me dejó tiempo para terminar de reunir fuerzas, concluí:

—Se trata de Tyler. Tyler es mi hermano.

No sabía qué esperaba exactamente. Quizás un poco más de la emoción que yo no había podido demostrar, presa del *shock*, tal vez enfado porque él no hubiese dicho nada, o... no sé. Alguna reacción. Incluso un simple «vaya»,

pero no. Nada sucedió, excepto que su brazo dejó de rodear mi espalda y me alejó de él.

Me volví para encararme con él, consciente de que algo se me escapaba.

Efectivamente, así era.

—Lo sé.

Mi boca se abrió sin emitir una sola palabra. Sus ojos oscuros, al principio trabados con los míos, se escabulleron en la semioscuridad del portal hacia abajo y se camuflaron con las sombras.

—No te enfades, por favor —pidió, y entrelazó ambas manos—. Déjame explicarte primero.

Tuve ganas de levantarme e irme, aunque no lo hice. ¿Qué narices significaba que lo sabía? Pero, si ya lo sabía y no me había dicho nada primero, tenía que haber una buena razón. Blake no era de esas personas que hacían daño a la gente aposta, de hecho, era todo lo contrario, y por eso me gustaba tanto.

Arqué las cejas en su dirección para incitarlo a hablar.

—Me enteré la semana pasada, cuando salí del gimnasio y fui a por un café.

Asentí mientras él hacía una larga pausa y se rascaba el lateral de la cabeza, cerca de la coronilla, y se alborotaba esa parte del pelo. Estaba nervioso y yo, algo apática, por lo que no hacíamos exactamente una buena combinación.

—Tyler y Sophia estaban allí y... los escuché hablar. Ella le estaba diciendo que tenía que contártelo ya y...

Dejé de escuchar, mi atención se marchó a grandes pasos, como si un unicornio acabase de pasar corriendo a mi lado.

—Para el carro —lo interrumpí, e incliné mi cuerpo lejos de él para agudizar mi mirada en la oscuridad—. ¿Me estás diciendo que Sophia también lo sabía?

Durante los siguientes largos segundos, mi mente se volvió un mar de confusión y de malos sentimientos. Primero, me puse furiosa, porque supuestamente mi mejor amiga lo sabía todo y no me lo había dicho. Después, me invadió un enfado mayor del que creía posible, porque, en esos instantes de obcecación, dejé que esa rabia me inundara.

Solo logré calmarme cuando comprendí que gritarles a todos no me iba a hacer sentir mejor, sino todo lo contrario, y empecé a tratar de refrenar la ira usando la parte racional de mi mente.

Si no me había enfadado con Blake porque primero quería escuchar las razones que había tenido para no contarme nada, tenía que hacer lo mismo con Sophia. De fondo, lo escuchaba dialogando conmigo, aunque apenas le hacía caso. Me llegaban fragmentos de sus frases, como el hecho de querer que fuese Tyler quien me lo contase todo porque era quien debía hacerlo, el miedo a que yo me enfadara...

Al final, todo eso se convirtió en un gran disgusto. En primer lugar, porque mi mejor amiga no me había dicho nada; en segundo lugar, porque mi novio tampoco lo había hecho y, por último, porque mi hermano tampoco había tenido narices de contármelo. ¿Cómo podía llevarse a cabo una reconciliación feliz si nadie me decía nada? ¿A qué estaban esperando?

Todos lo sabían menos yo, y me sentía como una tonta.

Me puse de pie mientras Blake continuaba con su monólogo, que de alguna forma había derivado hacia la separación de sus padres y cómo la familia era siempre lo primero. Se interrumpió cuando me levanté.

—Voy a hablar con él —dije con decisión, y me levanté.

Rápidamente Blake me imitó.

—¿Cómo dices?

Apreté los labios y lo miré fijamente. Después repetí:

—Que voy a hablar con Tyler para pedirle explicaciones. Tiene que saber que lo sé. No voy a hacer como él y esperar a que pasen meses...

Comencé a darme la vuelta y subir los dos tramos de escalera que me separaba del piso donde estaba su apartamento, pero Blake me frenó, me tomó del brazo y se interpuso en mi camino.

—Oye, déjame que...

Empecé a recriminarle algo, pero me interrumpió en un tono calmado. Por unos segundos me sentí como la fiera que necesita amansarse.

—Espera un poco, ¿vale? —me pidió, y, en cuanto dejó de hacer contrapeso con sus piernas, continuó hablando—: Ahora no es el mejor momento para hablarlo. Te acabas de enterar y estás enfadada. Además, es tarde y es la fiesta de cumpleaños de Sophia. ¿No crees que sería mejor aplazarlo para mañana?

Estaba a punto de contradecirlo, pero desde el interior del piso alguien comenzó a cantar «cumpleaños feliz» y el resto de voces le siguió.

¡Maldición! Odiaba cuando los demás eran los que tenían razón y no yo. Al ver que me estaba convenciendo, Blake dibujó una vaga sonrisa en su rostro y me soltó.

—Así puedes pensar qué quieres decirle exactamente, y no tendrás que arrepentirte por dejar que el enfado hable por ti —añadió sin dejar de mirarme.

Hice un gran esfuerzo para impedir que un puchero se formara en mi rostro. Quería hablar ya con Tyler, quitarme de encima ese gran peso y hacerles saber a él y a Sophia que estaba dolida, del mismo modo que Blake se había enterado. Sin embargo, en el fondo sabía que tenía razón.

—Eres el conductor de todos ellos, ¿verdad? —pregunté para asegurarme, y él asintió—. Que se jodan los demás, ahora mismo me llevas a casa y te quedas allí conmigo.

En aquel momento, verdaderamente me importaban todos un comino. Que se pidieran un taxi o se quedaran a dormir en el suelo sucio del salón.

Blake volvió a acercarse a mí, con su sonrisa un poco más definida. Pasó su brazo alrededor de mis hombros, me estrechó contra él y murmuró:

—Vámonos, pararemos a por una *pizza* por el camino.

Demonios, qué bien me conocía.

—Y chocolate —agregó, y en ese momento yo también tuve ganas de sonreír.



Una noche de reposo lo es todo, incluso si solo duermes un par de horas porque te pasas el resto del tiempo dándole vueltas al hecho de que el novio de tu mejor amiga es en realidad tu hermano.

Hacía tiempo me reía de aquellas frases como «duerme y mañana te sentirás mejor», o «la almohada es buena consejera», pero al final resultó que son ciertas. Quizá fuera debido a que mis problemas realmente no eran graves (vamos, ya quisiera yo que todos mis problemas fueran ese), pero el hecho es que funcionaba, y, cuando me desperté con el estómago aún lleno de *pizza* y la luz del día iluminando el salón, me sentía mucho mejor.

Blake y yo nos habíamos quedado en la sala comiendo *pizza* y galletas de chocolate aprovechando que no había nadie en casa. Vimos la televisión, hablamos un poco de todo y terminamos durmiéndonos abrazados en el sofá. De hecho, sus brazos aún me sostenían por detrás.

Entonces alguien me despertó.

—Buenos días...

Sophia estaba agachada delante de mí. En sus manos sostenía una taza de café humeante. El café es el mejor despertador del mundo.

Me removí en los brazos de Blake para poder levantarme, ya que no me sentía cómoda tumbada, a escasos centímetros del borde del sofá, con un riesgo alto de caerme rodando al suelo. En mi intento por levantarme, él también se despertó.

—¿Buenos días? —dijo con voz ronca, y me soltó para frotarse los ojos.

Mientras nos acomodábamos mejor y Sophia se sentaba en la mesita baja frente al sofá, todos los recuerdos de la noche anterior regresaron. Y, aunque el enfado había menguado, esa sensación de urgencia, esas ganas de querer aclararlo todo cuanto antes y de contarles que lo sabía seguían allí.

—¿Y Tyler? —pregunté mientras Sophia tomaba un sorbo de su café. Yo también quería uno.

—Está aparcando, ahora sube —comentó, y dejó la taza a un lado—. Tengo un cotilleo que podría interesarte.

«¿Como el hecho de que tu novio sea, en realidad, mi hermano? Tranquila, ya lo sé.»

Aún llevaba la ropa de la fiesta, por lo que deduje que acababa de llegar a casa y solo le había dado tiempo a prepararse un café antes de despertarnos.

Sacó del bolsillo su teléfono móvil y pasó rápidamente los dedos por la pantalla. Segundos después, lo volvió hacia mí.

—¿Te suena esta chica?

Parpadeé para enfocar la vista. Blake hizo lo mismo, y se inclinó sobre mí para tener mejor ángulo de visión. Él fue el primero en hablar:

—¿Qué hace una foto de Les en tu teléfono?

En efecto, en la pantalla había una foto de mi prima. Estaba posando descaradamente sobre un fondo playero y lucía un bikini fosforito, un pareo a juego y un sombrero que le tapaba parte de la cara. Su pelo rubio parecía más largo y brillante de lo que en verdad era y tenía una sonrisa traviesa y fresca en la cara. Sentí una punzada de envidia. Ella siempre había sido alta y

delgada, pero, además de eso, daba la impresión de trabajar su cuerpo. Ni con largas horas de gimnasio conseguiría yo lucir así.

Justo en ese momento, la puerta del piso se abrió con un tintineo de llaves y Tyler entró. Mis ojos se salieron de la pantalla y la foto para enfocarse en él. Cuando lo hice, a pesar de todas las veces que lo había mirado antes, fue como si lo viera por primera vez.

Parecía cansado, se movía con movimientos torpes mientras dejaba las llaves de Sophia en el colgador de la entrada y caminaba hacia nosotros. Tenía unas ojeras marcadas y el pelo completamente despeinado, aunque, a diferencia de Sophia, no llevaba la misma ropa del día anterior. Durante apenas unos segundos, sus ojos coincidieron con los míos, y en ellos descubrí cierto parecido con los de mi padre, con los míos. Incluso en los ángulos de su rostro se daban un aire.

¿Por qué caía en la cuenta de esas cosas en ese momento? ¿Por qué no lo había visto antes?

—¿Lily? —me llamó Sophia, que reclamaba mi atención.

A la fuerza regresé con ella. Algo en mí estaba completamente desinteresado en que hubiera una foto de Les en bikini en su teléfono. No, lo que sentía eran unas ganas enormes e incomprensibles de tirarme al sofá de enfrente, donde se había sentado Tyler resoplando, para abrazarlo.

«¡Demonios, jamás pensé que querría abrazar a Tyler!»

—Es mi prima —dije finalmente, todavía mirando de reojo a Tyler.

Sophia apartó el teléfono y sonrió con suficiencia mientras tomaba de vuelta su café.

—Eso pensé yo...

—¿Y qué haces con una foto de Leslie? —repitió Blake, quien sí parecía interesado—. Aparte de su prima, no sé si sabes que también es... era mi hermanastra. Su padre y mi madre salieron juntos.

Sophia se atragantó con el café. Pensaba que lo sabía.

—¡Qué pequeño es el mundo! —exclamó.

«Y que lo digas...»

—¿Y bien...? —presionó Blake.

—Bueno, ¿recordáis que mi tía tiene una agencia de modelos en Nueva York? —comenzó, pero ya podía imaginarme por dónde iban los tiros—. Le eché un cable con una campaña que está haciendo, para la que buscaba modelos por todo el país. Esta mañana me envió las fotos de las nuevas modelos que ha fichado para el año que viene...

—¿Primero yo y ahora Les? —se rio Blake mientras se recostaba de nuevo en el sofá—. Debería presentarle mis amigos a tu tía...

Pensé en llamar más tarde a Leslie para felicitarla. Nunca me había dicho que le interesara trabajar de modelo, pero, de todos modos, tampoco hablábamos tanto. Y, por ahora, yo tenía otros temas que atender.

—La madre de Leslie es la hermana de mi padre —comenté, y entonces vi una pequeña reacción por parte de Tyler, que miró interesado hacia nosotros —, de ahí que seamos primas.

Una idea fugaz pasó por mi cabeza. ¿Podía...? No era la mejor forma de dar la noticia, pero, de nuevo, esa no era una de mis cualidades. Así que... ¿lo haría? ¿Lo diría?

Sí.

Clavando mi mirada en Tyler, tomé aire y hablé:

—¿No quieres ver tú también la foto, Tyler? Al fin y al cabo, me parece que también es tu prima...

Capítulo 43

«Tengo una idea. Juguemos a un juego. El juego del silencio; a ver quién de los presentes es el que más aguanta sin hablar.» Porque apostaba toda la *pizza* del mundo a que Tyler, en aquel momento, arrasaría ganándonos a todos.

Realmente no conté los segundos, pero, de haberlo hecho, habría visto que transcurrió más de un minuto de intenso silencio antes de que Sophia decidiese romperlo. Guardó el teléfono en el bolsillo y me miró con los ojos muy abiertos, su café completamente olvidado.

—¿Qué has dicho?

Bueno, sabía que no estaba sorda y que me había entendido seguro, por lo que no veía necesario repetir la frase entera. Principalmente porque la había dicho cargada de la tensión del momento y no habría sido capaz de repetir las palabras exactas. Quizá ni siquiera de resumirlas.

Centré la mirada en ella para no dirigir la vista hacia Tyler. «Demonios, ¿por qué lo he hecho?» Ahora ya no podría echarme atrás, ahora tendría que actuar. Me estaba poniendo nerviosa. Notaba secarse mi boca mientras mi respiración se entrecortaba, así que hice lo único que vi *salvable* para mi cuerpo: inclinarme hacia delante y robarle la taza de café a Sophia.

No opuso resistencia, y el hecho de hacer ese pequeño gesto me permitió mirar de reojo a Tyler. Sus ojos cansados seguían clavados en mí, pero la

sorpresa había empezado a desdibujarse. Ahora, lo que veía en él reflejaba un nerviosismo parecido al mío.

El sabor amargo del café sin azúcar que tomaba Sophia me hizo arrugar la nariz, pero también me tranquilizó. La familiaridad de su aroma, ahí radicaba la cuestión. Necesitaba cosas, sensaciones que me calmaran. Así que volví la mirada hacia Blake, que también observaba la escena intrigado por cómo se desarrollaría.

Intenté mandarle, lo mejor que supe, el mensaje: «¿Se lo dices tú?». Lo entendió a la primera.

—Lily ya sabe que eres su hermano y que nosotros ya lo sabíamos.

De nuevo, hubo más silencio. A pesar de que yo solo lo mirara de reojo, podía notar los ojos firmes e intensos de Tyler clavados exclusivamente en mí. Sophia tosió y pidió más información.

Seguí tomando su café mientras Blake hacía de mediador entre todos y explicaba cómo mi padre me había enviado la foto de Tyler, después de agregar que su madre estaba preocupada por él.

Continuó reinando el silencio. Y, demonios, ¡cómo lo odiaba! Mi mente acelerada trabajaba a cien por hora tratando de idear algo para romperlo, pero no lograba encontrar nada que decir. En su lugar, la taza de café me resbaló de las manos y acabó cayendo al suelo y ensuciándolo todo.

—Lily, yo... —comenzó a decir Sophia, pero estaba claro que tampoco sabía qué más añadir.

Tyler carraspeó e hizo un amago de levantarse, pero yo fui más rápida y me incorporé primero del sofá, y me llevé conmigo la taza de café vacía.

—Voy a lavar esto —farfullé, y desaparecí camino de la cocina.

Estuve maldiciendo para mis adentros por haberme dejado llevar por la impaciencia. ¡Maldita sea, ni siquiera había planeado bien cómo llevar la

conversación! Sentía sobre mí la presión de tener que hablar con Tyler, y quería hacerlo, pero no sabía qué decir.

«Hola, Ty, ¿qué cosas suceden, eh?»

«¿Te lo puedes creer? ¡Somos hermanos! Pero ¡si al principio pensaba que me odiabas!»

«¿Quién iba a decirme que acabaría siendo la hermana del novio de mi mejor amiga?»

«¿Qué pasa, *hermano*?»

No, definitivamente ninguno de esos acercamientos era el acertado.

—¿Estás enfadada?

Di un respingo y la taza sin enjuagar cayó en la pila. No había mucha altura y no se rompió. Me había quedado tanto tiempo atrapada en mis pensamientos, encerrada en mi nerviosismo, que no me había dado cuenta de que Tyler había entrado en la cocina hasta que me habló.

Me limpié las manos en una servilleta y me volví lentamente hacia él, y noté la garganta seca de nuevo. Si antes no había vuelta atrás, ahora menos aún. Tocaba hacer frente a la situación.

—¿Cómo dices?

Tyler estaba adentrándose en la cocina y se acercaba a mí. Sus ojos. Maldita sea, eran iguales a los de mi padre. Iguales a los míos. ¿Por qué no me había dado cuenta antes? Y no solo eso. El corte de pelo, la forma en que este se arremolinaba sobre la cara, las facciones de la mandíbula, las cejas... ¡Incluso teníamos la misma nariz! Pero ¿por qué ahora era capaz de sacarle tanto parecido y antes no?

Dio un paso hacia mí.

—Tienes derecho a estar enfadada —empezó a decir con lo que parecía una disculpa—. He estado aquí todo este tiempo, sabiendo que eras tú, y dejé que Sophia y Blake lo descubrieran, pero no te lo conté.

Así era, estaba enfadada. Al menos, un poco. ¡Tenía que habérmelo dicho nada más haberme visto en el bar el primer día de trabajo! Yo apenas había tardado veinticuatro horas. Pero, si me sentía orgullosa de algo que me caracterizaba, era de lo mucho que me costaba enfadarme con las personas. En casa, Marina y Tess siempre me echaban en cara que debería tener más picardía.

—No lo estoy —negué, y me encogí de hombros—. Bueno, no demasiado.

Dio un nuevo paso hacia mí.

—¿Por qué?

Volví a encogerme de hombros y, durante unos segundos, desvié la mirada hacia un lado.

—Igual prefiero escuchar primero tus razones... —Tomé aire antes de mirarlo de nuevo, y me dije a mí misma que era una tontería estar nerviosa—. Ya diste un paso importante viniendo hasta aquí para conocerme. Eso es más que nada.

De hecho, era mucho.

Tyler sonrió o, al menos, hizo un amago. No le veía sonreír muy a menudo, y eso solo me provocó ganas de abrazarlo, y se llevó consigo buena parte de mis nervios y enfado iniciales.

—Pues yo sí me enfadé mucho al saberlo —explicó, y avanzó un paso más hacia mí—. Mi madre me lo ocultó durante años. No he vuelto a hablar con ella desde que me fui de casa para buscarte.

«Lo sé —quise decir—. Nuestro padre me lo dijo.»

Sentí un escalofrío inmediato en cuanto pensé en esa frase.

«*Nuestro padre.*»

Porque éramos hermanos y teníamos el mismo padre.

Oh. ¡Por todo lo más sagrado! ¡Tyler era mi maldito hermano!

Y entonces, sin pensármelo dos veces, actuando de nuevo por impulso, porque ese era otro de los tantos atributos que me caracterizaban, terminé de romper la distancia que me separaba de Tyler y me abalancé sobre él. Le rodeé el cuello con los brazos y lo aplasté con fuerza.

Le pilló por sorpresa, aunque no hizo el más mínimo movimiento.

Tardó en responder, pero no me inquieté por eso. Se trataba de Tyler; no era especialmente amigo de dar muestras de afecto, a menos que fueras Sophia.

Sin embargo, al final, sentí unos brazos ascender y rodear mi espalda.

Y sonreí. Porque mi hermano finalmente también me estaba abrazando.

Capítulo 44

Cerré demasiado fuerte la pantalla del ordenador portátil y gruñí con frustración. Me hundí más y más en la dura silla de la biblioteca mientras el chico guapo de aspecto estudioso que tenía delante me miraba con el ceño fruncido.

«Lo siento si no te dejo estudiar esos dibujos tan importantes sobre plantas, futuro biólogo o-lo-que-sea-que-estudies, pero mi vida personal me abrumea y necesito exteriorizarlo.»

Si hay que escoger un período lectivo que más odie un estudiante universitario (y, de hecho, estoy completamente segura de que lo odia cualquier tipo de estudiante en este mundo), ese es el de los exámenes. Todos se amontonan. Uno, el lunes. Dos, el martes. La parte oral de otro, el miércoles, y la teórica, a la semana siguiente.

Y los trabajos. Porque no existe mayor acierto en este mundo para el cuerpo de profesores que mandar trabajos interminables de miles de páginas justo en el período más estresante del curso escolar. Y eso que solo eran los primeros exámenes difíciles a los que me enfrentaba.

Ya me había tomado dos tazas de café con leche y tres capuchinos, y solo eran las cuatro la tarde. Moriría por un subidón de cafeína en un rato, y todo

ello antes de que finalmente llegara el verano. ¡Ni siquiera había empezado el buen tiempo, y eso que estábamos en abril!

Pero es que no solo eran los exámenes. También estaba la presión que sufría cada vez que me metía en Internet para desconectar y leía los comentarios a mi novela, y las preguntas de por qué no actualizaba. No me atrevía a subir un aviso explicando mi situación para no crearles falsas esperanzas en relación con el capítulo.

Y, aun así, no se trataba solo de eso. La situación familiar también me estresaba mucho. Tyler y yo habíamos congeniado muy bien, pero me pedía tiempo antes de que yo hablara con mi padre, y no podía más que insistirle de tarde en tarde para que me dejara hacerlo de una vez, porque así no se podía vivir. Hacía casi dos meses que conocía el secreto y, por tanto, ya hacía demasiado que permanecía callada.

—Quiero otro café —murmuré para nadie en especial, y comencé a deslizarme de la silla hasta que mi trasero estuvo en el extremo—. Y un masaje.

Me ayudé con las manos para incorporarme y sentarme correctamente. El chico mono y estudioso continuaba mirándome, esta vez con una mezcla de molestia y curiosidad. Le devolví la mirada con una sonrisa de timidez. Tampoco me gustaba molestarlo.

Segundos después, un dedo me golpeaba el hombro.

—Recibí tu mensaje de urgencia.

Zoe y Rubén estaban detrás de mí. Él cargaba dos carpetas de colores decoradas con pegatinas (presumiblemente, los apuntes de ella) y un sinfín de papeles llenos de dibujos a carboncillo. A su lado, Zoe sostenía una pequeña bandeja con cuatro cafés.

—Eres mi salvación. —Sonreí y susurré para no molestar a las demás personas de la biblioteca.

Aparté el ordenador portátil cerrado hacia un lado y ella dejó la bandeja. Tomó dos vasos de papel, los que tenían la tapa azul, y me guiñó un ojo.

—Estos son los nuestros, y esos dos de ahí los traje para ti.

—Si sufres un subidón de cafeína y acabas en el hospital, recuerda que la pizzería no dudará en llevarte la cena allí mientras pagues —se burló Rubén mientras acomodaba las carpetas y los papeles en su regazo.

Pensé en decirle que no podía permitirme el lujo de acabar en el hospital porque esa misma tarde tenía una entrevista para trabajar en la cafetería hípster que habían abierto cerca de casa, pero ellos también tenían sus propios asuntos y se fueron antes de que añadiera nada.

Suspirando, tomé uno de los cafés y comprobé su temperatura antes de vaciar la mitad del contenido de un trago.

Además de sueño, también tenía sed.

Cuando bajé el vaso de papel, mis ojos coincidieron con los castaños del chico de enfrente, ocultos tras el cristal brillante de sus gafas. Entonces, en lugar de mirarme mal, me sonrió. Le devolví la sonrisa de forma educada, porque era lo que había que hacer en estos casos, y regresé a mi tarea de redactar un texto expositivo sobre las etapas evolutivas de los niños.

Mientras tecleaba palabras incoherentes, pensé en cómo ese chico podría ser perfectamente el protagonista de alguna de mis futuras novelas. Un chico ni feo ni guapo, más bien tirando a guapo, con ese toque friki que me encanta (y, admitámoslo, Blake también lo tiene). Lo juntaría con una chica que fuese todo lo contrario a él, del tipo de Sophia, por aquello de que los polos opuestos se atraen. Y luego caerían en un bucle de amor-odio en el que uno de los dos debería dar el primer paso.

«¡Maldición!» Di un golpe fuerte al lado del ordenador. ¿Por qué todas las ideas se me tenían que ocurrir cuando más ocupada estaba?

Levanté la mirada hacia el chico. Efectivamente, había vuelto a mirarme, y su expresión de curiosidad y molestia había regresado.

Por mi parte, decidí que había tenido suficiente estrés por ese día. Suspiré, guardé lo último que había escrito y recogí todas mis cosas antes de abandonar la biblioteca con un café en cada mano.



A las siete de la tarde del miércoles, pensaba que mi día ya no podía cambiar. Era imposible que, de un completo desastre, pasara a otra cosa. Camino de casa desde la biblioteca había tropezado y tirado uno de los cafés al suelo. Con él, también se cayó mi ordenador, que terminó por romperse. Encima, no había guardado el trabajo en la nube, lo que significaba que cualquier avance que hubiera realizado hasta el momento se hallaba más que «temporalmente perdido». Más bien, «definitivamente perdido».

Y si solo fuera eso...

La noche anterior me las había ingeniado para cenar sano: una ensalada, y había guardado las sobras en la nevera para poder comerlas hoy y continuar con la dieta feliz. Para cuando llegué a casa desesperada y muerta de hambre, unos ratones llamados *compañeros de piso* se lo habían comido todo. Como no quería discutir ni con Sophia ni con Blake, había terminado por calentarme una *pizza*, la única salvación a mi alcance para entonces; la solución instantánea a cualquier problema que se precie.

Claro que la *pizza* se me quemó.

Para colmo, a pesar del café, me quedé dormida, lo que me hizo llegar tarde y somnolienta a la entrevista del trabajo, con tan mala suerte que también me olvidé el currículum en casa. Estaba completamente segura de que no me

escogerían para el puesto, y las facturas no tardarían en volver a acumularse. El dinero que me había prestado mi padre no duraría para siempre.

Así que ahí me encontraba yo, a las siete y cinco de la tarde, tirada en el sofá con una tableta de chocolate y unas galletas gloriosas, llorando por dentro y con la mirada clavada en el techo, cuando Sophia decidió intervenir.

—¿Qué haces? —le solté a Sophia y alcé la voz cuando me arrebató de las manos el paquete de galletas—. ¡Estaba comiendo eso!

Acto seguido, la tableta de chocolate también desapareció y en un visto y no visto el televisor había sido apagado.

—Esto no puede seguir así —sentenció Sophia mientras se acomodaba en el apoyabrazos—. Solo eres una chica universitaria deprimida por los exámenes, pero no voy a dejar que esto vaya a más.

Me crucé de brazos e hice un mohín. Yo quería mis galletas y mi chocolate de vuelta, pero ella los tenía bajo custodia y no había forma de recuperarlos. Mientras el duelo de miradas pasaba de la una a la otra, la puerta del piso se abrió y Blake entró en casa.

—Buenas tardes, chicas, ¿a que no adivináis qué noticia traí...?

Su saludo fue menguando hasta desaparecer a mitad de frase. Se quedó quieto en el vestíbulo, la mochila le colgaba de un hombro y sujetaba una bolsa de galletas de la cafetería donde la entrevista me había ido tan mal. Tenía el pelo revuelto y las mejillas sonrosadas. Sentí la irremediable urgencia de lanzarme encima de él y revolverle el cabello más y más hasta que acabara convertido en alguien completamente achuchable.

—Sophia me ha robado mi merienda —acusé, porque nadie decía nada, e hice que mi mohín fuera más pronunciado.

Mi amiga puso los ojos en blanco.

—No te hagas la mártir, pues todos sabemos que luego andarás lamentándote por haber engordado, y nadie quiere escucharte.

Blake carraspeó y se acercó un poco más.

—A mí realmente no me importa, ni escucharte ni que engordes.

Mis ojos se encontraron con los suyos y algo caliente y ligero se deshizo en mi interior y me llenó de un agradable sentimiento que hizo desaparecer el mohín y lo convirtió en una sonrisa.

Al final, solo pude pronunciar algo que sonó como...

—Au...

Él sonrió todavía más.

Pero Sophia estropeó el momento.

—Tú eres un idiota enamorado, de modo que tu opinión no me importa. — Acto seguido, se volvió hacia mí totalmente seria—. Me comí tu ensalada, de ahí que me sienta responsable.

Blake terminó de acercarse perezosamente hacia donde estábamos. Dejó con cuidado el paquete de galletas sobre la mesa, pero ya no me apetecían. El hecho de que se sentase a mi lado, con su pierna rozando las mías, fue lo único en lo que me centré.

Él me calmaba y alegraba mejor y más rápido que varias tabletas de chocolate.

—Bueno, ¿y qué propones, ¡oh, Sophia!, *mi gran salvadora*? —me burlé, aunque la mayoría de mis sentidos seguía total y plenamente pendiente de Blake.

¿Cuándo demonios saldría de esa ridícula fase de enamoramiento catatónico en la que me encontraba?

Sophia dio unas palmadas fuertes, se frotó las manos y se levantó para ir a sentarse a la mesita frente a nosotros, y dejó las galletas a un lado, más lejos de mí. Algo me decía que aquella acción era a propósito.

—¡Juguemos a algo!

¿El juego de quién pasaría el curso sin morir primero?

—Yo comenzaré —continuó Sophia—. Hola, me llamo Sophia Stoner y soy adicta al vodka.

Solté una pequeña carcajada y Blake me dio un codazo. Normal, él se había perdido la primera fiesta que dimos, en la que Soph terminó vomitando por la ventana después de haber vaciado solita media botella. Les gritó a unos policías que hacían la ronda nocturna si les apetecía subir a casa para hacernos un *striptease*.

—Tu turno —dijo mientras me miraba.

—Eh...

Bueno, ¿y ahora qué decía?

—Hola, me llamo Lily Emma Sullivan y soy cafeinómana y pizzanómana.

Sophia alzó una ceja con media sonrisa contenida, pero me siguió el juego.

—Hola, Lily.

—Llevo una semana sin beber alcohol, medio día sin *pizza* y treinta minutos sin café.

Ella asintió despacio y me miró detenidamente.

—Eso es un gran esfuerzo. Me alegro de que te hayas unido al grupo de apoyo. —Acto seguido, sus ojos se dirigieron hacia Blake, interrogativos—. ¿Qué hay de ti?

—Hola, yo soy Blake Nathaniel Ha...

—¿Nathaniel? —interrumpió Sophia en medio de carcajadas, pero él no le hizo caso.

—...y soy adicto al chocolate.

Dicho eso, el juego comenzó. Y lo que empezó como una tontería, una mera forma de distraerse, acabó con tres compañeros de piso pasando una tarde relajada y divertida lejos de todo. De la universidad, del trabajo, del café, de las preocupaciones y del mundo.



Esa noche, estaba regresando a mi cuarto mientras se oía de fondo el sonido de la televisión cuando una sombra me atrapó unos pocos segundos antes. Me inmovilizó contra el marco de la puerta en el instante en que me disponía a recogerme.

Así, en la semioscuridad, tuve el tiempo justo de reconocer a mi asaltante y no gritar.

—Hola, soy Blake Nathaniel Harries.

Parpadeé como una loca para tratar de acostumbrar mis ojos a la falta de luz.

—¿Qué estás...? —comencé, pero fui interrumpida.

—... y soy adicto a Lily Emma Sullivan.

Oh. Mierda. Sonrisa de boba en tres, dos...

—Llevo una hora, nueve minutos y cuatro segundos sin besarla.

Sonreí y noté cómo él se aproximaba un poco más y su cadera se clavaba cerca de la mía.

—Eso es una gran cantidad de tiempo —comenté.

—Estoy de acuerdo contigo. Menos mal que no estoy de rehabilitación.

Entonces me besó.

De mis labios se escapó un pequeño gemido, una mezcla de risa y ganas de más. Posé las manos sobre sus hombros mientras me hundía en su boca y Blake me aplastaba contra la pared.

Una bola dura y ansiosa comenzó a formarse en mi garganta. Quería más besos, pero no ahí, en el pasillo, donde Sophia podría encontrarnos en cualquier momento. Deslicé una de las manos por su brazo y acaricié la forma que dibujaban sus músculos hasta llegar al codo, y de ahí fue a la puerta. Tanteé el mango con los dedos hasta finalmente abrirla.

Blake se separó de mí al escuchar el ruido. Miró unos segundos la puerta entreabierta, con mi mano todavía en ella y, después, a mí. Sus ojos, brillantes y oscuros, me lanzaron una pregunta silenciosa.

En mi respuesta tampoco hicieron falta palabras. Solté el pomo y me separé lo justo para tomar su mano entre las mías y tirar de él hacia el interior de la habitación.

Me siguió sin protestar y, nada más cerramos la puerta, nuestros labios volvieron a encontrarse de nuevo. Nos convertimos en un amasijo de abrazos, besos, caricias y susurros.

No mentiré, y admitiré que sentí un poco de miedo y de bochorno cuando me quité la camiseta. ¿Qué pensaría del sujetador deslavado que llevaba puesto? ¿Y de la tripa que sobresalía por encima de la cinturilla de los pantalones? Temí que las estrías o la celulitis lo espantasen, o quizás el acné o los pelos mal depilados.

Pero, cuando los ojos de Blake me miraron desnuda, y lo hicieron muy concienzudamente, cualquier sentimiento de vergüenza desapareció. En su expresión no había el más mínimo atisbo de repulsión; más bien todo lo contrario.

Podía ver el deseo brillando en sus ojos cuando se acercó.

—Eres preciosa —susurró en mi oído antes de volver a besarme.

No fue planificado. No hubo cena romántica o champán previo al momento. Ni siquiera me había puesto ropa interior bonita y, aun así, fue perfecto. Fue mejor de lo que recordaba que era.

Fue emocionante, porque en todo momento Blake me hizo sentir amada y querida.

Capítulo 45

—Dos cafés con leche, uno solo, otro con tope de nata y caramelo, y un cacao especial Mister Rosa.

Apunté la orden lo más rápido que pude, sin dejar de pensar en ningún momento en el absurdo nombre que mi nueva jefa le había dado a las bebidas especiales de la casa. ¿Mister Rosa? Cacao Mister Rosa, café Mister Rosa, té Mister Rosa... Por no decir el nombre del local, Mister Rosa. Ella misma parecía una bola de chicle rosa, con el pelo rubio teñido del mismo color y un uniforme a juego.

—Y que sea rápido —añadió la chica mientras hacía chocar la punta de sus uñas (que también estaban pintadas de rosa) sobre el mostrador.

«Genial, otro cliente pesado», pensé para mí misma.

Tomé aire y estiré la tela rosa de mi blusa de trabajo. Mi nombre, Lily Emma, colgaba de una chapita sobre mi pecho. Me arrepentí de cada segundo en el que rellené el formulario de trabajo y decidí usar mi nombre completo. Solo Blake me llamaba así y, en algunas ocasiones, mis padres. Me sentía demasiado expuesta al público de aquella manera.

—Enseguida estará —le aseguré a la chica, y traté con fuerza de que mi voz no sonara más aguda de lo que mi garganta sentía.

Mientras preparaba los cafés y el polvo de chocolate (por supuesto, rosado), me repetía una y otra vez que necesitaba el dinero. No solo por el asunto del piso y los estudios, sino por el campamento de escritura en verano. Si quería ir, necesitaba ahorrar para pagarlo.

—Diez con cincuenta, por favor —anuncié en cuanto entregué el pedido al cliente.

Ella dejó caer un billete y un par de monedas sobre el mostrador antes de recoger la bandeja y tambalearse sobre unas deportivas con extra de suela, rumbo hacia una mesa ocupada por otras cuatro personas más. Un chico le sonrió cuando se sentó a su lado, agarró uno de los cafés y le dio un beso en la mejilla.

Dios mío, echaba muchísimo de menos a Blake.

Porque, en lugar de convencerlo para que aceptara el otro puesto de trabajo que ofrecían, quien lo tomó en su lugar fue...

—Acelera, Lily, que se forma cola.

Lancé una mirada disgustada a Tyler, quien pasó por detrás de mí con un cubo de chocolate enorme en una mano y una bandeja de pastelitos en la otra. Mi estómago rugió de hambre, pues ya casi era hora de cenar. Así que, haciendo de tripas corazón, y nunca mejor dicho, volví a colocar mi mejor sonrisa forzada, decidida a terminar cuanto antes mi turno.

Trabajar con Tyler en realidad era un plus, y así me lo había hecho ver Blake. No habíamos llegado a profundizar en nuestra relación y esa era una oportunidad de oro. Al fin y al cabo, por muy raro que sonase, él era mi hermano. O medio hermano. A decir verdad, la sangre nos unía y Tyler había huido unos cuantos kilómetros lejos de casa solo para conocerme... y porque se había peleado con su madre, todo sea dicho.

A las nueve de la noche, tal como esperaba, nuestro turno terminó y dimos paso a los otros camareros, dispuestos a irnos. Quería aprovechar el trayecto

de vuelta para sacarle el tema delicado de su huida de casa y de cuándo tenía pensado hablar con mi padre..., con *nuestro padre*, pero sentía mis músculos y los huesos doloridos por el cansancio.

Algo bueno que tenía trabajar con Tyler era que volvía acompañada a casa, aunque eso no dependía exactamente de nuestra condición de hermanos, sino de la suya como novio de mi mejor amiga-compañera de piso.

—Ayer llamé a mi madre.

Y, al final, fue Tyler quien decidió sacar el tema.

Durante unos segundos, me pilló por sorpresa y, en un amago por frenar y querer seguir caminando, mis pies se enredaron y por poco no me tragué la farola de la esquina. Por suerte, él me paró atrapándome por el codo y me apartó, con lo que logró que solo recibiera un pequeño golpe en el brazo contrario.

Por el rabillo del ojo, noté cómo se reía.

—Torpe... —masculló.

—Idiota... —mascullé.

Luego un silencio denso nos persiguió mientras continuábamos andando. El hecho de que hubiera llamado a su madre y me lo hubiese contado me alegró y entristeció al mismo tiempo que me llenaba de preguntas: «¿Qué había pasado?, ¿de qué habían hablado?, ¿estaría su madre muy enfadada?». Sin embargo, me daba rabia que hubiese hablado con ella, pero...

—Deberías llamar también a papá... —solté sin pensar—. Quiero decir, a nuestro padre.

Observé a Tyler, pero no me miraba.

—Demonios, no sé cómo decirlo.

Realmente, lo que ocurría era que esa forma de nombrarlo, como si hubiésemos sabido que éramos hermanos toda la vida, salía solo de mí con

demasiada facilidad. Continué mirando intensamente a Tyler, pero parecía que él encontraba el final de la calle mucho más interesante. Eso y el silencio.

Hasta que lo rompió de una forma bastante inesperada.

—¿Te apetece cenar algo?

Parpadeé, porque ¿qué otra cosa iba a hacer después de que me descolocara de aquella forma? Ahí estábamos nosotros, intentando mantener una conversación importante, y él iba y me cambiaba de tema para invitarme a cenar.

Como en casa solo quedaban restos de ensalada fría, cualquier cosa era mejor que eso.

—Claro, ¿*pizza*?

Las comisuras de sus labios se ensancharon en una sonrisa, y entonces ocurrió algo aún mejor que una *pizza* sorpresa después de un día duro de trabajo: Tyler se dignó a mirarme y sonreír.



—Esto. Está. Delicioso.

Un punto y una pausa detrás de cada palabra. Eso y más se merecía aquella *pizza* con extra de queso y con doble de salchichas y trocitos de jamón. La reina de las *pizzas*. La genialidad de la comida italiana.

Tyler se rio cuando se lo dije.

—¿Sabes que la pasta, en realidad, es originaria de China? Quizá deberías darles las gracias a ellos.

Me encogí de hombros. ¿Quién hablaba de pasta? Los datos no importaban mientras hubiese comida en mis manos.

La pizzería estaba llena, por lo que tuvimos que sentarnos en la barra a disfrutar de nuestra perfecta porción de belleza comestible.

Y, por supuesto, yo tenía que seguir preguntando.

—¿Y bien? ¿Qué tal fue la conversación?

Tyler terminó de masticar el trozo de *pizza* que tenía en la boca antes de contestar.

—¿Qué conversación?

Le di un pequeño codazo.

—Ya sabes cuál te digo. La que mantuviste con tu madre.

—Mejor de lo que esperaba, la verdad. Sigue enfadada, pero supongo que entiende que necesitaba tiempo para asimilarlo después de enterarme.

Asentí y otro largo silencio se abrió paso. Parecía como si Tyler precisara la ayuda de un sacacorchos para poder hablar. En eso, no nos parecíamos en nada.

Hasta que me volvió a sorprender, al añadir:

—También entendió que necesitaba conocerte. —Nuestros ojos se encontraron, y pude reconocer en ellos los míos—. Ya sabes, conocer a mi hermana pequeña.

Mi corazón dio un vuelco, más de felicidad que de otra cosa, y me vi forzada a dejar la porción de *pizza* en el plato. Él se había referido a mí como su *hermana pequeña*.

Un camarero nos interrumpió justo entonces.

—¿Qué tal, chicos? ¿Queréis algo más de beber?

Observé mi vaso de soda vacío y asentí. Trabajar tanto y comer *pizza* me dejaban seca por dentro.

Mientras el hombre me servía otra bebida, yo me volví hacia Tyler para tratar de retomar nuestra conversación, esa que parecía interminable y espesa.

—¿Entonces...?

Esperaba que él entendiera lo que quería decir, la otra pregunta que me reconcomía por dentro, porque guardarle un secreto así a mi padre a estas

alturas se me antojaba algo cercano a una traición.

Afortunadamente para mí, Tyler captó mi pregunta no formulada a la primera.

—Me gustaría hablar con él.

Sonreí. Esta vez ampliamente, más feliz y calmada. No era exactamente una promesa de que lo iba a pasar, pero sí un avance.

—Si quieres, yo puedo hacer de intermediaria para que hables con papá — me ofrecí, y él asintió, y regresó a su tarea importante de comer *pizza*.

El camarero me acercó la bebida mientras nos miraba de reojo. En mi cabeza me imaginé lo que él debía de estar pensando: «He aquí una pareja de hermanos en plena discusión familiar tratando de arreglar las cosas». Para él, nosotros siempre habríamos sido hermanos, porque esa sensación tenía yo.

Y quizá era esto lo que había estado esperando durante tanto tiempo, desde que había descubierto que tenía un hermano. *Pizza*, palabras y confianza. Aún había muchas cosas por resolver, pero, de alguna forma, confiaba en que esos problemas acabasen por encontrar su solución, tal como Tyler me había encontrado a mí.

Capítulo 46

—Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz...

—Te deseamos todos...

Sophia continuó la canción que yo había iniciado subiendo la tonalidad unas cuantas octavas más para dejar claro que sabía cantar mucho mejor que el resto de nosotros.

—¡Cumpleaños feliz!

Y de este modo, poniéndonos a nosotras mismas en ridículo a primera hora de la mañana junto con un pequeño pastelito de chocolate, conseguimos arrancarle una sonrisa perfecta a Blake.

—Vaya, gracias —contestó con los ojos entornados y un pequeño sonrojo—. Ya sabéis que me encanta el chocolate.

Asentí enérgicamente y me acerqué a él sosteniendo el pastelito húmedo y marrón. Se lo puse en la mano al mismo tiempo que me estiraba y ponía de puntillas para rodearle el cuello con el brazo y plantarle un beso en la mejilla, cerca del oído.

—Feliz cumpleaños, Nathaniel.

Me dio un codazo cariñoso en las costillas. No me hizo daño, pero me quejé solo por molestarle.

—¡Ay! —exclamé, y me mordí el labio para evitar reírme—. Así no es como se trata a una dama, cumpleañosero.

Su brazo libre tanteó alrededor de mi cuerpo, me agarró la cintura y me atrajo hacia él. Sus ojos oscuros me miraron con un brillo coqueto y divertido.

—Pero tú no eres una dama cualquiera. Eres la dama del café.

Se acercó para darme un casto beso en los labios, pero aquello fue demasiado para nuestra envidiosa compañera de piso, quien llamó nuestra atención lanzándonos un trapo de cocina justo en medio de nuestras caras.

—¡No comáis pan frente a los pobres! —renegó con los brazos cruzados y los labios apretados.

Sin hacerle demasiado caso, Blake me apretó más fuerte y me plantó un beso sonoro y sobreactuado en los labios, me inclinó hacia atrás sobre nuestro eje y prácticamente me hizo perder el equilibrio. Ir solamente en calcetines por casa no ayudaba, pero él me sujetó.

Cuando nos separamos, me guiñó un ojo antes de dar un mordisco a su pastel.

—*Pan* no, pastel —contestó, pero Sophia ya había desaparecido camino del salón—. ¿Quieres un trozo?

Negué con la cabeza. Me dolía un poco el estómago. Al día siguiente, tenía un parcial y estaba segura de que iba a suspenderlo. Los nervios me mataban.

—Gracias, pero todo para ti. Ahora tengo que irme a la biblioteca a estudiar.

Se encogió de hombros, pero no insistió. En su lugar, dio otro mordisco al dulce y prácticamente se lo acabó. Me acerqué a la nevera y saqué un bote de plástico lleno de café para tomar por el camino.

—Los exámenes deberían estar prohibidos. Merman nuestra autoconfianza. ¿Quién puede creer en sí mismo si ni siquiera quien debe enseñarte lo hace?

Quitó la tapa de plástico al café y la tiró a la basura con energía. Los exámenes, además de nerviosa, me ponían de mal humor. Blake, por otro lado, vio la perfecta ocasión para gastarme una broma.

—Crea un nuevo referéndum: «¡No a los exámenes!».

Le saqué la lengua, molesta. No tenía ningunas ganas de ir a la biblioteca, a decir verdad.

—Ríete, pero me ganaría el apoyo de toda la población universitaria de la zona. —Pasé junto a él mientras engullía el último trozo de pastel—. Debería presentarme a las próximas elecciones.

—Universitaria, con estudios de educación primaria y secundaria —agregó con la boca llena y, aun así, me parecía terriblemente adorable.

Maldita ceguera llamada amor.

Me siguió fuera de la cocina y me sujetó el café mientras yo me calzaba y recogía la chaqueta que había dejado la noche anterior en el sofá. Luego me acercó la mochila, que también estaba tirada en medio del salón.

—Estudiar es un horror y, encima, esta noche no puedo emborracharme en tu fiesta por culpa del examen.

Hice un puchero, pero lo borré en cuanto el café frío volvió a mis manos. No era lo mejor del mundo, pero te ayudaba a ahorrar tiempo cuando andabas justa. Había echado cálculos y, si estudiaba cinco páginas cada treinta minutos, para las tres habría terminado y solo me quedaría repasar.

Iba a suspender el parcial, estaba claro.

—Prométeme que me querrás, aunque acabe en la calle vendiendo poemas para sobrevivir —bromeé, y me acerqué a él para recibir un beso de despedida—, o para comprar cartones de vino y olvidarme de lo penosa que es mi vida.

El beso de despedida duró demasiado poco.

—Primero, tu vida no es penosa, Lily Emma. Segundo, el vino de tetrabrik está malísimo. Y tercero...

La tristeza por el beso corto duró apenas esas tres frases, porque otro beso más largo y más dulce lo reemplazó. Cuando sus labios se separaron de los míos, Blake me sonrió directamente.

—Sabes que sí que te querré, boba.



Esta es la cuestión de los exámenes. Te hacen olvidarte de todo desde el instante en que temes que tu asquerosa vida empeore todavía más, porque, si suspendes, pierdes la beca, te echan de la facultad y puedes acabar vendiendo paquetes de pañuelos en la calle (ya que los poemas eran para gente inteligente y yo, claramente, había dejado de serlo).

—¡Ven de una maldita vez, Lily Emma Sullivan!

Sophia colgó el teléfono después de taladrarme los oídos. Sin embargo, tenía sus razones. Eran las siete de la tarde y yo había quedado en llegar a casa a las seis para la fiesta de cumpleaños de Blake. ¿Qué clase de novia era que me había olvidado de la hora por estar estudiando? Al menos tenía su regalo. Lo había conseguido en el trabajo gracias a la mente maravillosa de Tyler: una cesta llena de galletas y pastelitos de chocolate.

Iba a tener un novio gordo, pero sería un novio feliz. Cada vez que se acercaba a nuestro trabajo, compraba uno de esos pasteles porque era adicto al chocolate. Mucho más adicto que yo. Incluso guardaba batidos de chocolate en un cajón de su escritorio por si le entraba la gula mientras estudiaba.

Sin embargo, se mantenía en forma y sin granos. En buena medida, lo envidiaba. Lo envidiaba mucho.

Guardé los apuntes, subrayadores y bolígrafos en la mochila y me fui de la biblioteca lo más rápido que pude. Incluso tomé el autobús público para poder llegar antes, cosa que nunca hacía. No por hacer ejercicio, sino por ahorrar. Me parecía un timo pagar cuatro dólares por diez minutos de trayecto.

Cuando llegué a casa, estaba cansada, un poco acalorada y mojada por la lluvia que había comenzado a caer en la calle. El pelo se me había pegado a la cara y, para colmo, entre la carrera y el agobio que había pasado dentro del autobús, me había empezado a doler un poco el estómago.

Nada más llegar al rellano de nuestro piso, el leve sonido de la música empezó a resonar en mis oídos. Solo eran las siete y media de la tarde de un día entre semana. La vecina cotilla probablemente fuera a matarnos y Misifú seguro que ya se habría escondido debajo de la cama de Blake. Aquel gato, además de un vendido, era un miedica. Se asustaba por todo.

Pensé en arreglarme un poco, pero no valía la pena. Igual eran buenos conmigo y me permitían darme un baño antes de unirme a la fiesta.

La puerta se abrió mientras mis pensamientos circulaban solos.

—¡Lily Emma Sullivan! ¿Se puede saber qué hora es esta?

Arqueé las cejas entre confusa y asustada. Primero, no lograba comprender cómo era posible que Sophia supiese que estaba a punto de entrar. ¿Acaso había estado mirando por la mirilla? Y, segundo, por lo borracha que iba.

Tanto que perdió el equilibrio al tropezar con el felpudo de la entrada y volcó todo el contenido de su vaso sobre mi ropa. Porque no había un lugar mejor donde dejar caer medio litro de cerveza. Total, si ya estaba mojada.

—Ups. —Se rio, pero en cuestión de segundos, su rostro volvió a estar serio de nuevo—. Llegas tarde. ¿Dónde está Blake?

Me abrí paso sorteándola a través de la puerta y lancé una mirada rápida al interior del piso. La música sonaba, pero no tan alta como había imaginado, y

el grupo de amigos de la universidad de Blake ya estaba acomodado en nuestro salón, con sus respectivas novias, novios y bebidas.

—Pensé que ya estaría aquí. —Fruncí el ceño extrañada.

—Estaba, pero dijo que iba a buscar a alguien, así que pensé que iba a por ti—comentó entre balbuceos de borracha mientras cerraba la puerta y miraba con pena su vaso vacío de plástico—. Necesito más de esto.

«Estúpida gente que ya ha terminado los exámenes...» En el pequeño camino que iba desde la biblioteca hasta la parada de autobús, me había encontrado con al menos cinco bares repletos de estudiantes universitarios que celebraban haber terminado los exámenes.

—Le enviaré un mensaje para que vuelva —suspiré. No pensaba volver a salir a la calle.

Lo sentía por Blake, pero me encontraba bastante mal. Quizás estuviera pillando un resfriado porque parecía que la cabeza me iba a estallar en cualquier momento. ¿Sería posible que tuviera un poco de temperatura?

Me separé de Sophia y me fui a mi cuarto, y saludé a los amigos de Blake por el camino. Me sentía mal, pero tampoco quería ser tachada de borde. Una vez que envié un mensaje a Blake para decirle que estaba en casa, me quité la chaqueta mojada y tomé una pastilla para combatir la fiebre. Ya que no podía beber alcohol, como mínimo iba a intentar mejorar mi salud y mi estado de ánimo.

Me habría gustado quedarme en el cuarto hasta encontrarme mejor, pero me daba miedo dejar a Sophia borracha cuidando del piso y de los invitados, especialmente porque Tyler tampoco estaba. Él había cogido el turno de tarde en el trabajo para cubrirme a mí y no volvería hasta que la noche estuviera avanzada.

Inspiré profundamente y me armé de valor para hacer frente a la realidad de una fiesta que no me apetecía disfrutar.

¿Era una mala novia por no quedarme energía para celebrar el cumpleaños de Blake?

Pero agradecí haber regresado al salón cuando me encontré a Sophia con Misifú en los brazos intentando hacerle beber una lata de cerveza mientras los amigos de Blake miraban y la animaban.

Ellos estaban igual o más borrachos que ella.

—¡Tápale la nariz para que abra la boca! —propuso Brett mientras alzaba una copa llena de un líquido negro que temí que acabara en nuestro sofá.

—Tío, que es un gato, no una persona —defendió Daniel al pobre animal—. Mejor ábrele la boca a la fuerza.

¡Oh, Dios mío! Tenía que salvar a Misifú.

Ignorando la punzada de dolor en mi cabeza y en el estómago, me abrí paso hacia ellos lo más rápido que pude. Si algo le pasaba a ese gato, sería el peor cumpleaños de Blake de la historia.

—¡No, parad! Vais a terminar por hacerle daño —grité.

Llegué hasta Sophia y le arranqué el gato de las manos. La lata cayó al suelo y encharcó la alfombra.

El daño me lo hice yo, porque Misifú estaba tan asustado que, al agarrarlo en brazos, clavó sus uñas con fuerza en mis muñecas. Aullé de dolor y lo dejé caer, pero, como buen gato, aterrizó de pie en el suelo. Después de eso, como alma que lleva el diablo, puso pies en polvorosa y huyó por el pasillo a toda velocidad. Al menos, seguiría vivo. Sería un gato traumatizado, pero vivo. Y Blake no necesitaba enterarse de nada de esto.

—Tía, ¡que los gatos tienen siete vidas! ¡No iba a pasar nada!

Fulminé a Jean con la mirada. Estaba a punto de decirle algo hiriente cuando el timbre sonó.

¡Aleluya! Ese tenía que ser Blake. Y, si no era él, sería Tyler. Daba igual, cualquiera de los dos me valía.

Sophia me adelantó corriendo mientras yo caminaba hacia la puerta.

—¡Yo abrooo! —gritó, y alargó la última letra.

¿Era posible que estuviese más borracha a cada segundo que pasaba? Sí, porque no consiguió frenar y se estampó contra la pared justo cuando yo llegaba.

Pasé junto a ella con resignación y abrí la puerta. Ante mí apareció la figura de Blake.

Me quedé mirándolo durante unos largos e incómodos segundos. Estaba apoyado con una mano en el marco de la puerta mientras guardaba la otra en el bolsillo de sus vaqueros. Llevaba una cazadora negra de cuero mojada y se había recortado la barba.

—¡Bienvenido a casa, Blake! —gritó Sophia con demasiado entusiasmo.

El chico miró detrás de mí y sonrió. Después volvió sus ojos hacia los míos. Eran negros, profundos y maliciosos. Algo en la forma en la que me miró y en su sonrisa socarrona me puso alerta. Era Blake, pero al mismo tiempo...

—Tú no eres Blake —susurré, y me paré a pocos centímetros de él.

El doble de Blake arqueó las cejas y sonrió. Había algo en su sonrisa, en la forma de su mirada, que era totalmente distinto de Blake. Algo en él gritaba «¡peligro!», y no del tipo que me gusta a mí.

—Muy inteligente. Tú debes de ser Lily.

Sophia miró al chico largo y tendido. Luego a mí.

—Estás de guasa. Es Blake.

Negué con la cabeza. No lo era.

—Entonces... —tanteé. El chico seguía sonriendo de forma socarrona—. Tú debes de ser Hunter.

Capítulo 47

El chico, que obviamente sí era Hunter, el hermano gemelo de Blake, amplió su sonrisa. Era extraño verlo, tan parecido a Blake y, al mismo tiempo, tan diferente. Tenía los mismos ojos, el mismo pelo, la misma tonalidad de piel y, sin embargo, mientras mi novio emanaba felicidad y dulzura, este otro sujeto conseguía ponerme los pelos de punta.

—No entiendo nada —comentó Sophia a mi lado.

Generalmente mi amiga solía ser más despierta, y estaba segura de que, si no fuera por el embotamiento alcohólico al que estaba sometiendo su cerebro, ya habría llegado a la misma conclusión ella sola.

—Él es Hunter —expliqué, y me hice a un lado para que el susodicho pudiese pasar—. El hermano gemelo de Blake.

Sophia asintió, como si algo hubiese hecho clic repentinamente en su cabeza. Esperé a que la figura oscura de Hunter entrara antes de cerrar la puerta, pero, justo cuando iba a hacerlo, algo rubio, brillante y lleno de energía me bloqueó.

Mi prima Leslie acababa de colarse por la puerta justo detrás de Hunter.

—¡Lily! —gritó mientras empujaba a Hunter y se abría paso hasta envolverme en un gran abrazo que me hizo perder el equilibrio—. ¡Cuánto tiempo, prima!

Intenté mantener el equilibrio y me apoyé en la pared que había detrás de mí. Coloqué las piernas en posición de ataque para encajar el golpe. Me resultaba bastante complicado devolverle el abrazo ante la efusividad desplegada y las pocas fuerzas que me quedaban.

—¿Qué...? ¿Qué haces aquí? —conseguí preguntar.

La cabeza me daba vueltas, y ya no sabía si era por el cansancio, por el malestar general de mi cuerpo o por el drástico giro de los acontecimientos.

—¡Es el cumpleaños de Hunter y Blake! —gritó demasiado cerca de mi oído—. ¡Teníamos que estar todos juntos!

Mi cabeza iba a estallar. Afortunadamente, después de decir eso, Leslie se apartó de mí, y me dejó un poco de espacio para respirar. Para desgracia de Sophia, la escogió como su siguiente víctima.

—Y tú debes de ser Sophia. ¡Conozco a tu tía!

Soph retrocedió un paso cuando vio las intenciones de Leslie de abalanzarse también sobre ella. Tomando cartas en el asunto, Hunter la agarró del antebrazo y la obligó a retroceder. No entendía cómo podía mostrarse tan efusiva.

—¿Y Blake? —preguntó mientras giraba la cabeza hacia todas partes—. No le vimos al bajar del autobús y supusimos que ya estaría aquí.

Apreté los labios y miré a todos lados yo también. Blake no nos había comentado que fueran a venir. Entonces recordé lo que Sophia había dicho: había salido a buscar a alguien.

«Oh, oh...»

—Creo que fue a buscaros —dije finalmente.

Los ojos de Leslie se abrieron y se giró hacia el chico. Había cambiado mucho desde la última vez que la había visto. La notaba más alta, muchísimo más que yo, y sus rasgos se habían afinado y vuelto más adultos. Con un poco

de suerte, su personalidad explosiva también habría madurado. A veces, era tan intensa que me costaba aguantarla.

—Hunter, le dijiste que iríamos en bus desde el aeropuerto hasta aquí, ¿verdad?

Una expresión cruzó su rostro, una que lo hizo parecerse más a Blake. No necesité escuchar la respuesta para saber que no lo había hecho.

—Pensé que se lo dirías tú.

«Dios mío. Pobre Blake...»

—Va a matarnos...

Leslie se dio una palmada en la frente y sacó su teléfono móvil. Inmediatamente gimió.

—Cinco llamadas perdidas de él —anunció, y sacudió la pantalla ante nuestros ojos—. Debería llamarlo.

Mientras mi prima nos daba la espalda para hacer la llamada, yo me dediqué a evaluar a Hunter con la mirada.

—Así que tú eres la famosa novia de Blake —dijo después de un rato—. Tenía ganas de conocerte.

Por un momento pensé que se referiría a mí como la prima de Leslie. Según recordaba, ellos tres, Hunter, Blake y Leslie, compartían un pasado juntos y una relación bastante estrecha. Como no fue así, no pude evitar que mi corazón diese un pequeño salto de alegría y orgullo.

Sí, yo era la novia de Blake.

—Yo también tenía ganas de conocerte.

Estaba tratando de ser cordial y amable con el hermano de mi novio, pero, al parecer, él no temía las mismas intenciones.

—¿Sabes? Uno no se topa muchas veces en su vida con una chica capaz de dejarte inconsciente con una enciclopedia. ¿Qué te llevó a desplegar tan... intrépida actuación?

Tragué saliva y noté mis mejillas acaloradas. De pronto fui más consciente de los amigos de Blake en el salón. Misifú ya no estaba entre ellos y, al igual que Sophia, se mostraban muy interesados en los recién llegados. Por suerte, la música era bastante alta y miraban más a Leslie que a Hunter, por lo que no podían haber escuchado la conversación.

—Yo...

Fui salvada por mi prima, que regresó con el teléfono todavía en la mano.

—Hecho. Está un poco mosqueado porque ha ido conduciendo hasta el aeropuerto, pero en nada lo tendremos aquí y la fiesta continuará. —Entonces se fijó en nosotros y mi pose a la defensiva—. ¿Todo bien?

Asentí. Si los entretenía un rato más, era cuestión de tiempo que Blake llegara como un príncipe azul y me salvara del malvado dragón que representaba su hermano gemelo.

Estaba tan cansada que no me sentía con ganas ni de defenderme.

—Oye, ¿hay cerveza?

Y, con esa pregunta, Hunter se alejó en dirección a los amigos de su hermano, que invadían el salón. Habían estado observándonos en silencio desde la distancia. De hecho, al principio no entendían por qué Blake se estaba comportando de un modo tan extraño.

Brett le pasó una cerveza mientras lo miraba con el ceño fruncido.

—Soy Hunter, el hermano de Blake —se presentó después de que ninguno se atreviera a mediar palabra.

Jean levantó el vaso hacia arriba a modo de saludo. Estaba sentado en el suelo con dos chicas a su lado. Nuestro salón era espacioso, pero en realidad no había sitio para todo el mundo.

—Menos mal, empezaba a pensar que la cerveza me había afectado más de la cuenta.

No fue hasta media hora después, cuando Hunter y Leslie ya se habían integrado en el grupo, que Blake apareció.

Estaba empapado, con el pelo goteando y cara de muy mala uva, por lo que recriminarle por no avisarnos de que su hermano y mi prima vendrían me pareció innecesario.

Le di un toque en la mano a Leslie para alejarme de ella. Llevaba unos diez minutos hablándome sobre lo poco importantes que eran las matemáticas para su futura vida de modelo y empezaba a aburrirme. Por no hablar de mi dolor de cabeza permanente y el malestar que no se me iba ni siquiera con las pastillas.

Me acerqué a Blake la primera, pasando por delante de Hunter y Les.

—Hola, guapo —saludé mientras envolvía los brazos alrededor de su cuello mojado—. Un mal día, ¿eh?

Blake gruñó cerca de mi oído y movió la cabeza hacia la derecha para poder lanzarles una mirada cargada de ira a su hermano y a mi prima. Su pelo mojado me rozó la mejilla. Estaba realmente frío en comparación con el calor que había dentro de la casa. La humedad de su ropa también se había adherido levemente a la mía y yo lo agradecí. Tenía calor.

—Un poco malo, sí —dijo finalmente cuando me alejé de él para dejarle algo de espacio. Luego subió la voz antes de añadir más—. Alguien podría haber avisado primero de que no era necesario pasarse una hora plantado en el aeropuerto.

Blake se quitó la cazadora mojada y se revolvió el pelo, salpicando gotas de agua en todas direcciones. Hunter se encogió de hombros como si nada hubiese pasado y no supiera de qué demonios le estaban hablando.

—Oye, también podrías haber llamado cuando no aparecimos.

Escuché a Blake farfullar algo sobre un vuelo retrasado y ningún sitio donde aparcar (lo cual explicaba por qué estaba tan mojado si había ido en coche),

pero la discusión no fue a más. Entendía cómo se sentía. Su hermano estaba de vuelta junto a él por una ocasión especial y no iba a desaprovecharla discutiendo.

Se acercó de nuevo a mí y me dio un beso casto en los labios. Cuando se apartó, me miró con el ceño fruncido. Por un momento, pensé que era debido al enfado.

—Estás caliente.

No pude evitar reírme.

—Vaya, gracias.

Volvió a acercarse, esta vez para posar sus labios en mi frente. El contacto duró apenas unos segundos.

—No me refiero a eso. Tienes fiebre.

Suspiré. Ya me había parecido a mí...

—Creo que estoy incubando algo, no te preocupes. Es por el frío.

Me miró unos largos segundos con preocupación, pero hubo un ruido de arcadas y burlas desde el sofá. No podían escuchar de qué hablábamos, pero sí vernos. Estaba claro que se burlaban de nosotros. Blake me guiñó un ojo antes de volverse hacia ellos.

—¿Y encima te bebes mi cerveza? —preguntó, acercándose a su hermano con los brazos abiertos, esta vez con fingido enfado—. Oye, ¿eso no será vodka?

Me reí por lo bajo cuando Hunter, quien esperaba en la sala a su hermano con toda la intención de recibir un gran abrazo reconciliador, fue rechazado instantáneamente. Blake había dirigido su mirada hacia Leslie, que sostenía un vaso de plástico a medio camino de la boca.

Los ojos de mi prima vacilaron y me miraron unos segundos antes de volverse hacia Hunter y, finalmente, a Blake.

—¿No? —fue su respuesta, y era obvio que mentía.

Sophia se rio y yo regresé a mi sitio junto a ellas. Les me lanzó una mirada de auxilio al mismo tiempo que Blake juntaba las cejas con una nueva expresión de enfado.

—Tú no puedes beber alcohol, eres muy joven —sentenció, y quise reírme.

Él conocía a Les, ¿no? Entonces ya sabría que siempre hacía cuanto quería y nadie podía hacer nada por evitarlo.

—Tú has venido con ella, ¿por qué la dejas beber?

—Por la misma razón por la que tú no le quitas la bebida ahora que la tienes delante —respondió Hunter totalmente tranquilo mientras tomaba una nueva lata de cerveza sin abrir de la mesita—. Puede hacer lo que quiera, ya es mayorcita.

La frase «no es una niña» quedó implícita en sus palabras.

En ese momento Leslie hizo un ruidito de superioridad y victoria. Blake, que continuaba irritado por el chaparrón bajo la lluvia, miró fijamente a su hermano y le reprendió:

—Vale, yo no le digo nada, pero eso es porque yo no soy su...

Su frase se perdió en el aire antes de que concluyera. Como si se hubiese dado cuenta de algo que no debería decir, carraspeó y se calló, y dio un sorbo a su cerveza. De pronto, todos guardamos silencio y solo la música sonó, latente y lejana en nuestro salón.

Leslie y Hunter habían salido juntos durante un verano, pero no debió de terminar bien. Estaba claro que era lo que estuvo a punto de soltarle Blake, pero se calló antes de meter la pata.

Eso generó en el ambiente una tensión instantánea, e incluso quienes no sabían de qué iba el asunto lo notaron. Lo vi en la mirada que me mandó Sophia. Brett carraspeó y Jean se removió en el suelo.

Leslie, que no soporta esta clase de situaciones incómodas, fue la primera en romper el hielo.

—Ey, pero ¡si es solo la primera! ¡No me he emborrachado ni nada!

Entonces se puso en pie de un salto.

Grave error.

Llevaba unos tacones innecesarios para su altura, y especialmente mortales para un movimiento tan estúpido y arriesgadamente rápido como el que hizo. Parte del contenido de su vaso se derramó sobre mí al tambalearse y perder el sentido del equilibrio, lo que hizo que acabara aterrizando en los brazos de Brett, quien estaba sentado a su lado.

Sophia empezó a reírse por lo bajo, al igual que la mayoría. Los únicos a quienes no parecía hacerles gracia éramos una servidora, porque estaba mojada; Blake, porque había mostrado sus cartas, y Hunter, porque... vete a saber por qué.

—No, no. Si no tienes por qué levantarte, guapa —bromeó Brett cuando Leslie fue a quitarse de encima—. Oye, ¿te habían dicho alguna vez que tu pelo huele muy bien?

Por Dios. Brett tenía alma de ligón, pero nunca conseguiría ligar.

Leslie se rio e hizo algo que nunca antes la había visto hacer (aunque tampoco es que la viese a menudo, y menos rodeada de gente de fuera de nuestro círculo familiar). Se apartó el pelo del hombro en un aspaviento y miró con ojos coquetos al chico.

Estaba siguiéndole el juego. Maldita sea...

—Sí, especialmente cuando... —Estaba acercando su boca al oído de Brett con una sonrisa divertida cuando la mano de Hunter apareció en escena.

Agarró a Leslie del brazo y la quitó de encima del regazo de Brett, quien rápidamente tomó un cojín y se lo colocó encima. No pude contener el gesto de disgusto, aunque admito que, en otra ocasión, me habría reído de ello de buena gana.

—¡Oye! —gritó Leslie ofendida—. ¿Qué piensas que...?

—Deja de hacer el tonto —interrumpió Hunter.

Mi prima cerró la boca apretando los labios y no le llevó la contraria.

Estaba empezando a sentirme sofocada por el calor del piso y un poco mareada. Tanto que esa vez no noté el silencio tenso que volvió a crearse hasta que Jude habló.

—Esto... ¿Se acabó la cerveza?

Y ahí vi mi oportunidad de salir a la calle y airearme un rato.

—Iré a la tienda de una carrera a por más —dije mientras me ponía rápidamente en pie.

Blake me atrapó de la mano antes de que emprendiera mi camino hacia la puerta.

—Está lloviendo y hace frío.

Noté su reticencia a dejarme ir. Él siempre se preocupaba por todo, pero estaba segura de que, si ahora le pedían que fuese él a por la cerveza, aunque no quisiera, aunque siguiera mojado, no se negaría.

—No importa.

Sus ojos se achicaron sobre los míos. La preocupación que había mostrado anteriormente al notar que tenía fiebre creció.

—Lils, no hace falta que...

—De verdad, necesito tomar un poco el aire, ¿vale? —Suspiré, me incliné sobre él y le di un beso en la mejilla—. Serán solo cinco minutos.

Pero no pensaba dejarme ir tan rápido.

—Te acompaño.

Aprecié el gesto, pero sonreí y me negué. Era su cumpleaños. Porque me ausentara cinco minutos no iba a pasar nada. Mejor que él disfrutara. Además, necesitaba con urgencia un poco de aire frío.

Así se lo hice saber, y poco después salía del piso con una chaqueta y una buena bufanda. Él mismo me la había atado alrededor del cuello para

asegurarse de que no cayera todavía más enferma.

La forma en la que estaba sudando cuando salí a la calle no era normal. Recibí el golpe de aire helado como un nuevo soplo de vida.

—Mucho mejor —murmuré, e inicié mi camino hacia la tienda de ultramarinos más cercana.

Ya no llovía, pero la temperatura había bajado más de lo que esperaba. Era probable que, de seguir así, nevara pronto. No me entusiasman la nieve y el frío, pero suponían la ocasión perfecta para tomar un buen café caliente.

Sin embargo, a cada paso que daba, la sensación inicial de frescor iba desapareciendo. El calor volvió a aumentar a pesar de que la temperatura era próxima a cero grados, hasta el punto de que comenzó a costarme respirar.

Me paré unos segundos para frotarme los ojos. No lo había visto llegar. Fue como si de pronto me encontrase muy mareada, mucho más que antes. Y perdiera el sentido. No sabía cuántos pasos había dado. Dónde me encontraba.

Aparté la mano de mis ojos y, entonces, todo sucedió muy rápido.

Una luz cegadora.

El claxon de un coche.

Alguien gritó mi nombre.

«¿Tyler?»

Y, luego, nada.

Capítulo 48

BLAKE

Me quedé preocupado cuando Lily salió sola a por más bebida. Tenía la frente caliente, como si estuviera enferma, y, a decir verdad, estaba más callada de lo normal. A pesar de su timidez inicial, cuando estaba entre amigos, tendía a soltarse y ser más charlatana.

Quise salir tras ella y acompañarla, pero también sabía que, además de charlatana, era tozuda e independiente. Probablemente se habría enfadado conmigo si hubiera corrido en su busca.

Me dirigí a la cocina con la excusa de ir a por algo de picar, solo porque no me veía manteniendo una conversación sobre nuestras peores borracheras. El tema surgió cuando Sophia se fue corriendo al baño a vomitar.

—Parece simpática. Quizás algo tímida.

Aparté la bolsa de patatas de los ojos para encontrarme con mi hermano. Me había seguido hasta la cocina y me miraba apoyado en el marco de la puerta.

Sabía que estaba hablando de Lily.

—Cualquiera diría que es familia de Les, ¿eh? —Me reí, aunque agradecía que le hubiera caído bien. La opinión de Hunter era importante para mí, como

sabía que la mía lo era para él—. Hoy la has pillado en mal día, suele ser más...

—¿Más como Les? —me interrumpió, y elevó las cejas divertido—. Me habló de Lily en el avión y, entre ella y su hermana, empiezo a pensar que las chicas Sullivan están un poco locas.

Las risas de mis amigos llegaron desde el salón de forma estridente. Alguno habría conseguido contar una hazaña de borrachera bastante épica. Solo esperaba que no fuera Sophia haciendo alusión al día en que conocí a Lily.

—¡Blake!

Hunter y yo nos volvimos hacia la entrada de la cocina, donde Sophia nos miraba con el teléfono móvil en la mano. Su expresión me asustó. Hacía apenas unos minutos estaba demasiado ebria para mantenerse seria, pero en ese momento toda borrachera se había disipado de su rostro. En su lugar, lucía pálida.

Miré su teléfono móvil, todavía sujeto en su mano. Ella siguió el camino de mi mirada.

—Es Tyler. Tenemos que ir al hospital ahora mismo.

Tragué saliva.

—¿Qué le ha sucedido?

Mirando en retrospectiva, los segundos que tardó en contestarme pasaron muy despacio.

—A él no. A Lily.

La bolsa de patatas se me cayó al suelo.

Capítulo 49

Todo parecía muy tranquilo a mi alrededor. Había paz, había dejado de hacer un calor infernal y ya no me sentía tan cansada. También estaba muy relajada, tenía los ojos cerrados y sentía cómo mi cuerpo se hundía en un colchón muy mullido.

Poco a poco, mi mente se fue despertando y, entonces, me di cuenta de que no sabía por qué estaba tumbada en ese colchón. No sabía cómo había llegado allí ni tampoco era capaz de abrir los ojos.

No me sentía relajada, sino más bien muy cansada.

Fui a tragar saliva y escuché un ruido a mi alrededor. Con la mente trabajando a tope, alcancé a reconocer más y más ruidos. Escuchaba un pitido constante a mi lado y olía muy raro. No era mi habitación.

Volvieron algunos recuerdos. Había salido a por cervezas y me empecé a encontrar peor hasta que...

Pasé de la oscuridad, de la relajación completa y la inconsciencia, a volver a sentir.

—¿Crees que si le acercamos café a la nariz se despertará?

No fue necesariamente esa frase lo que hizo que comenzara a volver en mí. De hecho, no podía haberlo sido porque ya estaba prácticamente consciente cuando Sophia habló.

—No seas bruta, Leslie.

Intenté abrir los ojos. Lento. Demasiado despacio. Todo era pesado.

Me sentía mareada, débil. Un costado de mi cuerpo me dolía.

Mierda, ¡me dolía horrores!

Finalmente terminé de despertar, más rápido de lo que tardaron mis ojos en abrirse, más despacio de como habría sido en un día normal.

A través de las pestañas, vi una sombra moverse a mi lado.

—Creo que está despertándose.

Ese era Blake.

Más sombras se movieron y mis ojos terminaron de abrirse. La luz me golpeó con fuerza y volví a cerrarlos instantáneamente. Todo daba vueltas a mi alrededor a pesar de no tener los ojos abiertos. El costado me dolía muchísimo y me sentía físicamente agotada.

Una mano tocó la mía.

—Ey, Lils —susurró Blake con suavidad, y me apretó un poco los dedos—. Estoy aquí.

Intenté abrir los ojos de nuevo, esta vez más despacio, dejando que las pestañas me protegieran con su difuminada sombra.

—Debería llamar al médico —escuché decir a Leslie y, acto seguido, se oyó un sonido de pasos que se alejaban.

Olía a medicamentos. Me di cuenta entonces de que estaba en el hospital y, como si algo se me encendiera en la cabeza, recordé lo sucedido. El mareo, la carretera, el coche...

¿Me habían atropellado?

El rostro de Blake comenzó a tomar forma frente a mí. Sus ojos oscuros estaban clavados en mí, y me miraba con preocupación. ¿Tan mal había ido la cosa?

Intenté hablar, pero el primer sonido salió ahogado. Mi boca estaba pastosa y tuve que carraspear para recuperar la voz. Eso hizo que mi cuerpo temblara y me doliera profundamente.

Blake pasó su mano libre por mi rostro y me apartó el pelo de la frente.

—Tranquila, no pasa nada.

Respiré despacio, porque sentía que todo dolía, incluso por aquel instinto natural de supervivencia. Paseé mis ojos por toda la habitación. Sophia y Tyler estaban detrás de Blake.

—¿Qué ha pasado? —pregunté finalmente, y alejé la mirada de ellos hacia mi cuerpo—. Me duele en el...

Mi frase quedó inacabada y se convirtió en un grito ahogado del que inmediatamente me arrepentí. Tenía la sábana por la cintura y mi costado, esa parte del cuerpo en la que sentía un dolor agudo y punzante, estaba entubado. Una franja relativamente pequeña, aunque sin lugar a dudas más grande de lo que me habría gustado, estaba cubierta de gasas, y de ella salían dos tubos. Esos dos tubos estaban clavados en mi piel.

Gemí y me volví hacia Blake en busca de respuestas. La preocupación no desaparecía de su cara.

—Tenías apendicitis —me explicó.

—Pero si no me dolía —protesté.

Fruncí el ceño. Al menos podía hacer eso sin que todo me doliera, lo que era un alivio.

Blake arrugó la nariz y me soltó la mano para rascarse la cabeza por detrás de la oreja. Parte de su preocupación se esfumó con aquel gesto tan casual.

—Ya, y eso fue lo peor... —comentó Sophia, que se acercó un poco más a la cama donde estaba tumbada. Era raro verlos a todos desde aquella perspectiva, aunque no me creía capaz de incorporarme—. No nos dimos cuenta hasta que tu apéndice estalló.

Me habría gustado tener un poco de café para atragantarme y darle efecto dramático a la escena.

—¿Cómo dices? —exhalé, y una punzada de dolor volvió a atravesarme.

¿Cómo narices iba a explotar un apéndice? Y, de ser así, ¿cómo era posible que siguiera viva? Me miré la gasa y los tubos de nuevo. Oh, Dios mío... ¿Tenía un agujero en la piel?

Empecé a respirar de forma agitada y el pitido que sonaba al lado de mi cama comenzó a acelerarse. Blake se levantó de la silla en la que estaba sentado y se inclinó sobre mí para tratar de calmarme mientras pasaba las manos por mi pelo.

—Eh, Lils. Cálmate. No pasa nada. Estás bien.

Lo miré llena de pánico.

—Pero ¿me explotó o no el apéndice?

«¡Por favor, ciñámonos a lo importante!»

Mi voz había sonado más chillona de lo normal a causa del *shock* y del miedo.

—Explotó, reventó... —comentó Sophia—. Pero Tyler te vio desmayarte en la carretera por la que conducía en dirección a casa y, gracias a eso, te han cogido a tiempo.

La situación no mejoraba, y el pitido a mi lado así lo indicó.

Por suerte tanto para mí como para Blake, que ya empezaba a ponerse bastante nervioso, un enfermero llegó y me explicó cuanto necesitaba saber, que sirvió para calmarme un poco. Me ajustó el suero y les pidió a mis amigos que salieran un momento para tomarme el pulso y controlar que todo estuviera bien. Antes de irse, me administró unos cuantos sedantes para combatir el dolor. Comentó algo sobre que estaban debidamente programados.

No me había atropellado ningún coche, como al principio había pensado. Lo que tenía era peritonitis, el paso siguiente a tener apendicitis si esta no se trata

o, como Sophia menos delicadamente había dicho, me había reventado el apéndice. Los únicos síntomas que había tenido eran la fiebre alta, y por eso no me había dado cuenta de lo que era. Los tubos en el costado eran para quitarme el pus que el apéndice había expulsado al estallar, y no morir de una infección.

En otras palabras, me recuperaría.

Ahora, nada me garantizaba que mi media fuese a hacerlo. ¡Iba a perderme el examen que tenía al día siguiente!

—Espera, ¿a qué día estamos? —pregunté una vez que el enfermero salió de la habitación.

Leslie, Hunter, Sophia, Tyler y Blake se encontraban en la habitación conmigo. ¿Desde cuándo dejaban a tanta gente quedarse en una habitación de hospital pequeña?

Les soltó una carcajada.

—Tranquila, fiero. Solo has estado inconsciente una noche. Son como las siete de la mañana. ¡No veas qué sueño! Y hambre.

Las siete. Técnicamente aún estaba a tiempo de hacer el examen. Miré de nuevo los tubos y... No, mejor dejar que el destino siguiese su curso.

Hunter le hizo una seña a Leslie con la cabeza.

—Venga, te invito a desayunar.

Mi prima miró hacia mí, como pidiendo permiso, y yo me limité a asentir. ¿Qué más iba a hacer? Muriéndose de hambre no iba a conseguir que yo me sintiera mejor. Mientras ellos se iban de la habitación, escuché a Leslie reírse y bromear con él.

Un sonido parecido a un gruñido llegó a mis oídos desde muy cerca. Concretamente, desde el estómago de Blake.

Lo miré, con ganas de sonreír por primera vez desde que había abierto los ojos.

—¿Tú también tienes hambre?

—No importa —negó, pero su estómago lo contradijo con un nuevo gruñido—. Estoy bien.

Tonto. Se estaba sacrificando por mí.

—Quien está bien ahora soy yo. Anda, ve a comer algo.

Blake estaba a punto de negarse de nuevo, pero Tyler lo interrumpió.

—Tú también deberías ir —argumentó, y miró en esa ocasión a Sophia—. Yo me quedo con ella, comí algo antes de la máquina expendedora del pasillo.

Ella asintió. Literalmente todos estaban muriéndose de hambre por mi culpa. Me llenaba de emoción y de rabia al mismo tiempo. ¡Cuánto me querían!

—¿Estarás bien? —me preguntó Blake antes de alejarse de mí.

—Tío, que es mi hermana —dijo Tyler, y le dio una colleja, como si fuera un niño pequeño al que quisiera reprender—. ¿Crees que eres el único que puede cuidarla o qué?

Eso, finalmente, me hizo sonreír.

No terminaba de hacerme del todo a la idea de que ahora tenía un hermano mayor. Continuaba siendo algo extraño después de haberme pasado dieciocho años de mi vida como hija única, pero, definitivamente, la idea me gustaba.

Cuando Sophia y Blake fueron a por su comida, Tyler ocupó el lugar de mi novio y se sentó en la silla que había al lado de mi cama.

—Bueno, al menos hay una cosa que vas a conseguir por estar en el hospital —comentó.

—¿Perderme el examen de hoy y suspender? ¿Suministro de café gratis para toda la vida? ¿*Pizza*?

Tyler se rio y se burló de mí. Negó con la cabeza, igual que mi madre cuando pensaba que yo no tenía remedio. Además, empezaba a sospechar que pasaría un buen tiempo sin poder tomar café.

—Pero ¿tú qué clase de pensamientos tienes? ¿Todo gira en torno a la *pizza* y al café o qué?

—Bueno...

Si era sincera, me sorprendía la capacidad que tenía para hacer bromas en un momento como ese. A pesar del gotero que tenía conectado al brazo, me encontraba muy débil y todo me dolía. Lo que más me apetecía, en realidad, era volver a dormir.

—Sophia llamó a tus padres en cuanto te llevaron al hospital, y salieron corriendo a por el primer vuelo que viniera directo aquí —explicó.

Claro, mis padres. Estaba tan bien acompañada que ni siquiera había caído en la cuenta de que ellos tenían que saber lo que había pasado. Si me habían ingresado por la noche y ya eran más de las siete, probablemente estarían al caer.

—Así que... —continuó Tyler—. Por fin conoceré a tu padre.

Se hizo un pequeño silencio y me vi obligada a romperlo con la corrección más obvia:

—*Nuestro padre.*

En el rostro de Tyler se dibujó una tímida sonrisa de circunstancias. No lo conocía tan bien como a Sophia o a Blake, pero empezaba a hacerlo, y sabía que algo se escondía detrás de sus labios curvados.

—¿Estás nervioso? —pregunté, porque no había que ser muy inteligente para intuirlo.

—Un poco —confesó—. Pero no es solo por eso.

Me giré tanto como mi cuerpo dolorido me lo permitía para mirarlo de frente. En esos momentos no sabía qué habría sido peor: si la peritonitis o ser atropellada por un coche.

Contuve un bostezo para seguir con la conversación.

—¿Qué más hay?

Tyler era muy reservado. A la vista estaba, cuando había tardado varios meses en decirme que era su hermana. Le costaba abrirse a los demás, y yo me preguntaba si alguna vez habría tenido alguien en quien confiar. Por la forma en que hablaba de su madre, o evitaba nombrarla, no parecía que confiase mucho en ella. Esperaba que, al menos, Sophia le sirviese de apoyo, en caso de no poder serlo yo.

—No tengo muy claro si deseo conocerlo. He vivido toda mi vida sin él y, aunque ahora sé que él tampoco conocía mi existencia... No sé, se me hace extraño. *¿Realmente* necesito un padre? ¿Alguien más a quien tomarle cariño?

Apreté los labios. Tyler no me miraba. Tenía la espalda encorvada y los ojos clavados en sus manos unidas. Esos ojos, que era iguales a los míos, iguales a los de mi padre.

Los dos estábamos juntos en aquella habitación, pero de alguna forma, me pareció que Tyler estaba muy solo.

Mi hermano estaba completamente solo en el mundo.

—¿Te arrepientes de haberme conocido?

Mi repentina pregunta captó su atención, y sus ojos se olvidaron momentáneamente de sus manos para mirarme a mí. Parecía confuso.

—No, claro que no.

Me alivió su respuesta. Fue demasiado clara, demasiado sincera. No había el mínimo atisbo de duda. Y, francamente, eso era lo que quería escuchar. Lo contrario me habría hecho mucho daño.

—¿Por qué preguntas eso? —me instó—. Es imposible que alguna vez me arrepienta de haberte conocido: eres mi hermana.

Mis ojos se achicaron por la aparición de una sonrisa incontenible.

—Porque también has vivido toda tu vida sin una hermana —respondí en un tono calmado, para tratar de mostrar mi punto de vista—. *¿Realmente* necesitabas una hermana ahora?

Me observó en silencio y sopesó mis palabras. Él pensaba no necesitar un padre porque nunca había tenido uno. Al igual que no sabes lo que tienes hasta que lo pierdes, quizá tampoco sepas lo que te pierdes hasta que lo tienes. ¿Tenía sentido?

Quizá las drogas que me habían dado para combatir el dolor estuvieran hablando por mí.

El silencio duró demasiado, por lo que decidí romperlo.

—De todos modos, mi padre *se merece* conocerte. Lo sabes, ¿verdad?

Apretó los labios, pero sus ojos no me abandonaron. Subió la manta que me tapaba hasta la cintura y me guiñó un ojo.

—No queremos que te enfríes.

Fruncí el ceño. Estaba siendo esquivo.

—¿Tyler?

Sobre la mesita que había al lado de la cama, mi teléfono comenzó a vibrar. El cristal estaba hecho pedazos, ni siquiera sabía cómo podía seguir funcionando. Mucho menos cómo fui capaz de leer la palabra «mamá» en él.

Tyler alcanzó el teléfono y me lo pasó. Volví a mirarlo antes de contestar la llamada, casi rogando.

Suspiró.

—Sí, lo sé.

Capítulo 50

TYLER

Odiaba el olor de los hospitales. Pero estaba ahí por Lily. Por ella, porque iba a hacer frente a mi padre.

No me sentía preparado. Había imaginado miles de veces cómo podría ser ese momento. Había pasado de la imagen entrañable y acogedora de un padre amoroso y su hijo reuniéndose a otra en la que le echaba en cara que dejara a mi madre. Sin embargo, en todas aquellas situaciones yo siempre había tenido algo que decir. Ahora, en cambio, no sabía si sería capaz de abrir la boca, si me atrevería a decir algo.

—¿Estás seguro? Nadie te piensa obligar, Ty.

Suspiré pesadamente y me dejé caer contra la pared del pasillo del hospital mientras mi madre sonaba preocupada al otro lado del teléfono. Seguía molesto con ella, pero, al fin y al cabo, seguía siendo mi madre, la mujer que me había criado y protegido. Cuando sentía que una situación me iba a sobrepasar, como en aquellos momentos, lo que necesitaba era escucharla.

—Algún día tenía que llegar este momento. Vine hasta aquí para conocer a Lily y para saber un poco más acerca de él.

Se abrieron paso unos segundos de silencio antes de que ella cambiara de tema.

—¿Y qué tal es? Tu hermana, quiero decir.

Me escurrí hacia abajo en la pared hasta acabar sentándome en el suelo. Estaba completamente agotado. No había dormido nada en toda la noche, preocupado por Lily. Tendría que seguir unos días más en el hospital, hasta que estuviera fuerte para volver a casa.

—Es... —comencé a intentar describirla, pero no tenía palabras. El cansancio podía conmigo—. Es tal como imaginé que sería tener una hermana.

Casi pude ver cómo mi madre sonreía. En su lugar, escuché un pañuelo, como si estuviera sonándose los mocos. Apreté la sien con la mano que no sostenía el teléfono.

—Voy a volver con ellos, ¿vale?

—Está bien. Si tienes cualquier problema, llámame, ¿de acuerdo?

Asentí, aunque ella no me viera hacerlo.

—Gracias, mamá —susurré.

—Para eso estoy aquí. Te quiero, Ty.

—Y yo a ti.

La llamada se cortó. Miré la pantalla encendida de mi teléfono como si no supiera qué hacer a partir de ese momento. Todos estaban en la habitación de Lily, cuidando de ella. El avión de sus padres ya había aterrizado y ellos llegarían en cualquier momento. Conocería a mi padre enseguida.

La idea de ponerme en pie y echar a correr, de largarme de aquel hospital y huir de los problemas, pasó por mi cabeza como una tentativa especialmente atractiva. Sin embargo, sabía que no debía hacerlo. Había ido hasta allí con un propósito. Le había prometido a Lily que conocería a su padre.

¿Por qué las cosas no podían ser más sencillas? Deseaba no tener que pasar por el mal trago de conocer al hombre que debió pasar tantos años de mi vida

conmigo, sabiendo que se los había perdido y que esa falta de recuerdos sería irremplazable. Había tantas cosas que no sabía de él y que él ignoraba de mí... Éramos el uno para el otro unos completos extraños.

Y tenía la posibilidad de que siguiera siendo así.

—Aquí estás...

Levanté la cabeza hacia Sophia. Estaba allí de pie, frente a mí. Llevaba un vaso de papel en las manos. Las ojeras se habían adueñado de sus ojos verdes, pero, aun así, conseguía mantener la suavidad en su mirada y ese brillo ardiente que me había fascinado desde el primer día. Sin esperar a que yo dijera nada, se agachó a mi lado y buscó mis manos con las suyas. El contacto de sus dedos entrelazándose con los míos fue reparador. En aquel momento, parecía cuanto necesitaba.

—Están heladas —susurró, aunque no hubiese necesidad de hablar bajo.

Levanté su mano y la llevé a mis labios para darle un beso en el dorso. Ella sonrió y la paz en mi interior se abrió camino.

—Te he traído café —comentó mientras me ofrecía un pequeño vaso de papel—. El sueño comienza a pesar.

—Gracias.

Agarré el vaso que me ofrecía. El papel estaba caliente, como la bebida que había en su interior. Agradecí el contraste de temperatura. Sophia esperó un poco más antes de volver a hablar.

—¿Estás nervioso?

Me encogí de hombros. Sabía que iba a conocer al padre de Lily. De hecho, tenía la sospecha de que todos, menos mi padre y yo, sabían exactamente qué iba a pasar. Tampoco me hacía gracia la idea de tener espectadores.

Sentí sus manos moverse hacia arriba hasta tomarme por los hombros. Sophia volvió a hablar, y sus palabras fueron diferentes de las que le había escuchado antes, de las que me había dicho mi madre.

—Oye, está bien que estés nervioso, pero sabes que puedes con ello. —Su cuerpo se inclinó hacia el mío en un amago de darme un abrazo—. Ojalá todos los problemas fuesen como esos.

Sus ojos eran tranquilizadores y su sonrisa, calmada. Ella era mi punto de apoyo, la fuerza necesaria cuando mis sentimientos se descontrolaban. Ella había sido la que me había abierto los ojos sobre mi forma de tratar a Lily al principio, la primera persona en saber que ella era mi hermana, y, a pesar de ser su mejor amiga, se lo guardó, porque yo se lo pedí.

Muchas veces pensaba que quizás ella fuera la mujer indicada.

—¿Qué te parece si vamos a tomar un poco el aire? —propuso mientras se levantaba. Sentí un pequeño vacío en el instante en que se despegó de mí—. Cuando sus padres lleguen, querrán saber cómo está su hija, no ser abordados de inmediato con la sorpresa de que tú estás y siempre has estado aquí. Dejémosles un tiempo a solas.

Ni siquiera lo había pensado. ¿Cuál era mi idea, de todos modos? ¿Presentarme ante él sin más, con la bomba de la noticia, antes de que supieran cómo estaba Lily? Planificar las cosas debidamente nunca había sido mi punto fuerte. Había decidido venirme hasta aquí para conocer a mi hermana sin apenas pensarlo. Lo hice en cuanto me enteré de dónde estaba, y me lancé de cabeza a la aventura. Porque así lo hacía yo todo, de forma impulsiva.

Sophia y yo nos levantamos del suelo y juntos recorrimos los pasillos del hospital hasta acabar en la calle. El día era lluvioso, frío. Me quité la cazadora y se la pasé por los hombros a Sophia antes de que ella pudiera rechistar. Aparté la mirada de sus ojos enfadados por mi gesto.

Estaba a punto de volver a besarla cuando ella me apartó. La observé confuso, pero sus ojos miraban en otra dirección, a cierta distancia de mí. Mientras intentaba encontrar qué la había alterado, ella tiró de mí hacia la otra punta del edificio e hizo que me mojara con la lluvia.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Elevó el brazo y señaló con el dedo hacia la puerta.

—¿Ves a esos dos señores, los que van sin paraguas? Son los padres de Lily.

Seguí la dirección de sus ojos. Alcancé a verlos apenas un par de segundos, el tiempo justo para reconocer a mi padre.

Lo primero que pensé fue «menos mal que tiene pelo». Podrían llamarme *presuntuoso*, pero un temor oculto que siempre había tenido era quedarme calvo a medida que los años pasaran. También pensé que debíamos de tener la misma estatura. Lily, por el contrario, era bajita, como su madre, la mujer que lo acompañaba.

Sophia me apretó el brazo para reclamar mi atención.

—Tú puedes —dijo.

Reposó la cabeza sobre mi brazo y nos quedamos así, en silencio, sin movernos, contemplando la gente corriendo para buscar refugio, el sonido del agua golpeando el suelo, viendo llover...

Estábamos dando tiempo a los padres de Lily para que hablaran con ella, para que pudieran comprobar cómo estaba y quitarse de encima el miedo del cuerpo. Probablemente también estuviéramos dándoles tiempo para que conocieran a Blake.

No sabía decir cuánto tiempo había pasado ya cuando una voz nos sobresaltó.

—Te dije que no se había ido. ¡Ey, chicos!, Lily pregunta por vosotros.

La prima de Lily, Les, junto con el que suponía que era el hermano gemelo de Blake, se acercó a nosotros. La chica iba corriendo. A lo largo de aquella noche interminable había tenido tiempo de conocerlos a ambos. Es increíble lo mucho que puede unir a las personas la preocupación por alguien.

—Estábamos esperando —comentó Sophia mientras se alejaba de mí.

Agarró mi mano antes de empezar a moverse y tiró de mi cuerpo en dirección a la entrada del hospital. Hunter, el gemelo de Blake, se había quedado parado a mitad de camino. Me recordaba a su hermano, aunque las vibraciones que me transmitía eran mejores. Quizá porque él no metía su lengua en la boca de mi hermana, pero tal vez solo fueran suposiciones.

—Nosotros os vemos luego —nos dijo Leslie mientras hacía aspavientos para que Hunter caminara hacia ella—. Me apetece un poco de helado.

Pensé que estaba loca. Tenía que estarlo. ¿Helado con ese frío? El chico debió de pensar lo mismo, porque, cuando pasamos a su lado, estaba negando con la cabeza.

Dentro del hospital hacía más calor. Sophia seguía con mi chaqueta puesta y no me iba a molestar en pedírsela. Avanzamos juntos a lo largo de un pasillo que iba directo hasta la habitación donde estaba Lily, pero, poco antes de llegar, ella frenó y me soltó la mano.

—¿Qué pasa? —pregunté.

En mis imaginaciones era yo quien se quedaba paralizado, no ella.

—Quizá sea mejor que espere fuera —musitó, cohibida—. Me parece que esto va a ser más bien una reunión familiar.

—Tonterías. —Tomé otra vez su mano y, tiré de ella más cerca—. Blake también está dentro.

«Además, te necesito a mi lado para hacer esto», pensé.

Asintió y yo imité su gesto. Sin soltar su mano, juntos finalizamos nuestro recorrido hasta alcanzar la habitación.

La puerta estaba entreabierta y se podían escuchar voces desde dentro. Se estaban riendo. Sophia me apretó la mano y, tras unos segundos de duda, empujé la puerta.

Los padres de Lily se encontraban de espaldas, conversando con ella y con Blake. La mujer ocupaba la silla y el hombre estaba sentado al borde de la

cama. Blake fue el primero en vernos. Al percatarse de ello, lentamente, las demás personas fueron girándose despacio. Mis ojos actuaron como si tuvieran vida propia, como un imán, en busca de los de mi padre. Cuando coincidimos, tragué saliva.

—Hola —me obligué a decir, sin poder apartar la mirada.

Él parecía desconcertado, como si no supiera qué estaba pasando. Probablemente Lily aún no le había dicho nada.

Había sido una mala idea. Tendría que haber esperado un poco más.

—Papá —dijo Lily, y su voz sonó con mucha más energía que minutos atrás, cuando se despertó—. Esta es la... Uhm, *sorpresa* que tenía para ti.

El hombre la miró, desconcertado, y después puso de nuevo su atención sobre mí. Se levantó despacio de la cama, con los ojos mucho más abiertos que antes. Sophia me dio un pequeño empujón para que avanzase.

Lo hice, y luego dije:

—Yo... Soy Tyler.

Esperé, sin saber exactamente qué estaba realmente esperado.

Mientras lo hacía, él dijo:

—Lo sé.

Como si hicieran falta más pausas dramáticas, se tomó un poco más de tiempo para avanzar hacia mí y finalmente decir:

—Eres mi hijo.



El silencio era tenso.

Miento, el silencio era muy tenso.

—¿Y qué te ha llevado a venir aquí? —preguntó mi padre.

Estábamos en la cafetería del hospital. Lily había querido que nos quedásemos todos juntos para hablar, pero estaba muy débil y cansada, y tanto su madre como Blake insistieron en que lo que necesitaba era dormir un rato largo y tendido.

También me parecía que la madre de Lily no tenía demasiadas ganas de estar a mi lado. En parte lo entendía, aunque no trataba de sentirme mal porque precisamente yo no tenía la culpa de nada.

—Por Lily —admití mientras revolvía mi cuarto café del día con la cucharilla. Empezaba a parecerme a mi hermana—. En cuanto me enteré de que ella existía, quise conocerla.

Siendo sincero, quise conocerlos a ambos, pero también estaba bastante molesto. Hacia ella, en cambio, solo sentía curiosidad.

La mano de Sophia me acarició la pierna por debajo de la mesa. Intentaba tranquilizarme, porque no hacía más que moverla como si fuese un caballo de carreras.

Mi padre carraspeó. Al principio me había mirado muy fijamente, pero ahora parecía más bien esquivo.

—Me alegro mucho de que hayas querido conocerla. Yo...

Dejó en el aire el resto de la frase. Mi estómago se encogió, pero intuía lo que quería decir. ¿Por qué a Lily sí, pero a él no? Mi madre me hizo la misma pregunta cuando se enteró de que me iba. Sophia me lo preguntó al saber mi verdadera identidad. Lily también se interesó e incluso Blake quiso indagar.

Simplemente, me sentía más cómodo con ella. Podía entender que quien manejó los hilos fuera mi madre. Ella se largó sin decirle que estaba embarazada, pero él prácticamente la cambió por lo que le pareció seguramente una versión mejorada. Lily y yo éramos las únicas víctimas reales, a pesar de lo mucho que odiaba esa palabra. Crecí sin saber nada de

mi padre, mucho menos que tenía una hermana. Ella tampoco supo jamás nada de su hermano.

—Necesito saber una cosa —dije y me lancé de cabeza.

Mi padre alzó los ojos hacia mí, tal vez atraído por el tono excesivamente directo. Cuando me ponía nervioso, daba a los demás la sensación de estar enfadado, me lo habían dicho muchas veces, aunque esa no fuese mi intención. Me aclaré la garganta con cautela antes de continuar.

—¿Qué esperas de todo esto? —pregunté—. ¿Qué pasará ahora que ya me has conocido?

Lo observé sin parpadear para intentar reconocer cada gesto, cada movimiento que delatase que aquello era un fin. Nunca había tenido padre, ni siquiera uno postizo que durara lo suficiente como para quererlo. Si ahora decidía que él tampoco iba a quedarse, que también se marcharía, necesitaba saberlo ya.

Todas las personas van y vienen, y solo las más importantes se quedan.

La mano de Sophia me apretó la rodilla. Ella era una de esas personas importantes. Lily y su personalidad cariñosa, también. En cuanto a él, representaba una parte de mí, esa en la que aún me sentía como un niño pequeño, pero deseaba con todas mis fuerzas que me dijera que sí, que pensaba quedarse. Sin embargo, sus gestos no me dejaban adivinar sus pensamientos.

—¿Qué esperas tú? —preguntó en su lugar.

Sentí mi pierna acelerarse de nuevo, esta vez no solo por los nervios.

Sus ojos se clavaban en los míos con decisión. Joder, ¡yo había preguntado primero! Su respuesta no solamente era ambigua, sino que prácticamente parecía estar dándome una negativa.

Instintivamente me puse en pie. No podía estar allí sin saber cómo comportarme, qué decir, qué demonios iba a pasar en adelante. Tanto tiempo

esperando para, de pronto, no obtener ninguna respuesta. La situación, sencillamente, podía conmigo.

—Tengo que ir al servicio —farfullé.

Comencé a alejarme con la cabeza hecha un amasijo de ideas, de pensamientos confusos que me atormentaban.

Aquello no había sido una buena idea.

No quería verme más.

Solamente quería conocerme, porque sí, porque se sentía obligado.

Siempre podía haberse interesado por mi madre.

Al final, quizá fuera mejor seguir solo.

—¡Tyler!

Me paré en cuanto escuché mi nombre. Era él. Apenas había salido de la cafetería cuando comencé a darme la vuelta. Ví a mi padre acercarse con paso decidido hacia mí. Al fondo estaba Sophia, todavía en la mesa, pero también de pie, con las manos apoyadas sobre el tablero y los ojos clavados en nosotros.

—Tyler, espera, creo que no me has entendido.

Terminó de acercarse. No entendía cómo conseguía mantenerse sereno, si para mí aquello era un cúmulo de emociones. Además, estaba demasiado cansado. Todos los músculos del cuerpo me pesaban, como si hubieran decidido que ya no eran capaces de sostenerme, y el café parecía haber hecho papilla mis conexiones neuronales.

—No me has entendido, quería saber qué esperas tú de todo esto, porque fuiste el primero en saber cómo encontrarme, pero no lo hiciste.

Fruncí el ceño.

—Sí lo hice. Estamos aquí, ahora.

La gente pasaba a nuestro lado sin mirarnos. Era lo bueno de los hospitales, cada uno tenía sus propios problemas; por desgracia, con frecuencia bastante

graves, y no se molestaba en preocuparse por los demás. De pequeño había pasado mucho tiempo ingresado, lo suficiente para darme cuenta.

—No, Tyler, no has hecho nada hasta que yo he venido aquí a ver a Lily. Tampoco dejaste que ella me lo dijese, como si no quisieras que me enterase de que estabas aquí, de que podía conocerte.

—Yo...

Era muy difícil rebatirlo. Es muy complicado explicar por qué actuamos de forma distinta de nuestros pensamientos, por qué el miedo nos obliga a adoptar determinadas actitudes.

No me sentía preparado, aunque al mismo tiempo ansiaba el momento de verlo. Era algo que no sabía cómo explicar.

Supuse que lo único que podía hacer era contestar a su pregunta inicial.

—Me gustaría conocerte un poco más.

Sus ojos cautelosos empezaron a sonreír lentamente.

—Me alegra escucharlo.



—Bueno, esto es completamente diferente.

—Bastante —coincidí con Sophia—. No sé cómo se lo explicaré a mi madre.

Estábamos esperando el ascensor para subir a ver a Lily. Después de la charla con mi padre en la cafetería, Blake nos escribió diciendo que ella no quería dormir, que lo que quería eran chocolatinas, aunque el médico no le dejara tomarlas. Se había obcecado tanto que su madre decidió pasar unos minutos lejos de ella y se reunió con nosotros en la cafetería.

—Aun así, solo serán unas semanas —añadió Soph.

Mi padre me había invitado a pasar unos días con ellos en su casa durante las vacaciones, para conocernos, y también la vida de Lily allí. Además, tenía la intención de presentarme a mi abuela, a mi tía y a mis primas. Si yo era hermano de Lily, significaba que sus primas, Leslie y Kenzie, también eran mi familia.

Aunque fuera arriesgado porque no sabía el apoyo con el que contaría en esa casa, quise hacerlo. Aparte de que Lily y él estarían allí. Sería pasar unos días conociendo a mi familia para luego irme con Sophia a casa de mi madre durante el resto de las vacaciones.

—Creo que has hecho lo correcto —añadió Sophia mientras se echaba sobre mí y me rodeaba con los brazos.

La luz del ascensor se encendió haciendo un pequeño sonido para avisarnos de que ya había llegado. Sophia se alejó de mí cuando las puertas se abrieron. Al hacerlo, mostraron de inmediato una imagen de lo más peculiar.

A Leslie y Hunter o, por lo menos, esperaba que fuese Hunter, besándose con cierta ansiedad en medio del ascensor.

Capítulo 51

BLAKE

Hacía mucho tiempo que no practicaba deporte, al menos no para olvidarme de los problemas, pero con Lily recuperándose en el hospital y un tubo enganchado a su estómago para drenar el pus, intentaba pensar lo mínimo y no preocuparme. Ella misma había sido quien se había encargado de llamar a mis amigos y quien me había obligado a salir del hospital.

También empezaba a sospechar que la estaba agobiando un poco.

Y ahora me encontraba aquí, en el campo de fútbol, sudando y con la respiración agitada después de haber jugado el partido del siglo con mis amigos y mi hermano. Fue totalmente improvisado, ni siquiera éramos suficientes jugadores. Brett, Hunter y yo contra Daniel, Jude y Jean. Mala elección para ellos a pesar de ser un partido amistoso, porque, aunque Hunter fuera un paquete jugando, Brett y yo éramos mucho mejores que el resto.

—Te veo con mejor cara —me dijo Hunter mientras me daba unos golpecitos en la espalda—. Ganar te sienta bien.

Asentí. Un poco de aire fresco también lo hacía. Lily estaría ingresada al menos una semana y, después de eso, tenía pensado regresar unos días a casa de sus padres. Aunque me molestara alejarme de ella, sabía que sería lo mejor

para una correcta recuperación. Cuando volviésemos a vernos, podríamos disfrutar el uno del otro sin ninguna dolencia de por medio.

—Les y yo nos iremos mañana —dijo de pronto, con la mirada clavada en el infinito—. Su padre me ha llamado esta mañana. Dice que se está perdiendo demasiados días de clase y que así no se sacará el curso.

Mis amigos seguían en el campo y se pasaban la pelota entre sí. Los observaba hablar despreocupadamente mientras aprovechaba uno de los últimos momentos con mi hermano antes de que se marchara de nuevo.

—Tyler y Sophia os vieron metiéndooos mano en el ascensor.

—Es complicado —me interrumpió para hacerme callar—. Tú deberías saberlo mejor que nadie; estuviste ese verano con nosotros.

—Los dos habéis madurado mucho desde entonces —dije con seriedad—. Especialmente tú.

—Y ella, más de lo que crees. Sigue siendo una niña caprichosa, pero creo que eso es algo que no cambiará nunca.

El verano que pasamos con Leslie, ella era una adolescente de dieciséis años caprichosa, egoísta y cabezota que se creía la reina del mundo. Pero, sinceramente, ¿qué persona de dieciséis años no es egocéntrica? Las menos. Leslie simplemente se estaba tomando su tiempo para crecer y, en apenas unos meses, su personalidad, siempre fuerte y rebelde, había empezado a florecer.

Seguía pensando que mi hermano y ella estaban hechos el uno para el otro. Nunca había conocido a una chica capaz de compenetrarse tan bien con él.

—Hunter, eres mi hermano y sabes que te quiero...

—... pero mira que eres moñas —me interrumpió, aunque en el tono de su voz había cierto respeto.

—... pero también quiero a Leslie. Solamente creo que, si los dos queréis estar juntos, estadlo y ya. No esperes a que se convierta en una supermodelo y los tíos buenos se la rifen.

—¡Oye! —se quejó.

Intentó pegarme de nuevo.

Falló de nuevo.

Gracias, reflejos.

—¿Qué quieres que te diga? Sabes que pasará. Ella tampoco va a querer estar jugando contigo siempre. Tú la quieres y ella a ti, ¿no? —Hunter asintió, sin dudarlo—. Entonces no veo ningún problema en que formalicéis lo vuestro.

Comencé a ser yo el que se alejaba, de vuelta con mis amigos. Brett ya nos estaba mirando, pues sospechaba que ocurría algo. Detrás de mí, escuché a Hunter susurrar:

—El problema, Blake, es que no todo el mundo tiene la suerte de enamorarse de una persona que te corresponde del mismo modo, y que los demás lo acepten.

Capítulo 52

Alguien me tocó el hombro y me sobresaltó. Cerré la tapa del ordenador portátil de un fuerte golpe, de lo que me lamenté tan solo segundos después. Por acciones como aquella, podía acabar rompiendo mi cuarto ordenador, y mis padres ya me habían dejado bien claro que ellos no iban a comprarme ninguno más.

Me volví con enfado hacia el causante del susto. Blake se estaba riendo a mi lado, como si no se diera cuenta de que mi portátil podría haber pagado las consecuencias. Probablemente no lo había hecho.

—¿Qué quieres? —pregunté con más brusquedad de la que pretendía.

Llevaba ya tres días postrada en aquella cama, con un tubo que me atravesaba la piel del estómago y me curaba muy lentamente. Siempre había querido disfrutar de cierto tiempo libre, y, ahora que lo tenía, me lamentaba. Digamos que aquella no era exactamente mi definición ideal de «tiempo para mí».

—Perdona, ¿te interrumpí mientras escribías? —preguntó mientras se sentaba al borde de la cama, junto a mí.

Todavía se reía. Me alegraba que eso sucediera, porque Hunter y Les se irían por la noche y era probable que, entonces, se pusiera triste. Me daba

cuenta de cómo su actitud positiva aumentaba cuando Hunter estaba a su lado. ¿Tendría algo que ver con la supuesta conexión que hay entre los gemelos?

—Sí, muchas gracias —contesté con sarcasmo—. Ahora tardaré media vida más en ponerme de nuevo.

Había aprovechado esos días para escribir un poco y continuar con *Falso amor*, la novela que tenía un poco abandonada por culpa de los malditos estudios. Además, Zoe y Rubén habían estado haciéndome compañía un rato al mediodía y mi amiga me había recordado con «cierta delicadeza» que seguía sin producirse en la novela declaración de amor alguna.

En mi cabeza sí la había, por supuesto.

—Eres muy buena escritora, seguro que pronto vuelves a ponerte a ello —dijo mientras me daba un beso en la coronilla—. ¿Has pensado en mandar el libro a una editorial?

—Bueno, aún no está terminado... —comencé a decir.

Blake me interrumpió y tomó el portátil de mi regazo y lo dejó en la mesita que había al lado de la cama.

—No importa, lo mandas cuando lo acabes. Si no lo intentas, nunca lo sabrás. Al fin y al cabo, el «no» ya lo tienes.

Arrugué la nariz. Escribía porque me divertía, no por publicarlo. Quiero decir, sería genial, por supuesto, pero hay muchísimos escritores y muy buenos por el mundo. Conseguir publicar era algo que veía muy complicado para alguien como yo.

Decidí cambiar de tema.

—¿Sabes cómo va la búsqueda de hotel de mis padres? A ver, no me importa que se queden en mi habitación, pero... Sí me importa que hurguen en mis cosas.

Como habían llegado con tanta prisa, ambos estaban durmiendo en mi cuarto esos días. Los hoteles eran bastante caros y con una hija en la universidad no

podían permitírselo. De hecho, el piso estaba al completo. Hunter y Leslie ocupaban el cuarto de Sophia (aunque Hunter intentó asegurar que él dormía en el salón, no le creyeron ni mis padres) y mi amiga se había ido al piso de Tyler.

—Sí, han encontrado un apartotel a buen precio. De hecho, ahora mismo están recogiendo sus cosas del piso. Dijeron que no necesitaban ayuda, así que vine a verte.

Se inclinó para darme otro beso y, sin el peso del ordenador sobre mí, apoyé mi cuerpo contra el suyo y sentí cómo sus brazos me rodeaban. Continuaba muy cansada y con algo de fiebre, pero en el hospital me mantenían empastillada y así podía soportar el dolor.

Comencé a jugar con un pliegue de su camiseta mientras sentía cómo él me acariciaba el pelo. No habíamos tenido mucho tiempo para estar juntos por culpa de las visitas, mis padres y el hospital. Además, odiaba el hecho de tener que irme con mis padres cuando saliese hasta recuperarme del todo. Sin embargo, no había discusión posible en ese asunto; tenía que ir con ellos me gustara o no.

—Tengo una... —comenzó a decir Blake, y se tomó unos segundos antes de continuar, como si necesitara pensar sus palabras— ... proposición para ti.

Moví la cabeza, que tenía apoyada en su hombro, para buscar sus ojos. Estaba apretando los labios.

—¿Qué ocurre?

Me dio miedo la forma en que repentinamente se había puesto nervioso.

—¿Blake? —insistí cuando tardó unos segundos más en contestar. Me estaba impacientando—. Estás asustándome.

Nada más decir aquello, la presión de sus labios cedió y se rio. Sentí su pecho moverse contra mi cuerpo en suaves movimientos, al igual que su risa.

Luego se apartó y me alejó de él para poder mirarme frente a frente. Su mano tomó la mía.

—Cuando todo esto acabe... Quiero decir, cuando te recuperes, terminemos las clases y estemos por fin de vacaciones... ¿Te parecería que hiciéramos un viaje juntos?

Sus dedos se movían nerviosos entre los míos. Por mi parte, yo solo pude fruncir el ceño, no porque no comprendiera la pregunta, sino porque no entendía qué lo dejaba tan inquieto.

—¿Un viaje? —repetí.

Blake tragó saliva.

—Sí, un viaje a... Bueno, no sé. Adonde tú quieras. *Queramos*, quiero decir. Después de que termines el curso en el taller de escritura, me refiero.

Lo miré fijamente unos segundos más, hasta que finalmente comprendí por qué se comportaba de ese modo.

Hacer un viaje era una gran idea, inocente y genial al mismo tiempo, ideal para nuestra edad, para conocer mundo.

Hacer un viaje con tu pareja, quizá, significaba ya otra cosa. Englobaba algo mucho más romántico, más íntimo. Los dos solos, todo el tiempo. Incluso para dormir.

También podía suponer para ambos un momento de reflexión, porque ¿y si descubríamos que no nos aguantábamos el uno al otro? Constantemente teníamos amigos a nuestro alrededor; no era lo mismo que pasar más de cuarenta y ocho horas acompañado únicamente por otra persona.

Tras valorar todo esto, por un lado me entusiasmaba la idea del viaje, pero por otro me aterraba.

Por no decir cómo narices se lo explicaría a mis padres...

—¿Lily?

Era yo la que se había quedado completamente callada y, por lo visto, Blake había malinterpretado mis pensamientos. Su mano se escurrió sudada entre las mías.

Sacudí la cabeza y recompuse mi expresión preocupada con una sonrisa.

—En realidad, la idea me encanta... —comencé a decir, porque quería eliminar los nervios de Blake en primer lugar—, aunque no sé de dónde sacaremos el dinero...

Se rascó la cabeza pensativo, como si no hubiera caído en ello antes.

—Mierda, ¿es verdad...! —Efectivamente, ni siquiera había pensado en el dinero—. Podríamos...

Pero nuestra breve conversación, y nuestro efímero momento de intimidad, fueron interrumpidos con estruendo por la puerta de la habitación, que se abrió de par en par. Acompañados de carcajadas, Sophia, Les y Hunter entraron como si, en lugar de encontrarse en un hospital, estuvieran en una discoteca.

Detrás de ellos iba Tyler con mala cara.

—¡Primita! ¿Qué tal estás?

Blake se apartó de la cama al momento, justo para que Leslie ocupara su lugar. Me abrazó fuerte, sin tener demasiado en cuenta que estaba entubada y apenas podía realizar pequeños movimientos.

—¡Tenemos una sorpresa para ti! —continuó hablando Les en voz muy alta—. Por ser la última cena que comparta contigo en el hospital, hemos decidido que sea especial.

Cuando se apartó, la miré extrañada, entonces moví los ojos de ella hacia los demás. Hunter escondía algo en su espalda, algo que su cuerpo no podía tapar y que reconocí perfectamente.

Abrí los ojos como platos por la emoción cuando, con una sonrisa pícaro, el chico dejó de esconder la comida y me la mostró.

—¡*Pizza!*

Me pareció escuchar a Blake lamentarse.



Mi alegría duró poco tiempo. El mismo enfermero que me había atendido el primer día regresó justo a tiempo para quitarme la *pizza* y echarnos la bronca del siglo. Tenía una dieta específica que seguir, y la *pizza* estaba terminantemente prohibida.

Estar enferma es un asco.

Media hora después, continuaba lamentándome. Todos estaban hablando mientras yo seguía postrada en la cama.

De repente, el sonido de un teléfono móvil inundó la sala y todos nos volvimos en dirección a la canción de Katy Perry que saltaba en el bolsillo de los pantalones vaqueros de Leslie.

—¡Uy! —Fue su forma de disculparse mientras sacaba el aparato y contestaba—. ¿Sí? ¿Kenzie, eres tú?

Apenas estuvo fuera unos minutos, pero, cuando regresó, todos los ojos se dirigieron a ella. Se había quedado plantada delante de la puerta, con el teléfono en la mano y sin nada que decir. Sus ojos estaban clavados en la pantalla del móvil, que todavía seguía encendida.

Cuando pasó la friolera de medio minuto, Hunter fue el primero en hablar, preocupado.

—¿Les?

Alzó la mirada hacia Hunter y, después, hacia nosotros. Parecía en estado de *shock* y yo también empecé a preocuparme.

Sus ojos coincidieron con los de Hunter, como si estos le transmitiesen una seguridad que los demás jamás pudiésemos lograr.

—Chicos, creo que... —comenzó a balbucear finalmente—. Yo no sé si esto es una broma o va en serio, pero...

Tragó saliva y se tomó unos segundos antes de decir:

—Creo que mi hermana se va a casar.

Capítulo 53

—Menuda decepción —dije sin poder evitarlo.

Por el rabillo del ojo, noté cómo Blake se volvía hacia mí. A esas alturas, ni siquiera el helado a medio derretir en mi mano me consolaría. Y eso que era de café.

—¿Decepción, *por qué?* —preguntó.

Suspiré y también lo miré. Su helado de chocolate goteaba por un lateral de la galleta en forma de cono.

—¡Está lleno de gente! Va a ser imposible acercarse a lanzar una moneda. Mucho menos tomar una foto.

Se encogió de hombros y se llevó el helado a la boca. Pasó la lengua por los lados para limpiar el goterón de chocolate y volvió a mirarme. Empezaba a sospechar que nada lo perturbaba.

—Debiste imaginarlo; es la atracción más turística de Roma y estamos en pleno verano.

Es cierto. La Fontana di Trevi salía en casi todas las películas románticas rodadas en Italia.

Ni siquiera sé cómo mis padres me permitieron irme de viaje con mi novio. Creo que la visita de Tyler y el haber estado hospitalizada les habían

ablandado el corazón. ¡Había que aprovechar la ocasión de disfrutar de la vida ahora que era joven!

Por no hablar de que mi madre estaba encantadísima con Blake. Decía que era un chico muy simpático y limpio, y con buen corazón. Estuvieron viviendo en mi habitación durante mi estancia en el hospital y, por ende, compartiendo piso con él.

Suspiré y señalé con el dedo hacia los escalones repletos de gente que llevaban a la parte delantera de la fuente.

—¿Intentamos acercarnos?

Tenía que cambiar un poco mi sentido del humor. Cambiarlo a mejor. ¡Estaba en Roma con mi novio! Había que disfrutar del momento, hubiese o no gente. Pero también hacía un calor de mil demonios y los muslos me rozaban, lo que me provocaba un dolor horrible cuanto más caminaba. Todo eso me ponía de mal humor.

Asintió, y pensé que me seguiría en cuanto empecé a caminar hacia la barandilla de entrada, pero después de chocarme contra otro turista que iba a lo suyo, me di la vuelta y lo encontré plantado en el mismo lugar en el que nos habíamos detenido hacía un rato. Además, estaba mirando el teléfono móvil.

Nunca debí dejar que comprara una tarjeta de datos europea para el móvil.

—¡Oye! —comencé a reclamarle mientras volvía junto a él—. ¿No vamos a intentar lanzar aunque sea un céntimo?

Apartó los ojos de la pantalla tan solo unos segundos, los justos para sonreírme.

—¡Es Hunter! —explicó cuando llegué—. Nos envía una foto de Misifú.

Hunter se había llevado al gato a Nueva York mientras nosotros estábamos de viaje. Tyler se había marchado con Sophia a casa de su madre después de pasar unas semanas conmigo en casa de mis padres..., de *nuestro padre*. Además, habíamos decidido cambiar de piso el curso siguiente para poder

vivir los cuatro juntos, así que hasta septiembre no teníamos realmente lugar al que volver ni casa donde dejar a Misifú.

Me incliné para mirar también, pero entonces su sonrisa titubeó hasta desaparecer.

—Oh, no... —gimió.

—¿Qué pasa?

Estaba de puntillas y, aun así, era incapaz de alcanzar la pantalla. El brillo del sol hacía más difícil que pudiese ver la imagen desde mi posición. Una gota de mi helado cayó sobre mi pie, me ensució las sandalias y me enfrió los dedos.

—Leslie le ha llenado la cara de pintalabios. ¡Le dije que no le diera besos cuando llevase maquillaje! ¿Y si se pone enfermo?

Quise estamparle un bofetón en la cara. Por eso no debí dejarle comprar la tarjeta para el móvil. Solo la quería para molestar a su hermano alrededor de cinco veces al día preguntando cómo estaba Misifú. Y, si no mandaba foto, se enfurruñaba. Estaba segura de que Hunter no volvería a cuidar del gato en su vida.

—Entonces, les tocará a ellos pagar la cuenta del veterinario, así de fácil.

Intenté tomarlo de la mano y arrastrarlo a la fuente de nuevo, pero no funcionó. Mis dedos se escurrieron de los suyos, ya que el teléfono ocupaba la mayor parte y con la otra estaba agarrando el cono que goteaba.

—Dame un segundo, voy a decirle que... —comenzó a decir, pero lo interrumpí.

Lo interrumpí estampando mi helado en su nariz.

Mientras se quedaba en estado de *shock*, el resto de mi helado resbaló al suelo y desapareció con el calor de las piedras.

—¿Por qué has hecho eso? —se quejó.

Sacó un pañuelo del bolsillo para limpiarse la suciedad e hizo equilibrios para que no se le cayera el teléfono.

Me crucé de brazos con indignación.

—Se supone que hemos venido hasta aquí para hacer turismo y disfrutar, no para preocuparnos de si Leslie y Hunter le dan o no muchos besos a Misifú. Mientras que no se escape por la ventana, todo irá bien.

Sus cejas se arquearon.

—¿Crees que *se escapará por la ventana*?

—¡Blake! —grité exasperada, y sobresalté a una pareja que pasaba a nuestro lado.

Me di la vuelta para pedir disculpas y, cuando volví los ojos hacia él, ya no había rastro del teléfono. Además, estaba sonriendo.

—Te estaba tomando el pelo, Lily Emma.

Y dio un paso hacia mí para romper la distancia que nos separaba. Pasó la mano libre por detrás de mi espalda hasta que mis brazos cruzados chocaron contra su pecho. Evité mirarlo, solo porque una sonrisa también tiraba de mis labios y no quería que lo viese.

«¡Maldita sea, Blake! Siempre consigues lo que quieres.»

—Ey, mírame, por favor —susurró por encima de mi coronilla.

Intenté mantenerme en mis trece, pero sabía que iba a ser muy complicado. Entonces dijo las palabras mágicas:

—¿Vamos a por una *pizza*? Yo invito.

Me había zampado como mínimo cinco *pizzas* yo sola desde que habíamos llegado a Italia.

Ese era nuestro segundo día.

Sin poder evitarlo, elevé los ojos hacia él y deshice el nudo de mis brazos hasta que ambos colgaron a cada lado de mi cuerpo mientras él me abrazaba.

—¿Una por persona? —musité.

Su sonrisa se hizo más grande y negó con la cabeza, pero sonreía. Acercó su rostro al mío hasta que nuestros labios se unieron en un profundo beso y mi corazón brincó de alegría.

Lo hizo como el primer día, como había hecho siempre desde que había entrado en mi vida. Como si esa magia de la primera etapa del romance en realidad fuese a durar para siempre. En el fondo, así lo sentía, porque no solo estaba enamorada de él. También era mi mejor amigo, mi fiel compañero.

Me aparté y alejé los brazos de su cuello, que habían ido a parar allí mientras nos besábamos.

—Aunque quizá primero sea mejor que intentemos lanzar esa moneda a...

Mi frase quedó a medias. Al igual que yo lo había silenciado estampándole mi helado en la nariz, él hizo lo mismo con el suyo en la mía.

Con la boca abierta por el *shock*, noté el frío que se colaba por mis orificios nasales y unas ligeras cosquillas mientras el dulce derretido se desparramaba por mi cara.

En un visto y no visto, Blake se había alejado de mí mientras reía como un loco.

Iba a matarlo.

—¡*Vendetta!* —gritó en medio de aquel lugar, lo que hizo que varias personas nos mirasen.

—Serás... —murmuré, y me lancé a perseguirlo.

Eché a correr hacia la fuente, y, de no haber sido por toda la gente que se agolpaba en torno en aquel momento, habría podido escapar.

Lo alcancé en mitad de las escaleras y ahí, rodeados de gente, sin pararme a pensarlo ni un solo segundo, lo rodeé de nuevo con los brazos y acerqué mi cara a la suya. Sobra decir que lo llené por todos lados de chocolate, aunque no se quejó en absoluto mientras me besaba.

—Me gusta esta clase de venganza —susurró cerca de mis labios.

Quién me iba a decir que un golpe de enciclopedia desafortunado podía terminar de este modo.

En amor.

En amor *real*.

Lista de las diez razones por las que me estoy empezando a enamorar de Blake Harries

1. Está bueno.

«De acuerdo, eso había quedado muy superficial.»

2. Es buena persona.

«Sí, eso suena mejor.»

3. Es inteligente.

4. Lee mucho y eso me parece *sexy*.

5. Es *sexy*.

6. Ha leído mi historia.

«Peter nunca había hecho eso, lo que me llevaba al siguiente punto.»

7. Se preocupa por mí, como por ejemplo, cuando me ayuda con el gimnasio o trata de convencerme de que hable con mis padres.

8. Es un gran cocinero.

«A una mujer también se la conquista por el estómago. A una *gran e inteligente mujer*.»

9. Mantengo una relación extraña con sus ojos, aunque apostaría una semana sin café a que cualquier chica del mundo la tendría.

10. Me toma en serio. No se ríe de mí ni me trata como una niña pequeña.

11. A su lado, me siento bien.

Taché esa última. Había olvidado que era una lista de solo diez razones. Eso mismo bien podría ser la razón número doce: «Ha conseguido superar el límite de diez razones sin ni siquiera intentarlo».

Volví a arrastrar el bolígrafo por el folio para trazar una línea de separación y escribí:

«Razones por las que no debería enamorarme jamás de Blake Harries».

No se me ocurría ninguna.



Capítulo extra

MASON

La novia daba vueltas de un lado para otro. Su vestido azul era vaporoso, y el vaivén que producía al ondear en cada giro, junto con el olor a incienso de la habitación en la que estábamos, comenzaba a marearme.

Me puse de pie de un salto y posé las manos sobre sus hombros para frenarla. Iba descalzo, pero, aun así, seguía siendo más alto que ella.

—Oye, tranquilízate. Me estás poniendo nervioso a mí también, Kenzie — me quejé.

Lejos de tranquilizarla, su expresión se arrugó en una de total histeria. Tenía ganas de salir de allí corriendo, pero temía que Kenzie hiciese algo de lo que pudiera arrepentirse, como huir de su propia boda.

Al menos no me apartó de su lado, pero mientras hablaba su pecho se elevaba una y otra vez.

—Esto es una señal del destino, Mason. Mis padres ya me lo dijeron: soy muy joven para casarme. Que Leslie no aparezca por ningún lado no hace más que ponerlo en evidencia.

Incluso el tono de su voz era agudo. Traté de serenarla e incliné la cabeza para poder mirarla un poco mejor a los ojos. Debajo de las capas de rímel que

Mel le había puesto, podía verlos brillantes.

—El destino no existe, Kenz, tú lo creas.

Soné más profundo de lo que esperaba, pero no me importó porque pareció servir de algo. Sus ojos se cerraron y tomó una respiración lenta y profunda. Podía notar el rubor bajo el colorete de sus mejillas.

Si su hermana, que era la dama de honor, no aparecía en los próximos diez minutos, íbamos a tener un problema gordo. Lo peor de todo era que me temía que tendría que ser yo quien se lo dijese al novio.

A ver, no éramos enemigos, pero tampoco éramos lo que se dice exactamente amigos. Solo cuando me dejaba conducir su coche. James era un tipo con buen gusto para los coches.

Los ojos de Mackenzie volvieron a abrirse, y solté el aire que estaba conteniendo al notar la decisión en ellos. La boda seguiría adelante.

—Tienes razón, Mason. Gracias.

Y luego me envolvió en un fuerte abrazo. Tardé unos segundos, pero finalmente se lo devolví. Olía a flores, como siempre desde el instituto. Nunca se había molestado en cambiar de perfume, y lo agradecía, porque me recordaba a todos los años que pasamos juntos, a nuestra infancia.

Esa que cada día que pasaba dejábamos un poco más atrás.

—Imagínate cómo se pondría James si se enterara de que estás pensando en echarte atrás con la boda —susurré cerca de su oreja, aunque en realidad tragué mucho pelo rizado.

Su cuerpo se movió con una sacudida parecida a una risa.

—Le daría un ataque —bromeó, y se apartó de mí—. En realidad se preocuparía mucho, pero no tiene por qué. Pienso seguir con esta boda porque pienso seguir con él. Es lo único que tengo claro en este momento.

Medio sonreí, porque envidiaba mucho lo que ellos tenían.

Kenzie se alejó más de mí con el ceño fruncido.

—Tienes pelos de gato en la ropa —murmuró, y con la punta de los dedos índice y pulgar extrajo un pelo blanco de mi chaqueta—. Algún día quiero ir a España y que me presentes a Sushi y a...

La puerta de la habitación se abrió de golpe y Mel asomó la cabeza por el hueco que quedó abierto.

—¡Leslie ha aparecido! —Exclamó con la lengua fuera, y tuvo que tomarse un segundo para recobrar el aliento—. Venga, que esta boda tiene que comenzar de una vez.

Con una rapidez pasmosa, Kenzie agarró los zapatos de tacón del suelo y así, descalza, salió de la habitación. Mel y yo la seguíamos sin perder el ritmo. Miré de soslayo a la recién llegada, me sorprendía que pudiese correr tanto con tacones y embarazada.

Entré primero en la sala donde se celebraría la ceremonia y me senté en el primer hueco que encontré. A mi lado dos chicos que indudablemente era gemelos estaban bromeando acerca de si la novia se fugaría o no.

Decidí no contarles lo cerca que había estado de hacerlo.

Y entonces la música comenzó a sonar y Kenzie apareció en escena. El rostro de James, cuya angustia había sido notable, se encendió con felicidad y una sonrisa.

No sabía si algún día me casaría o no, no era algo que me preocupase, pero sí que quería eso. Algo como lo que ellos tenían. Cuando los veías juntos, podías percibir lo bien que se compenetraban el uno con el otro. No solo eran pareja, eran mejores amigos. Eran lo que yo quería para mí.

Cuando llegó a su lado, James se inclinó sobre ella para susurrarle algo al oído que nadie más pudo escuchar. Kenzie sonrió y sus mejillas se encendieron. Después la música se acabó y comenzó la parte aburrida de la ceremonia.

Al menos, cuando terminó, Kenzie se empeñó en cumplir con la tradición y tirar el ramo. La chica que tenía a mi lado lo atrapó y uno de los gemelos que bromeaba con el «novia a la fuga» fingió que salía corriendo. Todos se rieron.

Y en realidad me lo estaba pasando bien. Podía hablar con amigos que hacía tiempo que no veía, desde el instituto. Los gemelos resultaron ser los antiguos hermanastros de Kenzie, y uno de ellos tenía un gato. Estuvimos al menos media hora hablando de estos animales, y todos menos Lily, la chica que había atrapado el ramo, huyeron de la conversación.

A Alai le hubiese encantado participar.

Todavía seguía sentado en la mesa hablando de gatos cuando Kenzie regresó a mi lado. Ya estaba anocheciendo. Se veía cansada, sudada por todo el rato que llevaba bailando con los invitados, pero sumamente feliz.

Hubo un tiempo en el que yo le hice daño. Me enamoré de ella tarde, cuando ya no era correspondido, pero solo miré por mí mismo y no por lo que a ella la hacía feliz. Se supone que, cuando quieres a alguien, lo que te importa es eso, su felicidad, no la tuya. Solo tiempo después me di cuenta de que había sido egoísta, y el temor de caer de nuevo en ese error me perseguía.

El temor de hacerle daño a Alai era lo único que me frenaba.

—¿Os lo estáis pasando bien?

Blake asintió con energía y levantó una copa de gin-tonic. A su lado, Lily apenas hizo un gesto de afirmación. Estaba mirando el teléfono móvil con el ceño fruncido.

—He hablado con James y es probable que el verano que viene hagamos un pequeño viaje por Europa, ¿igual podemos hacer una parada en Santander!

Le pellizqué la nariz y Kenzie se agachó un poco para darme un abrazo.

—Y así me presentas de una vez por todas a Alai —susurró en mi oído.

Después se alejó para seguir hablando con el resto de los invitados.

El teléfono móvil vibró en mi bolsillo. No pude evitar sonreír al ver de quién era el mensaje.

ALAI: ¡Espero que la boda haya ido genial! Aquí te paso el informe de lo que te has perdido en el piso: Sushi ha cazado una mosca enorme y la ha dejado medio muerta encima del sofá; ha llegado una factura de luz que nos va a dejar tiesos; Daniel se ha teñido el pelo de azul eléctrico y se arrepiente mucho. Si quieres, estaré encantada de hacer de reportera.

Estaba a punto de responder, porque eso no quería perdérmelo por nada del mundo, cuando alguien gritó a mi lado y por poco se me cayó el teléfono al suelo. Cuando me giré para ver que nadie estuviese herido —soy enfermero, por ley tengo que actuar—, me encontré con que el grito venía de Lily, quien todavía tenía su teléfono en las manos.

Se puso de pie y ante la consternada mirada de todos los que estábamos a su alrededor, gritó:

—¡Oh, Dios mío! ¡Van a publicar mi novela!

Agradecimientos

A todas aquellas personas que han acompañado a Lily y a Blake, que les han dado la oportunidad de tener su propio libro. A quienes me han apoyado y han creído en mí, y a quienes siguen haciéndolo. A quienes han trabajado para que esta historia sea más bonita que al principio, y a quienes nos han dado la oportunidad.

Muchas gracias.

A mis lectores, a quienes les debo todo.

Tu opinión es importante.

Por favor, haznos llegar tus comentarios a través de nuestra web y
nuestras redes sociales:

www.plataformaneo.com

www.facebook.com/plataformaneo

[@plataformaneo](https://www.instagram.com/plataformaneo)

Plataforma Editorial planta un árbol
por cada título publicado.

